UNA NOVELA LLENA DE BRUJERÍA

AQUÍ ARDEN LAS FLORES

MARÍA J. VIANA
@AIGUADVALENCIA



ALFAGUARA


UNA NOVELA LLENA DE BRUJERÍA
AQUÍ ARDEN LAS FLORES
MARÍA J. VIANA
@AIGUADVALENCIA
ALFAGUARA

MARÍA J. VIANA
@AIGUADVALENCIA

AQUÍ ARDEN LAS FLORES

ALFAGUARA

Un secret
eren unes quantes paraules
dites en veu baixa
perquè no les sentissin
ni els ocells

Mercè Boixareda
Mirall Trencat

1
MIL FLORES

Aquel triste martes nadie del pueblo vio amanecer. Las nubes dominaban los cielos desde hacía semanas y por fin decidieron descargar su furia sobre el valle. La tormenta parecía el preludio del cambio estacional tras un verano demasiado seco, con un rugir que hacía retumbar los cristales. Dalia llegó a primera hora de la tarde dando volantazos con su escarabajo negro al aparcamiento del tanatorio. Ocupó dos plazas, tiró del freno de mano y corrió hacia las puertas. La noticia no le había permitido dormir y toda la rutina previa a salir de su casa se le hizo cuesta arriba, como si una fuerza invisible la atara a cada esquina. Se había recogido sus ondas pelirrojas de manera desordenada, empleando un par de pinzas pequeñas para sujetar toda su cabellera en algo parecido a un moño. No empleó tiempo en maquillarse. Escoger vestimenta le había tomado un poco más de tiempo del habitual.

La recepción estaba abarrotada de gente llorando a moco tendido. Ella entró cabizbaja, intentando no establecer ese contacto visual que la gente interpreta como una invitación a entablar conversación. Entre la muchedumbre se podía apreciar el afán del decorador por intentar hacer acogedora la estancia: butacas de terciopelo verde oscuro, mesita de café, cojines, libros y un jarrón de diseño con crisantemos frescos.

El maravilloso ambiente casi compensaba el hecho de que, justo en la planta inferior, estaban embalsamando cuerpos. En la pared del fondo, un expositor de urnas perfectamente alineadas y mármoles para lápidas recordaban a los asistentes qué era ese sitio.

Abrieron las puertas de la sala de ceremonias y todo el mundo se apresuró a entrar.

—Como si se fuese a mover la protagonista del evento —dijo Dalia entre dientes después de recibir codazos de familiares lejanos.

El recepcionista repartía estampas funerarias entre la marea de gente. Sin oración. Únicamente su foto, su nombre y «1954-2023». La tormenta golpeaba contra los ventanales como si también quisiera formar parte de tan penosa escena. Una familia medio rota, reunida bajo el mismo techo por un funeral que todavía no tenía que llegar. Ella había sido el pilar principal, la portadora del apellido que dio en herencia al resto de los descendientes; la matriarca. Los tres hijos de la difunta intentaban no cruzar miradas. Narciso sostenía en la mano derecha el móvil con el número de su abogado marcado, listo para iniciar la batalla por la herencia. Su quincuagésimo cumpleaños se acercaba, imponente, y ya dejaba rastro en el color de su pelo y las arrugas de su frente. La muerte de su madre no parecía más que un inconveniente burocrático. Había arrugado la estampita y se la había metido en el bolsillo del traje. Hortensia, que acababa de soplar cuarenta y cuatro velas hacía tan solo unas semanas, ocultaba bajo las gafas de sol el rostro desencajado; no era tristeza, sino un sentimiento más cercano a la rabia, que de momento solamente le cerraba los puños y le tensaba la mandíbula. Gardenia, siete años menor que Hortensia, seguía incrédula y cabizbaja. No estaba preparada para aquello. Nadie lo estaba.

Dalia se sentó en una de las últimas filas y buscó deliberadamente la mirada de su prima, que la ignoró girando la cabeza con gesto

exagerado. Arrastraban desde hacía tiempo una disputa que Dalia no lograba entender, y, aunque ella era tres años menor, había sido quien más sensatez había intentado imponer frente a los problemas familiares. Un fragmento de la canción preferida de la difunta dio inicio al funeral, callando a la vez los murmullos y sollozos de los asistentes. El mayor de los hermanos apoyó el móvil sobre el atril para no perderlo de vista y ofreció una fría bienvenida a todas aquellas personas que habían compartido momentos especiales con Adelfa Nerón. Se fueron sucediendo infinitos parlamentos de familiares y amistades. Dalia no se enteró de nada. Entró en una especie de trance intentando no hacer caso a las voces del otro lado, que le molestaban cada vez que se acercaba a lugares así. Tenía la mirada perdida entre las cortinas azules a medio cerrar, contando las gotas que se resbalaban desde el tejado hasta el capó del coche fúnebre que asomaba por el lado derecho. Atenta al resplandor eléctrico que teñía las nubes oscuras, cada vez más próximo al sonido de horribles truenos.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho… —El turno de palabra pasaba de una persona a otra. La espera se hacía infinita y efímera a partes iguales; Dalia había perdido la noción del tiempo que llevaba ahí dentro escuchando sollozos—. Uno, dos, tres… —Contaba en voz baja los segundos entre la luz y el estruendo para conocer la distancia que la separaba de la tormenta y, sobre todo, si se alejaba o venía hacia ella—. Cinco, seis, sie…

El cielo bramó un poco antes que en el recuento anterior. Otro resplandor. Golpes más intensos de las gotas sobre el cristal. Volvió a contar.

No hacía estos cálculos por temor a las fuertes lluvias. De hecho, esperaba pacientemente a que llegasen días así para usar toda su fuerza, tal y como la abuela le había enseñado. Miró fijamente el

reloj de su muñeca, intentando deducir cuánto tiempo más debía desperdiciar allí dentro. No quería perderse la tormenta. Empezó a configurar un plan. Se le había olvidado poner recipientes en el jardín de casa para recoger el agua, pero si la ceremonia terminaba en los siguientes minutos y sobrepasaba un poquito el límite de velocidad en la carretera… Aun así, no tenía nada preparado. No había podido dormir, pero el disgusto tampoco dejó que hiciese algo de provecho. Permitió que la mirada se le volviese a perder en el exterior. Otro coche fúnebre había aparcado al lado del que antes miraba. Descargaban un ataúd que parecía pesar poco.

Justo antes del discurso de cierre, una ráfaga de viento abrió los ventanales de par en par, sacudiendo las cortinas y sacando a Dalia de su estado meditativo. Los hijos de la difunta abandonaron sus asientos para ayudar al personal a cerrar los portones de madera y cristal. Al concluir la ceremonia, Hortensia se acercó a su hija.

—Pensaba que no estarías aquí.

—¿Cómo no iba a venir, mamá?

—Dalia, no me montes otro número, y menos hoy. Ya está siendo un día suficientemente dramático.

—Lo que tú digas —soltó a media voz, apartándole la mirada.

La sangre era el único vínculo que les quedaba, lo poco que mantenía a Dalia dentro de la familia. Conforme se acercaba su vigesimosegundo cumpleaños, menos reconocía a la gente que la había rodeado toda su vida. Apartó la mirada de la de su madre, recordando las noches de verano en el salón de la abuela, viendo telenovelas extranjeras tapada bajo la misma manta que su prima Azucena, pensando en lo exagerados que eran los capítulos, riéndose con ella.

«Ninguna familia real se comportaría así».

Todo el mundo quería acercarse al fondo de la habitación, a decir adiós o a no decir nada. Allí estaba la abuela. Mil flores cubrían el ataúd en el que la habían metido. Dalia dudó al acercarse a ella; no sabía si estaba preparada, pero quería despedirse. Se abrió paso hasta llegar a su lado. Tenía los ojos cerrados. Sin embargo, su rostro no reflejaba aquella calma que siempre había desprendido. Le habían puesto su vestido preferido y las joyas que le regaló abuelo Jacinto cuando se casaron.

—¡Ay, Adelfa! —lloraba a los pies del ataúd una de sus mejores amigas.

Se llevaba al otro lado detalles que le iban dejando entre las manos pálidas. Ramitas de romero, castañas bordes, cartas sentimentales y alguna fotografía. Sus pendientes de ópalo y oro relucían tras los mechones de su larguísima cabellera blanca. Dalia se fijó en su rostro, ya sin sonrisa. Las chicas del tanatorio habían hecho un gran trabajo. Sombra de ojos turquesa oscuro, pintalabios granate y un poco de lápiz de cejas. Casi como ella se maquillaba. Esperó a que se vaciase un poco la sala antes de intentar escupir las palabras que le apretaban la garganta desde la noche anterior.

—Abu —dijo en voz muy baja—, aún no te tenías que ir. ¿Qué ha pasado?

No era capaz de pronunciar más palabras. Saber que la pregunta no tendría respuesta inmediata le arañó las entrañas. Cerró los ojos y sostuvo la mano derecha sobre la cabeza de su abuela, aguzando el oído por si escuchaba su voz desde el otro lado.

Escuchaba mil voces, pero ninguna era la que buscaba.

Intentó disimular que sus rodillas cedían bajo el peso de la horrible pena; no iba a poder soportar el entierro. Decidió enfrentarse al arduo trayecto hacia su coche. Cruzó la recepción con paso ligero, evitando las conversaciones de cortesía, los pésames y a

las señoras desconocidas que aseguraban haberle cambiado los pañales cuando era pequeña. Salió del edificio y corrió hacia su escarabajo. Cerró la puerta con tanta fuerza que sacudió todo el vehículo y, justo cuando bajó la mirada buscando dónde encajar el cinturón, alguien intentó abrir la puerta bloqueada del copiloto. Bajó la ventanilla; era tía Loto.

—¡Qué susto me has dado!

—Hola, Dalia, cariño.

—Hola, tía. —Inspiró profundamente, intentando recuperar el aliento.

—¿Qué, *carinyet*?

—He salido a que me dé el aire. La gente está especialmente pesada después de un funeral. —Desbloqueó la puerta, apartó los trastos que ocupaban el espacio del copiloto y dio un par de golpecitos sobre el asiento a modo de invitación.

—A mí tampoco me apetecía estar ahí —dijo mientras se acomodaba—. ¿Ha pasado algo?

Loto no le ofreció ningún abrazo encajado entre los asientos. Sabía que lo del contacto físico no iba demasiado con su sobrina.

—Nada importante. Solo necesito calmarme un poco.

—Sabes que se te nota en la cara cuando dices mentiras.

—No te preocupes, tía Loto, de verdad.

—¿Me vas a hacer el favor de contármelo o tengo que sacar las cartas? —Arqueó la ceja izquierda esperando una respuesta—. O me lo cuentas tú o me lo dicen ellas.

—Los muertos. No podía parar de escucharlos. Es como si hoy hubiese venido con una parabólica puesta —miró a través de la luna trasera hacia la entrada del tanatorio— y, aun así, no he oído la voz de la abuela.

—Sintonizar con *Difunto FM* nunca es algo agradable, pero no es motivo para que estés así.

Dalia se dio un pequeño cabezazo contra el cristal de su ventanilla, frustrada porque alguien que no compartía sangre con ella la conociese tan bien.

—No te va a gustar. Tu marido…

—¿Qué ha hecho ya? —preguntó con un tono más de madre que de esposa.

—No soltaba el teléfono. No tenía buena pinta. Tía Gardenia no dejaba de mirarlo de reojo, como pidiéndole que parase lo que fuera que estuviese intentando hacer.

—Narciso lleva desde anoche así. Mi suegra… Tu abuela se fue sin firmar unos papeles. —El gesto de confusión de Dalia demandaba más respuestas—. Hay una parte de propiedades y bienes que, ahora mismo, no están a nombre de nadie.

—¿Qué?

—Esta mañana lo he visto en su oficina. Ya tiene una lista con varios compradores que no pagarán ni la mitad de lo que valen las casas de tu abuela.

—¿Eso es lo que le preocupa ahora?

—Parece que tiene mucha prisa por quitárselas de encima.

—Todavía no sé cómo se lidia con la muerte de una madre, pero estoy bastante convencida de que así no es. —Apretó el volante entre las manos como si fuese el culpable de la situación—. Y vuestra hija…

—¿Azucena?

—Me ha apartado la mirada. Que no espero que seamos amigas íntimas, pero devolverme el saludo no hubiese estado de más.

—Hace tiempo que no habláis. Las dos habéis estado ocupadas. —Dalia resopló—. Si te sirve de consuelo, tu prima casi no sale de su

habitación y no cruzamos palabra.

—Bueno, no sé. No sé qué decir.

—Dale tiempo. Creo que esto de la muerte de vuestra abuela le ha afectado más de lo que parece.

Ambas se quedaron en silencio durante varios minutos, dejando que su mirada se perdiese en la luna delantera. Narciso y su mala manera de hacer las cosas se habían convertido en un tema recurrente e insoportable, y su hija parecía estar absorbiéndolo todo. Ambas sabían que el mayor de los problemas era el que todavía no habían mencionado: que ese funeral no debía estar teniendo lugar. Ninguna de las dos quería continuar esa conversación.

Tras el momento de reflexión, Loto volvió a sí misma. La lluvia impedía ver algo más que siluetas y los limpiaparabrisas estaban al borde del colapso.

—Bueno, Dalia, ¿cuál es el plan?

—¿Qué?

—¿Qué hacemos?

—Todavía queda el entierro.

—¿Quieres quedarte? —Loto la miró con los ojos entrecerrados y arqueando la ceja otra vez.

—No me apetece nada seguir aquí.

—Arranca.

—Con esta lluvia no vamos a llegar muy lejos. Casi no veo el semáforo de la esquina.

—Tú sal del pueblo. Vamos a cenar algo.

Loto bajó la ventanilla y sacó la cabeza mirando a su sobrina a los ojos. Sacudió la melena rubia y la mojó por completo. Todavía con el pelo fuera del coche, empezó a recogerlo en una trenza bien tensa y prieta mientras recitaba entre dientes uno de esos encantamientos que no compartía con nadie. Dalia puso los dedos sobre el freno de

mano, lista para arrancar. Tras atar la tormenta en su cabello, Loto asintió con la cabeza. Dejaban el pueblo atrás cuando la lluvia pasó de ser torrencial a pequeñas gotas que formaban solamente una neblina. La distancia que las separaba de aquel lugar crecía y, con ella, la calma.

2
MÁRMOL

Los días posteriores al funeral de Adelfa fueron pasados por agua. Una borrasca de agua fría y vientos fuertes se había posado sobre el valle. Sus nubes oscuras hacían difícil distinguir el día de la noche sin ayuda de un reloj, y su energía no terminaba de encajar en ningún trabajo mágico. Llevaba días sin pisar su tienda esotérica. Poco después del funeral decidió cerrar La Cripta durante unas semanas para recomponerse y descansar, pero cancelar las citas para rituales y lecturas de tarot había sido una tarea verdaderamente extenuante. Ser la bruja de referencia en la zona no era nada fácil.

Dalia se despertó por inercia unos minutos antes del mediodía y se deslizó de la cama hasta un lado del ventanal. Apartó un poco la cortina sin llegar a abrirla. Había alguien en la casa de al lado. Entrecerró los ojos en un intento fallido de enfocar la mirada sin ponerse las gafas.

—¿Dónde las he dejado? —murmuró entre dientes algo enfadada.

Repasó detenidamente todas las superficies de su habitación sin éxito antes de dirigir la búsqueda hacia la planta inferior. El salón estaba algo desordenado, con libros abiertos que cubrían la mesa por completo y tazas de café que deberían estar a remojo en el fregadero. Si agradecía una cosa de vivir sola era la calma de desordenar tanto como sus investigaciones requiriesen. *Algo* le decía

que la muerte prematura de su abuela no había sido fortuita, a pesar de que se determinase que falleció por causas naturales, y estaba decidida a probarlo.

—A ver, Dalia, piensa —se dijo a sí misma—. ¿Cuál fue el último libro que consultaste ayer?

Levantaba cada uno de los ejemplares lo suficiente como para comprobar si las gafas estaban ahí. En la mesa había de todo menos eso.

—¿Me las quité en el sofá? —se cuestionó mientras apuñalaba los huecos entre cojines con las manos—. ¡Aquí! Joder, Dalia.

Pudiendo ver algo más que borrones, cruzó la puerta hacia la cocina. Al mismo tiempo que llenaba la cafetera con agua caliente y una mezcla molida de aroma acaramelado, echó otro vistazo a la casa de al lado. Ahora sí, podía ver que alguien había colgado cortinas nuevas. Tras ellas se vislumbraba una silueta que no reconocía.

Cuando el café estuvo listo, se sirvió un poco con una cucharadita de miel y subió al ático. El ventanuco del último piso tenía las mejores vistas de la casa de al lado, y bajo él estaba su altar.

—¿Quién se ha mudado ahí?

Encendió los velones y prendió un atadillo de artemisa sobre un platito de arcilla. Había dejado de hablar consigo misma. Las llamas daban saltitos y se ondulaban. El humo del atadillo dibujaba espirales en el aire.

—Queridas antepasadas —agachó la cabeza frente a su altar—, ¿quién es? —Tomó su mazo de tarot y lo lanzó al suelo. Eligió una carta al azar. El Mago—. Entonces no tengo de qué preocuparme. Nadie peligroso.

No quiso sobreinterpretar el arcano. Su única intención era saber si aquella persona era de bien.

Acercó la cara al cristal de la ventana. Desde allí pudo ver cajas apiladas frente a la valla delantera. Un deportivo azul algo viejo estaba aparcado en el vado de la casa. Tenía los cristales tintados y no podía distinguir qué había dentro, pero las ruedas traseras estaban a punto de tocar la carrocería; ese coche estaba cargado de cosas.

Una mudanza. Dalia tenía un vecino nuevo.

Dejó media taza del café a modo de ofrenda en el centro del altar y se despidió de sus ancestras. Cuando estaba recogiendo el resto de las cartas, una de ellas salió disparada de la baraja. El Cuatro de Espadas; un caballero descansando sobre una tumba.

—Sí, ya sé que desaparecí antes del entierro —dijo mirando a todas partes—, pero no sé si debería ir al cementerio tan temprano.

—*Sí* —pronunció una voz al otro lado.

Dalia resopló y obedeció al espectro de una de sus bisabuelas. Estar muertas no les había quitado el hábito de ejercer de madres, y aprovechaban cada sesión de comunicación para echarle un sermón a Dalia.

Bajó al primer piso para vestirse. Mientras buscaba una blusa sencilla, sonó el teléfono.

—¿Diga?

—¿Dalia? Soy Úrsula.

—¡Úrsula! No había reconocido el número.

—Me lo he tenido que cambiar. En algún concierto perdí mi móvil. ¿Cómo estás? ¿Cómo llevas todo?

—Si por todo te refieres a lo de mi abuela…

—¿Ha pasado algo? —preguntó Úrsula, como si no notase el malestar de su amiga al otro lado de la línea.

—Llevo varios días ocupada, leyendo. Bueno, mejor dicho, *investigando*.

—¿Ahora vas a añadir «detective» a tu currículum? —Forzó una risa final intentando aliviar la pesadez de la situación.

—Creo que alguien ha matado a mi abuela.

Úrsula pareció guardar silencio al otro lado de la línea durante una fracción de segundo, seguramente analizando si aquello era una de sus bromas y sería correcto responder con medio minuto de risas.

Pronto concluyó que no. Su amiga hablaba en serio.

—¿Qué? Dalia, ¿estás durmiendo bien?

—La verdad es que no. —Se sentó en el suelo y se abrazó las piernas—. Me acuesto tarde porque no paro de buscarle una explicación lógica a su muerte, pero no la tiene.

—¿No le hicieron autopsia? Tendrían que haber encontrado indicios de si alguien la mató.

—Que no ha sido un *asesinato asesinato*. —Enfatizó la última palabra mientras se presionaba la sien derecha—. El médico lo declaró muerte natural, pero no me lo creo. Alguien le ha hecho algo.

—¿Seguro que no le tocaba irse? Ya casi tenía setenta años. Son seis más que cuando murió mi abuelo.

—Que no, que no. Que setenta años no son nada. Que ella estaba fantástica. Que aquí hay cosas que no me encajan.

—Querida amiga, por tu bien y por el mío, que tengo que aguantarte cada vez que entras en bucle y haces algo raro, sal de casa y toca césped. —Dalia suspiró como si le diese la razón—. Pasea, tómate una infusión en algún lugar que no sea tu casa, llévate algún libro que no hable de brujas y desconecta un poquito. —El tono desenfadado de Úrsula se había teñido de preocupación.

—Tranquila. Hoy tengo planes que implican abandonar mi humilde morada.

—¿Seguro? —Hubo una pausa corta al otro lado del teléfono—. Dalia, si no te encuentras bien, dímelo. Puedo volver un poco antes, aunque no estuviese previsto. La mitad de las reuniones las puedo hacer por videollamada.

—Úrsula, cálmate. Literalmente me estoy poniendo los zapatos.

—¡Por fin pisarás la calle! —dijo con tono sarcástico—. ¿Adónde vas? ¿Has quedado con alguien?

—Voy al cementerio. No encuentro respuestas en los libros.

—Serás deprimente. —Soltó una carcajada ensordecedora—. El viernes que viene, cuando vuelva de Madrid, iré a verte y a asegurarme de que no estás como un cencerro. —Sabía que su humor forzado había dibujado una sonrisa en la cara de su amiga.

—Te esperaré con café preparado.

—¡Cuidadito con los muertos! —Dalia podía sentir cómo su amiga había levantado el dedo índice al otro lado del teléfono.

—Que síííí. Hablamos.

El estruendo de un taladro agujereando cualquiera de las paredes de la casa de al lado le recordó que había un nuevo habitante en el pueblo.

—¡Ay! Úrsula, por cierto, ¿sabes si alguien ha comprad…?

Su amiga colgó la llamada antes de que Dalia pudiese formular su pregunta. Se encogió de hombros. Ya descubriría quién vivía allí. En algún momento saldría de detrás de las cortinas.

Las casas de su calle pertenecían a los ancianos del pueblo. Su abuela cambió los papeles de la casa a nombre de Dalia —a escondidas de toda la familia— cuando se mudó a una masía de la reserva natural. De alguna manera, aquella fue la forma de proteger a su nieta y de sacarla de casa de su madre. Era un lugar hostil donde cada vez se le hacía más difícil existir.

La casa vecina era propiedad de otra de las familias del valle, anteriormente habitada por el señor Hilari, abuelo de Úrsula, que había muerto un par de años atrás mientras podaba los rosales de su jardín trasero. Desde entonces la vivienda recibía visitas esporádicas de sus dos hijos mayores para arrancar las malas hierbas y reparar los desperfectos que causaba el paso del tiempo en una propiedad inhabitada. Dalia no sabía que estaba a la venta. De hecho, nadie del pueblo se había enterado.

Cogió el ramo de flores que tenía en el jarrón de la entrada y subió al coche. La llovizna matutina se había convertido en diluvio y las gotas parecían quererle romper la luna delantera. Consiguió aparcar al lado de la puerta. Metió la mano en el bolsillo, buscando la cartera, y sacó tres monedas, que dejó a los pies de la entrada del cementerio.

—Vengo a ver a Adelfa y Jacinto —dijo en voz baja.

No había nadie ahí para dar respuesta, al menos no de cuerpo presente, pero ella sabía lo que hacía. La lápida de sus abuelos era de las pocas sin una cruz coronando el mármol. El nombre de Jacinto llevaba veinticinco años inscrito en la parte superior, dejando suficiente espacio para que alguien grabase el de su esposa cuando llegara el momento. Ya estaban reunidos.

Las coronas del funeral todavía seguían frescas. Dalia puso su ramo junto al resto de los arreglos florales.

—Hola, abuelo —vocalizó con la mirada perdida entre las coronas y los atadillos—, sé que llevo tiempo sin venir a visitarte. He tenido un verano caótico y esta semana pasada ya ha sido la traca final. Anoche hice este ramo con flores de mi jardín. He traído las cartas por si queréis hablar.

Sacó el mazo de tarot del bolso y extendió el pañuelo con el que lo envolvía sobre la tierra —todavía revuelta— de la tumba de sus

abuelos. Se arrodilló justo delante, mirando la lápida. Al partir la baraja para empezar a mezclar las cartas, la Torre salió disparada hacia la cara de Dalia.

—No me deis estos sustos, que no he hecho ninguna pregunta todavía.

Siguió barajando como de costumbre. Cerró los ojos y vio a Jacinto y Adelfa justo delante.

—¿Cómo ha muerto la abuela?

Sus manos dejaron de mezclar y sacó una carta. La Muerte.

—Ya sé que ha muerto. La he visto muerta.

El viento se levantó, azotándole el pelo ondulado contra los ojos cerrados. Pudo ver cómo su abuelo sacudía la cabeza. Ella frunció el ceño. No entendía nada. Sacó otra carta: el Rey de Copas invertido.

—¿La Muerte es alguien?

Justo después, la visión que tenía de sus abuelos se nubló. Abrió los ojos. Intentó seguir preguntando, pero las respuestas ya no tenían ningún sentido. Diez de Oros, el Juicio, la Muerte. Una y otra vez variaciones del mismo mensaje. Familia, fin, ¿más allá? ¿Resurrección? No entendía nada.

Tras darse por vencida, sacó un botecito de cristal del bolso y recogió una pizca de la tierra que cubría la tumba. Se levantó apoyando las manos sobre la lápida y guardó la tierra. Dio un paseo por el camposanto. Llevaba manzanas, granadas, castañas y una botella medio vacía de moscatel. Se sentó bajo el sauce llorón del centro del cementerio.

—Os he traído cosas —dijo mientras cortaba las frutas por la mitad y las dejaba entre las raíces del árbol—. Ahora está también mi abuela. Espero que encuentre paz aquí.

Terminó de repartir las castañas y rellenó con moscatel una copa de plata que había dejado ahí la última vez que fue.

Nunca había percibido el otro lado como algo oscuro, ni comunicarse con difuntos se le hacía macabro. Tampoco podía hablar del tema de manera natural con cualquiera, pero comprendía aquello como una parte más de su experiencia en este mundo. Si algo le había enseñado la abuela era que mantener una relación cordial con los espíritus del entorno es crucial para una bruja. Tras haberse desvinculado casi por completo de su familia, Dalia se sentía más cerca de los que ya no estaban.

—No sé qué ha pasado —ella oía a los espíritus, pero ellos también a Dalia— y no sé si voy a poder resolverlo.

Volvió al coche, no sin antes despedirse de todos los allí (no) presentes. Sus pies chapoteaban dentro de las botas granates que había escogido. Hasta entonces no había prestado atención a la lluvia, que la había empapado por completo. Se sentó tiritando y encendió la calefacción. Cuando se le secaron las manos y las suelas de los zapatos dejaron de resbalar contra los pedales, emprendió el camino de vuelta hacia su casa.

El deportivo azul seguía ahí aparcado, aparentemente descargado. Ya no había cajas a la vista y las luces estaban encendidas dentro de la casa vecina.

3
ENCAJE Y *PLUMAS*

La vida en casa del señor Narciso pasaba como si no acabasen de enterrar a la matriarca de la familia. Los negocios del cabeza de familia eran, todavía, su prioridad. Se encerraba días enteros en su despacho. En la mesa se seguía hablando de negocios, en los ratos libres se disfrutaba de batidos algo caros en cafeterías modernas, y la única que derramaba lágrimas por la difunta era Loto. El ambiente en aquella casa no acompañaba su duelo.

—Qué desgracia de mañana —dijo la mujer para sí, sin esperar respuesta de nadie—. Al menos, con esta lluvia me libro de regar las plantas.

Cruzó el umbral de la puerta trasera sin prisa alguna, con la resignación de quien entiende que el día no le pertenece del todo. Atravesó el porche trasero para coger dos ramitas de romero fresco y, de paso, arrancar cuatro hierbajos que habían crecido de más a los pies del pozo. No se molestó en calzarse. Durante los pocos minutos con la tierra bajo sus pies y el agua humedeciéndole el pelo, sintió que todo estaba bien. Cerró los ojos, se recostó sobre la tierra y dejó que las gotas se llevasen el cansancio de tantas noches sin dormir. Toda la vegetación del jardín estaba cubierta por una capa perlada de humedad. Tras un breve momento de meditación, abrió los ojos y estiró las piernas, volviéndose a situar en *este* plano, en el

mundo terrenal. Siguió el camino de piedras hacia la casa y entró en la cocina.

Había decidido, sin darle muchas vueltas, tomarse un par de semanas libres. Restaurar coches era un oficio honesto, pero nada que no pudiese esperar. Sentía que otros asuntos iban a requerir su atención. La sensación era de estar en el borde mismo de algo, con los pies rozando el filo de un acantilado. Preparó café y añadió una cucharada de miel oscura, y puso a tostar una rebanada de pan casero con aceite y romero.

Acababa de sentarse a desayunar a la mesita de hierro forjado bajo el porche cuando su hija asomó la cabeza hacia el exterior por la ventana del salón.

—Mamá, necesito que me lleves a la ciudad dentro de un rato —dijo Azucena.

—¿Ahora sí hablas?

—Si quieres te sigo ignorando y se lo pido a papá. Tengo que ir a comprar telas.

—Azucena Nerón —levantó la ceja izquierda con gesto inquisitivo —, cuidado con ese tono.

—¿Me llevas o no? —Apoyó los puños cerrados sobre sus caderas ladeadas.

—No molestes a tu padre. Dame un momento para terminarme el desayuno y nos vamos.

Azucena giró la cabeza y se fue dando pisotones por el interior de la casa, decidida a hacerse notar de camino a su habitación. Subiendo las escaleras, miró a través de los ventanales de la entrada. La niebla y la lluvia mantenían a toda la gente del pueblo en sus casas, y el valle entero parecía desierto. Murmuraba posibles combinaciones de ropa y accesorios mientras atravesaba el pasillo.

¿Un vestido fluido con un cinturón de conchas? ¿Bolso grande o pequeño? ¿Debía recogerse el pelo?

Su habitación era el caos perfecto. Había convertido la mitad de su gigantesco cuarto en un taller de costura, donde se atrincheraba cada tarde. Un corpiño a medio coser, hilvanado y prendido con alfileres al maniquí de la esquina; una estantería llena de telas, retales y ropa pendiente de remiendos; su última creación todavía bajo el prensatelas de la máquina… Rebuscó entre la ropa que se había apilado sobre su galán de noche una prenda capaz de deslumbrar a alguien.

—¡Mierda! —Se sobresaltó al tirar un botecito con cuentas de cristal de un codazo.

Eligió un top recién confeccionado de encaje con grandes lazos blancos a modo de tirantes. Antes de abrocharse una falda larga de satén color verde bosque, se perfumó las caderas con una bruma corporal dulce. Se recogió las ondas doradas con una horquilla grande de madera y se difuminó algo de sombra oscura y brillante sobre los párpados sin demasiado esfuerzo. Máscara de pestañas, pendientes dorados cómicamente grandes y un bolso malva de crochet que había tardado varias noches en tejer. Solamente le quedaba escoger brazaletes.

En la planta inferior, el último sorbo de café de Loto lo interrumpió un grito de su marido.

—¡Loto! —llamó a su esposa desde el despacho.

Narciso no podía verlo, pero los ojos de su mujer habían dado un giro de 360 grados dentro de sus cuencas.

—¡Narciso! —respondió de manera irónica, intentando desfogarse al levantar de más el tono de voz.

—¿Dónde está mi agenda?

—Donde tú la hayas dejado.

—¡Estaba aquí encima antes de que limpiases el escritorio!

—Pues ahí seguirá. Yo levanto cosas, paso el trapo y dejo todo en su sitio.

No se molestó en ir a ayudar a su marido. Años atrás lo hubiese hecho, pero el orgullo la anclaba a esa silla y la obligaba a terminarse el desayuno con calma, a no desviar sus planes ni un milímetro para complacerlo.

Tras dejar la taza en el fregadero, Loto se puso los zapatos y abrió la puerta hacia el garaje. Se subió al coche. Azucena, alertada por el chirrido de la puerta de que su madre salía de casa, corrió escaleras abajo con el bolso medio abierto y el neceser de maquillaje entre las manos.

—¿Voy bien así? —dijo mientras se sentaba en el asiento del copiloto.

—Está diluviando.

—Diría que las tiendas de la ciudad siguen teniendo techo.

—Va, cierra la puerta. Como te vea tu padre con el ombligo fuera…

—Tengo veinticuatro años —vocalizó de forma burlesca—. Es mi deber lucir todo esto antes de que la gravedad haga su efecto. —Su madre le lanzó una mirada capaz de atravesarle el cráneo, y ella corrigió el tono de inmediato—. Llevo un suéter fino en el bolso para cuando volvamos.

El trayecto hasta la ciudad no era una gran travesía. Bajaban la ladera de la montaña por la carretera principal, que no contaba con más de un carril por sentido, y cruzaban el punto más bajo del valle por uno de los varios puentes que conectaban los dos márgenes del río. En la orilla contraria estaba la ciudad. Esos seis minutos en coche se traducían en paseos de algo más de un cuarto de hora, que a Azucena le encantaba dar sola.

Se tomaba la bajada bordeando la carretera como su pasarela personal, e intentaba lucir sus mejores galas en un intento de prendar a alguien. Los días de lluvia, el puente era resbaladizo, y el paso bajo las vías del tren se encharcaba; un terreno incompatible con sus zapatos de diseño. Entonces, sacrificaba su paz mental e intercambiaba cuatro palabras con sus familiares para que le hiciesen de taxi.

Loto dejó a Azucena delante de la tienda de telas y tapizados, y aprovechó el viaje en coche para dar un paseo por el centro. El casco histórico estaba conformado por cuatro calles, que llevaban a la plaza del antiguo ayuntamiento. Pese a que el encanto se perdía en cuanto caminabas más allá de la rambla, hacer un par de recados por las calles peatonales y sentarse a tomar un café en cualquiera de las cafeterías del centro la hacía sentir en paz.

Pasó por su pastelería preferida, justo al lado del parque, y compró dos dulces pequeños a granel antes de dirigirse al horno-cafetería del otro lado de la calle. Las enormes cristaleras sustituían las paredes del establecimiento, y en días tan húmedos se empañaban un poco en la parte superior. El interior era tremendamente moderno; las sillas de colores estaban sacadas de Pinterest y todas las bebidas del menú llegaban a la mesa listas para hacerles fotos.

—¡Hola! Un café con leche y una tostada con tomate y aceite, por favor —dijo a la camarera antes de que tuviese tiempo de traerle la carta.

Tras casi una hora de paseo se le había vuelto a abrir el estómago. Tal vez fue el ejercicio físico, o tal vez esa hambre de media mañana era fruto de la ansiedad provocada por una hija que cada vez era menos joven y no tenía la vida encaminada, y por un marido que

últimamente se comportaba como otro niño al que criar… Quién lo sabía.

A aquellas horas el café estaba lleno de señoras diez o veinte años mayores que ella, que hablaban de sus nietos, de *patchwork* o de las pastillas que les había recetado el médico. Seguramente no hubiesen diseñado aquel espacio con personas de la tercera edad en mente, pero los sillones eran tremendamente cómodos, y el chocolate caliente con avellanas y nata montada parecía ser la mejor de las meriendas para aquellas ancianas.

Pronto llegaron el café y las tostadas a la mesa. Loto volvió a sí misma después de un rato perdiéndose en conversaciones ajenas, y aprovechó que el café estaba demasiado caliente para enviarle un par de mensajes a su hija.

Azucena, estoy en El Horno.

Ven al terminar o llámame.

TQ

En su bolso de piel de segunda mano guardaba algunos minerales, especias multiusos y su baraja de tarot preferida. Evitaba sacarla en público, pero siempre la llevaba encima por si las moscas. Tomó una ramita de canela disimuladamente y la usó para remover el café en lugar de la cucharilla. Con el aceite dibujó runas sobre las tostadas, para proteger y dar energía, que era lo que más le hacía falta.

Se acomodó en aquella butaca de terciopelo rosa pastel y empezó a comer. Desde el día del funeral había intentado estar al tanto de

los pasos de su marido respecto a la herencia, pero sin generar sospecha. No soportaba estar cerca de alguien tan enfadado y con tan pocas ganas de solucionar lo que le molestaba. También pensaba en la conversación con su sobrina. Tenía muchísima facilidad para escuchar a personas difuntas, y siempre había mantenido muy buena relación con Adelfa. Era extraño que no le hablase desde el otro lado.

Los doscientos pensamientos en su cabeza no paraban de mezclarse y, tal vez, tomarse una bebida con cafeína no le estaba ayudando nada. Un montón de bolsas de papel llenas de telas y ornamentos cayeron sobre la butaca opuesta y la sacaron de su abstracción.

—Ya estoy.

—¡Azucena! ¡Qué susto!

—Te he llamado, pero no lo has cogido, así que he venido por debajo de los balcones.

—¿Te has mojado mucho? —Pellizcó el dobladillo de la falda de su hija para comprobarlo por sí misma.

—No, por suerte llevaba un invento en el bolso llamado paraguas —dijo con tono sarcástico.

—¿Quieres algo?

—Una manzanilla. Necesito algo caliente.

Mientras su madre llamaba la atención de la camarera y pedía la infusión, Azucena empezó a sacar de las bolsas sus mejores hallazgos en la tienda de telas.

Metros de brocado azul y dorado, flecos de colores, cintas de pedrería, tela vaquera con brillantitos incrustados, chifón de color azul y encaje a juego, terciopelo oscuro de estampado floral… Con cada elemento había una idea tremendamente clara. El terciopelo era para una falda de corte godet perfecta para entretiempo; la tela

vaquera, para probar un patrón sesentero de vestido mini; el chifón y el encaje, para un set de lencería con una de esas batas largas superdramáticas. Se le encendía una chispa especial en la mirada y la voz le cambiaba de tono cuando hablaba de sus proyectos de costura. Tenía muy buenas ideas y muchísimo gusto para ejecutarlas. Su madre intentaba escuchar atenta, pero solía perderse en cuanto Azucena empezaba a utilizar tecnicismos *costuriles*.

—A esta falda le pondré un galón de pasamanería en los bajos, del color de las hojas del estampado, que creo que va a quedar precioso y le dará un toque especial.

—Es una tela preciosa.

—Sí, he tenido que coger unos metros extra de casi todas porque quiero hacer pruebas con patrones nuevos, que no sé si los tendré que cortar al bies, y hay algunos tejidos que siempre me dan sustos durante el deslustre.

—Bueno, ¿había alguna oferta? Si tuviesen tarjeta de membresía, tú seguro que serías una clienta preferente.

—La señora últimamente me redondea los precios hacia abajo, pero además algunos modelos estaban a mitad de precio por liquidación de final de temporada.

Llegó la manzanilla cuando la joven había devuelto todas sus compras a su respectiva bolsa. Decidió empezar a tomarla con la cucharilla, soplando un poco, porque se moría de ganas por llegar a casa y ponerse a coser. Su madre comía con calma y miraba por la ventana perdida en sus pensamientos.

La lluvia en ese momento iba acompañada de fuertes rachas de viento, que impulsaban cada gota contra los cristales que delimitaban la cafetería. Loto giró la cabeza en dirección al ventanal más cercano, sorprendida por los golpes casi rítmicos desde el exterior. El agua se deslizaba formando una cortina que impedía ver

más que siluetas a través de ella. Madre e hija, sin llegar a intercambiar palabras al respecto, decidieron quedarse unos momentos más esperando que amainase la tormenta.

—No vas a hacer lo del pelo, ¿eh? —dijo Azucena.

—Es una gran tormenta y hoy me duele la cabeza. Como ate esto para salir de aquí, voy a estar encamada el resto del día.

Su hija le ofreció media sonrisa comprensiva y se acomodó en su butaca para buscar patrones en internet. Loto llamó a la camarera levantando un poco la mano de la mesa y, en vista de que la espera iba para largo, pidió el mismo chocolate caliente que las señoras. Cuando la joven se apartó, ella distinguió una silueta tras la cascada de agua al otro lado del ventanal. Parecía un pájaro oscuro, batiendo las alas lo suficiente como para mantenerse en el mismo punto; estático, a pocos centímetros del cristal, como si intentase mirar hacia dentro. En el momento en que entrecerró los ojos para vislumbrar qué era y qué hacía esa criatura, el pájaro echó a volar, desapareciendo de su campo de visión.

Loto frunció el ceño con gesto de extrañeza y trató de reproducir la escena en su mente. La sombra, las alas, una mirada que le había puesto los pelos de punta… Balanceó la butaca sobre las patas traseras para tener mejor ángulo y poder observar el exterior.

—¿Mamá? ¿Qué haces? —Levantó la cabeza y alargó el brazo alrededor de la mesa para evitar un desliz del asiento de su madre.

—Nada… —respondió, mirando aún el ventanal—. Me ha parecido ver algo.

—¿Qué vas a ver con toda esta lluvia? —dijo Azucena con tono gracioso, devolviendo la vista al móvil.

—Un pájaro. No sé, parecía que miraba hacia aquí.

—Aquí solo hay palomas, y dudo que hayan salido mientras cae el diluvio universal.

—No, una paloma no. Era un ave de pluma más oscura, y no volaba como un pájaro.

Azucena alzó la vista con gesto de interés y miró hacia fuera.

—¿Un cuervo, entonces?

Loto no ofreció respuesta inmediata y su hija volvió a ensimismarse en su búsqueda del patrón perfecto. Algo de la aparición fugaz le había revuelto el estómago. Su intuición le decía que aquello no había sido un hecho casual. Tenía un nudo en la garganta, signo que siempre precedía un evento catastrófico. Se frotó los lagrimales con el meñique y miró por última vez a través del cristal, pero el ventanal solo ofrecía el reflejo borroso del interior del café, y la lluvia implacable parecía que nunca daría una tregua.

—¿Tú crees en los presagios? —preguntó Loto de pronto, bajando el tono de voz como si alguien estuviese escuchando.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —rio Azucena.

—No sé… He tenido un mal presentimiento.

Su hija respondió con mirada seria y el gesto firme que usaba para arrancar de raíz las fantasías de su madre.

—Será el dolor de cabeza. Cuando te da fuerte, siempre ves cosas raras. ¿Te has traído las pastillas?

Por un momento parecía que los roles de cuidadora y cuidada se hubiesen invertido. Llegó el chocolate caliente y Loto rodeó la taza con ambas manos, necesitada de un poco de calidez para deshacerse del escalofrío que todavía le recorría el cuerpo. No quedó muy convencida con la resolución racional de su hija, pero quería creer en esas palabras. Quería creer que había sido producto de su imaginación, de una migraña intensa, y no que había visto… *algo más*.

Asintió despacio, sacó el monedero del bolso en busca de un analgésico y lo tomó con un sorbo de chocolate. En ese preciso

instante un pensamiento fugaz le terminó de helar la sangre: ¿y si ese ser trataba de encontrar a alguien?

4
Contacto

Por mucho que cambiase la dirección del viento, en el pueblo se seguía respirando un aire denso con notas de misterio. En casa de Dalia, la monotonía reinaba desde su visita al cementerio. Se despertaba algo más tarde de lo normal, desayunaba buñuelos de calabaza caseros, hacía únicamente los recados más imprescindibles, volvía algo tarde como para cocinar y comer a una hora aceptable, así que terminaba merendando —un poco pronto—. A veces lasaña, otros días era sopa de tomate, o empanada de berenjena con miel y nueces, o arroz de montaña… Desde consomés hasta horneados, iba cocinando todos y cada uno de los platos que su abuela le había enseñado. Esa vez, por respeto, sin ningún ajuste ni toque personal.

La hora de la cena era más complicada. No por los alimentos ni el hecho de preparar un plato, sino por el cambio casi imperceptible que tenía lugar conforme se acercaba el crepúsculo. La noche cada vez caía más temprano y la cocina dejaba de parecerle cómoda en cuanto el sol se ponía. Antes toda su casa era un remanso de paz, un refugio, su propia fortaleza. Las paredes estaban encantadas para guardarla de aojamientos y malas intenciones, los fogones llenaban de energía cualquier hechizo que se cocinase en ellos, incluso la mirilla de la puerta era un amuleto protector contra males de ojo. Su abuela se aseguró de embrujar correctamente cada centímetro de

aquella casa para que Dalia viviese segura, pero, desde su muerte…, el abrazo de aquellos muros la ahogaba poco a poco. Con la marcha de la luz se iba también toda razón y sentimiento de seguridad. La ventana sobre el fregadero pasaba de mostrar su jardín a una oscura infinidad que podía ocultar cualquier cosa. Los objetos más comunes deformaban sus contornos hasta resultar siluetas hostiles. Era una sensación nueva para ella. Se sentía observada por alguien —o algo — a través del cristal. Muy dentro de su ser sabía que aquella incomodidad no era fruto de su imaginación ni resultado del cansancio. No cuando el contacto con los difuntos se le complicaba cada día más. No cuando los pájaros callaban antes de tiempo. No cuando sus sueños estaban llenos de mensajes indescifrables.

¿Eran imaginaciones de Dalia o verdaderamente la magia de Adelfa se había apagado con ella?

La curiosidad por su vecino había sido sustituida por un sentimiento de odio profundo. Pese a sus esfuerzos para descubrir quién había comprado la casa del difunto Hilari, todavía no había conseguido verle la cara. Las cartas no le decían más que la primera vez que las consultó. El coche seguía aparcado en el mismo sitio desde la mudanza. Los días siguientes oyó puertas y ventanas abrirse, algún taladro o martilleo; lo normal mientras alguien se instala en una casa. A partir de la cuarta o quinta jornada, cuando ya no había sombras de cajas proyectándose en las cortinas de aquel comedor, fue el momento en que empezó una batalla de lo menos silenciosa.

El vecino resultó ser músico. Tenía la *horrenda* costumbre de componer al aire libre, y la lluvia no le suponía ningún inconveniente.

Se sentaba bajo el rosal que el señor Hilari había conseguido convertir en una enredadera con ayuda de cañas y bridas, y que

había crecido denso hasta convertirse en un cobertizo.

Desde ahí abajo, sentado de piernas cruzadas, con la mirada gacha y sus ondas castañas tapándole el rostro casi por completo, probaba progresiones de acordes en su guitarra. Cuando encontraba alguna combinación de su agrado se separaba un poco el instrumento del pecho, apoyaba su cuaderno sobre la tapa trasera y tomaba nota de todo. Luego iba la melodía. Tarareaba hasta dar con algo que no le hiciese fruncir el ceño, y volvía a apuntar. Por último, la letra. A veces fluía sin esfuerzo, y otras se le quedaban las palabras enredadas en la lengua. Repetía una y otra vez la estrofa tratando de plasmar correctamente con sílabas lo que le rondaba la cabeza. Empezaba de nuevo cuando la elección de palabras no cumplía con sus expectativas, llegando a parecer un disco rayado. Entonces cerraba el cuaderno, frustrado, y volvía al interior de la casa empuñando la guitarra por el mástil.

Dalia observaba atenta sentada sobre su altar. Había apartado las velas, los huesos y los minerales lo suficiente como para no estar incómoda ahí encima. El joven no cantaba demasiado alto, y ella no terminaba de descifrar sus letras. Entre el volumen reducido de la voz y la percusión de la lluvia contra el tejado del ático, solo escuchaba una melodía tenue acompañada de acordes que se repetía a partes y en bucle. Era exasperante. El sonido desordenado de su vecino no le permitía comer en paz, ni leer ni seguir con la investigación sobre la muerte de su abuela. Ni siquiera sabía quién la molestaba.

El enfado era completamente irracional, y las soluciones que pasaban por la cabeza de Dalia resultaban igual de descabelladas.

—Si al menos supiese su nombre —dijo en voz alta dirigiéndose a sus difuntas—, le haría una atadura de lengua. Como mínimo

necesitaría verle la cara. Si no, ¿cómo me aseguro de estarle destinando un hechizo a él y solo a él?

Terminaba de pronunciar esas palabras cuando una cuchara de palo que reposaba sobre su altar cayó al suelo, como si una de sus ancianas desde el más allá estuviese dándole un mensaje.

—¿Le cocino?

La pregunta era retórica y sabía que la respuesta era más que afirmativa. Si bien es cierto que una persona cualquiera habría intentado solucionar el ruidoso problema mediante una conversación cordial antes de sacar la artillería pesada, Dalia no estaba en sus cabales. Llevaba más de una semana sin contacto humano, exceptuando la llamada con su mejor amiga, prácticamente encerrada en su casa. ¿Quién no perdería la cordura?

Necesitaba compañía, su vínculo con gente querida, pero la urgencia de aislarse para solucionar el misterio de su abuela cuanto antes era superior. No solo estaba en juego resolver aquella incógnita, sino también probarse a sí misma que podía ser bruja sin su maestra.

Precalentó el horno a 180 grados mientras pensaba cómo modificar un poco su receta preferida de bizcocho de manzana. Preparó doscientos gramos de harina, otros doscientos de mantequilla y otros tantos de azúcar. También cuatro huevos y tres manzanas. Una cucharadita de levadura y dos pizcas de sal. Se frotó los huevos por la piel, a modo de limpieza energética. Estos absorberían toda mala energía que tuviese e impregnarían el bizcocho. Separó las yemas y las montó con el azúcar hasta que se tornaron blanquecinas. Añadió la mantequilla y batió hasta integrarlo todo. Añadió la harina y la levadura tamizadas. Quería callarlo, pero no que se atragantase con un grumo. Montó las claras a punto de

nieve e incorporó un tercio a la masa sin demasiado cuidado. Añadió el resto de las claras al bol e integró todo con paciencia.

Sus manos removían los ingredientes, haciendo pliegues con la cuchara sobre la masa. Con la mirada perdida en la infinidad de su diminuto jardín, recitaba una y otra vez el encantamiento. Notaba que su enfado viajaba desde todas las zonas del cuerpo hacia la punta de los dedos, traspasaba el bol y se incorporaba en la masa como un ingrediente más.

Que el aliento del verbo se duerma en la carne,
que la lengua cantora no hable jamás,
que el sonido cese y la palabra se apague.
Ahora calla.
Tragar esta masa tapará tu garganta.
Ahora calla.

Levantó la cuchara de la masa y dibujó tres cruces superpuestas mientras recitaba el pequeño encantamiento. «Esto será suficiente como para que deje de cantar», pensó.

Vertió la mezcla en un molde metálico cubierto por una ligera capa de harina. Se sorprendió a sí misma acercándose la cuchara a la boca para probar un poco del preparado. El hábito de catar todo lo que cocinaba casi la traicionó. Dejó caer la cuchara sobre la encimera y apretó fuerte los labios. No quería sufrir los efectos de su propio hechizo.

Apuñaló las manzanas antes de pelarlas y cortarlas en láminas finas. Dibujó cruces sobre los corazones de la fruta y luego decoró la parte superior del bizcocho con un motivo circular hecho de manzanas.

Puso el molde sobre la rejilla del horno, giró la ruedecilla del temporizador hasta que marcó los cincuenta minutos, cerró la puerta

y se sentó justo delante. ¿Qué haría este pastel?

Observando atentamente cómo subía la masa, pasó media hora. El sonido del temporizador la devolvió a la realidad. Apagó el horno y dejó el postre dentro unos minutos. Aprovechó el momento de enfriado para subir y vestirse. Si iba a fingir darle una bienvenida al nuevo vecino con un dulce casero, como en las películas norteamericanas, tendría que transmitir la impresión adecuada. Aunque no fuese bienvenido. Pese a que el pastel era capaz de dejarlo sin voz para siempre.

Revolvió el vestidor. Se decantó por un vestido corto de color negro y manga corta, con un escote cuadrado. Se aplicó un poco de sombra color vino en los ojos a toquecitos con el dedo meñique, y se bañó en perfume de vainilla y azafrán.

Corrió hacia la cocina para desmoldar el bizcocho. Casi las seis de la tarde. No quería presentarse en casa del vecino a una hora poco decente. Lo decoró con unas hojas de menta y flores de calabaza secas, y lo puso sobre una bandeja de tartas. Salió de casa haciendo malabares con el pastel, las llaves y el paraguas.

—Menos mal que es justo aquí —dijo mientras encajaba su cuerpo y la bandeja dentro de la circunferencia del paraguas.

Cruzó el pequeño jardín delantero de aquella casa de ladrillos y alargó la mano para tocar el timbre. Esperó unos segundos y volvió a pulsar el botón. Dalia acercó la oreja a la puerta intentando escuchar si el vecino seguía dentro. No estaba cantando en el jardín ni le había oído abrir la puerta delantera. Tampoco había usado el coche. Tenía que estar ahí.

Las gotas de lluvia se convirtieron en una bruma fina que caía con delicadeza, permitiéndole escuchar mejor el interior de la casa. Había música.

—Está equivocado si se piensa que me va a ignorar —susurró antes de golpear la madera con los nudillos.

Volvió a acercar la cabeza a la puerta. Alguien había parado la música. Unos pasos suaves hicieron crujir el suelo de madera. Se incorporó y se arregló los mechones cobrizos que se le habían descolocado mientras jugaba a ser detective.

—¿Quién es? —pronunció firme una voz tras la mirilla.

—Soy Dalia, la vecina de al lado.

El joven no tardó demasiado en quitar el pestillo y abrir la puerta. Ella clavó los ojos en la bandeja, nerviosa. Podía intuir poco más que una silueta masculina en el límite superior de su campo de visión. Ambos querían conocerse, pero Dalia tenía fines más retorcidos que simplemente recibir al recién llegado.

—Hola, ¿puedo ayudarte en algo? —dijo el joven, apoyándose sobre el marco de la puerta.

—Te he traído un pastel de bienvenida.

Dalia no era capaz de mantenerle la mirada. No podía hacer más que observarle los pies, descalzos. Quería que cogiese el postre, le metiese un bocado y se callase durante un mes y medio a causa de una infección de garganta horripilante.

El chico la observó de arriba abajo y le ofreció media sonrisa mientras cogía el pastel de entre sus manos.

—Gracias, Dalia.

—No hay de qué… Em…

—Rabel. —Extendió la mano en un intento de gesto cordial—. Me llamo Rabel.

Ella por fin levantó la vista del suelo y se la apretó.

—Espero no haber molestado con la mudanza.

«Si solo hubiese sido eso», pensó Dalia.

—No, no. Me sorprendió ver a alguien que no fuesen los dueños por aquí. Nada más.

—La sorpresa parece haberte durado días.

«¿Y este de qué va?».

—¿Qué?

—¿No eres tú la que se sienta en aquella ventana cada vez que salgo al jardín? —dijo apuntando con el dedo hacia el ático de su casa.

—No te observo. Trabajo ahí. —Se le escapó una risa algo incómoda—. Supongo que coincidimos en horarios.

—Oh. Habrá sido impresión mía entonces.

Ambos se quedaron en silencio unos segundos. Dalia aprovechó para diseccionar con la mirada a su vecino. Algo mayor que ella, aunque no pasaría de los veinticinco años. Camisa de lino color blanco, pantalones verde oliva algo anchos, y todavía llevaba el lápiz detrás de la oreja. Las ondas castañas le reposaban sobre unas cejas proporcionalmente anchas. Justo debajo, tras unos párpados un poco rasgados, unos ojos verde musgo y marrón cerezo a partes iguales, con reflejos color miel y un aura extraña en las pupilas. Parecía no haberse afeitado en cuatro o cinco días. «¿Por qué viste como si su referente estético fuese un bardo del Medievo?». Olía a bosque, madera un poco dulce y flores silvestres.

—Bueno —interrumpió la minuciosa exploración visual a la que le estaba sometiendo Dalia—, me encantaría seguir hablando, pero…

—Sí, por supuesto —respondió Dalia, sonrojada, como si no se hubiese fijado en la cantidad de tonos verdes y marrones que albergaban las pupilas de Rabel.

—… tengo cosas que hacer.

—Yo también tengo que… —se le atragantó una excusa decente y balbuceó— cosas.

—Gracias por el pastel.

El «adiós» de Dalia quedó silenciado por el portazo de Rabel.

Se quedó unos segundos frente a la puerta cerrada, apretando los labios y sintiendo cómo le ardían las mejillas. ¿Era vergüenza o rabia? Tal vez frustración cocida a fuego demasiado lento. Se agachó un poco para recoger el paraguas, que se le había caído al suelo durante la bochornosa interacción, y bajó el par de escalones con algo de disimulo. Aceleró el paso cerrando los puños y, escondiendo la cara tras el flequillo, abrió la puerta de su casa a trompicones y la cerró rápidamente. Antes de quitarse los zapatos se encogió de hombros y suspiró. Si el hechizo funcionaba, Rabel pronto estaría tosiendo al ritmo de síncopas y no sería capaz de entonar una sola nota. Si no…, ya pensaría otra cosa.

Subió rápidamente hasta el ático, su puesto de vigía, a comprobar que el plan había ido según lo esperado. Las luces de la casa vecina seguían apagadas pese a haberse puesto el sol. «¿Habrá probado el pastel?». No pudo evitar imaginar sus muecas al notar cómo se le atrofiaban las cuerdas vocales. Abrió el ventanuco. Silencio. Solamente lluvia y silencio.

Las comisuras de los labios se le elevaron dibujando algo parecido a una sonrisa. Al amasijo de culpa y alivio lo sustituyó una calma inmensa.

—Teníais razón. Nada mejor que un postre casero para callar a un hombre.

Aprovechó el resto de la tarde para retomar la investigación. Configuró un mapa en la pared con preguntas, imágenes de cada miembro de la familia, la escena del crimen, las propiedades de la abuela, sus amistades…

La hipótesis de un asesinato mágico era disparatada. ¿Y si no había entendido bien el mensaje del abuelo? Adelfa ya no estaba

presente para hacerle sugerencias y correcciones mientras tiraba las cartas. Le resultaba imposible escuchar la voz de su abuela. ¿Y si nadie había matado a nadie? ¿Y si, pese a no ser *tan* mayor, había muerto de manera natural, tal y como dijo el forense?

Siguió haciendo su mapa conceptual con el deseo de aclararse las ideas. Quizá así tendría una nueva perspectiva, o podría esbozar los siguientes pasos para descubrir el misterio o, como mínimo, sabría si todo era una pérdida de tiempo. Tijeras, chinchetas, papel, fotos, rotuladores y lana roja. Aquello parecía sacado de una serie policiaca.

Empezó a descartar sospechosos en voz alta con velones encendidos justo delante, a la espera de confirmación desde el más allá.

—Tío Narciso… —se apoyó el bolígrafo sobre la boca cerrada mientras pensaba— no mataría a su propia madre para vender un par de casas y dos terrenitos, y menos con magia. Tío Narciso no hace magia. Desprecia la magia.

Miró fijamente las llamas, que asintieron casi al instante.

—Tía Loto sí hace magia. Es bruja —las velas ofrecieron confirmación a lo evidente—, pero no dañaría a su suegra. Loto no ha tenido más que aprecio por esta familia. Ella tampoco ha sido.

El fuego corroboró las palabras de Dalia. Antes de que le diese tiempo a seguir razonando en voz alta, oyó la puerta del jardín trasero de su vecino. Se abalanzó sobre el altar y apoyó la frente en el cristal de la ventana. Ahí estaba, guitarra en mano, con solo un trozo de pastel en la bandeja, sentado bajo el rosal. Afinó tranquilamente y volvió a buscar melodías.

—No me lo puedo creer…

Tenía los ojos como platos. «¿Qué ha podido fallar?». Clavó las uñas en la madera del altar manteniendo la mirada fija sobre la

cabeza de Rabel. Paró de tocar, tomó la última porción y le dio un bocado ansioso. Luego, miró hacia arriba y levantó el trozo de pastel hacia Dalia, como si fuese un brindis.

Estaba fascinada. Había hecho un hechizo que dominaba. Y el muy bruto se lo había comido de una sola sentada. ¿Lo peor de todo? Parecía estar más inspirado que nunca. ¿Qué había podido salir mal? ¿Acaso se le había olvidado ser bruja? Sus melodías en bucle y búsquedas tonales obligaron a Dalia a poner en pausa sus dotes detectivescas hasta nuevo aviso.

Se sentó una vez más sobre el altar y abrió el ventanuco tratando de oír tras la lluvia con algo de claridad. Ladeó la cabeza. Sus oídos sintonizaron perfectamente la voz de Rabel. Escuchó atentamente cómo escribía su nueva canción. Una secuencia de notas algo enrevesada, unos acordes bastante influenciados por la bossa nova, una pulsación tremendamente firme que se sincronizó con los latidos del corazón de Dalia. Entonces, tras alguna corrección y un par de apuntes en el cuaderno, Rabel ideó la letra.

Quiero saber qué significa cruzar las miradas
y soñar con nuestras manos entrelazadas.
Y quiero dormir cerca del fuego de tu pelo
y amanecer entre las curvas de tus caderas.

—¿Qué es esta letra? ¿Fuego del pelo? —se exaltó—. ¡¿Está escribiendo sobre mí?!

Se levantó ofuscada del altar e intentó con todas sus fuerzas no pegarle un grito desde la ventana. «¡Será guarro!».

Pronto se dio cuenta de que esa sesión de composición casi no presentaba dificultad para Rabel. La letra fluía y la estructura era prácticamente perfecta. Volvió a sentarse, todavía molesta. Necesitaba confirmar si cantaba sobre ella.

No pronuncies su nombre,
solo yo debo estar en tus labios.
La única en la que piensas
cuando no estoy a tu lado.

—¿Está cantando en femenino? —Dalia se ahogó en una carcajada gutural involuntaria. Rápidamente miró hacia abajo. Rabel seguía en la misma posición. No se había inmutado. ¿Por qué estaba tan concentrado? ¿Qué canción era esa?

5
OTRO RITMO

Úrsula llegó sin llamar antes, como solía hacer para que su amiga no tuviese tiempo de esconder las pruebas que demostrasen que no estaba del todo bien. Los primeros rayos de sol que iluminaron el pueblo después de semanas de chaparrones y lloviznas la obligaron a ponerse unas gafas que tenía en la guantera de su Fiat. Traía una bolsa de papel llena de cruasanes todavía calientes y llevaba su pelo negro a medio recoger en una pinza de plástico cubierta de brillantitos. Top negro encorsetado con detalles de encaje artesanal, falda de corte retro por debajo de la rodilla, maquillaje vintage sutilmente corrido, un bolso de marca microscópico y unos tacones demasiado altos para ir a desayunar a casa de una amiga. Iba vestida como si acabase de salir de una rueda de prensa… o de un *after*.

Imposible descifrarlo.

La envolvía un aura de caos elegante y su inconfundible perfume de rosas y café. Llegó a la puerta desfilando al ritmo que le marcaban sus tacones.

—Daliaaa —apretó el timbre varias veces—, ¡abreeeeee!

No respondió con el chasquido del cerrojo inmediatamente. Se hizo esperar. Abrió la puerta muy despacio. Al separarla del marco, se vio sorprendida por los rayos de luz, que parecían querer

perforarle los párpados. Giró la cara hacia el interior casi involuntariamente, y observó su reflejo en el espejo del recibidor. Era evidente que no había descansado demasiado. Más bien nada. Todavía llevaba la ropa del día anterior y las ojeras le hacían juego con la alfombra violeta de la entrada.

—¿Qué pasa? ¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó con esa aspereza que tienen las primeras palabras del día.

—Son casi las once —sonrió—. Ahora mismo es «tan pronto» en Ohio.

Puso la mano en el marco de la puerta intentando abrirse paso hacia el interior de la casa. En la maniobra dio una patada a algo que estaba apoyado en las macetas de la entrada de su amiga. Ambas se sobresaltaron por el estruendo metálico.

—¿Qué ha sido eso?

—Nada. Mi bandeja para tartas.

Dalia se la apretó contra el pecho, giró sobre sí misma y se dirigió a la cocina a paso rápido. No pareció sospechoso; igualmente, la bruja nunca saludaba con abrazos ni besos. Dejó la bandeja en la pila y puso la cafetera en el fuego. Pasó un trapo húmedo sobre la mesa de la cocina y buscó un par de tazas limpias en la alacena.

Úrsula cerró la puerta con cuidado, dejó el bolso en la entrada y escaneó el interior de la casa con la vista. Olía a humedad, café de hacía días, incienso y cera derretida.

—¿Dónde dejo los bollos? —Su mirada se perdía entre la infinidad de libros abiertos posados sobre cualquier superficie plana de la planta baja.

La sinfonía de portazos, cubertería, sartenazos y platos repicando que orquestaba Dalia ordenando la cocina ahogó la voz de su amiga. Se paseó por el comedor y abrió las cortinas para inspeccionar algo más de cerca las lecturas de su amiga. Amuletos tradicionales, males

de ojo, maldiciones, duendes domésticos, preparación de venenos, comunicación con espíritus… Desde la llamada de la semana anterior no habían vuelto a hablar; ni un solo mensaje.

«¿De verdad piensa que alguien ha matado a la señora Adelfa?».

Úrsula hizo una mueca y negó con la cabeza frente a la imposibilidad de aquel hecho. Sin dejar de observar cada rincón, cruzó el arco hacia la cocina.

—¿Dalia? ¿Pongo esto aquí?

—¿Qué? —murmuró, incapaz de fijar la mirada en un punto concreto, notándose el pulso en la garganta—. Ah, cruasanes. Sí, espera. —Sacó un platillo de porcelana decorado a mano y lo puso en el centro de la mesa de la cocina—. Toma.

Úrsula intentaba descifrar qué le pasaba a su amiga. Arrastró una de las sillas de madera y se sentó, no sin antes diseccionar cada centímetro de la estancia con la mirada.

—¿Te ayudo? —preguntó, deseando que la anfitriona le diese alguna pista sobre qué le nublaba la mente.

—No, no. Yo… Café. —Cogió una manopla del cuarto cajón de su cocina, lo cerró de un golpe con la cadera y apartó la cafetera del fuego—. Ya está listo.

Úrsula tomó un cruasán, arrancó pequeños trozos y empezó a comer. Dalia le sirvió un poco de café en la taza con las manos temblorosas. Su amiga la miraba atentamente. Un par de gotas que se escurrió por el borde de la taza y manchó el mantel delató lo alterada que estaba Dalia.

—Dame, trae, ya sirvo yo. —Su voz iba perdiendo el tono increpante y se teñía de compasión.

—Gracias.

Dalia tomó el tarro de miel y disolvió una cucharada en su taza de café solo. Mientras removía el líquido, intentó encantarlo, trazando

algunos símbolos con la cuchara, pero ni su pulso ni su cabeza le permitían hacer magia. Sentía que perdía la precisión de su propia fe. Úrsula guardaba silencio.

Justo cuando Dalia iba a vocalizar alguna frase para romper la tensión del momento, empezó a sonar una guitarra. No un tema en concreto ni una melodía definida. Acordes dispersos. Pruebas de combinaciones, cambios del patrón rítmico, búsquedas de una melodía para las progresiones armónicas con un silbido que subía y bajaba buscando el tono exacto. Cuando el silbidito había concretado las notas, un tarareo casi insolente era el encargado de convertirse en palabras.

Mientras Rabel ofrecía uno de sus conciertos para el vecindario con total normalidad, las dos jóvenes se miraron a los ojos sin articular palabra. Dalia apretó la mandíbula y sacudió la cabeza lentamente, con ira. Úrsula ladeó el cuello hacia la ventana que daba al jardín entornando los ojos en un intento de aguzar el oído, sin levantar las pupilas de las de su amiga. Tras las gafas de Dalia, empañadas por el café, se distinguían perfectamente unos ojos cada vez más vidriosos, cansados, exasperados.

—¿Qué es eso?

—Rabel.

—Juraría que es una guitarra.

—No. Rabel. Mi nuevo vecino. Rabel.

—¿Qué? ¿En casa de mi abuelo?

Dalia empezó a relatar el extraño proceso de mudanza y las costumbres peculiares del nuevo habitante del pueblo, a la vez que engullía cruasanes rellenos de la pastelería del parque y articulaba la retahíla de insultos más extensa y enrevesada posible. Notaba cómo el nudo del estómago se le deshacía por momentos conforme encadenaba palabras. Solo necesitaba hablar de ello. Su amiga

escuchaba perpleja, apartándole la mirada exclusivamente para revisar el móvil de vez en cuando. Habían vendido la casa de su abuelo en su ausencia. Estaba de gira. Ella habría comprado esa casa.

Se la había quedado un cantautor bohemio, pesado y mediocre.

¿Podría ser que la llamaran y ella no revisase el registro de llamadas? No. ¿Algún mensaje? Comprobó los chats privados y los grupos con familiares, pero no había más que fotos de amaneceres pixelados con letras fluorescentes que decían: «Bendecidos días» o «Feliz viernes» y un par de audios accidentales de su madre. Nada de la casa, ni de las escrituras ni de la venta. ¿Tendría algún mensaje en el buzón de voz? Levantó el índice y extendió el brazo para hacer callar a su amiga y poder escuchar bien. «Tienes *cero* mensajes nuevos», dijo la voz robótica de su contestador. Estaba boquiabierta.

—¿Úrsula?

No era capaz de decir palabra. Tampoco identificaba qué estaba sintiendo. ¿Rabia? ¿Tristeza? ¿Impotencia? Menos aún generaba un solo pensamiento racional.

—No me lo puedo creer.

—¿No sabías nada? —Úrsula negó con incredulidad—. Nadie del pueblo sabía que la casa estaba en venta. Yo me enteré cuando vi las cajas de mudanza de Rabel en la acera, pero supuse que te habrían dicho algo.

—Joder. —Puso cara de asco—. Madre de Dios. ¿Por qué no para de tocar lo mismo una y otra vez?

—Está componiendo. Estos días de tormenta, la lluvia y los truenos silenciaban un poco el ruido, pero ahora se oye todo. —Se frotó los ojos con la palma de la mano y suspiró—. Ojalá vuelva a llover pronto.

—Habría comprado yo la casa.

—Te prefiero a ti de vecina que a este insoportable —dijo con media sonrisa, intentando aligerar el tono pesado de la conversación, como solía hacer su amiga.

—Al menos yo canto; no grazno.

Ambas estallaron en una risa tan estrepitosa que hizo que el vecino interrumpiese su recital por unos momentos. Al darse cuenta, se llevaron las manos a la boca, intentando sofocar las carcajadas como cuando de niñas las pillaban en medio de una travesura. Hacía tiempo que Dalia no reía de aquella manera. El silencio de Rabel fue breve y retomó su sesión de composición.

—No me puedo creer que tengas que soportar esto a diario.

—La verdad es que no me ayuda nada.

—Normal que estés así. Pobrecita. —Bajó un poco el tono de voz al fijarse en las mejillas de su amiga, irritadas por las lágrimas—. ¿Quieres que me quede unos días aquí, contigo?

—No quiero molestarte, pero la verdad es que me harías un grandísimo favor. Me hace falta algo de compañía.

—Para eso estoy. El par de reuniones que me queda por hacer no tiene por qué ser en persona. —Le tomó la mano por encima de la mesa y la apretó entre las suyas, saltándose su propio protocolo de interacción por la gravedad de la situación—. Esos *bookers* se van a tener que conformar con la versión virtual de esta servidora.

—Gracias, Úrsula, de verdad. Creo que no he sido consciente de lo desquiciada que estaba hasta que te he empezado a contar cosas.

—Como me vuelvas a dar las gracias vamos a tener un problema —dijo bromeando mientras fruncía el ceño exageradamente.

—Pues… desgracias. —Su mirada comenzaba a recuperar ese brillo tan característico de los ojos negros.

—Exactamente —rio—. Lo que me sorprende es que no le hayas echado un mal de ojo al bohemio ese.

Úrsula vio en la cara de su amiga una pizca de culpa y dos de rabia.

—Dalia, ¿qué has hecho? —dijo con tono maternal.

—Le llevé un postre para darle la bienvenida.

—¿Por eso tenías una bandeja de tartas en la entrada? ¡Dalia! —Intentó aguantar las ganas de reír y respondió con madurez—. No puedes ir haciéndole brujerías a todo el que te molesta un poco.

—De verdad que yo solo quería silencio —al hablar se le elevaban las comisuras de la boca— e intenté que fuese algo duradero. ¡Yo qué sé! Una infección de garganta, una afonía… Pero solamente se calló mientras estaba comiendo.

Las risas de ambas volvieron a interrumpir al músico. Pese a tomárselo con humor, Dalia empezaba a dudar de su magia. Adelfa ya no estaba para corregirle los errores ni guiarla durante rituales; tampoco para ayudarla a descifrar qué no había salido bien durante un hechizo. No le podía consultar no porque estuviese muerta, sino porque no podía escuchar su voz.

¿Y si no era capaz de resolver el misterio de la muerte de su abuela? ¿Y si no era tan bruja como pensaba?

El acompañamiento musical pronto se reemplazó por el sonido de las pocas aves que quedaban por esas fechas en el valle. El sol del mediodía de finales de septiembre las invitó a salir al jardín. Los arbustos de flores estaban terminando de perder su color. Dalia preparó una jarra de limonada de frutos rojos y sirvió un par de vasos.

—¿Estás mejor?

—Han sido unos días raros…

—No lo dudo.

—Pero tu aparición sorpresa, por mucha rabia que me haya dado, me ha venido bien.

—A lo mejor solo te hacía falta hablar con alguien vivo.

Úrsula le recolocó el flequillo tras las orejas de manera casi inconsciente. No podía evitar querer cuidar de ella.

—Puede que sí. Vas a tener que quedarte aquí unos días mientras averiguo qué le ha pasado a mi abuela —dijo con tono burlón y una sonrisa mientras se cambiaba las gafas de vista por unas de sol.

—Sigues con eso, eh. —Miró a Dalia por encima del vaso mientras daba un trago a la limonada—. Yo me quedo todo lo que necesites, pero debes empezar a pensar de manera racional.

—¡Lo estoy haciendo!

—¿Asesinato?

—No un asesinato cualquiera; un asesinato mágico.

—¿Y eso cómo lo denunciamos?

—Ahí está el problema; a efectos prácticos, parece una muerte normal. Nunca he vivido un asesinato mágico, pero he estado leyendo mucho sobre ellos. Un momento. —Dalia dejó el vaso sobre el césped y fue rápidamente hacia el comedor a coger su cuaderno.

Úrsula no negaba la existencia de la magia, y mucho menos tras años de vivir sus efectos. Su carrera musical y su éxito eran, en parte, gracias a los empujones brujeriles de su amiga y la abuela Adelfa. No era practicante de magia, pero sí había escuchado atentamente las enseñanzas de la matriarca. Había visto de cerca los preparados, los conjuros, los ungüentos, las curas, las limpiezas, las lecturas… La primera de sus normas en un diagnóstico mágico, cuando alguien creía haber sido víctima de un ataque mágico, era descartar cualquier factor no mágico que pudiese dar como resultado el mal. ¿Sarpullido? Tal vez era una alergia y no un mal de

ojo. ¿Caída del cabello? Temporada de estrés en vez de trabajo energético.

Úrsula y su racionalidad agradecían la manera en la que funcionaba la práctica de Adelfa: concisa, relajada. Nada de perder los papeles ni llevarse las manos a la cabeza antes de tiempo. Bueno, al menos como norma general.

—A ver, cuéntame, Sherlock.

—Los hechizos que tienen como objetivo matar a alguien pueden provocar accidentes, como atropellos, caídas o naufragios —dijo con el cuaderno abierto mientras se sentaba con las piernas cruzadas a su lado—, pero también síntomas reales: ataques al corazón, pérdidas de movilidad, enfermedades varias…

—Ajá, sí.

—Una «muerte natural», que es lo que la autopsia declaró, es un paraguas gigantesco que acoge toda muerte atribuida a enfermedad o a un mal funcionamiento corporal interno. No me dijeron mucho más, pero un fallo cardiaco no es nada descabellado.

—Teniendo casi setenta años —entrecerró los párpados rebuscando entre sus pensamientos—, no es común morir de algo así, tan repentinamente… Pero dudo que nadie haya sospechado nada.

—¡Exacto! —Acompañó la exclamación con sus manos—. Y una varita mágica no cuenta como arma homicida a no ser que apuñales a alguien con ella.

—Qué bruta eres.

—Espera, que hay más.

Úrsula apoyó la cabeza sobre los puños cerrados para seguir escuchando el delirio de su amiga, que cada vez le parecía menos incoherente.

—El mayor punto a favor de mi argumento es que mi abuela sabía cuándo iba a morir.

—¿Cuándo iba a ser eso?

—Solamente lo sabía ella, pero siempre decía que le quedaba bastante tiempo. La última vez que lo comentó fue antes de que empezase el verano.

—Ya. —Cruzó los brazos asintiendo con la mirada—. No es algo que Adelfa diría si le quedase menos de medio año.

—¡Ahí es donde yo quería llegar! Quien sea que haya empuñado la varita sabe cómo hacerlo. Ha actuado rápido y, sobre todo, ha sabido saltarse todas las guardas y protecciones de la abuela.

Dalia intentaba creer en sus conclusiones.

Sabía que su intuición no fallaba, pero la inseguridad de haber perdido a su maestra de forma tan inesperada era algo de lo que no se podía deshacer.

—¿Y tu abuela no sabría que iba a morir antes tras ser atacada con magia?

—No sé —se encogió de hombros—, pero en favor de esta investigación voy a suponer que sí, o que al menos ya no tendría tan clara su fecha de defunción.

—Entonces el ritual se hizo durante el verano.

—Para hacer este tipo de cosas con esta energía tan concreta, pasando por debajo del radar que tenía mi difunta abuela, seguro que aprovechó el solsticio de verano —revisó sus anotaciones— o la luna oscura que hubo unos días antes.

—¿Y cómo ha tardado tanto en hacer efecto?

—Hay hechizos que no funcionan de inmediato, por accidente o porque la bruja así lo ha querido. —Detuvo su mirada en una esquina del techo—. Tal vez *hacía falta* todo ese tiempo para que su magia funcionase bien.

—Vale, digamos que todo es cierto y alguien ha matado a tu abuela mediante la magia. —Si había una cosa que le encantaba a Úrsula era un buen misterio—. ¿Quién? ¿Quién ha sido?

—Eso estuve intentando aclarar ayer. He preguntado a mis difuntas y me han ayudado un poco, pero, cuando me induzco un trance para descubrir cosas, no veo nada.

—¿Y, cuando fuiste al cementerio, no pudiste hablar con ella?

—Se me revuelven las tripas de pensarlo. Puedo seguir oyendo a los muertos. A todos, menos a mi abuela. En el funeral no oí nada y en el cementerio tampoco. Es como si alguien la hubiese querido silenciar quitándole la vida y la voz.

—¡Joder, Dalia! —Úrsula se abrazó a sí misma—. Me han entrado escalofríos.

—Los muertos tampoco me dicen demasiado sobre el tema. Es superextraño. —Cerró el cuaderno con cuidado—. Quienquiera que lo hiciese sabe cómo hacer magia y borrar sus huellas.

6
FUEGO

La tarde había empezado a caer cuando volvió a sonar el timbre por sorpresa. La segunda visita inesperada de aquel viernes. Dalia y Úrsula estaban tumbadas en el sofá, reposando la comida tras varias horas de conversación, cuando el sonido de campanita casi rítmico y varios golpes en la puerta las despertaron. Úrsula miró su reloj de muñeca con gesto exagerado.

—¿Quién llama así a la puerta un viernes a las seis de la tarde?

—No sé. Voy a ver —dijo Dalia poniéndose los zapatos.

Apartó la tapita de la mirilla para comprobar que no se trataba de alguien no deseado. Al otro lado del umbral, enfundada en un abrigo de lana gruesa sin abrochar, estaba tía Loto. Dalia abrió la puerta y recibió un repentino —e inesperado— pellizco en las mejillas y un beso, que le dejó marcado el centro de la frente con pintalabios color teja.

—¡Hola, cariño!

—¡Tía Loto! ¿Qué haces aquí?

—Nos vamos de fin de semana.

—¿Qué?

—Prepárate cuatro cosillas de ropa abrigada y unos zapatos cómodos, que nos marchamos. —Sacudió las llaves de su coche.

—¿Quién es? —preguntó Úrsula levantando la voz, todavía desde el sofá.

—¿Esa es Úrsula? —Loto corrió hacia el comedor para saludar.

Su tía parecía un torbellino, impulsada por *algo* superior. Pellizcó también las mejillas de la amiga de su sobrina y le plantó otra marca de pintalabios entre las cejas. Estaba tremendamente feliz, con una energía resplandeciente y una sonrisa de oreja a oreja. Nadie habría dicho que su suegra y mentora había muerto hacía unas semanas.

Dalia no cuestionó las órdenes de su tía, como tantas otras veces, y voló hacia el vestidor en busca de una mochila suficientemente grande para la ropa de abrigo de dos o tres días y varios «porsiacasos». No sabía dónde iban a ir, pero parecía importante. A Úrsula le extrañó poco; Loto acostumbraba a actuar por impulsos, como si quisiera sorprender al destino. Mientras tanto, Loto aprovechó para recibir actualizaciones sobre la vida de la que siempre había considerado su casi-sobrina. Conciertos, ruedas de prensa, pruebas de vestuario, grabaciones, giras, sesiones de fotografía, entrevistas varias…

Úrsula sentía que se lo debía en cierto modo. ¿Quién sabía si, sin la ayuda mágica de la familia Nerón, ella habría logrado triunfar cantando jazz al nivel de una artista de pop?

Pasado más de un cuarto de hora, Dalia bajó las escaleras tambaleándose, perdiendo el equilibrio por el peso de su equipaje. Úrsula se levantó del sofá con los brazos extendidos y la intención de ayudar.

—Tía, ¿qué llevas ahí? ¿Un muerto? —le dijo su amiga.

—Tres, a trozos —respondió Dalia sonriendo.

—¿Pero dónde vais, que os hace falta tanta cosa?

—Ahora lo subimos todo al coche —dijo Loto, mirando a Úrsula y guiñándole un ojo—. Tranquila, que la ropa de abrigo extra no estará

de más.

—Aprovecharé este par de días que estaréis fuera para organizarme bien, deshacer las maletas en casa, y volverlas a hacer para traerme cosas con menos lentejuelas.

—¿Seguro que quieres quedarte aquí? Con una visita cada dos días me basta.

—Dalia, deja de hacerte la independiente —le descolgó una de las mochilas de los hombros y se la puso sobre los suyos— y asume que necesitas una manita.

—Bueno, vale. —Abrió el cajón del mueble recibidor y sacó una copia de sus llaves—. Toma, por si volvemos tarde; así vas poniendo tus cosas. Nos vemos aquí el domingo por la tarde.

—Genial. Voy a casa a descansar un poco y mañana adelantaré trabajo. —Cogió el bolso y abrió la puerta—. Si llego antes, dejaré las maletas en la habitación de invitados.

Las tres salieron portando el equipaje de Dalia, no sin antes revisar que los fogones estuviesen apagados, y las persianas, medianamente bajadas. Cargaron el maletero del Ford Mustang verde esmeralda de Loto.

Subieron al coche y agitaron la mano cerca del parabrisas para decirle adiós antes de que ella entrase en su Fiat. Su tía giró la llave, quitó el freno de mano, movió el pomo del cambio de marchas con agresividad y pisó el acelerador como si le fuese la vida en ello. Dalia la miraba perpleja, pero no extrañada; sabía que su euforia tenía alguna explicación, y que se la daría cuando el momento fuese el adecuado.

—¿Esto es una de tus misiones secretas o solamente evitas pasar el fin de semana encerrada en tu casa? —Dalia intentaba abrocharse el cinturón mientras el coche se sacudía con los baches del asfalto.

—Ambas. Ya verás.

La respuesta la hizo sonreír sin querer. Recordó aquellas excursiones improvisadas de su infancia, cuando tía Loto aparecía igual que ese mismo día, sin avisar. El destino siempre era diferente, y el objetivo, de una manera u otra, mágico. Caminar a través de un sendero feérico en un bosque de robles, recoger agua bajo la luna llena en un pozo de los deseos, visitar una ermita abandonada cuyos ventanucos emitían sonidos sanadores cuando el viento los atravesaba…

Loto sujetó el volante con una mano mientras con la otra buscó su emisora de confianza. Sonó «Atomic», de Blondie, mezclado con un poco de ruido estático. A base de volantazos y acelerones pronto salieron del pueblo. Dalia apoyó la cabeza en la ventanilla y suspiró viendo el sol teñir las nubes de tonos violetas mientras estas se aproximaban a velocidad escandalosa hacia el valle. Se hizo un silencio apacible acompañado por aquella música que tanto le gustaba a su tía, únicamente interrumpido de vez en cuando por el locutor, que introducía cada canción.

Siguieron en dirección norte la vía que bordeaba el cauce del río. Entre los árboles que la flanqueaban se filtraban los últimos rayos de luz de la tarde. Por las rejillas del aire acondicionado se colaba el olor de las primeras hojas caídas humedeciéndose en el arcén de aquella carretera de montaña. Loto dio un giro hacia un camino sin asfaltar que se adentraba en el bosque de la falda del macizo, en la cordillera prelitoral.

—¿Me vas a decir adónde estamos yendo?

—Pensaba que tu madre te había traído aquí alguna vez. ¿No reconoces el camino?

Dalia negó con la cabeza y cuestionó por unos momentos por qué nunca había visitado aquel lugar. Las ramas de los arbustos que crecían a los lados del camino arañaban las puertas del coche. Tras

varios cuartos de hora al volante, aparcaron delante de una minúscula cabaña de madera. Loto dejó el coche en marcha unos segundos más, aprovechando la luz de los faros para que su sobrina pudiese observar entre la penumbra. Un tejado cubierto de musgo se extendía cubriendo la caseta y el pequeño porche delantero. Clavada sobre el marco de la puerta, había una carlina, esa planta destinada a guardarla contra el mal.

—Esto era de tu abuela —dijo mientras se desabrochaba el cinturón— y antes fue de tu bisabuela. Uno de los lugares preferidos de Adelfa para hacer magia. Venía cada semana, como mínimo una noche.

Ambas miraron hacia el tejado de la casa. La chimenea metálica humeaba todavía. Loto frunció el ceño extrañada.

—O puso demasiada leña al fuego la última vez que vino —apretó los labios frente a la imposibilidad de aquel argumento, disolviendo la sonrisa provocada por la broma— o alguien ha estado aquí después de su muerte.

Cerraron las puertas a la vez de la manera más ruidosa posible tras salir del vehículo y descargaron el maletero. Sabían que la única opción plausible era la segunda; una chimenea de cabaña no daba para más que tres o cuatro troncos, y la dueña de la casa llevaba casi dos semanas bajo tierra.

Tras esquivar algunos charcos en el caminito empedrado que se dirigía a la casa, subieron las escaleras. Del manojo de llaves que sacó Loto de su bolso sobresalía una oxidada, que sus dedos encontraron sin necesidad de mirar el llavero. Abrió la puerta y el crujir de la madera bajo los pies les dio una bienvenida que debería haber pronunciado Adelfa.

El fuego alumbraba la estancia mientras su tía encendía los candiles. Dalia permaneció cinco minutos en silencio, observando los detalles de la guarida de su abuela, dejando que su mirada recorriera cada rincón. A la izquierda se abría una cocina pequeñita con fogones de carbón ennegrecidos por el uso; a la derecha, un reducido salón con dos butacas de tartán enfrentadas a la chimenea. Ambos espacios estaban unidos por una mesa redonda de madera gastada que conformaba el comedor. Al fondo, una cama doble algo estrecha descansaba sobre una alfombra de esparto. El cabezal, de madera clara, estaba tallado a mano con motivos ornamentales simples. De las paredes colgaban decoraciones variopintas: acuarelas de motivos florales enmarcadas, bordados, platos de cerámica… Sobre sus cabezas, vigas robustas de una madera oscura recorrían el techo de lado a lado. De aquellas que estaban sobre la cocina colgaban trenzas de ajos, calabazas, cebollas, pimientos y embutido.

Se acercó a una estantería con cachivaches, minerales, cuenquitos, plumas, libros y cuadernos, muchísimos cuadernos. Tomó uno. En la tapa ponía *Flores silvestres comestibles*, escrito con la letra de su abuela. Agarró otro: *Hojas del té*. Inclinaba los cuadernos lo suficiente para ver los títulos. *Magia del tiempo*, *Frutos de la sierra*, *Magia onírica*, *Conjuro de las habas*, *Recetas mágicas: postres*, *Recetas mágicas: aperitivos*, *Sanar con aceite*. Mientras devolvía el último a su sitio cayó algo de la estantería. Hizo un sonido seseante con los dientes, aspirando aire con la mandíbula cerrada.

—¡Madre mía!

—¿Qué ha pasado, *carinyet*?

—Nada, tía, que he tirado algo.

Se inclinó para recoger un recipiente pequeño de cristal rosado, parecido a un tarro de base ancha, que al caer había volcado su contenido. Junto a él había una pluma de águila. Dedujo que la había empleado para escribir. Sin pensarlo demasiado, pasó la manga por la estantería para limpiar el rastro de líquido derramado. Por suerte, aquella sustancia incolora no dejó en su ropa más que una nota cítrica.

Dalia nunca había visto las anotaciones de su abuela. Pensaba que era una enciclopedia humana que no necesitaba de soportes porque su memoria no fallaba. Siguió rebuscando impulsada por una mezcla de curiosidad e intuición. Loto la miraba con un gesto de comprensión. Escondida tras los cuadernos descartados, pegada al fondo de la estantería, Dalia vio una libreta con las tapas de piel y una cinta de raso rojo, que la mantenía cerrada. La tomó entre sus manos, intrigada.

Buscó por las tapas y el lomo, apartó la tira. Ni rastro de título. Sabía que era incorrecto abrir un cuaderno ajeno sin permiso, y menos habiendo la posibilidad de que dentro hubiese algo personal, pero la curiosidad pudo con ella y separó las tapas, desvelando así una página al azar encabezada por una fecha: 1 de abril de 1995.

—¡Un diario!

—¿Qué? —dijo Loto, que no había oído bien a su sobrina.

—Tía, creo que es un diario de la abuela.

—No sabía que tenía un diario. ¿Dónde estaba?

—Tras los cuadernos.

—Déjalo ahí otra vez —señaló la estantería con la barbilla—, mañana pediremos permiso para leer.

—¿A quién?

—A la señora Adelfa. ¿A quién si no?

—¿A eso hemos venido? —dijo alzando la vista con gesto incrédulo, mientras seguía acariciando el lomo del cuaderno entre sus manos.

—No del todo, pero creo que las dos necesitamos hablar con ella.

—Ya te dije que en el funeral no la pude oír, y en el cementerio tampoco.

—Yo tampoco he podido contactar con ella. He probado con velas, con espejos de plata, con el de obsidiana, con cartas, con huesos. —La voz de Loto fue subiendo de tono a medida que desgranaba el problema ante su sobrina—. ¡Nada! ¡Nada de nada!

—¿Y aquí crees que sí podremos contactar con ella?

—Tu abuela hacía aquí la mayoría de su magia y, sobre todo, venía a descansar.

—Su espíritu tal vez ha escogido esta cabaña para descansar —dijo Dalia en tono afirmativo, arrastrando algunas vocales, como quien acaba de entender un concepto.

—Eso he supuesto.

—Yo —se aclaró la garganta— he estado investigando estos días.

—He visto varios libros abiertos en tu casa cuando he entrado a saludar a Úrsula, pero no quería entrometerme.

—No, no. Verás —se apartó el par de mechones que le tapaban el rostro con un gesto rápido—, parecerá un poco locura, pero creo que alguien ha matado a la abuela.

—¿Cómo?

—No un asesinato normal, no hay arma del crimen, y aparentemente ha sido una «muerte natural», pero yo creo que ha sido un maleficio.

—No se me había pasado por la cabeza. Tenía un presentimiento extraño, pero no pensé en un asesinato mágico.

—Lo he estado hablando antes con Úrsula, que ya sabes cómo es de racional con estas cosas, y mis argumentos parecían convencerla.

Dalia sacó el cuaderno de una de las mochilas para compartir sus reflexiones y recibir una segunda opinión. Tomó asiento en una de las butacas de la chimenea y le hizo un gesto algo exagerado a su tía para que la acompañase sentándose en la otra. Se notaba un pulso eléctrico en la punta de los dedos al pasar las páginas. Parecía que una energía, desde el otro lado, apoyase su corazonada.

—Voy a intentar resumir todo un poco porque llevo días sin dormir bien con esto.

—Tranquila —le puso la mano sobre la rodilla a su sobrina cuando vio que una cortina de lágrimas empezaba a nublarle los ojos—, cuéntame.

—El asesino sabía lo que hacía, y por eso usó un hechizo que no levantase demasiada sospecha.

—Que aparentase una muerte natural…

—Exacto. —Se secó con el índice una lágrima que se deslizó rápidamente mejilla abajo.

Loto se recolocó en su asiento con un gesto más que interesado.

—Esta teoría tiene sentido porque la abuela sabía cuándo iba a morir.

—A mí nunca me dijo cuándo.

—No, no. Ni a mí —sonrió, recordando la insistencia con la que le había preguntado toda su vida—. No compartió con nadie cuál sería el momento exacto, pero antes de verano tuvimos una conversación en la que dejó claro que le quedaba bastante tiempo.

Las palabras se impulsaban desde lo más profundo de su ser y le salían por la boca, que era casi incapaz de pronunciarlas a la velocidad que su cerebro necesitaba. Mientras tanto, su tía seguía cada palabra sin perder detalle, asintiendo con los ojos muy

abiertos. Ni una sola de las palabras pronunciadas por su sobrina le parecía un disparate.

—Quiero pensar que, desde que la atacaron con magia, la abuela dejó de estar segura de su fecha de defunción. —Miró un momento el cuaderno para no ofrecer información incorrecta—. Por lo tanto, podemos situar el ataque a partir de aquella semana; la de antes del solsticio de verano. Este año ha habido lunas poderosas alrededor del solsticio… Tal vez las usase. —Levantó la vista del papel y clavó sus pupilas en las de Loto esperando respuesta.

—No podemos suponer tanto, pero sí es cierto que sabía de magia. Más que suficiente. —Entrelazó las manos, pensativa—. ¿Crees que esto también es el motivo de que no podamos contactar con ella?

—Sí. Estoy segura de ello, y más ahora que sé que tú tampoco puedes conectar con ella de ninguna manera. Alguien la quería callada.

—¡No solo me pasa con ella! ¡El resto de los espíritus tampoco me dan información suficiente al respecto!

—¡A mí me ha pasado lo mismo!

La mirada de Loto se perdió entre las llamas. Cogió una rama gruesa del cesto de mimbre donde Adelfa guardaba la leña recolectada, y resituó los troncos de dentro de la chimenea con su ayuda. Dalia miró de reojo la estantería con los cuadernos de su abuela, incluido el diario. Seguro que había dejado respuestas a las preguntas que en ese momento se le habían instalado en la cabeza.

—El otro día vi algo extraño cuando estaba con tu prima.

—¿El qué?

—Estábamos en una de las cafeterías del parque. Justo cuando nos íbamos a ir empezó a diluviar y decidimos quedarnos un poco más, a ver si paraba.

Dalia se sentó casi al borde de la butaca.

—A todo esto, yo tenía un dolor de cabeza horrible —prosiguió Loto— porque si no habría atado la tormenta para volver a casa. El viento lanzaba el agua hacia los ventanales y no se distinguía demasiado del exterior a través de la cortina de agua. Después de pedir un chocolate, cuando se apartó la camarera, vi una sombra extrañísima. Un pájaro negro, batiendo las alas, pero manteniéndose estático, miraba hacia nosotras. Al menos me lo pareció.

—¿Y sabes qué pájaro era?

—No. ¿Tal vez un cuervo? No sé. Me dio muy mala espina, y desde aquella tarde es lo único que veo en sueños.

—¿Estará relacionado con la muerte de la abuela?

—No tengo ni idea. Tengo más preguntas que respuestas ahora mismo, y he supuesto que tú también. Esta escapada improvisada es mi última opción antes de perder la cabeza.

—Creo que necesitamos comer algo y descansar. Mañana resolveremos misterios. Con el estómago vacío y unas ojeras kilométricas, no vamos a llegar a ningún lado.

7
ROBLES Y HAYAS

Dalia había amanecido con los primeros rayos de sol que se colaron por las rendijas de la ventana, y llevaba bastante tiempo preparando el desayuno acompañada del sonido aflautado del viento entre los troncos del bosque. Nunca había estado en aquel lugar, pero se sentía como en casa. Rebuscando un poco en la despensa de la abuela, había conseguido reunir los ingredientes para hacer buñuelos de calabaza. Un cuarto de kilo de calabaza, ciento sesenta gramos de harina de trigo, cuarenta gramos de azúcar moreno, un huevo —sorprendentemente todavía apto para el consumo—, un sobre de levadura, una pizca de sal, algo de canela y aceite para freír.

Coció la calabaza casi media hora para hacer un puré suave después de quitarle la piel y las pepitas. La trituró con una picadora manual y agregó la harina y la levadura al bol con un tamiz de por medio. Luego fue el turno del azúcar y la sal. Amasó bien con las manos, apretando la mezcla entre los dedos para asegurarse de no dejar un solo grumo. Puso una cucharadita de canela y, tras comprobar que la mezcla no estaba caliente, añadió el huevo. La masa quedó algo densa, con su característico color anaranjado, tremendamente perfumada. La tapó con el trapo que había colgado en el asa de la puerta del horno. Lo observó unos segundos,

acariciando el bordado sobre las costuras del contorno; recordaba a la abuela, armada con hilo y aguja, plasmando en la tela tantas plantas como conocía.

Mientras dejaba reposar la masa unos momentos, calentó el aceite en una sartén de hierro de las que Adelfa guardaba colgadas en la pared de la cocina, junto a otros utensilios antiguos y seguramente heredados: ollas de bronce con asas llenas de filigrana, cucharones de madera tallados a mano, una espumadera con diseño punteado bastante decorativa y un molinillo de café que todavía desprendía olor a mañana de invierno.

El aceite empezó a burbujear suavemente. Dalia tomó un pellizco de la masa y la redondeó entre las palmas. Hizo un agujerito con el pulgar en el centro de la bola y lo agrandó estirando con suavidad el buñuelo. Luego, lo introdujo con seguridad en el aceite y repitió el proceso hasta llenar la sartén.

—Que este desayuno nos acerque un poco más al otro lado —recitaba entre dientes una y otra vez, en un estado similar al trance.

La cocina le resultaba meditativa, el momento perfecto para hacer magia. Encantar el preparado, darle forma con las manos, hechizar algo que poco después vas a consumir. La magia de preparar un plato le parecía ancestral, un tipo de ritual al que muchas brujas no le daban la importancia que merecía.

Los buñuelos se inflaban poco después de entrar en contacto con el aceite. Dalia esperaba paciente, tenedor en mano, para darles la vuelta cuando estuviesen dorados, pero los buñuelos giraban como por arte de magia —o gracias a la profundidad perfecta de la sartén de la abuela, quién sabe—. Puso la tetera a hervir en otro fogón y abrió la puertecita del carbón para comprobar que todo funcionaba como debía. Cuando sacaba la primera tanda de buñuelos y la tetera empezaba a hervir, Loto asomó la cabeza.

—¿Qué espíritu del hogar ha poseído hoy a mi sobrina? —preguntó al entrar en la cocina.

—El espíritu de un buen desayuno. No me apetece salir a mordisquear hojas húmedas —respondió Dalia con una sonrisa—. ¿Cómo has dormido?

Loto se encogió de hombros y apartó la tetera del fuego. Empezó a arrancar ramitas de las hierbas que estaban secándose colgadas por todas partes.

—He soñado con Adelfa. Nada malo, aunque recuerdo poco. Estaba aquí, y sé que era ella, pero de joven. Me hablaba… Bueno…, vocalizaba algo, seguro, y yo no oía nada. Solo silencio.

Dalia levantó la vista de la sartén, interesada.

—¿No recuerdas cómo movía la boca siquiera? Tal vez puedas descifrarlo.

—Ojalá. Leer los labios nunca ha sido lo mío. Solo sé que juntaba los dientes un par de veces, pronunciando lo que parecían eses durante la frase. —Calló unos segundos, pensando posibles frases con aquel sonido, antes de continuar con la conversación—. ¿Y tú, has dormido bien?

—Sí, nada de sueños raros. Me he despertado con ganas de buñuelos, y menos mal que he encontrado los ingredientes. Si no, te hubiese secuestrado el coche y hubiera ido al último pueblo por el que pasamos antes de llegar, a ver si encontraba alguna tienda abierta.

Dalia sacaba los buñuelos, de un color dorado impresionante, y los dejaba escurrir sobre papel absorbente. Espolvoreaba por encima una mezcla de azúcar y canela, y volvía a hacer la siguiente tanda. Loto cogió uno recién salido del fuego, sin esperar a que se enfriara.

—¡Dalia! ¡Qué bueno! —murmuró con la boca medio llena, soplando un poco mientras masticaba.

Su tía terminó de preparar la mezcla de hierbas y la puso dentro de la tetera para que infusionase. Dalia espolvoreó los últimos buñuelos y llevó la fuente llena de dulces hasta la mesa. Entonces Loto sirvió su té humeante —no sin antes encantarlo— en dos tazas de vidrio templado color ámbar.

Desayunaron sin prisas y sin intercambiar palabra mientras la luz se filtraba entre las ramas y a través de las cortinas de aquellas ventanas, ya abiertas. Un silencio denso las abrazaba. No evocaba soledad ni era inquietante. El aire fresco bailaba con la neblina que cubría todavía la montaña y se impregnaba de su olor a tierra, a madera húmeda, a hierbas cortadas. El ritmo lento del bosque se imponía. Las dos brujas estaban atentas a su cadencia serena.

Dalia acariciaba la superficie lisa del vidrio de la taza y observaba cómo el vapor se enroscaba en espirales pálidas, que jugueteaban con los rayos de sol antes de desvanecerse. Loto saboreaba cada bocado con gesto atento, a la espera de que el hechizo de su sobrina hiciese efecto.

Parecía que lo ceremonioso de aquel desayuno no fuese ajeno para ninguna de las dos. Cuando consumieron el último bocado y el té ya había perdido temperatura, Loto alzó la mirada.

—Hoy no es día para quedarnos aquí dentro —murmuró, más para sí que para su sobrina.

Dalia asintió sin dudar y recogió el desayuno. Dejó la vajilla que habían utilizado en el fregadero con una actitud casi reverencial. Sin explicación alguna, empezaban a sentirse envueltas en una energía que no sabían nombrar. Ninguna de las dos había planeado los eventos de aquel día; tampoco hizo falta. El propio bosque les marcaba el paso.

Ya bien abrigadas y con las botas atadas, salieron de la cabaña de Adelfa. Tomaron una cesta de mimbre, por si encontraban alguna

hierba de interés, y cerraron la puerta con suavidad tras ellas, como si temieran perturbar el equilibrio del entorno. La madera del porche crujió bajo sus pasos, y el aire del bosque las recibió con el resto de sus aromas. Seguían sin pronunciar una sola sílaba, movidas por una energía tremendamente superior a ellas que había decidido guiarlas. Caminaban sin rumbo fijo, permitiendo que el sendero se revelase delante de sus pies. Una rama caída, un claro de luz entre las copas tupidas de los robles, el canto de algún pájaro que todavía no había migrado a tierras más cálidas… El bosque sabía la dirección que ellas debían tomar.

Aquella tierra era la que había acogido los hechizos de Adelfa, de su madre antes que ella, y de su abuela. El linaje de brujas y curanderas de la familia Nerón era, como mínimo, de cinco generaciones antes de la llegada de Adelfa al mundo, y todas habían practicado magia dentro de ese bosque. Dalia sabía que su abuela no hacía los grandes rituales en casa; podía suponer que disponía de otro lugar para realizar sus mancias, pero nunca había tenido el honor de visitarlo. «¿Por qué nunca me trajo aquí?».

Pronto se encontraron con un arroyo angosto, y decidieron seguir a contracorriente el camino que este marcaba, buscando su origen. Su agua cristalina bajaba sin fuerza, casi sin sonido alguno. No destacaba por encima del paisaje sonoro del bosque. Nada lo hacía. El frotar de las hojas, el viento entre las ramas, el agua bajando, algún animal tras los arbustos… Los sonidos formaban parte de un todo, que las absorbía poco a poco.

Llegaron al nacimiento del agua casi sin darse cuenta: una fuente natural canalizada de manera algo rudimentaria, rodeada por piedras irregulares. Una losa grande, cubierta de musgo espeso, coronaba el pequeño manantial. En su superficie aún se adivinaban tallados vegetales erosionados, suavizados hasta casi desaparecer, sometidos

al paso del tiempo y la fuerza de los elementos. El agua, retenida a sus pies por un cerco de piedras, permanecía inmóvil el tiempo suficiente como para reflejar los colores cambiantes del cielo. Ambas se detuvieron delante. Loto rompió el silencio.

—La señora Adelfa decía que las piedras tienen memoria. Que el bosque recuerda.

Dalia inspiró profundamente, como si hubiese vuelto a sí misma después de un trance.

—¿Recuerda? ¿Qué recuerda?

Loto le tomó el brazo por encima de la muñeca y lo guio hasta la gran piedra de la fuente, todavía esclava del ritmo del bosque al que habían sucumbido. Dalia cerró los ojos tratando de concentrarse para descubrir lo que fuese que su tía le intentaba desvelar. Al principio no sintió más que el frío de la piedra, la humedad, la textura contrastada de piedra y musgo, la dureza. Y, luego, llegó.

Un escalofrío eléctrico, un pulso ajeno, una energía superior que hacía horas que ambas percibían, pero que todavía no sabían definir. Se catapultó de la punta de sus dedos al centro de su médula espinal. Se extendió en todas las direcciones; desde la coronilla hasta los talones. Entonces las visiones se desplegaron como capas superpuestas de tiempo, sin principio ni final claros. No eran imágenes extremadamente definidas. Iban acompañadas de un sonido difuso. El bosque, joven, con sus claros abiertos por la luz y sus troncos delgados, terminados en raíces poco profundas que tanteaban la tierra húmeda. Su crecimiento, cerrándose sobre sí mismo, reclamando cada espacio disponible, acogiendo bajo sus copas todo. Los humanos que lo transitaban, sus senderos, sus recortes al bosque. Adelfa, a veces acompañada, dejando ofrendas en el nacimiento del agua o a los pies de las hayas. Las visiones se aceleraban y ralentizaban sin aviso. Parecían siglos de historia

comprimidos en segundos. El bosque nunca desaparecía del todo. Persistía, mutaba, observaba.

Abrió los ojos y apartó la mano de la piedra rápidamente. Había sido demasiado abrumador.

—¿Lo has visto?

—¿No me lo he imaginado?

—No. Este bosque guarda una energía incomprensible, algo inabarcable. Adelfa lo sabía, al igual que las brujas que le enseñaron a ella —dijo. Su sobrina, poco a poco, salía de su estado meditativo —, y si queremos contactar con ella tal vez debamos empezar por conectar con *esto*.

Dalia, una vez más, asintió. Comprendía perfectamente a su tía. Si era cierto que la abuela había sido víctima de un ataque mágico, iban a necesitar algo más que su propia energía.

Se sentaron en el tronco de un árbol caído antes de seguir con su travesía. No terminaban de saber cómo habían llegado a la fuente ni recordaban el camino de vuelta, pero seguían arropadas por el manto de los árboles y una calma ensordecedora. Las caricias del viento frío que bajaba por la ladera terminaron de despejar la neblina que todavía cubría partes de la tierra. Dalia se fijó en las raíces entrelazadas, algunas todavía enterradas, del tronco donde se habían sentado.

—Mira, tía, ya hay setas. He visto arroz en la despensa de la cabaña. Creo que puedo hacer un buen plato calentito para comer.

—Para esta noche necesitaremos algunas ofrendas. Deberíamos ir al pueblo de aquí al lado a comprar.

—Es temprano. Yo me quedo. Cogeré cuatro setas grandes y volveré a la cabaña. No sé cómo —se llevó la mano a la frente en un intento fallido de recordar el camino—, pero seguro que sé regresar

—Nos vemos entonces en unas horas y comemos juntas.

Se dieron un abrazo y Loto dejó que el bosque la guiase de vuelta hasta la cabaña, donde se montó en el coche para ir a hacer sus recados brujeriles. Entre curva y curva preparaba la lista mental de las cosas que iban a hacer falta.

Mientras tanto, Dalia ascendía más, atravesando el bosque de la ladera; recolectaba setas comestibles y las depositaba con cuidado en la cesta, hasta que dejó los robles atrás y se vio rodeada de hayas. Era la primera vez que sus pies caminaban por aquella montaña, pero cada paso le era familiar. La melodía del viento entre los troncos parecía albergar un susurro extraño, palabras indescifrables.

Había perdido completamente la noción del tiempo cuando llegó a un claro y levantó la mirada hacia el cielo. El sol le caía en picado sobre la cabeza, anunciando el mediodía. El peso de la cesta le había clavado el asa en la piel, dejando impresa la textura del mimbre. Hora de volver. Dio un par de vueltas sobre sí misma en busca de algún sendero, por tenue que fuese, marcado en la tierra. Nada más que un bosque implacable. Infló los pulmones de aire frío y pidió en un susurro: «Guíame de vuelta».

Guiada por quién sabe qué, con los ojos entrecerrados, movió un pie delante del otro y se dejó llevar por el bosque. Si su abuela había confiado en el alma de ese espacio para acompañar su magia, ¿por qué iba Dalia a dudar de su poder?

Pronto el bosque se volvió más tupido. Reconoció el olor a leña ardiendo, saliendo de la chimenea de la cabaña.

—¿Tan poco hemos caminado? —se dijo a sí misma extrañada, girándose para observar la parte superior de la ladera y el bosque de hayas, donde juraría haber estado hacía tres minutos.

8
EL VELO

Tras otra comida encantada de Dalia, ambas se quedaron dormidas. Despertaron poco antes del momento de cenar, pero ninguna de las dos podía probar bocado. Llevaban ya veinticuatro horas allí, preparándose para dar respuesta a sus preguntas. Debían esperar unos momentos más. Casi era medianoche.

Intentando mantener la calma con respiraciones profundas controladas, empezaron a proteger el espacio y a configurar el altar. Loto colocó una brújula justo en el centro de aquella mesa redonda. Dalia sellaba energéticamente el espacio para que solo la abuela pudiese asistir a aquella sesión de contacto.

Y llegó la medianoche.

Dalia cogió el diario de la estantería y lo puso justo al lado de la brújula. Se sentaron a la mesa, convertida en un altar de manual. Mantel bordado con hilo dorado y cuentas de cristal, minerales, copas llenas de vino, velas negras y blancas, cuencos repletos de frutos secos de la despensa, una hogaza de pan de pasas que Loto había comprado en el pueblo y una silla de más. El silencio del bosque ya no era tan acogedor. El viento que se colaba por las rendijas de las ventanas movía las cortinas con un ritmo más afilado. Las brasas de la chimenea crepitaban con tensión.

—Póntelo —dijo Loto mientras le daba un velo de encaje negro a su sobrina. Ella también se cubrió el rostro.

Con los antebrazos sobre la mesa, se tomaron de las manos rodeando el altar. Todo estaba preparado para volver a recibir a la abuela. La luz de las velas se colaba entre los hilos del velo como pequeños relámpagos, provocando destellos que bailaban ante los ojos. Las llamas parecían respirar en sincronía con las brujas. Estaban acompañadas por el murmullo de la noche más allá de las paredes de la cabaña. Cerraron los ojos a la vez, guiadas por una voluntad superior, buscando algo de concentración. Cualquier bruja que mantiene contacto frecuente con el otro lado, que ha llamado a la presencia de los ausentes, sabe que invocar a alguien difunto antes de un tiempo prudencial desde el día de su fallecimiento puede acarrear consecuencias no muy agradables, pero esa vez era necesario correr el riesgo. La temprana muerte podía ser anuncio de un peligro mayor.

La energía que les erizaba la piel ya no les pertenecía del todo.

Recitaron al unísono la llamada a la matriarca empuñando un cuchillo al aire, abriéndole la puerta a ella, y únicamente a ella.

Viento del norte, guardián de la montaña,
danos firmeza, mantén nuestros pies en la tierra.
Viento del sur, llama de la sangre,
calienta la memoria, danos tu fuerza.
Viento del este, aurora de presagios,
abre los caminos sellados, aparta el velo.
Viento del oeste, guardián de lo oculto,
déjanos sentir el aliento de los que partieron.
Hoy te llamamos a ti, Adelfa Nerón.
Bienvenida eres a esta mesa.
Bruja, guía, manos que curaron, lengua de la verdad.

Alma suya que estás al otro lado, ven a esta reunión.
Bienvenida eres a esta mesa.
Hija, madre, abuela, ancestra nuestra, responde.
Bienvenida eres a esta mesa.

Nada. Las llamas de las velas quietas, las campanitas de la entrada inmóviles, el viento había dejado de silbar. Ninguna de las dos percibió la presencia de ella. Se mantuvieron meditativas, por si el velo entre los mundos estaba especialmente transitado en el momento de la llamada. Menuda estupidez. Volvieron a llamarla.

Hija, madre, abuela, ancestra nuestra, responde.
Bienvenida eres a esta mesa.

Una de las velas empezó a moverse dubitativa. Tras unos segundos frotando la tapa de cuero del diario como si de una lámpara de los deseos se tratase, Dalia decidió provocar alguna respuesta. Desató el cordoncillo que aseguraba las tapas entre sí y lo abrió por una página al azar. Otra vez.

—1 de abril de 1995 —empezó a leer en voz alta.

Las campanitas suspendidas sobre la mesa vibraron solas, primero con un tintineo tímido y después con un repique más claro. El aire pareció espesarse. Algo estaban haciendo bien. Siguió leyendo el diario con un poco más de atención, consciente de que cada palabra debía arrancar la reacción de su abuela desde el otro lado; provocarla lo suficiente como para energizarla y que se pudiese comunicar.

—Hoy ha sido un día triste —las velas reavivaron su llama, alargándose de golpe, estirándose hacia arriba con dedos ansiosos— y no sé cómo contárselo a los niños…

La cera comenzó a deslizarse con mayor rapidez por los laterales, formando surcos irregulares. Una de las llamas osciló sin viento, inclinándose brevemente hacia el cuaderno abierto, como si quisiera asomarse a las páginas. Entonces llegó un pitido ensordecedor, agudo y sostenido, perforando el silencio de la estancia y haciendo vibrar los cristales más finos, confirmando que había alguna presencia con ellas.

El suelo crujió bajo sus pies sin que nadie se moviera. Desde algún punto impreciso de la cabaña llegó un golpe seco seguido de un leve arrastre, como el roce de una silla mal colocada o de unos pasos indecisos. La temperatura bajó en picado.

La invasión de privacidad parecía haber funcionado. Cada línea leída tensaba más el ambiente, cargándolo de una electricidad expectante. Dalia estaba intrigada, con el pulso acelerado, pero dejó de leer. Posó el diario en el centro de la mesa y tomó las manos de su tía. Las velas chisporrotearon, inquietas, y una última vibración recorrió las campanitas.

—Adelfa —le temblaba la voz—, abu, ¿eres tú?

Un olor a bizcocho de calabaza inundó la estancia con una robustez nada propia del mundo terrenal. Cálido, dulce. El postre que solía hornear la abuela, el preferido de Dalia. La merienda de las tardes lluviosas de casi dos décadas atrás, cuando la nieta salía al jardín a saltar sobre los charcos y las hojas húmedas se le quedaban pegadas en las botas. No, el horno no estaba encendido. La cocina permanecía vacía. Era solo la fragancia poderosa de un hechizo desbordante de poder. Adelfa estaba ahí. Por un momento, su presencia innegable volvió a habitar aquel espacio que un día fue suyo.

Una ola de emociones inundó el pecho de las brujas y arrasó con todo a su paso. Un torrente invocado desde los pliegues del velo

entre los mundos. Sintieron cómo sus pechos se tensaban, las pulsaciones se elevaban. Al principio, confusión. Lo primero en manifestarse. Un desconcierto inicial propio de quien se despierta en una casa que ya no reconoce como suya. Luego la tensión se convirtió en temblor, un dolor mudo de haber sido testigo de algo horrible. Por último, llanto.

No eran lágrimas apaciguadoras. Era llanto seco, de garganta apretada y ojos bien abiertos. De acidez en la boca del estómago.

No era pena. Era ira.

Entonces se dieron cuenta. Esos sentimientos no pertenecían a ninguna de ellas. Adelfa estaba intentando darse a entender desde el otro lado. Eso era lo que sentía.

Dalia se llevó la mano al pecho y apretó con fuerza sobre el esternón, tratando de detener el torrente. Loto cerró los puños y se clavaba las uñas en las palmas sin siquiera notarlo.

El olor seguía allí, calabaza dulce, toques avainillados y notas de canela, un suave fondo de mantequilla. Pero había algo más. Se mezclaba con algo más. Otro aroma se colaba por las rendijas de la cabaña. Sutil, agrio. A leche cortada, a madera podrida. Adelfa estaba intentando, con todas sus fuerzas, mostrar lo que había pasado. Abrir los ojos de sus alumnas. Despertarlas.

—Señora Adelfa, ¿qué ha ocurrido? —preguntó Loto con tono firme.

Dalia necesitó unos segundos para conectar. Transmitir mensajes desde el otro lado no era tarea fácil. Menos si alguien había tratado de silenciar a su abuela por todos los medios posibles. Sí, por lo general oía voces, pero no solían ser claras y mucho menos decían frases completas. Más bien eran sonidos que requerían de atención para deducirlos. Como si escuchase a alguien a través de una pared.

—«Muy pronto». Dice: «Muy pronto».

—Dalia, ¿oyes algo más?

—«L…». —Distinguir a su abuela entre las voces que oía no era tarea fácil. Respiró muy profundo y se concentró únicamente en la voz de Adelfa—. «Lee».

Todas las velas del altar se apagaron de inmediato, como si alguien las hubiese soplado. Todas menos una: la que iluminaba el diario. Dalia se levantó de la silla lo suficiente como para poder leer sin soltar a Loto. Pasó la página, dado el consentimiento explícito de su abuela. Un texto lleno de borrones, escrito una y otra vez, con correcciones en los márgenes. Se descolgó las gafas del cuello de la camiseta con una mano y se las puso para poder leer. Era un poema o, tal vez, un hechizo.

Sang vella, sang viva
a l'arrel de l'home adormit.
Bajo sombra, bajo tierra,
que despierte, que amanezca.

Eléboro, bautizado en flores,
nacido en luna oscura,
escucha el latido de la sangre,
toma aliento, respira como antes.

Carne a la carne
y hueso al hueso,
con la sal, la ceniza y el fuego,
regresa aquí; yo lo ordeno.

Abre, mas no rompas el fino velo,
cruza con cuidado, no bajes el vuelo,
con mi sangre bendigo tu cruce,

el hijo perdido aquí se reúne.
Carne a la carne,
hueso al hueso,
alma al cuerpo,
alma al cuerpo,
alma al cuerpo.

Un ave oscura que había observado toda la ceremonia desde la repisa exterior de una de las ventanas alzó el vuelo. En su partida, las alas golpearon el cristal con un aleteo áspero y deliberado. El sonido atravesó la estancia como una advertencia que únicamente llegó a oídos de Loto. Ella se tensó al instante, alzó la cabeza y clavó la mirada en el vidrio aún vibrante, con el gesto endurecido y el pulso alterado. Aquello no había sido casual. Sonaba a reproche. A desafío. A recordatorio. Pero *¿de qué*? Decidió ignorarlo.

Permanecieron inmóviles, asimilando el peso del instante. Terminaron la invocación con unas frases de agradecimiento y una despedida. Palabras aprendidas que iban más allá del lenguaje común, conectadas a *algo* superior que todavía no llegaban a comprender. Se quedaron en silencio. Estos momentos de pausa no estaban acordados, pero siempre se daban cuando eran más necesarios.

Loto fue la primera en moverse. Con gestos medidos empezó a retirar todas las protecciones y guardas, clausurando definitivamente el ritual. Dalia la siguió. Recogieron el altar sin levantar la mirada de la mesa, sin la ceremoniosidad con la que lo habían dispuesto todo. Sus manos, entorpecidas todavía por la tensión latente, tropezaban con los portavelas, se resbalaban guardando los minerales, olvidaban cómo doblar el mantel…

Pese a la pesadez sobre los hombros, Dalia no podía evitar sonreír. Había hablado con su abuela. Habían podido escucharla, aunque

únicamente hubiesen sido tres palabras. Notaba cómo recuperaba poco a poco la confianza que tenía en sí misma.

Ambas estaban perdidas en sus pensamientos. El ritual había terminado.

Antes de devolver el diario a la estantería, le dio un último vistazo.

—¿Quién es Eléboro? Dudo que la abuela quisiera devolverle la vida a una planta.

Loto miró fijamente a su sobrina con gesto todavía confuso y negó con la cabeza a la vez que se encogía de hombros. Dalia pasó las páginas buscando la última de las entradas de la abuela: 10 de septiembre de 2023, el día antes de su muerte. Miró las anteriores: sábado 9, viernes día 8, jueves día 7 «cuarto menguante». Era cierto. No recordaba haberla visto los días anteriores a su fallecimiento. Murió en su casa, pero antes pasó varios días en aquella cabaña.

—El día antes de morir, la abuela estuvo aquí.

—Que no te extrañe —dijo Loto con tono tranquilizador—, ya te he dicho que venía una o dos noches por semana.

—Pero estuvo como media semana. Hay varias entradas en el diario. Aquel domingo, después de escribir, debió de volver al pueblo.

—Dalia, cariño… Vamos a dejar reposar el tema. Llévate el diario de la señora Adelfa y lo lees con calma en tu casa, que ahora ya tenemos permiso. Necesitamos descansar.

—Tienes razón, sí.

—¿Te parece que avive un poquito el fuego antes de ir a dormir?

—Sí, sí. —Cerró el diario y lo metió en una de sus mochilas con muchísimo cuidado—. Voy a preparar algo de beber.

Sobre el bosque ya había caído la noche y era mejor no preguntar qué se escondía entre los árboles.

Mientras Loto añadía leña a la chimenea, Dalia intentaba idear la combinación perfecta de hierbas para aquel momento. Al sonido del vidrio chocando entre sí mientras rebuscaba ajenjo en la despensa, se unió el chillido de la tetera sobre el fuego. Puso en el mortero una ramita de ajenjo, una cucharada de lavanda, varias flores de anís y molió las plantas secas hasta que consiguió un polvo algo grueso. Cogió un par de las tazas color ámbar de la alacena y repartió la mezcla de hierbas entre ellas. Su tía rodeó el asa de la tetera con un paño y sirvió agua sobre las hierbas.

Infusión en mano, se sentaron delante de la chimenea. Ninguna de las dos sabía qué decir. El bosque, silencioso, tras las ventanas, parecía inclinarse hacia la cabaña. Contenía el aliento, como si esperara ver qué harían las brujas, como si supiera que lo más difícil todavía no había comenzado.

9
ROSA Y LAVANDA, VAINILLA Y MIEL

El sol empezaba su descenso solemne, y se teñían de ocres intensos las nubes que aparecían desde el otro lado de las montañas que abrazaban el valle. Úrsula, tal y como había acordado con Dalia, empezó a descargar el cargamento del maletero de su monovolumen. Estaba todo dispuesto de cualquier manera, encajado milagrosamente: una caja rígida con cierre metálico, dos maletas medianas de estampado animal y una mochila color vino. Maniobró con su equipaje para poder acceder al compartimento del bolso donde había guardado las llaves de casa de su amiga. Sujetó la puerta por el gran pomo estrellado que tenía en el centro mientras abría los cerrojos, y empujó con la cadera para abrirse paso. Le dio la bienvenida el característico olor de los suelos de madera y del incienso, que llevaba décadas impregnando las paredes.

Hizo un par de viajes hasta la primera planta que pusieron a prueba su capacidad aeróbica. Las ruedecitas de las maletas se enganchaban con los flecos de la alfombra del pasillo. Al fondo estaba la habitación de invitados. Una cama doble de ancho generoso con un colchón comprado hacía no más de un año, realmente cómodo.

La decoración ecléctica no aparentaba regirse por un orden ni una estética concreta, pero estaba muy cuidada. No era una estancia improvisada. Todos los elementos, desde el cabecero de barrotes de madera de cerezo hasta el papel pintado que envolvía el fondo de los cajones de la cómoda, habían sido seleccionados por Dalia. Le encantaba acoger a gente en su hogar. No abría las puertas de su casa a cualquiera, no. Su espacio era sagrado y recibía invitados a cuentagotas. Pero aquella persona digna de cruzar el umbral de su puerta merecía un trato excelente, una experiencia relajante y perfecta.

Descansar.

El armario de la habitación estaba lleno de abrigos, colchas, sábanas, cortinas, toallas y otros textiles que Dalia no necesitaba a diario. Úrsula dejó las maletas a los pies de la cama y colocó su joyero de viaje —una caja antigua con incrustaciones de nácar— en la mesita de noche. Se quitó los anillos y se puso unas chanclas blancas.

—Debe de estar al caer —dijo para sí misma—. Cuando vuelva Dalia llevo mi ropa al vestidor.

De camino a la planta baja pasó por delante de la habitación sobrante, que Dalia había convertido en un vestidor de película: el sueño de cualquier joven. Los armarios abiertos recorrían la pared izquierda de lado a lado, de suelo a techo. En la pared opuesta, otro mueble de las mismas dimensiones servía de expositor para bolsos y zapatos, con estantes hechos a medida para acomodar su enorme colección y varias cajas de madera que guardaban accesorios. Úrsula dio un traspié al ver la escena; iba a ser un reto hacer espacio para su equipaje.

Descendió la escalera con la familiaridad de haber habitado esa casa durante muchísimo tiempo, pese a que nunca fue su residencia

oficial. La luz suave del atardecer doraba los objetos del comedor. Dalia todavía no había regresado de la escapada con su tía. Decidió salir al jardín a estirar las piernas y meditar unos minutos. Olía a lavanda, a tierra, al fin de un día que ya había dicho todo lo que tenía que decir. Se recostó en el tronco de la higuera que estaba en el límite de la propiedad. Dentro de ella, solo habitaba la calma de alguien que no tiene que hacer más que esperar.

Entonces lo vio.

Al otro lado de la valla que separaba el jardín de Dalia del de su abuelo. Bueno, del jardín del vecino. Alguien de pie, inmóvil, ojeando a través de los listones. Úrsula ladeó la cabeza con gesto exagerado, evidenciando que había pillado al espía.

—¿Y Dalia?

—La gente normal dice «buenas tardes» y no husmea propiedades vecinas —escupió Úrsula con su característico desparpajo.

—No esperaba a nadie más en esta casa —dijo Rabel, con tono avergonzado, impactado por el carácter de la joven.

—Estoy aquí con permiso de Dalia —añadió, altiva, levantándose y caminando sinuosamente hacia la valla—, que lo sepas, Rabel.

Vio cómo el joven sonreía de manera disimulada, intentando que ella no percibiese el gesto incontrolable que le empujaba las comisuras de la boca hacia arriba. Úrsula frunció el ceño. Su instinto, nunca traicionero, le enviaba señales contradictorias. Había algo magnético en la mirada de aquel chico, y a la vez le parecía insoportable. Haberle llamado por su nombre había sido una prueba irrefutable para Rabel; por su culpa sabía que ambas habían estado hablando de él. El cielo, ahora de un gris profundo tiñéndose de noche, amenazaba con derrumbarse una vez más. Úrsula vio el reflejo de un relámpago en las pupilas del joven.

—Dile a Dalia que me debe una conversación.

—No hago promesas a hombres desconocidos.

Úrsula giró sobre los talones y entró a la casa justo antes de que llegase el sonido del trueno. Se sentó en el sofá, con la mirada dispersa encarada al jardín contiguo. «Menudo maleducado». Se aseguró de tener el móvil encendido y el tono de llamada a todo volumen antes de acomodarse y apoyar la cabeza en uno de los brazos de terciopelo verde. No había nada mejor que hacer. Cerró los ojos esperando a Dalia y terminó durmiéndose encantada, casi sin querer, por el olor a vainilla de su amiga, todavía impregnado en el sofá.

El ruido del motor del Mustang del 67 sacó a Úrsula de su sueño. Enseguida reconoció las voces de Dalia y Loto en el exterior, y se levantó del sofá como un resorte. Abrió la puerta, dispuesta a ayudar a descargar las maletas y mochilas. Su amiga tenía un gesto cansado y un aura de seguridad del que carecía antes de irse. El viento de la tormenta, que oscurecía aún más el cielo nocturno, azotaba el pelo ondulado de Dalia.

Loto se despidió con abrazos de las dos jóvenes y un disimulado «ya te contará qué tal ha ido» a Úrsula. Terminaron de meter todo el equipaje a la casa. Dalia se descalzó en el recibidor, encendió la luz de la cocina, tomó asiento con un vaso de agua entre las manos y suspiró profundamente, todavía procesando todo lo que había vivido ese fin de semana.

—¿Has podido organizarte?

—Sí, bueno —Úrsula sonrió—, no me he atrevido a enfrentarme a tu vestidor. Parecía que me fuese a absorber y a escupir en una galaxia muy muy lejana.

—Eres una exagerada —dijo Dalia con tono ligero, levantando la vista del vaso.

—Mañana lo gestionamos juntas, tranquilamente. No quisiera yo que me acusases de invasión del territorio entre tus perchas.

Dalia rio brevemente. Úrsula la miró con atención.

Estaba distinta, un gesto diferente; la energía de alguien que ha descubierto un secreto superior, testigo de lo oculto. El nerviosismo ya no se apoderaba de ninguna parte de su ser. Una respiración más tranquila, parpadeos lentos, músculos relajados y ambos pies en el suelo.

—¿Cómo ha ido tu fin de semana? —preguntó Úrsula, llena de curiosidad, a la vez que empezaba a transportar el equipaje de su amiga a la primera planta.

—Extraño —Dalia se levantó de la mesa para subir mochilas y maletas—, revelador. —Una mirada intrigada de Úrsula le pidió silenciosamente más explicaciones—. Han pasado muchas cosas raras. Pudimos contactar con la abuela, el bosque donde fuimos está literalmente encantado, he encontrado su diario con infinidad de páginas que pueden ayudarme a investigar…

—Todo el tema te va a dar para escribir una novela.

—Sí —se frotó los párpados impulsada por el cansancio—, ya te contaré todo bien cuando haya dormido un poco.

Subieron y bajaron el tramo de escaleras varias veces hasta llevar gran parte del equipaje al principio del pasillo de la primera planta. La mitad de las bolsas seguían sin abrir, según confesó Dalia entre pisotones, seguido de un «pero y si me llega a hacer falta» ahogado por el peso de la carga. A Úrsula se le hacía divertida la cantidad de «porsiacasos» que Dalia había considerado imprescindibles.

—Esto es problema de mi *yo* de mañana. Necesito cenar algo.

—¿Quieres que pidamos algo de comida a domicilio? La tormenta parece estar dando una tregua. Creo que el repartidor no tendrá problemas en llegar.

—¿Sushi?

—Ya estaba en ello.

Agradecía infinitamente tener a alguien cerca que la comprendiese como lo hacía Úrsula, aunque no acostumbraba a expresarlo. Bajaron al comedor y se dejaron caer sobre el sofá. Tenían esa clase de vínculo en el que no hacen falta demasiadas palabras ni un contacto continuo. Una conexión profunda que iba más allá de una simple amistad de la infancia. Sabían leerse muy muy bien.

—Por cierto —dijo Úrsula mientras esperaba a que le tomasen nota del pedido al otro lado del teléfono—, he conocido al chico de al lado.

—Uf. Pobrecita. ¿Te ha dicho algo?

—El vecino tan majo y agradable que tienes estaba husmeando desde el otro lado de la valla.

Dalia contuvo las preguntas hasta que su amiga terminó de confirmar la comanda y dar la dirección de la casa.

—¿Qué? —Úrsula asintió—. ¿Y te dijo algo?

—Me acerqué a confrontarlo y me preguntó por ti, que no esperaba ver a otra persona en tu jardín.

—¡Qué tío más raro! —Dalia intentó disimular una sonrisa nerviosa que le llenó de color las mejillas.

—También dijo que le debes una conversación. Parece que tu silencio le está minando el ego un poquito.

La mirada de Dalia se escapó entre los cristales del ventanal en dirección al jardín vecino y, pese a sus esfuerzos, no podía deshacerse de su gesto alegre.

Úrsula detectó enseguida el rubor de su amiga y notó un pulso eléctrico y ardiente, que se apropió de su torrente sanguíneo. Se levantó del sofá tratando de calmarse, estiró la espalda y dejó espacio para que los pulmones pudiesen coger aire suficiente. Se

apoyó en el marco de la puerta. Casi percibía las mariposas en el estómago de Dalia.

—Pensaba que te parecía insoportable.

—Y lo es.

—Dalia, estás del color de mi pintalabios. —Su amiga se llevó las manos a las mejillas intentando taparlas—. Tú verás lo que haces.

Nunca había presenciado una reacción semejante de Úrsula frente a alguno de sus amoríos. Era habitual que no los comprendiera del todo, pero no solía encontrarse con reacciones tan intensas por cuestiones tan insignificantes. ¿Qué era eso? ¿Quizá celos?

—No te preocupes. No sé nada de él. Tampoco sé si quiero saber algo.

Trató de dar por zanjado el tema cuanto antes. No quería inquietar a su amiga, aunque no pudo evitar disfrutar, aunque fuera un poco, de haberle despertado celos. Antes de que la conversación tomase un giro más dramático, el repartidor llegó con un par de bandejas llenas de platos del menú. Se sentaron a devorar todo el pedido armadas con un par de palillos de bambú cada una, abriendo la boca únicamente para llenarla con otro bocado.

Dalia no terminaba de entender por qué su opinión sobre Rabel se había suavizado en tan poco tiempo. Tal vez lo juzgó con severidad en un intento de descargar su rabia sobre alguien, y en ese momento, que su mente le daba una pequeña tregua, podía ver las cosas con una perspectiva algo menos irascible.

Úrsula no entendía absolutamente nada. Si bien respetaba que su amiga, como tantas otras chicas de su entorno, encontrase atractivos a los hombres, no lo llegaba a entender del todo. Por supuesto que había tenido amigos, buenísimos compañeros de trabajo, objetivamente guapos, pero… nada más. Tampoco le había hecho falta salir del armario como tal, ni se dio cuenta de que era

lesbiana después de una relación con un muchacho que no terminó de funcionar —argumento bastante cliché—. No. Cuando sus amigas tuvieron novios durante la primaria, con quienes compartían los lápices de colores, ella tuvo novias. Por suerte, nadie de su entorno la trató con extrañeza. Así de sencillo.

Miró a Dalia mientras ella mojaba la esquinita de una pieza de salmón en salsa de soja. Siempre habían sido buenas amigas, y nunca había tenido intenciones de otra cosa, pero durante los últimos días se le había despertado algo muy adentro que parecía querer algo más. La necesidad de protegerla y ayudarla, la inquietud de que viva tan cerca de alguien desconocido, los celos al verla enrojecer por otra persona… Intentó apartar esos pensamientos a un lado de su mente donde no le molestasen demasiado.

Dalia percibía una variación en el comportamiento de Úrsula. No podía llamarlo incomodidad, ni mucho menos llegaba a ser enfado. Se mostraba más comedida, escogiendo las palabras con cuidado y midiendo cada gesto. Como si sujetara el impulso de su propio cuerpo, negándose a cruzar ninguna frontera hasta sentir que aquel deseo no era solo suyo.

—Debería ducharme —dijo Dalia todavía con la boca llena.

—Sube y date un baño relajante. Yo recojo todo esto.

Su amiga le acarició la mano derecha antes de levantarse y un cosquilleo se extendió por la piel de Úrsula. Dalia había medido aquel gesto con más intención de la que aparentaba, sin tener del todo claro qué buscaba con ello.

Escuchó los pasos subiendo las escaleras una vez más, el sonido de la bañera llenándose y los tarros de sales y hierbas repicar. Conocía la rutina de Dalia, y en esa cercanía encontraba también cierta intimidad. Sabía que estaría buscando la mezcla de hierbas ideales en el armario sobre el espejo. ¿Qué sería esta vez? Puede

que algo de ruda y eucalipto, o tal vez clavo y anís. Se hizo el silencio después del tintineo de los tarros. Podía intuir cómo Dalia llenaba una bolsita de tela de gasa con todas las hierbas y la lanzaba a la bañera.

La conocía demasiado bien, pero estaba dispuesta, decidida, a deshacerse de su aparente encaprichamiento mientras limpiaba la encimera. Sacudió la cabeza y trató de no imaginar a su amiga entrando en el agua. Recogió la mesa, fregó los vasos, colocó los utensilios limpios en su sitio… Todo en un intento de despejar la mente. Había decidido, muchos años atrás, no intentar tener nunca nada con Dalia. Apreciaba demasiado su amistad. ¿Qué le estaba pasando? Se aseguró de cerrar todas las ventanas de la planta baja porque, ya sí, la tormenta había retirado la tregua y se abalanzaba intimidante sobre el valle, y subió a su habitación. Pasó por delante de la puerta del baño, que Dalia no había terminado de cerrar, y pudo ver, en el reflejo empañado que ofrecía el espejo, la cabellera cobriza de su amiga, enrollada en un moño algo deshecho untado de mascarilla afrutada. Desde la bañera, su amiga aparentó no haberse dado cuenta de la mirada, con una quietud y disimulo que delataba lo contrario; le encantaba la atención. O, tal vez, algo más. El vapor que se escapaba hacia el pasillo estaba impregnado del olor a flores, rosa y lavanda, mezclado con su jabón de vainilla y miel.

Úrsula se sorprendió a sí misma fantaseando sobre su amiga y negó con la cabeza exageradamente una vez más mientras caminaba hasta el final del pasillo, pretendiendo deshacerse de esos pensamientos por segunda vez aquella noche. Se sentó en la cama y sacó su cuaderno de papel con pentagramas para distraerse repasando sus nuevos arreglos de clásicos del jazz. Pasó un cuarto de hora hasta que el ruido de la bañera vaciándose proclamó el fin del baño relajante de Dalia.

La chica se envolvió en su albornoz blanco antes de salir de la bañera y abrió una ventanita para dejar escapar los vapores que hasta entonces habían danzado por el interior de la casa. Se envolvió el pelo con una toalla y se extendió sobre la tez, sonrojada por la temperatura, una capa muy fina de crema hidratante con lavanda y romero, deteniéndose un segundo más de lo necesario en el cuello, mirando de reojo hacia la habitación. Reconoció el negro del cabello de Úrsula desparramado sobre la colcha. La luz suave de la habitación recortaba su cuerpo en sombras, una forma ondulada que ocupaba la pared entre las ventanas. Entró al vestidor en busca de un camisón de entretiempo y se cambió allí mismo, con la puerta entreabierta una vez más, como si aquel descuido fuera deliberado. Puede que fuese la confianza de estar entre amigas, o tal vez trataba de confirmar que Úrsula la había mirado un par de veces con otros ojos… y que seguía haciéndolo. No estaba incómoda. Sentía que había *algo* nuevo, magnético, mágico.

Quería capturar su atención. Necesitaba probar su teoría.

El roce de la ropa contra la colcha de la cama y el ligero ruido del cuaderno al cerrarlo temporalmente delataron a Úrsula recolocándose para intentar ver a Dalia a través del estrecho espacio entre el marco y la puerta. La chica se mordió el labio inferior sin darse cuenta, impidiendo que se le escapase un suspiro. El albornoz le resbaló por los hombros, esquivando las caderas, y aterrizó en el suelo. Lo dejó caer de manera exageradamente meditada, controlando el desliz por su cuerpo con disimulados movimientos de espalda y piernas. Sabía que la estaba mirando. Quería que lo hiciese. De reojo, sin girar la cabeza de forma evidente y fingiendo abrir y cerrar cajones, pudo ver a Úrsula completamente enrojecida mientras intentaba recuperar la concentración en su cuaderno.

Dalia salió del vestidor con un camisón blanco de algodón fino y escote un poco pronunciado, que dejaba adivinar todo su contorno con facilidad. Úrsula levantó la mirada, completamente hechizada, y Dalia la correspondió.

—¿No duermes? —preguntó desplegando la toalla que todavía le envolvía el pelo. Su tono contaba con una cadencia nueva; una caricia que no existía antes.

—Estaba corrigiendo algunos compases. —Úrsula se obligó a cerrar el cuaderno con más ruido del necesario—. No sé si podré dormir esta noche.

—¿Por? —Dalia se desenredaba algunos mechones con ayuda de los dedos—. ¿Por el ruido de la tormenta?

—Sí, supongo que me quedaré un poco más repasando esto. Hasta que deje de tronar. Si no, me va a costar conciliar el sueño.

No sabía a qué se debía, pero algo dentro de sí se negaba a que esa fuese la respuesta.

—¿Solo por eso?

Dalia se acercó hasta el borde de la cama en busca de una reacción distinta, y se sentó tan cerca que el calor de sus piernas rozó la piel de las de Úrsula.

—¿Y por mí? —Se acomodó tras la oreja el pelo todavía húmedo con un gesto rápido.

Úrsula no supo qué responder. Todavía la miraba, sí, pero las palabras se le habían quedado atragantadas. Carraspeó. Dalia sonrió, pero no de manera burlesca ni altiva. Era la sonrisa paciente de alguien que, por fin, tenía la confirmación que buscaba. Sus dedos buscaron la mano que Úrsula había dejado abandonada sobre la colcha.

—Te he visto antes, observándome —dijo Dalia manteniendo todavía la vista fija sobre las pupilas de Úrsula—. Yo también te miro

así.

Las yemas de sus dedos recorrieron el dorso de la mano de Úrsula con una lentitud ceremonial mientras disfrutaba cada milímetro de piel, aprendiéndose el tacto de memoria. Úrsula cerró los ojos. No podía moverse.

No quería moverse.

Ella, que hasta entonces había vivido en paz con su amistad con Dalia, decidió que tal vez había algo más. Entendió que no podía seguir esperando. Se inclinó despacio, temblando, sin separar todavía los párpados por si aquello era un sueño venido a más, y apoyó la frente en la de Dalia, pidiendo así permiso en ese último segundo en el que todavía era posible echarse atrás. Pero Dalia siguió la acción y cerró la distancia. Tomó entre las manos la cara de Úrsula y le acarició los labios rojizos con un beso que ambas parecían conocer.

Los tirantes del camisón de Dalia se deslizaban hombros abajo, acompañados por el danzar de sus ondas cobrizas mojadas. Úrsula volvió a sí misma. No estaba soñando. En ese momento ella estaba envuelta en el perfume de Dalia. Miró a su amiga, tan cerca de ella, y la tomó por la cadera. Cayeron recostadas sobre los cojines bordados y entrelazaron las piernas, perdiéndose entre las sábanas, entonces con un nuevo perfume a rosa, lavanda, vainilla y miel.

El sonido de la tormenta se volvió un rumor lejano y la oscuridad de la noche ya no parecía amenazar a Dalia. Daba la sensación de que la casa había parado por completo el mundo exterior, entendiendo que algo más importante estaba sucediendo entre aquellas paredes.

10
SIGUIENDO EL COMPÁS

A Úrsula la despertó el sol deslumbrante que se coló por la ventana, a través de las cortinas a medio cerrar. Antes de girarse hacia el lado izquierdo de la cama, supo que Dalia se había levantado. Ya no estaba ahí el peso de su cuerpo, y las sábanas solamente tenían el recuerdo de su perfume. A cambio, la puerta abierta ofrecía el aroma de café recién hecho y algún dulce que acababa de hornear su amiga.

En el piso de abajo, Dalia terminaba de preparar la primera comida del día, intentando no pensar demasiado en lo sucedido la noche anterior. No tenía remordimiento alguno, pero sí la teoría de que ellas no eran las únicas que habían tenido poder de decisión en aquella sucesión de eventos.

Había despertado de madrugada, con una sensación extraña y el recuerdo turbulento de un sueño con mensaje. En vista de que no podría volver a dormir, se puso el camisón, cerró la puerta de la cocina tras de sí y preparó un té en un intento de aclarar la mente. Permaneció en silencio frente a su taza humeante, llena con infusión de artemisa, té verde y manzanilla. No tardó demasiado en recordar el sueño.

De una neblina clara aparecía una figura poco definida que se acercaba hacia ella con paso seguro y se detenía justo delante, a

algo menos de un metro. Entonces lo reconocía: era Rabel. De la nada, le surgía una guitarra entre las manos y empezaba a cantar una de sus canciones, esa vez sin escribir nada ni repetir ningún pasaje. El chico sabía qué cantaba perfectamente. Lo más curioso fue que Dalia ya había escuchado aquella canción de Rabel, pero no terminaba de identificar cuándo.

Decidió dedicar el resto del amanecer a preparar tartaletas rellenas de crema casera, tarareando lo poco que recordaba de la canción del sueño. Mezclando ingredientes, recordó la letra obscena que hacía unos días cantaba su queridísimo vecino. Hablaba de dos figuras; una anhelaba la compañía de la otra, mientras que la segunda estaba engatusada por otra persona. La idea se le quedó prendida, regresando una y otra vez entre un gesto y otro, buscando encajar sin llegar a hacerlo. ¿Podría ser que hablase de ella y Úrsula? ¿De los celos por Rabel? No terminaba de tenerlo claro, pero… ¿Qué clase de coincidencia era esa?

Mientras dejaba reposar la masa de las tartaletas en la encimera, volvió a desplegar varios pares de libros y manuales sobre la mesa del comedor con toda la intención de destriparlos para resolver sus preguntas. Sacó un bloque de notas adhesivas de una cajita y empezó a marcar páginas que, tal vez, le interesaban. «Estructuras de un hechizo», «Cómo formular un encantamiento», «Palabras mágicas»… Entre capítulo y capítulo se levantaba a continuar con su dulce receta. Al volver, tenía cuidado de no manchar los libros con harina o crema, limpiándose las manos en un trapo de algodón que se había anudado en el tirante izquierdo del camisón.

Metió las tartaletas al horno mientras dejaba enfriar la crema. Pronto encontró lo que buscaba en un libro que le regaló su abuela cuando cumplió seis años. Hablaba de brujas, hadas, duendes y otros seres capaces de manipular las energías y trabajar con la

naturaleza. En una sección sobre magias y mancias poco usuales y sus correspondientes practicantes había un párrafo marcado a lápiz con una estrellita que, claramente, ella no había escrito.

—¿Esto lo marcó la abuela? —Acarició la página con cuidado.

Ahí estaba.

—Bardos —murmuró—. Poetas mágicos cuya lírica es capaz de predecir y manipular el futuro, convirtiendo así sus canciones en hechizos. Su magia emplea componentes y aliados poco usuales, como notas, ritmos, sonidos, palabras, escalas concretas y, opcionalmente, instrumentos.

«¿Es un bardo? ¿*Él* sabe que es un bardo?».

Dalia no tuvo tiempo de hacerse esa pregunta más veces. El sonido de los pasos de Úrsula cruzando el pasillo del piso superior la obligó a volver a la cocina. Cerró rápidamente el libro y lo devolvió a la estantería con todos los otros. Recogió el desorden y siguió con la elaboración del desayuno como si no acabase de descubrir que su vecino, muy probablemente, era un bardo.

Preparó la mesa con esmero: infusiones, café recién hecho, algo de fruta cortada en un bol de cristal y un plato preparado para cuando desmoldase las tartaletas y las rellenase de crema. Todo parecía normal, como si la noche anterior no hubiese pasado nada.

Sin embargo, sus ojos evitaban encontrarse durante más de unos segundos.

—Huele a gloria —dijo Úrsula, sentándose con una sonrisa trabajadamente casual.

—¿Has dormido bien? —preguntó Dalia, sin levantar la vista del horno.

—Lo suficiente. —Se sirvió un poco de café en su taza—. He soñado con un incendio, pero creo que era metafórico. Nada horripilante. —Dio un sorbo y levantó la mirada—. ¿Y tú?

Dalia dudó un instante.

—Yo me he levantado superdescansada —dijo mientras sacaba la bandeja del horno—. Creo que no he soñado nada.

Sabía que si miraba a su amiga iba a reconocer esa media sonrisa que le era inevitable cuando decía una mentira. Úrsula no respondió. Se limitó a clavar la vista en el bol de frutas, como si las uvas tuviesen culpa de aquel silencio algo tenso. Comieron un poco mientras las bases de los dulces se enfriaban cerca de la ventana abierta. Ambas parecían haber llegado a un acuerdo: no le darían vueltas a lo sucedido la noche anterior. Úrsula no quería incomodar a Dalia, y esta no sabía si todo había sido producto del hechizo de Rabel. Ninguna se arrepentía de nada, pero el silencio parecía más seguro que pronunciar una palabra al respecto.

Dalia dejó su café a medias y puso la crema en una manga para terminar las tartaletas. Las rellenó una a una con ritmo pausado, casi meditando, haciendo espirales en el sentido de las agujas del reloj, y espolvoreó un poco de polvo de caramelo encima. La abuela le había enseñado que era infinitamente mejor que poner azúcar sin más. Sacó un soplete pequeño para derretir el polvo, que dejó una finísima capa dorada y crujiente que coronaba el dulce.

Le ofreció una a Úrsula con un gesto gentil, y luego ambas terminaron de desayunar en completo silencio.

—Tenemos que hacer recados —dijo Dalia con el último bocado de dulce todavía en la boca, alzando la voz como si quisiera disipar cualquier otro pensamiento—. Vamos a salir un rato. ¿Te parece?

—Sí. El aire fresco nos sentará bien.

Las calles del pueblo todavía arrastraban la humedad de la tormenta nocturna. Había charcos en las aceras y un olor a tierra mojada que se mezclaba con el de las hojas secas recién caídas. Dalia y Úrsula caminaron hasta la plaza de la ciudad de al lado en un

largo paseo matutino. Hablaban lo justo para no parecer distantes. En cierta manera, ambas estaban disfrutando de esa compañía silenciosa, y agradecían a la otra ese nuevo ritmo. El ajetreo propio de un lunes por la mañana se oponía a su caminar sereno.

Todo el mundo tenía prisa: el repartidor de bebidas, el frutero, la panadera, el barrendero… El viento parecía poseído por la velocidad de la ciudad y golpeaba fuerte sobre las pieles de los valientes que todavía no habían sacado la chaqueta del armario. Todo iba rápido. Menos ellas.

Compraron una hogaza de *pa de pagès*, café molido, unas velas nuevas y algo más de fruta. Entre negocio y negocio tal vez saludaban a alguien conocido con una sonrisa.

Fue al salir de la frutería cuando la figura de Azucena apareció, con una bolsa llena de bollos de la pastelería de enfrente.

—¡Dalia! —llamó, acercándose a ellas con el pelo rubio recién ondulado y su vestido con vuelo.

Ambas amigas fruncieron el ceño con extrañeza. Hacía tiempo que esa voz no se dirigía a ella.

—¿Azucena? —respondió, todavía sorprendida de que su prima le estuviese dirigiendo la palabra.

—Necesito tu ayuda. He tenido un sueño rarísimo. —Había en sus ojos un reflejo distinto, como si acabara de atravesar una experiencia desconocida—. Era de la abuela. He hablado con mi madre y me ha dicho que te lo cuente todo. Estaba comprando algo de merendar para hacerte una visita luego.

Dalia notó como Úrsula suspiraba de la manera más disimulada posible. Su expresión se endureció apenas un instante y luego volvió a recomponerse, reservada. Sabía que no terminaba de entender las dinámicas, a veces extrañas, de su familia. No supo leer del todo

qué pensaba, pero tuvo la sensación de que aquel reencuentro no la dejaba indiferente.

—Sí, claro. —Las palabras dudaban antes de salir de su boca—. Puedo sacar las cartas y ver qué significa todo.

—Gracias, Dalia —sujetó la bolsa de dulces bajo el brazo para tomarle las manos entre las suyas—, de verdad.

—No hay de qué. Vente después de comer y lo vemos juntas.

Azucena se fue igual de rápido que apareció. Se despidió con prisa, alegando que su padre la esperaba en casa, y se perdió entre la gente. Úrsula y Dalia se miraron con gesto extrañado y se encogieron de hombros, sin terminar de entender qué había pasado.

—Bueno —murmuró Úrsula—, pues vámonos, que ya lo tenemos todo —decretó, zanjando así el inusual encuentro.

Dalia reanudó la marcha a su lado, y se dirigieron hacia el pueblo. Mantenían todavía el sentimiento pausado con el que habían empezado su paseo. Era lunes para todo el mundo, menos para ellas. Su única tarea era cuidarse mutuamente. Y resolver el misterio de la muerte de Adelfa, claro está.

Salieron del casco antiguo siguiendo la rambla hasta el final. Las copas de los árboles que tanta sombra habían ofrecido en verano, en ese momento teñidas de marrón, habían cubierto todo el paseo con una alfombra de hojas. Atravesaron las vías del tren por el paso inferior y ralentizaron todavía más la marcha al cruzar el puente sobre el río, aún encharcado y resbaladizo. Subieron la ladera de la montaña donde estaba situado el pueblo bordeando la carretera principal, y pronto llegaron a casa de Dalia. Casi tres cuartos de hora. No habían querido bajar en coche, ni se preocuparon de mirar los horarios de autobús para la vuelta. No hacía falta.

—¿Qué hacemos de comer?

—Lo que tú quieras —dijo Úrsula mientras guardaba la compra.

Dalia la desplazó con la cadera para abrirse paso hacia los armarios y sacó una calabaza de la despensa.

—¿Crema de calabaza? —La miró a la espera de una respuesta—. Acompañada de panecillos de ajo, que tengo masa en la nevera.

Su amiga asintió con un leve parpadeo. Hirvió la calabaza y dejó la masa en la encimera para atemperarla antes de la última parte de la receta. Calentó el horno y trituró la pulpa hasta conseguir una textura sedosa. Redondeó los panecillos, los pinceló con un poco de mantequilla y los introdujo hasta que quedaron dorados y crujientes. Tras preparar la mesa y emplatar la comida, ambas se sentaron a comer. Apenas pronunciaron más que un par de elogios sobre el buen sabor de las recetas, inexplicablemente envueltas en calma.

Cuando recogían el mantel y ponían a remojo la vajilla, sonó el timbre.

—¡Voy! —chilló Dalia desde la cocina, con las manos ocupadas.

Tardó casi medio minuto en salir a abrir la puerta. Quería dejar recogida la cocina y así poder atender allí a su prima, sin necesidad de subir hasta el ático para *brujear*.

En el exterior de la casa, Azucena esperaba pacientemente. Miró hacia el cielo, encapotado una vez más. Parecía que la tormenta iba a dar menos tregua que el duelo de la familia Nerón.

Pronto notó una presencia que la observaba con descaro. Sus ojos azules se cruzaron con aquellos ojos pardos tras la valla vecina. No se conocían. Él no sabía quién era ella, y Azucena tampoco sabía quién era Rabel, pero estaban seguros de que haberse encontrado no era una simple coincidencia.

Cuando Dalia giró la llave al otro lado del cerrojo, el chico se apartó rápidamente de la cerca y se dirigió al interior de la casa. Al abrir la puerta sorprendió a su prima, que todavía miraba en dirección a la valla contigua.

—Pasa, Azucena —dijo con tono calmo y la tomó delicadamente de los hombros, rescatándola del momento, como si la intentase devolver a tierra firme.

Sabía lo que se desencadenaba al clavar las pupilas en aquellos ojos de reflejos melosos. Pero llegaba tarde. La muchacha de mirada clara y cabello dorado había llamado la atención de Rabel. Y los dos se habían mirado con unos ojos que estaban predestinados a volverse a encontrar.

11
UN *LAGO*

—Bueno, ¿qué es lo que querías contarme? —preguntó Dalia mientras retiraba una taza vacía que se le había olvidado en el centro de la mesa y ofrecía asiento a su prima a la mesa de la cocina.

—Tuve un sueño extraño y se lo comenté a mi madre. —Dudó—. Bueno… En realidad, no se lo iba a contar. Está desquiciada con lo de la abuela, y con mi padre, que es un bebé trajeado incapaz de mirar más allá de sus narices. No quería aturullarla más.

La luz azulada del inicio de un atardecer tormentoso se colaba por las cortinas de lino. Úrsula observaba la escena apoyada en el mármol, dando sorbos cortos de una taza de café algo frío mientras preparaba una infusión. Afuera, la lluvia comenzaba a repicar contra el tejado como campanas al inicio de un ritual.

—¿Y qué te dijo tu madre? —interrumpió Úrsula con intriga.

—A ver —se pasó las manos por el pelo con gesto tenso, tratando de recapitular—, mi madre cree que la abuela no debería haber muerto. Dice que su intuición no se equivoca, que hay *algo* extraño detrás de todo esto. Ha intentado hablar con mi padre, pero ya sabes lo que pasa con estos temas. —Dirigió la mirada a Dalia antes de cerrar los ojos en un gesto irónico—. Ayer volvió de la cabaña y me contó todo un poco por encima. Le costaba formular frases

correctamente por la cantidad de información. Yo entiendo más bien poco de vuestras brujerías. No es lo mío ni termino de encontrarle el sentido… Pero… tal vez el sueño tenía relación con todo esto.

Dalia le acercó un vaso de agua a modo de invitación a seguir hablando. Se inclinó un poco hacia delante y apoyó los brazos sobre la mesa.

—Fue la segunda noche que estuvisteis en la cabaña, del sábado al domingo. Cuando hicisteis el ritual. Yo estaba dormida a esa hora, pero tuve una sensación extraña. Relacioné el momento exacto cuando hablé con mi madre tras su vuelta. Supe al instante que no era un sueño normal —insistió—. Fue como… una visión, un recuerdo prestado. Alguien me estaba colocando en otro cuerpo. Aparecí en un lago, rodeada por un bosque inmenso. Me veía a mí misma reflejada en el agua, pero no era yo. Era la abuela. Más joven, muchísimo más joven. Iba vestida con ropa de antes. Un vestido claro y largo, casi blanco, con botones pequeños a lo largo de la espalda. Llevaba el pelo trenzado y completamente empapado —Dalia y Úrsula asentían, sin intención alguna de interrumpir la narración de Azucena—, y había un hombre.

La melodía de su voz cayó en picado. Las palabras se le quebraban como hojarasca bajo los pies. El recuerdo de aquel sueño era un lastre.

—Podía sentir el terror en mí —frunció el ceño y apretó los puños sobre las rodillas— y sé que aquel hombre tenía algo que ver. No recuerdo su cara. No era nítida. Solo vi un rostro sin rasgos, pero su presencia era pesada. Y entonces yo lo ahogaba. Así. Sin dudarlo. — Los ojos de las jóvenes, muy atentas, se abrieron como platos.

—¿Lo ahogabas tú? —murmuró Dalia.

—La abuela. *Yo* siendo la abuela. Lo mantenía bajo el agua con fuerza, sujetándolo por el cuello. Podía notar su pulso

desvaneciéndose entre mis dedos —Azucena trató de recrear el movimiento mientras seguía su relato—, y las burbujas de aire le salían de la boca hacia la superficie del lago entre gritos sumergidos. Entonces yo me iba.

—¿Pudiste ver algo más? —preguntó Dalia, asombrada, sintiéndose al borde de una revelación.

—Sí. —confirmó—. Me fui a la cabaña. Salí de su cuerpo y me convertí en observadora de la escena. Regresé inmediatamente al lago. Las aguas volvían a estar calmadas. No había ni rastro de la abuela. Entonces, del fondo, emergió un pájaro.

Azucena enmudeció de golpe con un gesto vacío en los ojos. El color se le había ido del rostro. Todavía parecía poder escuchar el aleteo rompiendo la superficie del lago. Todavía recordaba la humedad en los dedos.

Úrsula trataba de articular alguna frase con sentido tras tan impactante relato. Dalia no dijo nada de inmediato. Contemplaba un punto fijo en el suelo. Se levantó envuelta en misterio y subió al ático para coger una de sus barajas. ¿Era ese el pájaro que se les había estado apareciendo a todas desde el funeral? Agitó la cabeza, deseando deshacerse de aquella idea. No quería sacar conclusiones precipitadas. No iba a llenarse la mente con suposiciones antes de una tirada de cartas. Precisaba ser lo más objetiva posible.

—Azucena —terminó de bajar las escaleras con varios mazos bajo el brazo—, ¿a ti te sonaba de algo el pájaro ese?

—No sé. —Suspiró, rebuscando en la memoria con algo menos de peso sobre sus espaldas—. En el sueño lo veía desde lejos.

Dalia volvió a ocupar su asiento antes de que su prima recordase nada. Eligió la baraja que usaba para consultas importantes, con la que su abuela le había enseñado a leer, y la sacó del paño de seda que la envolvía.

—*Necesito* que intentes recordarlo. —Suavizó su tono de voz mientras empezaba a barajar las cartas—. ¿Cómo era el pájaro?

Azucena entrecerró los ojos, esforzándose por unir imágenes dispersas.

—Negro. No era pequeño. Y volaba —hizo la conexión justo cuando las palabras le salían de la boca— de un modo extraño. ¡Lo he visto antes!

—¿Es el mismo pájaro que viste en la cafetería con tu madre?

—Sí —abrió los ojos exageradamente y apretó los labios—, el mismo. Esa forma inusual de moverse. La misma manera extraña de batir las alas.

La joven bruja cerró los ojos. Partió la baraja por la mitad, giró el montoncito del lado derecho y las mezcló una última vez sobre la mesa. Pudo ver el lago del sueño, los nenúfares y alguna luciérnaga que destellaba como una estrella flotante. El aura mágica del bosque bañaba aquel lugar. Y una presencia. Ajena a todo aquello. Completamente al margen.

Entonces, sacó la primera carta.

El Colgado. Justo después, los Enamorados, seguidos por el Dos de Copas invertido. Su respiración se volvió un poco más densa.

—Esta perspectiva nos es necesaria dentro del misterio. —Se aclaró la garganta antes de continuar con la lectura—. La abuela está tratando de comunicarse de alguna manera alternativa. Este sueño nos dice algo importante. A ella le cambió la perspectiva… ¿Alguien? —Por un momento pudo notar a su abuela, intentando restablecer la conexión que parecía haber sido interrumpida a la fuerza por una energía externa—. ¿Hubo una persona que le cambió la perspectiva? Fue un gran desacuerdo. ¿Una ruptura?

Sacó la siguiente carta del mazo e hizo un gesto de confusión. Trató de sacar más cartas para aclarar el significado de aquellas tres

sobre la mesa, pero no sirvió de nada. Interferencias. Como si alguien hubiese desconectado la línea, Dalia ya no conseguía descifrar más de aquel mensaje. No era capaz de destapar los significados que unían a todos aquellos arcanos con la abuela.

—No puedo leer más.

—¿Qué has visto, prima?

—No mucho. Estaba viendo cosas y de repente no veo nada. Otra vez.

—Bueno, tenemos algo. Has podido leer un poco —dijo Úrsula, tratando de animar a aquella bruja con problemas de autoestima mágica.

—Claro. Tal vez nos sirva —añadió Azucena—. ¿Has podido ver el lago?

—Sí, sí. En el bosque. No sé dónde del bosque, pero seguro que está ahí.

Fijó la vista en un punto cualquiera de las paredes de la cocina. La luz mortecina del exterior dibujaba sombras curiosas sobre los azulejos. «Alguien está callando a la abuela; seguro», pensó. Un escalofrío le bajó por la columna. Cientos de posibilidades le recorrían la cabeza a la velocidad de la luz. Se quedó prácticamente paralizada. Estaba atrapada en esa sensación de no ver más allá. De únicamente estar tocando la superficie. Como observar el relámpago sabiendo que, en algún momento, el trueno tendrá que llegar.

—Bueno. Os dejo aquí los hojaldres que traía de merienda. No quiero molestar más. —Le daba paz compartir aquel sueño, pero cualquier tema mínimamente mágico le parecía fuera de su control.

—No, tranquila —respondió Úrsula, poniéndole una mano en el hombro a Dalia y despertándola así de su letargo.

—Me sabe mal no ver nada más. Es muy extraño.

—Tranquila. No te fuerces. Si recuerdas algo…, tienes mi número todavía, ¿cierto?

—Sí. Te llamo, Azucena —contestó con un hilo de voz.

—Exacto —se levantó del asiento—, tú me dices. De momento ya sabemos que no ha sido un sueño cualquiera.

—Ojalá pudiera ayudarte un poco más, pero es que no veo nada. —Su tono de preocupación iba más allá de aquella simple lectura.

—Que no, que no. Si vuelvo a soñar algo fuera de lo normal te aviso, y tú, si encuentras algo…

—Te llamo —terminó la frase de su prima.

Ambas acompañaron a Azucena a la puerta de entrada. La noche parecía haber caído, adelantada un par de horas por las nubes tupidas. La despedida se resolvió en un gesto rápido; un abrazo corto seguido de un «nos vemos». La sorpresa del encuentro todavía latía en el aire. No era usual retomar el contacto con alguien tras años de distancia como si nada hubiese pasado, pero allí estaban. Unidas, sí o sí, por el misterio.

Dalia volvió sobre sus pasos con lentitud y se tumbó bocarriba en el sofá después de dar un par de vueltas a la llave. No veía a su abuela capaz de matar a nadie, y menos con sus propias manos. Y ese pájaro…

El olor húmedo que se coló por el ventanal a medio cerrar le recordó el bosque. Echaba de menos su abrazo. La seguridad de dejarse llevar y terminar en el punto indicado, justo donde debía llegar. El musgo, las hojas, el baile místico de las copas de los árboles. Su pulso, su ritmo. Sentía que lo necesitaba cerca. *Algo* la empujaba hacia él. Ahí fue cuando lo recordó: el diario.

Se incorporó de golpe.

—¿Adónde vas? —preguntó Úrsula, sorprendida de que su amiga se levantase y saliera disparada de la sala.

—El diario —respondió Dalia sin girarse.

—¿Qué?

—Tengo el diario. El diario de la abuela —repitió con la voz agitada y dando vueltas por toda la planta baja en búsqueda del cuaderno—. Había de todo, escribió en él desde su juventud. Seguro que hay algo sobre esto.

Abrió y cerró cajones, removió las chaquetas del colgador de la entrada, lanzó libros fuera de sus estantes.

—Dalia, para un momento. Respira. ¿Dónde lo guardaste?

—Seguro que lo traje… Segurísimo.

Se miraron un instante y no hizo falta dar ninguna orden. Empezó la búsqueda. Subieron y bajaron, revolviendo el equipaje que no colocaron la noche anterior. Vaciaron bolsas dejando su contenido de cualquier manera por el suelo del pasillo y las escaleras. Metieron y sacaron las manos de todo compartimento y recoveco de mochilas y maletas. Abrieron y cerraron velcros y cremalleras.

—¡Aquí! —gritó finalmente Úrsula—. ¿Es esto?

Dalia corrió hacia ella. Eran las tapas inconfundibles de cuero curtido por el paso de los años, cerradas por la cinta de raso rojo. Se fijó bien. Con esa luz se podían ver mejor todos los detalles. En la esquina inferior derecha de la tapa delantera estaban inscritas las iniciales de la abuela.

Dalia lo sostuvo en las manos como si manejase una reliquia.

—Sí —susurró con reverencia—, su diario.

Apartaron la ropa y se sentaron juntas en el suelo, apoyando la espalda en la pared. Dalia deshizo el lazo de raso y separó las tapas con cautela. El crujir del cuero en el lomo del cuaderno era el único sonido, además del de la tormenta. Pasó las páginas con extremo cuidado, tratando de hallar la correcta, la que pusiese algo de luz en

aquella noche oscura. Pronto la encontró: una página de letras temblorosas con la tinta corrida por las lágrimas.

11 de octubre de 1969

Querido diario..., he esperado a que cayera la noche para escribir estas líneas. Me tiemblan los dedos todavía y me cuesta sostener la pluma. No es por el frío en la cabaña, como otras veces. Es por lo que he hecho, y por lo que estoy a punto de hacer.

Hoy rompí con él.

Lo miré a esos ojos oscuros, que siempre llevan consigo una tormenta, y le he dicho que no podíamos vernos más. No por desamor ni por otra persona. Lo he oído todo. Su plan, cómo pensaba contármelo. Su traición. A mí y a mi familia, que lo hemos acogido como uno más y le hemos enseñado nuestra magia.

Quería robar el espejo. Iba a entrar en la casa de mi madre a buscarlo. Y, si no lo encontraba, iba a buscar en la de mi abuela. Quería poder. Y quería hacerlo juntos. Yo pensaba que trataba de pedirle mi mano a mi padre, aunque fuese algo pronto, o que empezaba a preparar la sorpresa de mi decimosexto cumpleaños antes de tiempo, pero no. Tramaba otra cosa. Me suplicó robarlo juntos casi de rodillas. Yo traté de disimular. No sé cómo había descubierto que teníamos dicho objeto, pero no quería ofrecerle confirmación alguna.

Confiaba más en él que en mi propia sombra... Ya no es el muchacho que era antes de aprender magia. Casi no lo reconozco. Le he dicho que no íbamos a hacer nada de esa categoría. No íbamos a registrar el hogar de nadie, y mucho menos para robar un "supuesto objeto mágico". ¿Qué otra cosa le podría decir? Su reacción no me ha gustado. No se ha enfadado. Ha sonreído agachando la cabeza, como si supiese que eso iba a pasar. Él había visto el final de la partida antes que yo. Me ha jurado que me perseguiría de por vida, y sus hijos a mis hijos, y sus nietos a los míos.

No iba a dejarme ir. Iba a salirse con la suya. Él no olvida. Él no perdona.

Hoy he roto con él, pero mañana...

Mañana tal vez tenga que encontrar una forma definitiva de solucionar este problema.

12
SOLAMENTE EN SUEÑOS

Los acordes estridentes y los bucles de melodías del vecino habían vuelto. Las ventanas cerradas no eran suficientes para detener el tenue sonido que producía Rabel desde el jardín. Para oídos ajenos era una simple voz que sonaba a lo lejos, pero para Dalia… Por muy poco volumen, por lejos que estuviese, aquella voz la sacaba de quicio.

—Las seis de la mañana —dijo entrecerrando los ojos al encender la pantalla del móvil—. ¡¿Qué hace a las seis de la mañana tocando?!

Deseaba haber despertado al lado de Úrsula, enredada en su pelo, meciéndose en el sonido de su respiración. No así. Ese despertar era justo lo contrario a idílico.

Decidió que su día ya había comenzado con suficiente mal pie y salió de la habitación con paso pesado. Intentando no despertar a Úrsula, que dormía al final del pasillo, se dio un baño para relajarse y no lanzar mobiliario en dirección al jardín de al lado. Los vapores de olor floral inundaron una vez más el pasillo de la primera planta. Dalia emergió aparentemente renovada. Había puesto un par de puñados extra de lavanda en su bañera. Meditó brevemente sobre por qué no fue capaz de pudrirle las cuerdas vocales al vecino días atrás. Así se hubiese ahorrado tan terrible despertar.

Tras casi una hora a remojo vació el agua fría, y atribuyó el error en el hechizo a su pésima concentración en el momento de la elaboración. No quiso darle más vueltas, porque, si lo hacía, prepararía otro hechizo vengativo…, y esta vez no tendría forma de tarta.

Envuelta en el albornoz, se embadurnó la cara con ungüento de romero y bajó a hacerse un café, sin preocupación alguna por ponerse el pijama. Llenó la parte baja de la cafetera italiana con agua caliente, y el embudo, con un par de cucharadas de café molido. Encajó la parte superior y la apretó con fuerza. Dejó la tapa abierta hasta que empezaron a salir los primeros chorros de café caliente. Entonces bajó el fuego al mínimo y tapó la cafetera. Una vez que se escuchó el burbujeo final, la apartó del fuego.

Seguramente no fuese la manera experta de hacer café, pero era de lo poco que le había enseñado su madre sin amenazas ni condiciones.

Abrió el ventanal del comedor para ventilar un poco la planta baja, por la inercia de la rutina. Enseguida se dio cuenta del error. La música de Rabel se colaba entre las cortinas e inundaba el comedor. Cerró rápidamente y se tapó las orejas. No quería escuchar esa música, por si acaso. Abrió las puertas inferiores de la librería del comedor y encendió el reproductor de CD que tenía ahí casi sin usar. Puso el primer disco que encontró y giró la ruedecita del volumen lo suficiente como para no interrumpir el sueño de nadie, pero sí dejar de escuchar a su insoportable vecino. El sonido de *Pornography* de The Cure opacó lo que fuese que interpretaba Rabel.

Con la seguridad de aquella protección sonora ordenó el desastre ocasionado mientras buscaban el diario la noche anterior. La ropa limpia al vestidor, la sucia al cuarto de la colada, las mochilas y maletas al armario bajo las escaleras, los libros a su correspondiente

estante. Miró el reloj de su muñeca. Las siete y cuarto. Quedaban todavía dos o tres horas para que Úrsula se despertase. Decidió preparar masa de creps para el desayuno.

Cuando caminaba en dirección a la nevera para coger la leche y los huevos, pudo diferenciar claramente la letra de la canción que cantaba Rabel. El reproductor había dejado de funcionar en el minuto 2:12 de «The Hanging Garden». Dalia se detuvo en seco. No pudo evitar escuchar. Era una melodía nueva, con otra métrica y otro ritmo. La cantaba con seguridad; nada de bucles ni repeticiones. Como si ya supiese cuál era la fórmula. Apoyó el cuerpo sobre el fregadero para acercar el oído a la ventana de la cocina. La curiosidad se apoderó de ella. «¿Sobre qué está cantando ahora?».

Que te queme el veneno de este amor
y entiendas, mirando de lejos,
que sus labios también encajan.

—¿Un bolero sobre celos? —resopló—. ¡Por Dios! Menudo cursi.

Tragó saliva. Aquello era un intento de autoconvencerse de que la música de Rabel no era más que eso: música. Pero algo dentro de ella le decía lo contrario. Cada verso podía ser un dardo meticulosamente afilado, y ella —tal vez, y solo tal vez—, la diana. Tomó la taza que había dejado apoyada en el mármol al lado del fregadero y dio un sorbo.

Retomó la tarea de preparar el desayuno mientras revisaba el teléfono. Azucena parecía despierta. Estaba en línea.

Sacó un bol de la alacena y preparó todos los ingredientes alrededor de él. Dos huevos grandes, ciento diez gramos de harina de repostería, doscientos cuarenta mililitros de leche, una cucharada de azúcar, una pizca de sal y un poco de ralladura de limón. Un desayuno protector. Le iba como anillo al dedo.

Cascó los huevos en el borde del bol y los puso dentro. Añadió la leche y removió un poco con unas varillas manuales. Introdujo azúcar, sal y ralladura. Batió con un poco más de fuerza. Por último, pasó la harina por un tamiz al echarla, y batió enérgicamente hasta que quedó una masa sedosa. Murmuró un pequeño encantamiento mientras terminaba de mezclar los ingredientes.

Masa que amaso, escudo fiel,
que no me toque sombra ni espina,
ni lengua ajena, ni mano maligna.

Dejó la masa reposando en la nevera y volvió a mirar el teléfono. ¿Debía decirle algo a su prima?

Hola! Estás despierta??

Síííí

Ayer encontré algo más.
Ven a desayunar y te lo
cuento

Vale. Nos vemos en un rato

Bloqueó el móvil y lo dejó en la mesa antes de sentarse. Su taza todavía tenía algo de café, ya a temperatura ambiente. Dio los últimos tragos y se acomodó en la silla cerrándose un poco mejor la

zona del escote del albornoz. Debía subir y ponerse un pijama, pero le daba pereza.

Salió al jardín. El aire frío del exterior se coló entre los pliegues del tejido, deslizándose por sus piernas hacia su espalda, filtrándose por la abertura frontal. Se estremeció, no del todo incómoda, mientras avanzaba descalza sobre la tierra. Necesitaba reconectar. Enraizarse. Todo estaba cubierto por una manta de neblina suave. Rabel se había callado en algún momento y ella no lo había notado hasta ese preciso instante. Acercándose a macetas y matojos, arrancó poco a poco las malas hierbas que habían ido creciendo. La tierra húmeda se le colaba bajo las uñas un poco largas con facilidad. Dalia se agachó frente a una jardinera vieja hecha a mano y quitó los hierbajos que crecían a los pies del limonero que había plantado su abuela. El olor del sustrato removido, las hierbas cortadas y las plantas regadas por la lluvia le despertaron un recuerdo fugaz. Unas manos viejas y firmes que le enseñaron de pequeña qué florece y qué estorba. No había día en que no agradeciera a su abuela haberle regalado aquella casa, un lugar que para ella siempre fue un hogar. Aquel amanecer no era soleado, pero notó la calidez del momento en el pecho. Como un abrazo.

Una rama crujió a sus espaldas. Nada alarmante; no fue un ruido fuerte, pero se giró sobresaltada por la interrupción de tan maravilloso silencio. Se volvió con la mandíbula tensa esperando encontrarse a Rabel, su vecino aficionado al espionaje, al otro lado de la valla. Pero no había nadie. Miró hacia la repisa del ventanuco del ático. Un pájaro oscuro. Quieto, observándola con un destello anómalo en los ojos.

Se sacudió las manos y entró de nuevo en la casa. Cerró todas las ventanas de la planta inferior, nerviosa. La cafetera ya se había

enfriado y el bol con la masa esperaba su turno. Oyó los pasos de Úrsula bajando las escaleras.

—¿Cómo has dormido? —preguntó.

—Bien. Me he despertado hace nada y no he podido volverme a dormir.

—¿Quieres café? —Miró el reloj. Las ocho en punto—. Está un poco frío.

Úrsula sacó una taza a modo de confirmación. Le sirvió lo que quedaba de bebida y terminó de llenar la taza con leche fría y una cucharadita de miel. Puso la sartén en el fuego y pasó una fina capa de mantequilla antes de empezar a hacer creps. El móvil le vibró en el bolsillo del albornoz. Azucena estaba a punto de salir de casa.

—¿Me vigilas esto un momento, porfa? Subo a ponerme algo de ropa.

—¿Por qué? Estamos las dos solas —dijo sin poder evitar que su mirada recorriese las piernas de Dalia.

—Viene Azucena ahora. Le tengo que contar lo del diario.

—Ah. Sí, dame la espátula.

Pudo ver cómo Úrsula se reservaba su opinión respecto a la visita antes de salir de la cocina. Seguramente le sorprendiese que, tras tanto tiempo ignorándola, ahora la visitase dos veces en una semana. Subió al vestidor rápidamente, dejando la bata colgada en la puerta del cuarto de baño. Se puso un camisón burdeos de corte discreto, largo por debajo de la rodilla y mangas de farol, y volvió a la cocina a terminar el desayuno.

Azucena llegó, sorprendentemente, en coche. Aparcó detrás del deportivo azul de Rabel de la manera menos habilidosa posible, dejándole una hendidura pronunciada sobre la matrícula. El golpe no causó un ruido tremendo, pero el chico salió de su casa en un abrir y

cerrar de ojos. Se plantó delante de Azucena con cara de enfado mientras ella bajaba de su Karmann Ghia.

—Lo siento muchísimo —se disculpó juntando las palmas de las manos—. Es el primer día que aparco este coche. Es nuevo. Bueno, me lo acaban de dar.

—Tú eres la chica de ayer. —La miró de arriba abajo, calmando el gesto—. ¿Por qué no has venido caminando? Nos hubiésemos ahorrado este disgusto.

—Lo siento. Quería llegar rápido porque tengo que hablar con Dalia. —Se agachó para ver mejor el daño del golpe—. Mira, te voy a dar mi número… —dijo sacando una nota de papel del bolso y apuntó su teléfono con pulso agitado.

—Esto no se soluciona con una cita —continuaba molesto, pero no podía enfadarse con aquella muchacha.

—No, no. Mi madre repara coches antiguos y los colecciona. Te lo arreglará sin problema. —Miró a los ojos a Rabel, esforzándose por seguir el hilo de la conversación—. Te lo prometo.

—Espero que sea verdad… —El joven disfrutaba del nerviosismo de Azucena.

Ella asintió. Algo en su voz, en la forma en que la miraba, le nublaba el juicio.

—Sí. ¿Te suena el taller ese a la entrada del pueblo? El que siempre tiene un Ford Mustang del 67 color esmeralda aparcado en la puerta.

—Sí, sé cuál dices —dijo con actitud chulesca.

—Ese es el taller de mi madre. Te lo dejará como nuevo.

—Más vale —sonrió mirándole los labios brevemente y devolviendo la vista a sus ojos—, y si no… De repente, la cita no me parece tan mala idea.

Azucena se sonrojó. El giro inesperado de la conversación la había descolocado por completo y, sin darse cuenta, ya había caído en el juego de Rabel. Él supo aprovechar la ocasión para abrirse paso en la vida de Azucena y, por ende, en la de Dalia. Se despidió con un gesto de la mano antes de regresar a su casa, justo antes de que la chica tocase el timbre de su prima.

—Buenos días —saludó mientras guardaba las llaves del coche en el bolso.

—Hola, Azucena. —Cerró la puerta tras ella, no sin antes revisar si había alguien más fuera con ella.

—¡Buenos días! —respondió Úrsula, levantando la voz desde la cocina.

—Estamos haciendo creps para desayunar. ¿Quieres café o té?

—Té, por favor.

Entraron a la cocina. Dalia sacó la tetera, la llenó de agua y la puso al fuego. Rellenó tres infusionadores metálicos con hojas de té verde y los puso en tres tazas.

—¿Qué encontraste ayer?

—No me acordaba, pero me traje el diario de la abuela cuando estuvimos en la cabaña.

—¿La abuela escribía un diario?

—Eso mismo pensé yo. No hay entradas todos los días; solamente cuando tenía algo que contar. —Se sentó en la mesa—. Hojeando un poco, encontré una página llena de lágrimas y con la letra temblorosa. Supuse que sería importante, así que la leí.

—Mira —dijo Úrsula, dándole el diario que habían dejado el día anterior sobre la mesa del comedor.

La joven leyó la página un par de veces, extrañada. No terminaba de entender cómo encajaba eso con el resto de las piezas que

tenían. Al terminar, levantó la vista del cuaderno y miró con cara interrogante a Dalia.

—La abuela conoció a otro hombre antes del abuelo Jacinto, y trató de dejarlo —resolvió la duda.

—¿Crees que es el hombre de mi sueño?

—Es más que probable. Estaba atrapada entre la espada y la pared. El muchacho quería robar un «espelir». No sé qué es eso, pero parecía un asunto serio; un brujo corrompido por el poder de la magia que no quiere dejarla ir…

—Tal vez sí se vio obligada a hacer algo terrible… —murmuró Azucena.

—¿Crep? —preguntó Úrsula, cortando el momento por completo.

A Dalia se le escapó una risa floja por debajo de la nariz. El asunto era de lo más delicado y estaban muy muy cerca de resolver el misterio, pero no pudo evitar reír. Le resultaba cómico y casi entrañable lo poco que Úrsula sabía disimular su incomodidad y mal humor frente a quienes no terminaban de encajarle. Azucena miró a su prima y también sonrió, sin terminar de comprender la situación. Decidieron hacer una pausa en su trabajo detectivesco y comer un poco antes de continuar. Dalia sirvió el té y puso sobre la mesa varios botes: crema de chocolate blanco, de avellanas y de cacahuete, así como mermelada de arándanos, de tomate, de naranja, de fresa… Todo casero, hecho con las recetas de la abuela.

—Bueno, entonces… ¿qué hacemos? —preguntó Úrsula, con la boca todavía llena.

—No sé —respondió Azucena, sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Ahora tengo más preguntas que antes.

—Yo sí lo sé. —Dalia se limpió las comisuras de la boca con una servilleta—. Tenemos que seguir leyendo el diario.

—Dalia, ¿y si Adelfa trata de contactaros otra vez?

—Está como… enmudecida.

—Ya, pero a mí me ha dicho cosas en sueños —dijo Azucena.

—¿Crees que por ese canal le es más fácil contactarnos? —preguntó Dalia—. Hace tiempo que no hago ningún hechizo para tener sueños proféticos ni nada por el estilo.

—Solamente hay una manera de descubrirlo —decretó Úrsula con tono decidido.

Azucena la miró con el interrogante en las pupilas. ¿Iban a utilizarla de conejillo de Indias?

—¡A mí no me uséis para esto, eh!

—Si tú has sido el primer canal por el que la abuela ha podido enviar sus mensajes claramente…, ¿por qué no aprovecharlo?

—¡Que no! ¡Que tuve suficiente con aquel sueño! —replicó Azucena a su prima—. Hazlo tú.

—Bueno, si no te prestas voluntaria…, algo tuyo necesitaré.

—¿Qué?

—Elige qué me quieres dar. ¿Pelo, uña o sangre?

—¿No te vale con un zapato o algo así?

Úrsula seguía el cambio de turno de palabra en aquel debate como si de un partido de tenis se tratase.

—Yo haré de ti. No te pasará nada; me hechizaré yo. Formularé alguna cosa, pero necesito que me des un elemento tuyo tuyo para que tu ser esté presente en el proceso.

—Creo que puede funcionar, sí. —Úrsula asintió tras intentar comprender lo que acababa de decir su amiga.

—Esperemos que sí —respondió Azucena, con una convicción moderada—. ¿Tienes unas tijeras?

—Necesito la raíz.

Azucena frunció el ceño, mentalizándose del daño que le iba a provocar.

—Esto de la magia no me está entusiasmando, eh —murmuró con los dientes apretados, buscando con los dedos sobre el cuero cabelludo un mechón dorado, suficientemente fino y escondido como para que su pérdida pasase desapercibida al arrancarlo—. Toma.

Dalia tomó el pellizco de cabellos de Azucena con extremo cuidado y lo envolvió en una servilleta de papel.

—No te preocupes de nada, Azu. Tú hoy vuelve a casa y relájate todo lo que queda de día. Voy a preparar un ungüento onírico. —Miró el reloj algo inquieta—. Creo que esta noche misma podré usarlo. Y, si no obtengo respuestas, mañana volveré a intentar soñar.

13
EL OTRO CUERPO

Dalia se despertó dentro de un sueño. Era la segunda noche que le pasaba. El ungüento que formuló el día anterior estaba funcionando. Mientras lo preparaba era plenamente consciente; sabía que ese iba a ser el resultado. Soñaría los mensajes que había canalizado Azucena. Sueños tremendamente lúcidos que sentía reales. Pese a estar mentalizada, la primera noche le costó mantener la calma y terminó despertándose por completo.

«Respira», se dijo a sí misma en cuanto se dio cuenta de que estaba soñando.

Inmóvil, no paralizada, sino *meticulosa*. Intentando estar en aquel sueño el máximo tiempo posible. Necesitaba sacar información. Si no, sería otra noche perdida. Estaba allí, delante de ella, iluminado por la luz de una luna menguante: el bosque.

No oía el arroyo, no veía el lago ni la cabaña. Pero reconocía el bosque. Esa vez respiraba de manera diferente. Las copas de los árboles no danzaban tranquilas, tampoco el viento cantaba entre las ramas. Un zumbido grave y denso se apoderó del lugar. Dio un par de pasos hacia un claro. Su cuerpo no pesaba lo mismo. El pelo no le acariciaba la nuca. Se miró las manos, iluminadas por un rayo de luna.

No eran sus manos.

Con aquella poca luz se fijó bien en sus ropajes. Los reconocía. El hombre del lago. Esa camisa oscura de algodón. Esos pantalones de traje de tiro alto. Estaba en la piel del hombre del lago, bastante mayor que en la visión. Exploró un poco aquella zona del bosque, intentando llegar a algún lugar familiar, pero la foresta no la recordaba. No sabía que era ella y, por lo tanto, no la iba a guiar.

Las piernas dejaron de responder a sus órdenes, seguidas por los brazos. Intentó imponer su voluntad a los movimientos de aquel cuerpo, pero el sueño siguió su transcurso y Dalia perdió el dominio por completo.

Le invadió una rabia inmensa que no le pertenecía. Un pesar en el centro del pecho acompañado de un nudo en la garganta. Tenía la mandíbula tensa y los puños apretados. El cuerpo del hombre se movía por el bosque buscando a alguien, asomando la cabeza entre los troncos, caminando con pasos muy suaves para no ser oído. La luz de luna entre las ramas chocaba contra sus pupilas intermitentemente. El sendero se desdibujaba. El bosque intentaba confundirla, pero ella —o él— sabía hacia dónde se dirigía y no le hacía falta guía.

Pronto la encontró. Una joven de rodillas frente a una hoguera inmensa. Parecía que se había celebrado un ritual de solsticio. La fogata aún ardía a llama viva, aunque el ritual ya había terminado. Las ramas de roble y naranjo crujían con pereza y lanzaban al cielo nocturno espirales de chispas doradas. Alrededor había varios asientos improvisados con telas dobladas sobre piedras planas, pero solamente quedaba ella. La joven estaba sola, de espaldas, sentada en el suelo y meciendo el cuerpo levemente, como si todavía meditase. Sus ojos abiertos se encontraban hipnotizados por la luz del fuego, cambiando de color dependiendo del brillo de cada llama. Primero verde, luego dorado. Cuando el fuego delante de ella decaía

un instante, se teñían de un marrón muy oscuro, cálido. Llevaba una túnica ligera de lino claro y corte medieval. El cabello castaño le caía en ondas larguísimas casi hasta tocar la tierra.

Dalia podía notarlo todo, pero no dirigir el cuerpo que habitaba. No era capaz de hacer más que mirar. Respiraba hondo, llena de furia ciega y con el corazón latiéndole con violencia; se estaba preparando para un acto inevitable. Se llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón, de donde sacó una daga de plata ennegrecida con empuñadura ornamentadísima. Incrustaciones de amatistas y rubíes. Se acercó poco a poco, por detrás, con un paso lento casi elegante.

«No lo hagas. No lo hagas», pensó, con la voz atrapada dentro del cráneo. Su conciencia flotaba tras los ojos del asesino, reducida a un eco. Intentó detener el brazo que se alzaba, avisar a la joven… Ella se giró antes de que el hombre del lago pudiese actuar.

—Ilun… —susurró la muchacha. No fue un grito ni una súplica. Fue un reconocimiento. Como si ella ya estuviese preparada; aquel era su destino.

La daga descendió una vez. Luego otra. Y otra.

No tocó a la joven.

No cerró la distancia.

Las puñaladas en el aire atravesaron mágicamente el cuerpo de aquella muchacha sin dañar la piel. No hubo alaridos ni forcejeos. Solo el crepitar de la hoguera mezclado con el sonido opaco de la carne rota en el interior del pecho de la bruja. Una hemorragia interna la hizo colapsar. Dalia gritó en su interior, desgarrándose por salir del sueño, por salir de aquel cuerpo y despertar, pero no podía. No todavía. Debía esperar al final.

Vio desaparecer la luz de los ojos de aquella joven mientras los labios se le teñían de sangre. Una luz familiar se desvanecía de unos

ojos… pardos.

Cuando por fin se despertó, empapada en sudor, con la respiración entrecortada y el corazón retumbando con fuerza en las sienes, tenía las uñas clavadas en las palmas y un sabor metálico en la boca. Como si se hubiese estado mordiendo la lengua mientras dormía. Fuera ya había amanecido. Una luz nada cálida se colaba entre las nubes y a través de las cortinas. Úrsula, serena, se había sentado a esperar su retorno del otro lado en la butaca que había a los pies de su cama, con su cuaderno de pentagramas.

—Has tenido otro sueño —afirmó en voz baja, sin apartar la vista de la página en la que añadía una corrección armónica.

—Esta vez sí he visto cosas. He visto todo. No podía controlar mi cuerpo porque era el del hombre del lago. Me movía como si fuera él. No como si lo viese desde fuera… Esta vez *era* él.

—¿Has soñado que eras el hombre del lago? —Úrsula alzó una ceja.

—Sí, pero mayor. Como… casi veinte años después. Había algo distinto en su cuerpo. No era como el de la visión. Sus manos eran más ásperas, y los músculos, algo más lentos. Era el solsticio de verano, luna menguante, y yo mataba a una bruja joven en el bosque. Con magia. Mi daga no llegaba a tocarla. Veía la vida desvanecérsele de los ojos.

—¿Ella decía algo? —Cerró el cuaderno y se acercó a la cama.

—Me llamaba por mi nombre antes de morir: Ilun. El hombre del lago se llama Ilun. Me miró con pánico, pero sin sorpresa, como si supiera que yo venía a matarla.

Úrsula se sentó en la cama para abrazar a su amiga, que empezaba a lloriquear en silencio por el trauma de presenciar todo aquello en un sueño tan vívido y cruel.

—He intentado pararlo. Te lo prometo —sollozó, hundiendo el rostro en el hombro de su amiga—. Pero no podía hacer nada, Úrsula… Yo…

—Tranquila. Adelfa quería que vieses eso —le murmuró en el oído, acariciándole el pelo—. Ahora ya tenemos un nombre. Inspira —puso una mano firme sobre el pecho de Dalia—, espira. Otra vez. Vale, ahora apunta todo antes de que se te olvide.

Sacó un trozo de folio en blanco de entre las páginas de su cuaderno y le prestó el lápiz. Le ofreció una caricia suave en la espalda antes de seguir hablando:

—Todo. Olores, colores, el nombre, la joven, la luna, la hoguera. Las palabras exactas. Lo que sentiste en el cuerpo. No dejes que se te escape nada.

—Sí, sí. —Se secó las lágrimas con el antebrazo y tomó el papel con ambas manos.

—Yo voy a la cocina a prepararte una tila. Te espero abajo. Tómate el tiempo que necesites.

Después de un desayuno silencioso y lleno de calma, Dalia decidió revisar sus apuntes. Recuperó sus gafas, escondidas tras un montón de folios. Úrsula subió a la primera planta para darse una ducha antes de seguir con el día. Dalia sintió cómo *algo* la movía a subir al ático. No era un impulso vago. Era algo imperante.

Necesitaba hablar con las suyas. Sus ancestras.

Aquella zona de la casa empezaba a estar más fría conforme terminaba el año y las estaciones se volvían más oscuras. Las paredes parecían escucharla. Todos sus artilugios resplandecían bajo la luz que entraba por el ventanuco, algo empañado por las lluvias. Velas apagadas que esperaban instrucciones; hierbas secas colgadas del techo, que crujían levemente por su propio peso; piedras perfectamente dispuestas en el altar; todos los mazos en su sitio.

—Estoy aquí —susurró Dalia con tono reverencial, sentándose frente al altar—. Necesito oíros. ¿Qué significa esto? ¿Quién es Ilun?

El aire se volvió pesado y notó una carga sobre los hombros. La mecha de una vela chisporroteó antes de encenderse sin tocarla. Un perfume a lavanda e incienso inundó la estancia.

—¿Abuela?

Le sucedió el olor de sus mejores recetas: el pastel de calabaza, el arroz de montaña, el hojaldre de quesos y berenjena. También notas de sus mejores velas: de miel, de sándalo, vestidas con aceites varios.

Nada más. Silencio. Silencio…

Hasta que la baraja que estaba en el centro de su altar cayó al suelo. Todo el mazo acabó bocabajo, excepto dos cartas. El Diablo y el Diez de Espadas. Dalia contuvo el aliento. Eso era una enorme advertencia. Ilun era un traidor y manipulador que no renunciaría a su objetivo fácilmente. Quería aquel objeto. Estaba dispuesto a arrebatar la vida de cualquiera por el espelir, fuera lo que fuese aquel artefacto. No había límites para lo que podía llegar a hacer. Y Dalia había podido sentir su rabia.

De pronto, una voz. No fuerte ni clara, pero inconfundible. Un murmullo que llegaba desde lo más profundo de la casa.

—Es él, oscuridad que se mueve en la espesura.

Se le erizó cada centímetro de piel, aterrorizada.

Dalia permaneció frente al altar. El susurro todavía le resonaba en los rincones de la conciencia, como si la madera del ático lo hubiera pronunciado y los cimientos de la casa supiesen *quién* era aquel que acechaba. Una corriente helada se coló entre las vigas. La vela encendida palpitaba, con la llama alta y estable, como si esperara algo más. No hubo más mensajes. Ni nombres ni visiones. Solo aquella frase.

Con las manos temblorosas, recogió las cartas y las colocó en el altar con sumo cuidado. Tocó el suelo con la palma abierta en señal de respeto y cerró los ojos para despedirse. Una breve plegaria a sus ancestras fue el cierre de aquel momento mágico.

Que lo que venga llegue con claridad.
Que el mal no cruce este umbral.
Que el lazo de nuestra sangre me proteja.

El fuego parpadeó en respuesta. Dalia extinguió la llama entre las yemas de los dedos y recorrió poco a poco las escaleras hasta la planta baja. El ritual que había realizado con Azucena —y con la asistencia de Úrsula— había dado resultados, pero el precio a pagar era alto. Aquel tipo de sueños no eran simples mensajes. Eran visitas a través del velo.

Al descender del ático, el mundo parecía más… mundano. La madera crujía bajo sus pies y el sonido lejano del agua en la ducha la devolvió, en cierta manera, a la realidad. Aun así, su mente seguía prendida de las imágenes del sueño, de la hoguera, de la joven.

Caminó descalza hasta la cocina, preparó la cafetera con manos más firmes de lo que esperaba y colocó cuatro tazas sobre la encimera. Cuatro. Como una invocación. Mientras esperaba a que el café estuviese listo, cogió su teléfono.

Dudó un segundo. Luego marcó.

—¿Tía Loto?

—¡Dalia, cariño! —respondió al otro lado de la línea—. Dime.

—Tía, necesito que Azucena y tú vengáis a casa hoy mismo. Esta noche hay luna llena. Pasará de Piscis a Aries de madrugada. Tenemos que hacer un ritual de protección de los fuertes.

—¿Ha pasado algo malo?

—No, tía Loto; todavía no. Pero no puede esperar. Ven con Azucena. Tenemos que ser varias personas, y no confío en nadie más.

—Vale, corazón. Como tú digas. ¿Te parece bien comer juntas y planificarlo todo?

—Perfecto. Aquí os esperamos Úrsula y yo.

—Nos vemos en un ratito. Llevaré mis cosas.

Intentó que no se le rompiese la voz durante la llamada, y colgó antes de que la ansiedad se apoderase de su garganta. Observó su reflejo en la ventana de la cocina. Tenía los ojos un poco más oscuros, y el rostro, más serio. Había algo que se estaba despertando en ella.

Loto y Azucena tocaron el timbre antes de lo esperado. De alguna manera, Azucena, que antes respondía con insolencia y se movía por la vida con aire burlón, había moldeado su comportamiento conforme el peso de las circunstancias se hacía más difícil de ignorar. Tal vez había comprendido que aquello que estaba en juego era mucho más importante. Dalia había preparado una lasaña con una salsa casera que tenía lista para usar en recetas urgentes, y acababa de meterla en el horno cuando llegaron.

Úrsula les abrió la puerta y les colgó los bolsos. Loto llevaba un par de cestos con artilugios y cachivaches mágicos, botes llenos de hierbas recolectadas bajo lunas concretas y aceites rituales de elaboración propia. Dalia las recibió en la cocina con una sonrisa temblorosa, el mandil manchado de salsa y las manos todavía con las manoplas de horno puestas. El ambiente en la casa se había vuelto denso, cargado de energía de todo tipo. La noche ni siquiera estaba cerca, pero la fuerza de la inminente luna llena ya plagaba cada rincón.

—¿Qué ha pasado, Dalia? —Abrazó a su sobrina muy muy fuerte al verle el gesto desencajado, tratando de juntar todas las piezas de su ser, que parecían a punto de desmoronarse.

Se sentaron alrededor de la mesa a la espera de que la comida terminase de hornearse. Mientras Úrsula servía las bebidas, Dalia, sin rodeos, les explicó lo que había visto. Ilun, el asesinato en primera persona, los ojos de la bruja, la noche de San Juan… Todo.

—La abuela me lo ha mostrado —concluyó Dalia, clavando los ojos en los de Loto—. Ha sido ella quien me condujo hasta el sueño. Luego lo he consultado con nuestras ancestras en el ático. —El tono de su voz demostraba cierta ilusión pese a la importancia de la situación—. La abuela ha conseguido hablarme. Dice que Ilun sigue acechando. Quiere algo que nosotras tenemos y protegemos.

—El amuleto —dijo Loto en voz muy muy baja, por si alguien escuchaba. No sabía qué era ni dónde estaba, pero sí había oído hablar de él.

—Sí —afirmó Dalia tras una breve pausa en la que desvió la mirada—. Eso es… Sí. El mismo por el que la abuela estuvo a punto de acabar con él hace décadas. Solamente trataba de proteger el espelir.

Azucena no pronunció palabra alguna. Entendía poco, pero sí sentía que aquello era de una magnitud considerable, y que la implicaba en primera persona. Loto asintió con lentitud, con las arrugas de la frente más pronunciadas que de costumbre por la expresión de intriga.

—No se hable más. Esta noche lo protegeremos todo. Y nos protegeremos también nosotras —afirmó la tía con decisión, dando un golpe sobre la mesa.

Cuando el temporizador del horno sonó, degustaron una de las mejores lasañas jamás preparadas. Mientras tanto, organizaron sus

ideas y se distribuyeron todas las tareas que debían realizar antes de la luna llena. El círculo, las velas, las hierbas… Idearon todo el ritual. Lo programaron para poco antes de la medianoche, cuando la luna todavía se mantenía en Piscis, con su energía sensible, pero acercándose a su entrada en Aries, signo de fuego y acción.

La tarde pasó más rápido de lo esperado. El tiempo corría veloz cuando tenían las manos ocupadas. Cuando ya había anochecido, comieron un poco de fruta y tomaron una infusión de artemisa y lavanda. En el jardín trasero, Dalia y Loto prepararon un enorme círculo de protección con trozos de obsidiana, piezas de cuarzo blanco y ahumado, polvo de cáscara de huevo, garras y ramas de espino. Úrsula recontaba las velas para asegurarse de tener suficientes. Azucena, nerviosa pero concentrada, machacaba en un mortero una mezcla de clavos de olor y corteza de roble.

—Hazlo con firmeza, Azucena —dijo Loto—. Lo que estás preparando ahora nos tiene que proteger toda la noche. Que tu intención sea clara.

—No sé —Azucena le devolvió un gesto confuso—, no sé a qué te refieres.

—Siente el poder de las hierbas, cómo se entremezcla y baila en el aire con su olor. Respira hondo e invoca sus propiedades mágicas. Diles lo que tienen que hacer.

Dalia caminó en el sentido contrario a las agujas del reloj por fuera del círculo, sahumando con un atadillo de ruda y romero. El humo era espeso y claro, y parecía moverse con vida propia entre las ramas del jardín. Había una fuerza presente. Casi al caer la medianoche, las cuatro mujeres dieron un paso al frente y entraron en el círculo. Una al norte, otra al sur, otra al este y otra al oeste. Las nubes se abrieron sobre ellas, dejando un claro que enmarcaba a la perfección la luna llena.

Loto pintó una runa algiz en la frente de cada una con una tintura protectora casera. Luego, Dalia untó las palmas de todas con unas gotas de aceite de romero. Comenzaron el ritual.

Queridas ancestras,
atended nuestro ruego.
Protegednos y guardadnos,
cuidadnos del mal que nos acecha.
Esta sangre vuestra
corre en nuestras venas,
siente el peligro
del mal que nos acecha.
Protegednos y guardadnos,
cuidadnos del mal que nos acecha.
Ladrón, se mueve entre las sombras,
no permitáis que traspase nuestras puertas.

Unieron las manos invocando una protección sobre ellas y todo aquello que les pertenecía, aunque fuese por vínculo de sangre. Esa casa, la de Narciso y Loto, su taller, la casa de la abuela a las afueras del pueblo, la de Úrsula, la cabaña resguardada entre los árboles, el vínculo con el bosque y sus secretos…

Encantaron varios litros de agua protectora para llevarse y bendecir todos esos lugares después del ritual. Loto iría al bosque; Azucena, a las casas y el taller; Úrsula y Dalia protegerían sus respectivos hogares. Estaba todo bajo control.

Pusieron un muñeco de trapo en el centro del círculo y encendieron una vela negra cada una. No era un muñeco cualquiera. Azucena lo había confeccionado rápidamente a imagen y semejanza del hombre del lago. Poco a poco lo cubrieron, derramando cera

sobre él hasta que la forma quedó irreconocible, mientras lo ataban con un conjuro.

Señor oscuro que se mueve entre las sombras,
no conocerás descanso ni tendrás recompensa.
Pierde tu voluntad y apaga tu fuego.
Atamos tus alas y cortamos tu vuelo.
Cerramos tus ojos.
Tapamos tu boca.
Inmovilizamos tus piernas.
Atamos tus alas y cortamos tu vuelo.
Desaparece entre las sombras.
Ahora, desaparece entre las sombras.
Para siempre, desaparece entre las sombras.

El aire las atacó, punzante y frío. Algo pareció empujar desde el exterior del círculo. Azucena tembló, Loto la sujetó. Un intento de romper la barrera. Algo. *Alguien.* Pero no pudo.

—Tranquila —dijo Loto, dirigiéndose a su hija—. No estamos solas. Están todas las nuestras.

Aguardaron la madrugada repitiendo sus plegarias y meditando, a la espera del cambio de signo. Cuando la luna entró en Aries, algo antes de las dos de la madrugada de aquel viernes, cerraron el círculo mágico y terminaron el ritual con las manos unidas en el centro del jardín, bajo la luna llena. La paz reinaba, la tormenta no enseñaba sus garras por primera vez en semanas y todas tenían la certeza de que esa noche, al menos esa noche, estaban a salvo de Ilun.

14
LA MAREA

La mañana después de un ritual siempre resulta distinta, suspendida en una ligereza muy característica, una levedad difícil de nombrar. El aire parecía haber sido limpiado por una corriente invisible y purificadora. El ambiente dentro de la casa estaba impregnado de calidez y de ese tipo de silencio que no incomoda, sino que arropa. Azucena y Loto parecían seguir durmiendo profundamente en la habitación que Úrsula les había dejado para pasar la noche. Desde el pasillo se percibía el rumor de una respiración tranquila, que todavía flotaba en la paz que había otorgado el conjuro.

Úrsula y Dalia se despertaron bien entrada la mañana, pasadas las once, entrelazadas bajo la colcha. Abrazadas entre ellas y, a la vez, por una enorme calma. Dalia descansaba la mejilla sobre el hombro de Úrsula, y los primeros rayos que lograron filtrarse entre las cortinas dibujaron una línea dorada a lo largo de su espalda. Consideraba un regalo haber dado con la excusa perfecta para volver a dormir con Úrsula al permitir que su tía y su prima pasasen la noche. Antes de abandonar la cama, Dalia vaciló ante la idea de darle un beso de «buenos días». Cuando se incorporó, Úrsula la sujetó del brazo suavemente, atrayéndola hacia sí, y le acarició el cabello con una ternura deliciosa. Dalia sintió cómo Úrsula le leía

algo en los ojos, sosteniéndole la mirada sin perder el contacto físico. Tal vez consiguió descifrar el «bésame» que llevaba escrito en las pupilas.

Bajaron al fin tras alargar las caricias en la cama un cuarto de hora. Se prepararon un café intentando hacer el mínimo ruido posible y se recostaron en el sofá, apoyadas la una en la otra. No querían romper el hechizo de la calma.

—¿Hoy también te quedas? —preguntó Dalia con tono tranquilo, sin levantar la vista de la taza.

—Claro, si no te importa. —Úrsula giró ligeramente la cabeza para verla mejor.

—No, no me importa. Quiero que estés aquí, pero no que te sientas obligada. Estoy un poco mejor —dijo, aunque su voz todavía conservaba un fondo quebradizo, como si no confiase del todo en aquella mejoría tan frágil.

—Dalia, me apetece estar por aquí. Cerca de ti —respondió con una sonrisa genuina—. Podemos ir luego al mercado si quieres, o quedarnos aquí y hacer alguna receta juntas. Algo otoñal. Un arroz con setas. O ese bizcocho de calabaza que te sale tan bueno.

—Me parece bien —murmuró Dalia, moviendo la espalda ligeramente de lado a lado para acurrucarse en los brazos de Úrsula.

Durante un instante se permitió creer que el día iba a ser tan sencillo como eso: mercado, receta y la mejor de las compañías.

Tras terminarse el café, se levantaron pausadamente y pusieron las tazas a remojo. Úrsula aprovechó para fregar los platos de la cena anterior mientras Dalia la observaba unos momentos desde la puerta, memorizando aquella imagen. La calma de la mañana con ella. Salió al jardín con una cesta de mimbre entre las manos para recoger hierbas aromáticas y regar un poco. Se alejó a la parte más frondosa, cerca del limonero. El sol del mediodía hacía malabares

entre las hojas. No había ni una nube a la vista. Agachada mientras escogía cuál era la mejor ramita de romero para cortar, oyó risas.

Levantó la cabeza y se incorporó lentamente. Más risas. Una risa femenina, familiar, y otra más grave. Conocía esas voces. Provenían del jardín vecino. Se acercó sin hacer ruido, con pasos suaves y calculados, y se apoyó en la higuera para ver mejor a través de la hiedra que cubría aquel fragmento de valla. Alzó la barbilla. Sus dedos se aferraron al tronco rugoso. Presentía algo que su mente aún no articulaba del todo.

En efecto. Eran Azucena y Rabel.

«¿Pero esta muchacha no estaba durmiendo?», pensó con un nudo repentino en el estómago.

Sentada en una silla blanca, con las piernas cruzadas y los labios pintados de carmín intenso, escuchaba con atención a Rabel, que tocaba la guitarra. Él llevaba la camisa medio desabrochada, el pelo meticulosamente «despeinado» le caía sobre la frente con desidia estudiada y, plasmada en la cara, tenía esa expresión tan suya entre intensa y encantadora.

Azucena soltó una carcajada, y luego otra, más fuerte. Rabel alzó la vista y le rozó la rodilla con la yema de los dedos cuando un final de frase musical se lo permitió. Un gesto pequeño cargado de voltaje antes de seguir con su interpretación. Dalia reconoció la melodía a la perfección. Era aquel bolero cursi sobre celos que escuchó hacía unos días. Las notas le taladraban los tímpanos.

Creía haberse ocultado bien de sus miradas, pero el chico giró la cabeza justo en dirección a Dalia. Había intuido su presencia incluso antes de verla. Cruzaron miradas. Esos ojos pardos. Fue apenas un segundo, pero bastó. Entonces distinguió con claridad una marca del pintalabios de Azucena en su mejilla. Sintió cómo el estómago se le encogía. Rabel estaba actuando con plena consciencia. Aquella

escena no era improvisada. Tenía claro que ella estaría observando desde su jardín. La melodía. La sonrisa. Ese margen exacto entre el roce y la provocación. Parecía cuidadosamente ensayado.

Dalia se descubrió a sí misma entrando en un bucle de sospechas y control. Se apartó bruscamente de la valla. ¿Qué le acababa de ocurrir? Aquellos pensamientos no parecían del todo suyos, como si hubieran sido inducidos por…

—El maldito bolero cursi —murmuró para sí misma—. Está haciendo pruebas de su magia conmigo.

Dalia regresó a casa con las mejillas ardiendo. Caminó con pasos rápidos, sintiendo cómo la indignación le trepaba por el cuello y le hacía hervir la sangre. Pólvora en las venas. Cada nota de aquella melodía le resonaba en la cabeza como una burla cruel. Le habría encantado achacar aquella irritación que sentía a la energía de la luna llena, que controlaba más que las mareas, pero sus sospechas de que Rabel era un bardo quedaban más que confirmadas. La estaba manipulando a base de acordes y ritmos pegadizos.

Deslizó con suavidad la puerta acristalada del comedor y entró, dejando que el fresco de la sombra interior le apaciguara levemente el ánimo. Úrsula seguía en la cocina, secando las últimas gotas de agua del fregadero con un paño.

—¿Estás bien? —preguntó, sin volverse aún, notando su energía, que era de todo menos calmada.

—Sí —mintió, demasiado rápido. Se quedó de pie en medio del comedor, congelada, intentando calibrar su voz antes de continuar—. No. Bueno. No exactamente.

Úrsula dejó el paño a un lado después de doblarlo con delicadeza y se giró para mirarla. La expresión de Dalia no era nueva, pero tampoco habitual. Tenía los labios fruncidos y la mirada algo perdida, extraviada dentro de sus propios pensamientos.

—¿Qué ha pasado? —Cruzó la puerta hacia el comedor.

—Azucena está en el jardín de Rabel.

—¿Y?

Úrsula no entendió el problema de inmediato. Se encogió de hombros.

—¿Se conocen? —siguió preguntando.

—No hasta el martes. Azucena le golpeó con el coche a su deportivo. —Su amiga la miró con gesto confuso intentando recordar algo—. Azucena casi nunca conduce. Se vieron por primera vez el lunes y el martes ella le dio su número de teléfono de manera forzosamente casual.

Úrsula no sabía qué responder.

—Rabel ha provocado todo eso. Creo. Supongo.

—¿Qué?

—Creo que es un bardo. —La mirada perpleja de Úrsula la obligó a continuar explicándose—. Es como un brujo, aunque no recurre a rituales: lo suyo es la música. Al menos eso supongo. Tal vez no haya estado haciendo otra cosa que tocar canciones, y el resto hayan sido coincidencias. Pero, sinceramente, cada vez estoy más segura de que manipula la realidad con su música. Bueno, eso es lo que hacen los bardos. Ha decidido darme celos con mi propia prima para comprobar si su magia funciona.

—Perdona si me repito, pero… ¿Qué? Suena un poco novelesco. Dalia, Azucena es mayorcita. Creo que puede hacer y deshacer conforme le parezca. No me parece que nadie pueda obligarla a…

—No me estás entendiendo. A Rabel no le gusta Azucena. Hace poco escribió una canción… Un hechizo… muy concreto. Y la letra hablaba justo de esto. Estoy convencida de que ha planeado toda esta escena para que yo los pille. —Conforme avanzaba en sus argumentos, se dio cuenta de lo errática que estaba sonando—.

Tenía la marca del pintalabios de Azucena en la cara. Y estaba tocando *ese* bolero mágico… Yo…

Úrsula frunció levemente el ceño. No por lo que le contaba Dalia, sino por el tono que estaba empleando. Le había afectado de más, y eso la incomodaba.

—Vamos a suponer que esto es verdad —dijo con tono sarcástico, aunque le costaba comprender a su amiga—. Voy a fingir por un momento que este muchacho, además de pesado, es un brujo edición «estrella del indie pop». Y no solo eso, sino que su plan malvado es… ¿provocarte celos?

—Lo dices como si fuera un chiste. Te estoy diciendo que está testando su magia en mí. Quiere que pasen cosas con Azucena; ya lo ha conseguido. Y, además, espera que me afecte.

—Bueno, y si así fuera, ¿por qué te molesta tanto?

Dalia se quedó callada un segundo. No tenía una respuesta razonable. Al fin y al cabo, estaba siendo controlada por un hechizo y, pese a saberlo e intentar resistirse, se encontraba literalmente embrujada. No sabía qué decir sin sonar infantil o completamente irracional.

—No sé. Es evidente que lo ha hecho para provocarme.

—¿Y qué si lo ha hecho? ¿No tienes tú tu propia vida sentimental? —Arqueó una ceja con aire inquisitivo.

—Sí. No sé. Me molesta igualmente. No por él, ¿entiendes? —balbuceó—. Me da igual lo que haga él, y lo que haga Azucena. Y lo que hagan juntos. Es el hecho de que intente manipularme. Me está usando como conejillo de Indias, experimentando conmigo los efectos de sus hechizos sonoros. Y, de paso, también está usando a Azucena.

Úrsula asintió muy despacio y se cruzó de brazos. Algo en la intensidad de Dalia le resultaba incómodo, aunque intentaba

entenderla. No podía culparla de sentir celos, y menos si eran provocados mágicamente, como alegaba ella.

—Te veo un poco obsesionada con todo lo que hace el muchacho. Si canta porque canta, si habla con tu prima porque habla —replicó con firmeza—. Sus canciones me parecen algo estridentes, pero no es para tanto. ¿De verdad es magia lo que hace o tú también le estás dando más poder del que tiene?

El comentario cayó como una piedra sobre el pecho de Dalia. No porque no tuviera razón, sino porque se acababa de dar cuenta de que Úrsula estaba dolida con su reacción.

—¿Estás enfadada conmigo? —le preguntó con cautela, sin apartar la mirada.

—No. Pero me duele ver cómo él te afecta, y no sé si me duele por ti… o por mí —añadió, bajando la voz. Aquellas últimas palabras parecían habérsele escapado sin permiso.

Dalia bajó la vista, avergonzada de sus propias emociones, incapaz de ordenar lo que sentía.

—Tal vez todo esto me está superando. Él, Azucena, Ilun, la abuela, la bruja muerta, el dichoso objeto ese *espalir* o como se llame… Por Dios. No sé qué hacer. —Se tapó la cara con las manos. El cabello cobrizo se le coló entre los dedos—. Siento que todo me arrastra, y yo ya no sé qué hacer. No sé ni a dónde agarrarme.

Úrsula se acercó y la abrazó por encima de los hombros.

—Agárrate a mí.

Dalia le apoyó la cabeza en el hombro, tapándose con su pelo azabache. Cerró los ojos. No dijo nada, pero asintió levemente. Se había rendido a la única cosa certera en ese momento: Úrsula nunca le iba a soltar la mano.

El tiempo abrazadas pareció detenerse. Pronto las sombras que el sol proyectó sobre el jardín les recordaron la hora que era. Loto bajó

las escaleras con cuidado e intentó no interrumpir la escena.

Dalia había perdido todas las ganas de cocinar y encomendó a Úrsula y Loto encargar cualquier cosa para comer. Mientras llegaba el pedido, tomó el diario de la abuela y subió a su habitación para relajarse un poco. Sabía que la única manera de encontrar una calma permanente iba a ser resolver aquel misterio.

20 de marzo de 2002

Querido diario, han pasado cuatro días desde que la pequeña Dalia llegó a este mundo. Mi segunda nieta. Me encantaría disfrutar de ella con la pequeña Azucena, que no para de admirarla, pero me preocupo por mi hija.

El parto de Hortensia ha sido interminable y lleno de complicaciones muy inusuales. En un principio todo apuntaba a un alumbramiento perfecto, pero estuvieron a punto de perder la vida tanto ella como la criatura. No pasaba tanto miedo desde que vi fallecer a Jacinto. Casi sufrimos otra muerte en la familia. Ella apenas duerme y come desde entonces. Sostiene a su hija en brazos, pero no tiene el brillo en los ojos de una nueva madre. Lo peor no es verla así, lo peor es que Aritz no está.

Se marchó hace dos noches, cuando Hortensia amamantaba a Dalia conectada todavía a máquinas del hospital. Creo que por fin había conectado todos los puntos. Alzo dentro de él le decía que los problemas en el parto eran demasiada coincidencia, que había alguien detrás. Tenía los ojos llenos de furia, y no paraba de insistir en que iba a vengar a su mujer a cualquier precio. No hizo falta que dijera más, y desde luego no sería yo quien le revelara que la persona contra la que dirigiría su sed de venganza compartía su misma sangre.

Suponía que estaría de vuelta hoy. Si lo intentara buscar en la cordillera, el bosque lo guiaría hacia el causante de tanta muerte. Ahora temo que no regrese. Temo que el silencio con el que intenté salvaguardar a mi familia la esté poniendo en peligro. Todos estos secretos me pesan.

Con lo que yo lo quiero. Será el mejor padre del mundo. Jacinto estaría muy orgulloso de que Aritz sea el padre de su segunda nieta.

No sé si Aritz sabe quién está detrás de todo esto, pero yo sospecho. Primero Aura, que no es una Nerón, pero casi. Luego

Eléboro y, más tarde, Jacinto. Y ahora, por poco, no hemos perdido a Hortensia y Dalia. Ilun sabe que la sangre vuelve a nacer con fuerza en esta familia.

A veces me pregunto si debí haber destruido el espejo. Ilun, con sus hijos, se aseguró de vincularse a esta familia por siempre. Parece que se está vengando de mí, llevándose por delante a quienes más quiero. Tal vez está a la espera de que yo lo use para poder encontrarlo.

Hoy el viento ha cambiado de dirección. Dalia ha dormido sin llorar ni una sola vez. Al despertar se ha quedado mirando un punto fijo en el techo. Como si supiera algo que el resto de las personas de esta casa no reconocemos.

15
A MESA PUESTA

La tarde del penúltimo día del mes caía con lentitud, los últimos rayos del sol teñían los tejados del valle de un tono dorado, y las hojas de los árboles de su jardín que todavía no habían caído se tornaban ámbar. Dalia llevaba todo el día refugiada en su habitación, habiendo puesto en pausa su lectura únicamente para comer un bol de arroz y un poco de pollo al curri con *naan* que Úrsula había encargado junto con su tía. Azucena y Loto se habían ido poco después del postre.

Tenía el teléfono en la mano desde hacía casi media hora. El número de su madre estaba ya marcado. Había mirado tanto la pantalla que esta parecía estarla mirando de vuelta. Se le había hecho un nudo en la garganta y otro en el estómago. No podía parar de releer aquellas páginas. Había intentado encontrar algo más, resolver sus propias dudas, pero se le había hecho imposible. La abuela había escrito tantísimas entradas durante tantos años… Los nervios no le permitían distinguir la información necesaria del diario.

Se frotó los ojos. Respiró hondo.

Marcó.

Un par de tonos y luego la voz de Hortensia, rasposa y nada dulce.

—¿Dalia?

—Hola, madre.

Hubo un instante de vacilación. Había perdido la costumbre de hablar con ella. No existía ternura. Era el tono de quien viene a ajustar cuentas. De quien necesita explicaciones.

—¿Está todo bien? —preguntó Hortensia al otro lado de la línea, con esa cautela que solo las madres dominan cuando sienten la tormenta a punto de estallar. Dalia ya no le debía nada. Estaba expuesta a las consecuencias de sus actos.

—No —respondió sin rodeos—. Necesito hablar contigo. Y esta vez no quiero evasivas, ni silencios, ni cambios de tema ni eso de «cuando seas mayor lo entenderás».

La línea quedó muda durante unos segundos.

—Te escucho —dijo por fin Hortensia después de tragar saliva, como si se estuviese preparando mentalmente para el impacto.

—¿Por qué nunca me hablaste de mi padre? ¿Por qué siempre lo pintaste como alguien peligroso, alguien… ausente? —El silencio al otro lado de la llamada era ensordecedor—. La abuela no hablaba así de él. ¿Cómo puede ser que me haya enterado *ahora* de su nombre?

—Porque —un suspiro se escapó de la boca de Hortensia— desconocía cómo explicarlo sin abrir heridas. Tú no sabías nada, y no quería exponerte al peligro.

—¿Qué dices? —exclamó—. ¿Qué heridas, mamá? ¿Las tuyas? ¿O las que tiene esta familia entera y que nadie se atreve a nombrar?

Dalia pudo notar cómo aquella última frase atravesó el pecho de su madre. No acostumbraba a ser cruel, pero sabía cuándo el momento lo requería. Estaba cansada de esperar, de ser la última en enterarse de las cosas. Acababa de descubrir una parte muy importante de su historia por un diario que encontró de casualidad… No iba a dejar que su madre le ocultase más información.

—Tu padre, Aritz, no era malo. No lo fue jamás. Yo no quería dar explicaciones. Era más sencillo el relato de madre soltera abandonada que tratar de contar la verdad —admitió finalmente—. La verdad sobre esto es muy muy peligrosa.

—¿Pero qué pasó?

—Tenía una sospecha, igual que mi madre. Aunque creo que nunca compartieron esa información el uno con el otro. Aritz suponía que había alguien que nos estaba intentando matar. No un asesino como tal. Alguien que empuñaba una varita. Quería venganza, y fue a buscarlo. Desde lo de tu tío Elébor…

—¿Qué? ¿*Tío* Eléboro?

—He dicho demasiado —respondió rápidamente. Aquellas palabras llevaban tiempo retenidas en lo más profundo de su mente y las había liberado sin querer—. Nunca volvió. Ese es el precio a pagar cuando te enfrentas al que se mueve en la espesura.

—Ilun.

—Dalia, tu padre nunca volvió. No sé qué estás tramando, pero déjalo en paz. Desconozco de dónde estás sacando todo esto, aunque imagino cómo va a terminar. Eres muy joven. No quiero enterrar a otra persona de esta familia.

—¿Qué es el espelir? —preguntó, queriendo sonsacar el máximo de información posible.

—Dalia. —La voz se le tensó—. Suficiente.

Su madre cortó la llamada.

«Demasiado tarde, mamá», pensó.

Cuando Dalia salió de su guarida y regresó al comedor, el aire olía a tomate, albahaca, orégano y ajo sofrito, una fragancia que la transportó de inmediato a su infancia. Al momento en que aquella cocina todavía era de su abuela y todo parecía brillar con una calidez distinta.

Sobre la mesa del comedor, perfectamente preparada con un mantel floral y un par de velas de té, que lanzaban destellos danzantes sobre las cortinas, dos cuencos humeantes de sopa aguardaban pacientemente. Su sopa preferida de niña. Miró en dirección a la cocina a través del arco de la puerta y vio a Úrsula terminando de poner a remojo el puchero que había empleado para hacer el caldo casero de tomate. Se le escapó una lágrima de agradecimiento, que le resbaló por la mejilla con la suavidad de un suspiro. Su amiga se lavó las manos en el fregadero y se secó en el mandil de Dalia, que se había puesto para cocinar, antes de entrar al comedor.

—Pensé que te vendría bien algo reconfortante —dijo, apartando una silla de la mesa para ayudarla a sentarse. No pudo evitar alisar la tela del borde del mantel con la punta de los dedos—. Me acordé de cuando te la preparaba tu abuela.

—Gracias —murmuró, conteniéndose más lágrimas—. En serio, gracias, Úrsula.

Dalia se acercó al plato y aspiró el aroma con los ojos cerrados, dejando que el calor la envolviera como un abrazo de aire tibio. Al exhalar, se deshizo de golpe de la tensión acumulada. Alzó la mirada, encontró el rostro de la chica sonriendo complacida y le ofreció una sonrisa de vuelta. La ternura le iluminó las facciones. Tomó la cuchara y se llevó un poco de aquella sopa con pasta de estrellitas a la boca. Úrsula la había hecho a la perfección: ni demasiado espesa ni excesivamente ligera. Con el punto justo de sal y el matiz cuidado de las especias de Adelfa.

Saborearon la cena dejando que cada bocado las recargase de energía. El sonido del cubierto contra la cerámica y el crepitar tenue de las velas fueron su banda sonora íntima. Dalia atravesó el silencio tras tomar la última cucharada.

—Siento lo de esta mañana… Lo de Rabel… —empezó, con tono inseguro.

—No hay nada que perdonar, Dalia. —Acercó su silla hacia la de ella y le apartó una hebra de cabello cobrizo que se le había escapado de detrás de la oreja, acariciándole la mejilla antes de terminar la acción—. Todas tenemos días mejores que otros.

Ella alzó un poco el mentón, encontrando en los ojos de su amiga la seguridad que necesitaba.

—Es solo… —titubeó—. A veces siento que entro en bucle, y no sé cómo salir.

—Ven —invitó Úrsula, aproximando sus sillas un poco más y abriendo los brazos—. Ven.

Acercó su cuerpo al de Úrsula, que le acarició la espalda suavemente.

—¿Sabes lo que eres, Dalia? —preguntó con tono amable mientras la abrazaba—. Eres la persona más valiente que conozco.

Tras aquella frase separó la cabeza del pecho de su amiga, la tomó de las manos y, con un hilo de voz, afirmó:

—Te quiero.

Hubo un instante suspendido, en el que las lámparas titilaron y la luz de las velas danzó en el aire. Úrsula cerró los ojos con la intención de confirmar, para sí misma, que esa oración que acababa de escuchar no había sido un espejismo.

—Yo también —su voz se quebró con ternura—, yo también te quiero.

Entonces, Dalia deslizó la silla hacia atrás, poniéndose en pie, y le dio un beso tímido. Ella se levantó de inmediato, sin cortar el gesto, con el corazón latiéndole en la garganta, y rozó la mejilla de la bruja con el dorso de la mano. Con cuidado, Úrsula la guio para que se

recostara en el sofá, acomodándose entre los cojines. Sus cuerpos buscaban refugio el uno en el otro.

Había pasado casi una semana desde que mataron la distancia entre ellas con un beso. Se habían memorizado la una a la otra y, esa vez, solamente quedaba volver a encontrar el camino. Úrsula apoyó la frente contra la de Dalia. Sus alientos se acariciaban los labios en los pocos segundos que dejaban de besarse. La bruja le deslizó una mano por el costado, descubriendo la temperatura de su cintura bajo la fina tela de algodón. Un cosquilleo eléctrico recorría el cuerpo de ambas.

En medio del caos, *ese* era el refugio de ambas. Los brazos de la otra.

Las velas parpadearon, proyectando dos sombras alargadas que danzaban en las paredes un baile cercano, y de vez en cuando se unificaban desdibujando la distancia. Úrsula, con gesto delicado, desabrochó un botón del camisón de Dalia, deteniéndose un instante para contemplarle los ojos verdes, que brillaban en la penumbra. No hubo prisa. Otra vez aquella gran calma de estar solas, juntas, abrazadas por el silencio. Cada movimiento recordaba a otros que ya habían compartido. El arte de volver a encontrarse tan cerca.

Dalia dejó caer su vestimenta al suelo y envolvió a Úrsula en un abrazo lento, acariciándole la nuca y repartiendo besos en cada centímetro de piel que encontraba. A cada contacto, las respiraciones se les alteraban un poco más, los latidos sonaban más fuertes. Tejieron mantas de caricias que subían y bajaban sobre la piel de la otra. Sin apartarse las miradas, Úrsula le trazó sobre el vientre una línea con los dedos, dejando un rastro de calor que encendía todo a su paso.

La habitación entera se hizo suya: la poca luz, el eco lejano de la noche que las guardaba desde el exterior, y el latido compartido de

aquellos corazones que ya no querían separarse.

Bien entrada la noche, cuando al fin guardaron silencio, su abrazo se apretó con la promesa de seguir descubriéndose, una y otra vez, desde la calma que daba haber vencido a la distancia.

16
HOMICIDA

Había intentado encontrarle sentido a la información que le reveló su madre en aquella llamada, pero solamente le surgían más preguntas. Empezaba el mes sumida en un mar de dudas.

Aprovechando que era domingo y ninguno de sus familiares estaría ocupado, decidió salir de casa en busca de respuestas. Úrsula insistió en acompañarla, pero Dalia sentía el deber de hacer sola aquella tarea. Cogieron el coche hasta la ciudad y aparcaron cerca del piso de Gardenia. Úrsula aprovechó para pasear y tomar un café mientras ella resolvía todo aquello.

Llamó al telefonillo con decisión.

—¿Diga?

—Tía Gardenia, soy Dalia.

Un zumbido indicó que la puerta estaba abierta. Atravesó el portal hasta el ascensor. Era un edificio moderno. Hacía poco más de un año que se había mudado allí.

Si de verdad quería aclarar sus dudas, no le quedaba otra alternativa que hablar con ella. No mantenían una relación especialmente estrecha, pero era la única vía de despejar las incógnitas familiares. Tío Narciso estaba absorto en sus negocios inmobiliarios. Loto no llevaba el apellido Nerón y había cosas que,

sencillamente, desconocía. Hortensia, su madre, le había dejado de responder a los mensajes.

Solo le quedaba Gardenia.

Su tía abrió la puerta con extremo cuidado, creando una barrera con la pierna para que su gato no se escapase. La casa olía a incienso y anís.

—Dalia, pasa, pasa. Cuidado con Merlí.

El felino, de pelo negro con una pequeña mancha blanca en el centro de la barriga, la observó atento mientras caminaba hacia el salón. Se sentó en el sofá y pronto Merlí se le aposentó en el regazo, sin dudar demasiado.

—¿Cómo estás, sobri?

—Bien, bueno. Algo confusa, pero bien. —Se aclaró la voz antes de continuar—. Quería preguntarte algunas cosas. Necesito que seas completamente sincera. No hay tiempo de andarse con rodeos.

Gardenia hizo un gesto ligero con la cabeza, asintiendo, y la dejó continuar.

—Verás, he encontrado el diario de la abuela. He estado teniendo sueños que sé que ha provocado ella, y estoy tratando de montar todo el puzle.

—Ya eres mayorcita. Dime qué necesitas saber.

Dalia agradeció la validación.

—Quiero saber la verdad de todo. —Las dudas le plagaban la mente, amontonándose, empujándose unas a otras, imposibles de enumerar—. Sobre Eléboro, sobre por qué nunca he pisado el bosque, sobre mi padre… Todo.

—Dalia, eres una chica lista. Seguro que ya sospechas la mitad de los secretos que lleva guardando esta familia durante años. —Se acomodó en el sofá.

Su sobrina inclinó la cabeza, instándola a continuar.

—Entiendo que las cosas con tu madre no han mejorado. Tienes edad para saber todo esto, pero no soy yo quien te lo debería contar.

—Mi madre sigue creyendo que tengo doce años. Piensa que todavía soy una niña.

—Si en algún momento ella decide contarte algo de esto…, tú hazte la sorprendida.

Dalia asintió efusivamente.

—A ver, ¿por dónde empiezo…? Eléboro, sí. —Suspiró suavemente en un intento de conservar la calma—. Eléboro era mi hermano. Éramos mellizos. Nacimos durante la última luna nueva del 87, un par de días antes del solsticio de invierno —confesó, con la voz apenas más alta que un susurro—. No éramos iguales. Él nació con una facilidad para magias más peligrosas y complicadas de dominar. No tenía más de tres años y ya era capaz de arrebatarles la vida a plantas y animales pequeños. Tu abuela no se atrevía a dejarlo solo.

Guardó silencio unos segundos antes de continuar hablando. Dalia sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Eléboro murió meses antes de nuestro octavo cumpleaños. Un día, simplemente, ya no despertó. Fue el hijo más prometedor de los cuatro. Tremendamente habilidoso para entender la magia. Era muy peligroso dejarlo crecer y que estuviese del lado de los Nerón, y alguien nos lo arrebató. —Se secó con el dedo anular una lágrima—. Sé que mi madre pensaba en resucitarlo con su espelir, pero no quería ponernos en peligro. Alguien iba detrás de aquel objeto, y sacarlo de su escondite era un grandísimo riesgo.

Dalia palideció, recordando el encantamiento que vio en el diario.

—Espera, ¿el espelir sirve para eso?

—Sí. Es un amuleto que las mujeres de la familia heredan de sus madres durante su primer embarazo. Igual que una madre, el espelir

es capaz de dar vida a algo, o a alguien; incluso de devolverla tras la muerte.

—¿Y quién lo ha heredado?

—Ahí está la cosa. Tanto Narciso como Hortensia como yo decidimos dejar de practicar magia el día que murió Eléboro. Cuando tu madre se quedó embarazada de ti…, no quiso el amuleto. A Loto no le tocaba, por no ser hija de sangre de Adelfa, y yo no he tenido hijos, así que no me corresponde.

—¿Dónde está entonces?

—No lo sabemos. Ninguno de los hermanos lo hemos visto en persona.

Dalia apartó la mirada hacia la ventana de aquel quinto piso. Podía ver todo el valle. ¿Dónde estaba el espelir? Un objeto capaz de devolver a la vida a una persona… Era un poder inmenso que no debía caer en las manos equivocadas. Un poder por el que alguien era capaz de matar.

—Sobre el bosque —la mirada de Gardenia se tornó dulce—, eras la nieta más pequeña, la única que parecía interesada en la magia y, por ende, la más vulnerable. Sabíamos que algún día tu sangre te llevaría de vuelta al bosque. No queríamos arriesgarnos a repetir la historia. Por eso guardamos silencio y mantuvimos las apariencias. Como si nunca hubiera pasado nada.

Dalia trataba de asimilar toda la información que estaba recibiendo. Durante un instante todo encajó: la ausencia de explicaciones, la frialdad de Narciso, la impulsividad de su madre…

—¿Y ninguno de vosotros ha querido ir?

—Solo Loto fue suficientemente valiente como para ir al bosque con Adelfa cuando se juntó con Narciso, años después —añadió Gardenia con gesto de admiración—. El resto necesitábamos olvidar. Necesitábamos olvidar tanto que hicimos nuestro último conjuro

antes de dejar las varitas para siempre. Borramos a Eléboro de la memoria de todas las personas que una vez lo conocieron. —El color de sus ojos azules se tiñó de dolor—. De todo aquel que no fuese de la familia.

—Debe de haber sido horrible —comentó Dalia, entre dientes.

—No queríamos «pésames» ni preguntas sobre él de alguna vecina despistada que no se acordara de que había muerto. Así que obligamos a todo el valle a olvidarlo.

Sintió la carga de aquella confesión sobre sus hombros. La familia Nerón había pagado un precio demasiado alto por la magia, e intentaba protegerse de cualquier manera.

—Después de Eléboro, tres años más tarde, mi madre se encontró a una joven de su aquelarre que parecía haber sido víctima de otra muerte extraña, la mañana después del solsticio de verano. Años después, en el 99, mi padre también murió, semanas antes del nacimiento de Azucena. Todas las veces, en todas las muertes, Adelfa pensó en usar su espelir, pero… No. No quería arriesgarse a perdernos.

—¿Y mi padre?

—Aritz… ¡Ay! Cómo lo echo de menos. Para mí siempre fue como un hermano mayor. Llegó al pueblo poco después de que Eléboro y yo naciésemos. Se mudó a una casa al final de nuestra calle y vivía con un familiar lejano suyo. Era muy habilidoso haciendo tallas de madera. Elaboraba sus propias peonzas de ramas gruesas que encontraba en el bosque. Enseguida se hizo amigo de Narciso, y luego de tu madre. Mi madre lo acogía como uno más a la hora de la merienda. Fue como un hermano mayor para Eléboro y para mí. Nos cuidaba igual o más que nuestros hermanos de sangre. —La sonrisa generada por el recuerdo pronto se desdibujó—. Sufrió muchísimo la

muerte de Eléboro. Diría que por aquel entonces ya había empezado a salir con tu madre. Allá por el 94.

Dalia escuchaba atenta. Eran las primeras palabras sobre la historia de su padre y su madre que llegaban a sus oídos.

Gardenia iba notando el alivio de compartir todo aquello con su sobrina. No podía con la dureza de aquellos secretos.

—Se conocieron de pequeños y nunca se separaron —prosiguió—. Fueron el apoyo del otro durante aquel momento horrible, y más adelante, durante la muerte de tu abuelo Jacinto. Tu padre era muy listo. Él sospechaba que alguien estaba detrás de tanta muerte, pero nunca lo habló con nadie. Tampoco entendía de brujerías. Era su instinto. Sabía que no eran coincidencias. Cuando tu madre casi muere en el parto, y tú saliste con varias vueltas del cordón alrededor del cuello… —rio—. Todavía recuerdo su enfado por los pasillos del hospital. ¡Se ponía a chillar a todo el mundo! Menudo espectáculo.

Merlí se acurrucó justo al lado de su dueña, y Gardenia lo acarició.

—Pobrecito, mi padre. Qué miedo.

—En fin… Esperó a que ambas estuvieseis sanas y salvas. Una corazonada le decía que el causante de aquella casi muerte era el mismo que había matado a la joven del aquelarre, a Eléboro y a Jacinto. Sabía de la existencia del bosque, pero no creo que tuviese claro a quién buscaba. Salió decidido a vengar a su mujer, y nunca volvió.

—¿Y todo esto? —preguntó, llorando—. ¿Qué le costaba a mi madre contármelo?

Gardenia inspiró con ligereza. Por fin podía dejar de ocultar tanta información. No entendía cómo su hermana había sido tan poco sincera con su propia hija.

Después de un abrazo y un vaso de agua, siguieron hablando de otras cosas, ya con más secretos en común. Gardenia se había mantenido al margen del drama familiar durante los últimos años y no sabía que Dalia se había independizado «a la fuerza». Tampoco había seguido la pista a sus hermanos, ni a la vida de sus sobrinas. El tiempo parecía pasar más rápido entre chismorreos y habladurías. Hicieron una tetera de manzanilla, canela, miel y anís, que se vaciaba por momentos, dada la necesidad de hidratar las cuerdas vocales para seguir la conversación.

No sabía nada de lo controlador que se había vuelto Narciso con Azucena, ni que había un bardo en el pueblo, y mucho menos se había enterado de su último romance con Úrsula.

Dalia equilibró la balanza devolviéndole a su tía una cantidad equivalente de información, drama y cotilleo a la que le acababa de dar.

Tras un par de horas hablando, se despidieron con la promesa de volver a verse pronto o, al menos, con más frecuencia que hasta ese momento. Al cerrar la puerta tras de sí, Dalia trazó un sigilo protector en la puerta de su tía con el dedo índice. Más valía prevenir que curar.

Al bajar, envió un mensaje a Úrsula y se sentó en el coche a esperarla. Pronto llegó girando la esquina, y tocó la ventanilla de Dalia cargando un ramo de dalias rojas con una sonrisa de oreja a oreja.

Dejaron las flores en los asientos traseros. Todavía quedaba un último recado antes de volver a casa.

—¿Te importa si pasamos por mi tienda?

—Para nada —respondió Úrsula antes de juntar sus labios con los de ella.

En pocos minutos aparcaron frente a La Cripta, el pequeño negocio de Dalia.

—Hace… —pensó, mirando el letrero de neón apagado— casi tres semanas que no levanto la persiana.

—Los fantasmas de aquí dentro deben de estar relajadísimos —dijo Úrsula con tono gracioso.

Entre las dos subieron la persiana y abrieron la puerta de cristal. Había varias cartas en el buzón; la tapa no cerraba del todo. Comprobó que las cámaras de seguridad funcionaban y revisó el correo electrónico. Había configurado bien la respuesta de «estamos de vacaciones» que se enviaba por defecto a todo mensaje entrante. Regó las plantas, que estaban al borde de la deshidratación completa, ungieron puertas y ventanas con el agua protectora ritualizada, y cerraron la tienda.

De vuelta a casa, Dalia compartió con Úrsula todos los detalles de su conversación con Gardenia. Todo iba cobrando sentido poco a poco.

17
¿DESTINO?

Desde aquella noche de hechizos bajo la luna llena, la presencia de Azucena en la casa se había vuelto más habitual. Llevaba un par de semanas visitándolas. Una nueva costumbre. Ella por fin sentía que pertenecía a un lugar distinto y alejado de la mirada de su estricto padre. No había día que no intentase pasar por el hogar de Dalia a tomar, al menos, una taza humeante de café. Pese al extraño inicio de mes, el resto de los días habían estado llenos de paz.

Tal vez era aquel vínculo familiar, largamente adormecido, restaurándose; o quizá cierta fuerza externa, encarnada en una silueta masculina de cabellos ondulados y ojos pardos, tenía algo que ver con esa repentina cercanía. De cualquier manera, Dalia agradecía aquella compañía cálida que llenaba la casa de un murmullo constante. Sumado a las mañanas lentas con Úrsula, los besos por los rincones, las duchas conjuntas y la compañía constante, no podía desear nada mejor. Las dudas sobre su identidad, quién era y, sobre todo, si era correcto querer ponerle un nombre distinto al de «amistad» a lo suyo con Úrsula eran cada vez más irrelevantes. Se dispersaban con el olor a café. Se suavizaban con cada caricia sobre la piel.

Úrsula, por su parte, empezaba a adaptarse a aquella nueva normalidad, aunque con reservas que apenas se atrevía a confesar

en voz alta. No terminaba de tener clara la palabra que pudiera definir con precisión el vínculo que la unía a Dalia —un lazo que oscilaba entre la amistad más sincera, los celos mal disimulados y una intimidad difícil de nombrar—, pero sí sabía con certeza que siempre estaba invitada a dormir entre sus sábanas, bajo el calor mullido de la colcha y el ritmo sincopado de sus respiraciones. La prisa por definirlo era poca, y no quería presionarla, aunque se moría de ganas por presentarla de manera especial en alguna comida familiar.

Como persona relativamente externa al mundo mágico, le sorprendía, casi hasta la incredulidad, la facilidad que estaba demostrando Azucena para acercarse al mundo de la magia. No paraba de pedir consejos e información a Dalia. Hasta entonces, ni siquiera había mojado la punta de los pies en las aguas del esoterismo, a veces turbias y engañosas, y ya parecía ansiosa por arrojarse de cabeza a ellas. Como si una fuerza interior, su verdadera razón de ser, la empujara a ese abismo misterioso.

Aquella tarde de viernes, cuando el sol comenzaba a inclinarse hacia el horizonte y las sombras de los ciruelos se alargaban sobre la calle empedrada, Azucena llegó a casa de Dalia, conduciendo su Volkswagen *vintage* de manera más habilidosa que las veces anteriores. Sacó del maletero una cesta, que se colgó en el brazo derecho con aire despreocupado. Había traído bollos azucarados caseros y un tarro de confitura de calabaza. Dio unos golpecitos rítmicos en la puerta, que su prima reconoció de inmediato desde el interior de la casa. Se oyeron sus pasos apresurados bajando por las escaleras desde la última planta.

—¡Lo siento! —Intentaba recuperar el aliento—. Estaba en el ático y Úrsula ha salido a comprar un par de cosas.

—No te preocupes. Todavía no ha empezado el frío y, por suerte, las lluvias han parado.

—Menos mal que es una tarde tranquila —se apartó de la puerta para dejar pasar a su prima, mirando de reojo la casa vecina, la mayor emisora de decibelios de la calle—, que, si no, no te habría escuchado.

Se sentaron juntas en la mesa de la cocina. Fuera, las hojas chocaban entre ellas impulsadas por el viento, susurrando suavemente un acompañamiento ideal para la calma de aquella tarde. El olor de las plantas de temporada que Dalia había colgado en el marco de la ventana de la cocina había modificado el ambiente; ya se respiraba *otoño*.

El tintineo de las cucharillas en las tazas, el del cuchillo tomando un poco de confitura dentro del bote, las risas durante las conversaciones entre las dos jóvenes y el crepitar de una vela con mecha de madera que había comprado Dalia hacía poco. Sinfonía de la calma después de la tormenta.

En un momento de pausa, Dalia decidió abrirle una rendija de su mundo más reservado.

—Antes de que vuelva… —empezó, bajando un poco la voz— Úrsula.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Azucena, con gesto preocupado.

—¡No, no! —rio—. Es muy importante para mí. Quizá no siempre lo demuestro como debería, pero estos días en los que ella ha estado aquí han supuesto un gran cambio para las dos.

—¿No te había gustado antes ella?

—Nunca. Era mi mejor amiga, y la quería, claro está. Pero nada más. Y estando aquí, bueno… Supongo que ha sido una suma de factores la que nos ha acercado de esta manera. No me incomoda

para nada. Jamás me lo habría imaginado —se le escapó una sonrisa—, pero ha sido tan natural.

—Jo, qué bonito. ¿Habéis hablado de esto?

—No. Estamos tan tranquilas… que no querría cambiar la dinámica por hacer preguntas incómodas. —Agachó la cabeza—. Pero tal vez sí necesito saber hacia dónde va lo que sea que tengamos.

—Claro que sí. Con la confianza y el cariño que os tenéis, dudo que le suponga un problema hablar las cosas contigo.

Además de recibir consejo, Dalia esperaba, con aquel gesto de confianza, que Azucena le correspondiera con una sinceridad semejante, a poder ser revelando algo sobre su propio vínculo con Rabel.

Su prima, sin embargo, inclinó la cabeza hacia un lado, como sopesando si decir o callar.

—Pues ¿sabes qué ha pasado esta mañana? —preguntó al fin, con un deje de ironía en la voz—. Estaba aparcando frente a la pastelería, y casualmente me lo he vuelto a encontrar.

No necesitaba decir el nombre. La sombra de Rabel se proyectaba inevitablemente sobre aquella conversación.

—¿Cómo?

—He bajado al centro de la ciudad un momento; iba a por cuatro telas y un par de cosillas de la panadería. Bueno, y a por estos bollos —dijo, señalándolos con la mirada—. Y, de repente, Rabel estaba justo ahí.

Las mejillas de Azucena se sonrojaron al recordar el encuentro. Dalia trató con todas sus fuerzas de que no se le arquease la ceja izquierda.

—Su coche estaba aparcado justo delante del mío. ¿Sabes dónde te digo? En la zona aquella de carga y descarga delante de la pastelería.

—Sí, sí. Sé dónde dices.

—Pues ahí. Menuda coincidencia. Mientras me saludaba, he examinado un poco su coche —rio—, que con el golpe que le di el otro día… Pobrecito. Pero nada, ya no tenía ni rastro de la hendidura aquella.

—¿Lo ha llevado al taller de tu madre? Porque yo no le he visto mover el coche.

—No sé; ella me lo habría dicho seguro.

—Bueno, Azu, y ¿te dijo algo?

—Que le encantaba encontrarse conmigo por sorpresa, pero que le llamase, que podríamos quedar algún día y no dejárselo todo al destino.

Dalia arqueó una ceja. «¿Es acaso "destino" su segundo nombre? Porque eso seguro que lo ha provocado él», se dijo a sí misma.

—¿Entonces vais a quedar? —preguntó, impostando el tono de interés.

—Bueno —desenfocó la mirada y ofreció media sonrisa—, no sé. Al decirle que sí se alegró, pero… —la melodía vivaz de su voz de repente tenía matices de enfado, de los que no llegó a ser consciente— luego añadió un «menos mal que no todas las mujeres de tu familia sois igual de complicadas».

—¡¿Qué?! —exclamó Dalia en respuesta—. ¿Pero este de qué va?

—Dudo que lo dijese con mala intención. Parece que al pobre le cuesta hablar conmigo.

—Azucena, por el universo, no te inventes excusas por él.

—Que no, que de verdad creo que no se le da nada bien relacionarse con gente.

Justo en ese momento, una llave giraba en la cerradura desde el otro lado de la puerta principal.

—¡Hola! Se me ha ido un poco de las manos y llevo el coche lleno de cosas —exclamó Úrsula desde la entrada.

—¡Voy! —respondió Dalia enseguida.

Se levantó de golpe, aún con la indignación bullendo en la garganta, y caminó hacia la entrada, mientras que Azucena se quedó unos segundos en la mesa. Distraída, removiendo la mermelada, sin terminar de identificar si aquel comentario había sido tan grave como sugería la reacción de su prima.

En el recibidor, Úrsula forcejeaba con varias bolsas, que parecían multiplicarse entre sus brazos. El tintinear del cristal de las botellas de vino asomando en una de ellas anunciaba planes de cena divertidos.

—¿Pero qué traes ahí? —preguntó Dalia mientras la ayudaba a apoyar la montaña de bolsas en el suelo—. ¿Has comprado media ciudad?

—¡Casi! —rio Úrsula, apartándose un mechón de la frente—. He encontrado varias cosas que no me esperaba y, bueno, me voy a quedar este fin de semana también. Entonces, entre todo lo que traigo, me cuesta cerrar el maletero del coche.

Hicieron un primer viaje hasta la cocina para dejar el cargamento. Las carcajadas de ambas llenaron el pasillo, y por un instante Dalia se olvidó de lo que le acababa de contar Azucena. Fue al verla allí sentada, con la barbilla apoyada en la mano y la mirada perdida sobre el mantel, cuando el ambiente adquirió un peso extraño.

Úrsula, ajena todavía a lo que habían conversado, se dejó caer en la silla frente a la prima de Dalia, mientras esta volvía a la puerta a por la última de las bolsas.

—¿He interrumpido algo? —Acercó la silla a la mesa impulsándose con las piernas.

Azucena levantó la cabeza y recompuso una sonrisa ligera. Negó con suavidad, aunque sus ojos brillaban de otro modo.

—Nada grave. Estábamos hablando de… casualidades.

Úrsula, sin sospechar aún el filo de la conversación, partió un bollo por la mitad y lo untó con generosa mermelada mientras el silencio volvía a caer sobre la mesa.

Dalia, desde la entrada, sintió cómo aquella palabra, «casualidades», se le clavaba como un alfiler en el pecho. ¿Cuánto de casual tenía realmente Rabel en sus apariciones? ¿Y cuánto de trampa cuidadosamente urdida? Con la última de las bolsas cargada en el hombro, se disponía a cruzar el pasillo cuando escuchó unos pasos en la casa vecina que se dirigían hacia el exterior. Volvió a dejar la compra con cuidado en el suelo y se apoyó en el marco de la puerta con la mirada puesta en la puerta de al lado.

«La mala suerte de su viernes 13 voy a ser yo».

A los pocos segundos asomó la cabeza Rabel, con una sonrisa tan sincera y alegre que le parecía insultante.

—¡Hola, vecina! ¿Ahora espías tú?

—Menudo impertinente —susurró para sí entre dientes—. Eres el único que dedica su tiempo a esas cosas.

—¿Está Azucena?

—No. Me he traído su coche a mi puerta para mirarlo.

—Vaya, hoy estás graciosa.

—¿Sí? —sonrió—. ¿Hoy no estoy siendo «complicada»?.

La expresión de Rabel cambió al instante. Un ceño fruncido por la confusión y una sonrisa descompuesta. No esperaba que Azucena hablase con ella de nada; parecían bastante distantes, pero era evidente que aquel comentario desafortunado había llegado a oídos de Dalia. Sorpresa poco agradable.

Desde dentro de la cocina, Úrsula y Azucena guardaban escrupuloso silencio para escuchar al máximo detalle la trifulca entre los vecinos.

—Sé lo que haces.

—Ligar con tu prima. Bueno, intentarlo. —Tenía *esa* mirada de persona atractiva que es plenamente consciente de que lo es—. ¿Está prohibido? ¿Necesito tu autorización para besar a las mujeres de este pueblo?

—No, no. No te me vayas por las ramas. Las cancioncitas —pronunció con tono irritado—. Hablo de las cancioncitas. Ahora celos, ahora amoríos, ahora Úrsula y yo, ahora Azucena contigo…

—Te gustan, ¿eh?

—¿Este encuentro entre tú y yo ha sido casualidad o también lo has maquinado?

Rabel no ofreció respuesta más allá de encogerse de hombros y recuperar la sonrisa. Dalia enmudeció. Su silencio fue más elocuente que cualquier insulto de los que se le pasaban por la mente. Se mordió el labio, procurando que no se le escapase palabra alguna de la que se pudiera arrepentir en un futuro. Miró fijamente a los ojos de Rabel, que no decía nada más. La tensión entre ambos era suficiente para incendiar la sala.

—Deja de practicar tus hechizos conmigo, bardo.

Cerró la puerta tras aquella sentencia con un golpe fuerte, que retumbó por toda la planta baja. El crujido de las sillas de la cocina delató a Úrsula y Azucena, que se balanceaban sobre las patas traseras para poder ver a través del umbral. La prima se había quedado rígida, con los hombros altos y la mirada en la frente de Dalia. Se enredaba un mechón de pelo rubio entre los dedos con nerviosismo.

Úrsula fue la primera en devolver las cuatro patas de la silla al suelo. Se acercó a Azucena y le apoyó la mano en el hombro con una firmeza cariñosa.

—No le des vueltas, Azucena. Todos los hombres son así.

Dalia regresó a la cocina todavía con las mejillas encendidas de rabia, pero, en cuanto vio a su prima recogida sobre sí misma, la furia se transformó en ternura. Se sentó a su lado y le tomó la mano con suavidad.

—Alguien tenía que decirle algo al chico ese.

Azucena alzó apenas la mirada, con aire agradecido.

—No sé por qué me ha afectado el comentario de un hombre que casi ni conozco. Hemos compartido solo un par de ratos.

—Porque lo hace a propósito —dijo Dalia, todavía enfurecida—. Es un bardo. Estoy más que segura. Hacen hechizos con música y sus últimas canciones trataban sobre cosas que han pasado poco después. —Le apretó la mano firmemente—. Lo importante es que no le des poder. Encontraré la manera de protegernos de su magia porque ya he visto que «dejar de escuchar» no sirve…

—Pero, mientras tanto —continuó Úrsula—, aquí estamos nosotras.

18
EL BARDO

En la casa de al lado, las paredes estaban teñidas de magia. Cuando alguien piensa en brujos se imagina a ancianos poderosos de barba larga y báculo en mano, no a un joven canónicamente atractivo con una guitarra heredada.

La casa no tenía decoración ostentosa ni demasiado recargada. De las paredes colgaban algunas pinturas enmarcadas de bosques frondosos y riachuelos apacibles, paisajes de las montañas donde se había criado que había pintado él mismo con pigmentos artesanales. Ni fotos de familia, ni imanes de viajes en la nevera.

Tanto el pasillo de la entrada como la cocina y el comedor estaban bordeados por estanterías abarrotadas. Tenía infinidad de libros de todo tipo de temas. Novelas, manuales, guías, atlas, diccionarios, biblias, misales, ensayo, teatro, partituras, biografías… La lista era infinita y algunas de las publicaciones eran de hacía un par de siglos. También había plantas, figuritas de barro sin barnizar, ramas secas de diferentes árboles con cintas atadas. Y discos; sobre todo, discos.

Cómo no, un bardo necesita su inspiración. Y quien dice discos también dice casetes o cilindros de cera. Evidentemente también contaba con el artilugio para reproducir cada uno de los soportes sonoros. Gramófonos de décadas diferentes; tocadiscos de varios fabricantes, con cápsula de cristal, de condensador o magnética;

radiocasetes; magnetófonos, walkmans… Muchos eran reproductores sonoros originales, y otros, réplicas. La cantidad de objetos justificaba con creces todas las cajas que abarrotaron la entrada de su casa durante la mudanza. Hacía cosa de un mes que su tía Baladre le entregó las llaves de aquella casa. Tía B, junto con tía Cal·la y tía Saüc, había cuidado de él toda su vida. Estaba todo ahí, en los cuadros. Sabía que aquellas mujeres no eran sus tías de sangre. También sabía que aquellos no eran sus nombres, pero entre ellas se llamaban así.

Se crio algo alejado de las modernidades de la ciudad, en un molino al borde de la riera de L'Afrau. Le contaban que, cuando era un bebé, sus tías se turnaban para ir a cuidarlo y siempre estaba con alguna de ellas. Al crecer un poco, empezó a recibir clases de Saüc, que era profesora, y pintaba con Cal·la, con la que aprendió a hacer sus propias acuarelas con flores secas. Baladre, mientras tanto, le enseñaba sobre la montaña y sus energías.

Rabel creció pensando que la magia era un elemento más de la vida cotidiana. Así como se comía, se cosía o se cantaba, también se hacían hechizos. Nunca se le dio especialmente bien idear fórmulas de plantas. Tampoco terminaba de entender la magia que se hace con puchero y cuchara. Las artes adivinatorias tampoco fueron lo suyo. Al llegar su adolescencia, sus tías le regalaron una guitarra de segunda mano, que, decían, había pertenecido a su madre biológica. No sabía demasiado de ella; solamente que la llamaban Hedra. Bueno, y que tocaba la guitarra, y que era bruja.

Poco a poco ganó más independencia conforme sus tías envejecían. Cuando tuvo edad, comenzó a trabajar cuidando las tierras de una masía cercana al molino. Más adelante, al poder conducir legalmente, alternó esas labores con encargos esporádicos como carpintero, elaborando muebles a medida para clientes de los

pueblos de alrededor. Quizá el gran número de encargos llegaba por su destreza, o tal vez por su facilidad de palabra. Vivir solo en la montaña era fantástico, pero sabía que, en algún momento, debía bajar a otras tierras. Al cumplir los veinticinco, ellas le dijeron que habían conseguido hacerse con una casa preciosa a la que únicamente le hacía falta una mano de pintura. Ese fue su regalo de cumpleaños: la despedida amarga de la montaña. Había intentado retrasarlo, cursando sus estudios superiores a distancia en los ratos muertos. Pero llegó el momento. Aquel regalo fue su cruz. Dejar atrás el molino e ir a vivir a un pueblo lleno de gente. Mucha gente, demasiado ruido, y más lluvia de la que esperaba.

Un par de días antes de la mudanza decidió vender su pick-up Ford F100, que tenía la misma edad que él, y cambiarla por un deportivo que un conocido le dejaba bien de precio. Pésima decisión en lo que a espacio se refiere, sobre todo para transportar su colección de libros y vinilos hasta su nuevo hogar. Aun así, fue el primer paso en su nueva vida.

Solía pensar en su anterior vida a menudo. Qué harían sus tías, si tenían una familia propia, por qué tía B no llamaba, si tía C ya estaba remodelando el molino para convertirlo en una galería de arte, si a tía S le habrían dado ya la jubilación…

Había llegado al pueblo con la intención de encontrar un trabajo allí mismo, o en la ciudad vecina, o incluso en la capital. No tenía claro en qué ámbito, pero sentía la necesidad de un cambio. Tal vez en una floristería. O de profesor, que para eso había estudiado. A lo mejor preguntaría en la librería, o en una tienda de instrumentos. Con su facilidad para trabajar con la madera y su amor por la música, no se le debería de dar mal ser lutier.

El mes se le había hecho cuesta arriba y todavía no había dejado el currículum en ningún comercio. Estaba demasiado entretenido

reencontrándose con su guitarra, que no había sacado de la funda desde hacía ocho años.

Tocaba día sí y día también. Tenía una facilidad innata para componer. Pronto se dio cuenta de que aquello que escribía, de alguna manera u otra, se terminaba materializando. Primero, consiguió parar la tormenta durante unas horas —aunque podría haber sido casualidad—. Luego, cantó sobre conocer a alguien porque se encontraba demasiado solo, y apareció Dalia con su pastel. Llegados a ese punto, Rabel empezó a experimentar, para comprobar que no se estaba volviendo loco y, en efecto, podía modelar su entorno a base de acordes y rimas.

El sol de aquel viernes por la tarde lo hizo reflexionar. Por primera vez en mucho tiempo no necesitaba su guitarra para disipar los pensamientos que tantas veces no le dejaban conciliar el sueño. Paseando los dedos por las estanterías, acariciando lomos de libros y removiendo entre los estantes de discos, buscaba algo que lo inspirase y acompañara la tarde. Terminó decidiéndose por el vinilo de *Green River*, de Creedence Clearwater Revival. Eso a un volumen moderado, un zumo recién exprimido y un cigarro casero de lavanda y ajenjo.

Con los últimos rayos de sol escuchó movimiento en la casa vecina.

—¿Qué hacen ahora las brujas estas? —dijo, apartando disimuladamente la cortina de la ventana frontal.

Pudo ver a Úrsula, cargada a más no poder y sacando todavía más cosas del coche. Justo detrás de su deportivo vio el de Azucena.

—Espero que hoy hayan aparcado bien. —Se puso de puntillas para cambiar el ángulo de visión y comprobar que la joven no le había propinado otro golpe.

Pensó varias veces antes de ir a preguntar por Azucena. Tras su comentario desafortunado había pensado mucho cada movimiento que hacía respecto a ella. Era cierto que se escondía tras una imagen chulesca y prepotente, pero no estaba acostumbrado a… gente. Tanta gente.

También había provocado aquellos encuentros poco casuales a golpe de cadencias. Sí. Pero era una ayuda temporal, hasta que encontrase la manera de pedirle una cita. Y, bueno, no había ido como debía.

Observó atentamente los movimientos de la casa vecina, siguiendo a Úrsula y Dalia a través de las ventanas. Entonces, esta se sentó y la bruja volvió a la puerta delantera. Era su oportunidad de decir algo.

Dejó el vaso en la encimera de la cocina, tiró la colilla apagada, que había ido paseándose entre los dedos, y se dirigió a la entrada. Para su sorpresa, allí estaba Dalia, preparada para confrontarlo. Azucena le había contado todo. De poco le sirvieron sus encantos. Volvió a contestar de la peor manera posible. No había otra forma de hacerlo si aquella insolente bruja pelirroja se esforzaba para encontrar una trifulca nueva cada día. Tampoco se equivocaba en lo que decía, aunque ocultar su sorpresa al ser descubierto le hubiese supuesto un sobreesfuerzo. Sí, había estado probando sus hechizos con ellas. Por supuesto que la había llamado «complicada». Pero la confrontación directa no era lo suyo, y pedir disculpas, mucho menos.

El portazo de Dalia le dijo todo lo que necesitaba saber sobre la situación: Azucena triste, Dalia enfadada con él, Úrsula… Bueno, por algún motivo a ella no la estaba pudiendo hechizar, ni terminaba de descifrarla. Se quedó un momento más allí afuera, quieto, observando la puerta de la casa de al lado cerrada con el eco del

portazo resonándole en el pecho. Al recomponerse, entró a su casa. Apoyó la espalda en la pared y cerró con cuidado, conteniendo la rabia y el impulso de despedirse de la misma manera que su vecina.

Regresó a la cocina y se preparó otro vaso de zumo. Irónicamente, había empezado a sonar «Bad Moon Rising». Menos mal que su tocadiscos no doblegaba la realidad con lo que reproducía. El resplandor cálido de la lámpara de la cocina vecina proyectaba, a través de las ventanas del salón, las siluetas de las tres mujeres juntas. Tomó un papel de arroz y molió más lavanda y ajenjo, hasta conseguir un polvo fino. Se puso el filtro entre los labios mientras rellenaba el papel. Colocó la boquilla en uno de los extremos y dio forma a su segundo cigarrillo de la tarde. Humedeció un poco el extremo adhesivo antes de cerrar el papel por completo y encenderlo con una cerilla.

Apagó todas las luces de la cocina y encendió las de la campana extractora. Necesitaba un poco de paz mental. La discusión con Dalia le había golpeado más de lo que esperaba. No tomó verdadera conciencia de la dureza de sus palabras hasta oírlas repetidas por otra voz. Ahora el peso de lo dicho le caía encima, incómodo y persistente, entumeciendo todo su ser con culpa. Pasados unos minutos, el sonido de la puerta vecina quebró la quietud del momento. Supuso que debía ser Azucena regresando a casa. Libre de la mirada de su prima, decidió escribirle un mensaje.

Hola Azucena
Oye, que lo siento por lo
de complicadas

Todavía no había sonado el motor de su coche anunciando su partida. Se sentó en uno de los taburetes de la barra y comenzó a

rasgar cuerdas invisibles. Trataba de distraerse. Cerró los ojos y murmuró algunas partes de la letra. Pronto recibió respuesta.

Rabel?
Hola
No te preocupes!!!

Perdona
No se me da nada bien
hablar contigo

Qué???
Pero si no paras de intentar
que
nos encontremos

Ya
Pero cada vez me pongo
más nervioso
No sé qué me haces

Yo a ti?

Aquella pregunta retórica le descolocó. ¿Sabía Azucena lo que él era capaz de hacer? Supuso que ella escribía desde el asiento del piloto, antes de arrancar.

Estaba claramente alargando aquel momento. No quería irse. Él no quería que se fuese.

Sigues ahí fuera?

Puede

Deja que me disculpe
Ven

Qué?
Un momento, voy

Cerró el chat antes de recibir el último mensaje. Tras leerlo desde la pantalla de bloqueo, volvió a cerrar los ojos y movió los dedos como si deslizasen por un mástil, entre trastes. Pensó en emplear una de sus canciones para facilitar el encuentro, pero necesitaba saber qué sentía ella. Por el intervalo de tiempo entre una notificación y otra pudo deducir que Azucena había dudado, que había pensado demasiado qué escribir, y esa idea —tan pequeña— le apretó el pecho. Había reflexionado brevemente sobre qué responder.

Pronto escuchó tres golpes suaves en la puerta. Rabel abrió casi de inmediato. Se encontró a Azucena pegada al marco, lo justo para quedar fuera del campo de visión de la casa contigua. Ambos entendían que aquel encuentro necesitaba un mínimo de clandestinidad para existir. El aire entre ambos cambió al instante.

No se tocaron, pero la cercanía era suficiente para notar el calor del otro. Ella entró con una sonrisa contenida cuando él le cedió el paso con un gesto amable, extendiendo el brazo.

Cerró la puerta con más cuidado del necesario cuando Azucena accedió a su casa. Todo estaba en penumbra; la poca luz del interior les dibujaba sombras suaves en el rostro.

—Lo siento, yo…

—No pasa nada, Rabel, de verdad.

—¿Quieres algo de cenar? —Trató de cambiar el color de aquella conversación—. No cocino mal.

—No, no. —A Azucena le dolía negarse—. En veinte minutos tengo que estar en mi casa, que si no mi padre me mata.

—Entonces tienes como mínimo quince para quedarte aquí.

Rabel agradecía haber logrado hilvanar una frase con sentido, a pesar de que las mariposas en su estómago amenazaban con cortarle la respiración.

Intercambiaron miradas. Tal vez lo reconocieron en la forma en que se les dilataban las pupilas. Él nunca había sabido encontrar su lugar. Había llegado al pueblo casi por azar y arrastraba la sensación de no pertenecer a ningún sitio. Ya no era del bosque que tanto amaba, pero tampoco formaba parte del pueblo. Ella vivía como un satélite de la familia Nerón, demasiado extraña para encajar entre ellos. De algún modo, ambos sabían que compartían esa grieta. Ninguno terminaba de encontrar su sitio.

—¿Esto cuenta como una cita? —preguntó Azucena con su característico atrevimiento.

—He usado tu número, te he invitado, has venido —deslizó su mirada por la figura de la joven—, y vas muy guapa… Yo creo que sí, que esto se califica como cita.

—Cita exprés —matizó, subrayando la importancia del poco tiempo del que disponía, más a modo de recordatorio para sí que como una advertencia para Rabel.

El bardo dio un paso lento hacia ella, temiendo que el suelo pudiera traicionarlo si se apresuraba. No la tocó. Aún no. Se quedó lo bastante cerca como para que Azucena percibiera su perfume y notase el leve temblor de su respiración, descompasada. Rezó queriendo estirar el tiempo, espesarlo. Necesitaba permanecer eternamente en aquel paréntesis.

—A mí me parece perfecto —dijo con un hilo de voz dulce.

Azucena alzó la mirada. La casa estaba en silencio, ajena al ruido externo. Rabel levantó la mano, dudó un segundo, y finalmente apartó con cuidado un mechón dorado que le caía sobre la mejilla. El gesto fue algo torpe, tímido e inseguro, como si temiera actuar sin el respaldo mágico de sus armonías. Ella no se apartó. Sonrió apenas, ladeando la cabeza; aquella sencilla muestra de aprecio significaba un mundo para ella.

—¿Q…, quieres algo? —preguntó nervioso al darse cuenta de que seguían en el recibidor.

—Un vaso de agua sí me tomaría —pidió Azucena, buscando aire.

El contacto leve de los dedos de Rabel le había dejado un rastro cálido en la piel. Una vez en la cocina, cuando él se giró para ofrecerle un vaso, ella le devolvió la caricia. Recolocó una de las ondas castañas de su pelo, guiándola suavemente alrededor de su dedo índice para devolverle la curvatura.

—¿Por qué a veces te haces el chulo?

Él dejó escapar una risa corta antes de responder.

—No sé. Contigo no me termina de salir bien.

Tragó saliva y se permitió acercarse un poco a ella. Prácticamente no había espacio entre los dos. Miró de reojo la parte superior de la

pared que daba al jardín. El reloj marcó un segundo más. Luego otro.

—Conmigo no hace falta —susurró ella.

Rabel exhaló aire que no sabía que estaba conteniendo. No apartó la mirada esta vez. Sus ojos bajaron un instante a los labios de Azucena y volvieron a subir, como si todavía estuviera pidiendo permiso sin decirlo en voz alta. Se sentía hechizado por ella. «Irónico», pensó.

El vaso de agua quedó olvidado sobre la encimera. El silencio no era incómodo. Estaba lleno de cosas que ninguno se atrevía a decir. Tenían suficiente leyéndose el uno al otro. Comprendían a la perfección el lenguaje no verbal del otro.

Rabel separó el brazo de su cuerpo lentamente, dándole tiempo a ella para que se alejase si quería. Sus dedos rozaron su muñeca primero, apenas un contacto, y luego se deslizaron hasta su cintura. Se les hacía imposible apartar las miradas.

—Me alegro de que hayas venido —dijo, con una calidez especial en cada sílaba.

Azucena respiró hondo, y ese movimiento hizo que sus frentes casi se tocaran. No retrocedió. Sus dedos, que seguían suspendidos a medio camino entre el cabello castaño y su posición habitual, terminaron reposando en el pecho de él. Notó el latido acelerado bajo la tela.

—Yo también.

El mundo pareció reducirse al calor entre ambos. Al leve roce de sus narices cuando se inclinaron sin darse cuenta. La conversación dejó de fluir al completo. Aquella conexión no necesitaba de palabras para fortalecerse. El momento se construyó solo. El bardo estaba prendado de aquella joven. Ella parecía haber encontrado la pieza con la que sí encajaría.

Fue un beso breve, casi tímido. Un encuentro entre ambos; un descubrimiento compartido. Un roce de labios que preguntaba cómo de posible era haberse encontrado. Cuando se separaron apenas unos centímetros, siguieron con los ojos cerrados un segundo más, compartiendo el aire, sosteniendo el instante como si todavía cupiera dentro de aquellos quince minutos.

Azucena se separó de él con una sonrisa suave acompañada de la frase inevitable.

—Tengo que irme.

Él giró la cabeza en dirección al reloj. En efecto, habían pasado quince minutos perdidos en las pupilas del otro.

—Sí, cierto. E… —balbuceó—, espero verte pronto.

—Yo también.

La acompañó hasta la salida más despacio de lo necesario, alargando gestos mínimos e intentando retener miradas, como si despedirse de ella fuera cerrar también la única rendija de luz que había encontrado en semanas. Se quedó un momento apoyado en la puerta después de verla marchar, con el pulso desbocado y el eco del beso en sus labios. Pero esa calidez no logró ahogar del todo la otra corriente que seguía impulsando algún que otro latido en su corazón. Su encuentro con Azucena no era capaz de opacar las ganas que tenía de un ajuste de cuentas. Necesitaba probar, demostrarse a sí mismo que todavía tenía control sobre algo. Había un desajuste entre lo que acababa de sentir y lo que aún no sabía soltar. Su ser le pedía un poquito de venganza. Un último experimento.

Había estado leyendo sobre su magia, y la intentaba perfeccionar. Si bien podía afectar de manera directa a la realidad, con efectos notables a partir de las veinticuatro horas, estaba estudiando la manera de modificar sueños. Para ello necesitaba entrar en una

especie de trance mientras interpretaba el hechizo, sin llegar a quedarse dormido, y no lo había conseguido todavía. Se despertaba a altas horas de la madrugada, dormido sobre su guitarra y con el cuello dolorido de la extraña posición.

Esa era la noche perfecta. Ya había consumido hierbas oníricas, a su manera, y tenía sentimientos que canalizar. Suficiente energía como para hacerlo.

Abrió la tapa del tocadiscos, levantó la aguja y retiró con cuidado el vinilo. Lo guardó en su funda y lo devolvió al estante, clasificado junto con el resto de los vinilos de ese género y época. Subió a la segunda planta. Tres de las cuatro habitaciones estaban completamente vacías. No tenía qué poner allí. Entró a su cuarto: un dormitorio amplio, con un escritorio de madera algo retro, un armario de cerezo macizo, que seguramente había vivido ambas guerras mundiales, una cama doble y una luz muy cálida y tenue.

Encendió una vela blanca a la izquierda de su cama y una vela negra al otro lado. Descolgó su guitarra del soporte de pared y la afinó atentamente. Abrió el bloc de notas. Ahí tenía apuntadas todas las combinaciones mágicas que se le habían ocurrido hasta el momento. Retomó aquellos acordes tan influenciados por la bossa nova con los que había escrito sobre Dalia y Úrsula. Esa vez intentó interpretarlos de manera más arpegiada, tratando de crear una atmósfera más etérea con el punteo. Modificó una quinta aquí y añadió una novena allá. Enseguida reformuló el esquema sonoro. Justo lo que buscaba.

Se acostó en la cama con la guitarra en diagonal sobre el pecho. Acomodó unos cojines detrás de la cabeza y otros tras la mano izquierda, para no estar incómodo. Cuando se aseguró de que todo estuviese correcto, cerró los ojos y empezó a tocar.

Los acordes se sucedían de manera automática. Cada nota parecía abrir un umbral, un resquicio invisible que iba expandiéndose en la penumbra de su habitación. La danza del fuego en las velas proyectaba sombras sinuosas sobre el techo que Rabel podía distinguir a través de los párpados cerrados. El aire estaba cargado de ese calor.

El sonido de la guitarra, íntimo y envolvente, fue impregnando la piel de Rabel, traspasándola, hasta que tuvo la certeza de que no estaba simplemente tocando un instrumento, sino que estaba rozando el mismo tejido del que nacen los sueños. Se dejó llevar hacia un estado de trance sin interrumpir la melodía. La respiración se le acompasó con las vibraciones de la caja de la guitarra contra su pecho, los párpados le temblaban, sus pies se adormecían y, de pronto, ya no estaba en su habitación.

Consiguió proyectarse a un espacio que no terminaba de conocer, pero le era extrañamente familiar. Un escenario brumoso que poco a poco reveló contornos más nítidos. Focalizó sus pensamientos en encontrar a Dalia. Pronto halló un suelo de madera algo antiguo; unas paredes muy similares a las de la casa vecina. Trató de acercarse. Allí, durmiendo, se encontraba ella. El cabello suelto le enmarcaba la cara como un ornamento de cobre. Intentó ver dentro de ella, qué soñaba.

Traspasó una fina neblina antes de poder visualizar el sueño de Dalia.

Allí estaba. Un prado verde, flores recién abiertas, árboles que por fin habían recuperado las hojas. Sentada sobre las piernas plegadas, atenta a quien tenía delante: Úrsula. El pelo azabache le caía sobre los hombros como un río oscuro, y los labios se le curvaban con un temblor de deseo contenido. Los dedos rozaban la mejilla de Dalia. Aquellas miradas traspasaban la frontera de lo meramente amistoso.

Las dos se inclinaban lentamente, como si el tiempo se hubiera ralentizado para que cada caricia flotara y tuviese un momento para asentarse sobre la otra. Los gestos decían más que cualquier palabra jamás pronunciada. La respiración de ambas se entremezclaba. Las manos de cada una ya conocían el camino sobre la piel y a través de ella. Había en esa escena una pureza incandescente; un secreto compartido en lo profundo del inconsciente de Dalia.

Rabel sintió los celos, punzantes, en el costado izquierdo del pecho. Entre las costillas. Sospechosamente cerca del corazón.

Intentó mantener la concentración y no salir del trance. El dolor se transformó en impulso. Surgió de dentro aquel deseo de poseer, de entrar, de torcer el curso de lo que veía. Sabía que estaba en su mano doblegar el desarrollo de aquel encuentro entre las dos. Dio un paso, y luego otro.

El suelo onírico, hecho de hilos de aquel plano, lo aceptó. Como si siempre hubiera pertenecido allí. Las figuras de las dos mujeres no se apartaron; Úrsula lo miró de reojo, primero sorprendida, luego con una sonrisa leve. Ambigua. Pero no le negó el acceso.

Se acercó despacio, modulando la respiración para acompasarla a la de ellas, afinando su cuerpo a aquella melodía silenciosa. Se inclinó junto a Dalia, aspiró aquel olor tan suyo, avainillado y meloso. Tan dulce. Podía casi saborearla antes siquiera de haberla tocado. Las manos de Úrsula no se apartaron de la joven, pero tampoco le obstaculizaron. Pronto se encontró envuelto entre las piernas de ellas, sin llegar a distinguir de cuál de las dos eran. Los tres, tumbados sobre un manto compuesto de sus propias vestimentas. Una marea de suspiros y vocales inundó el paisaje sonoro del prado.

Rabel comprendió entonces, dentro del sueño de otra persona, que —tal vez— ese espacio era lo que él deseaba: testigo, intruso, incluso protagonista.

Y eligió unirse.

La música que aún vibraba en lo profundo del pecho guio cada uno de sus movimientos, entretejiendo su presencia en esa intimidad como la tercera de un acorde, terminando de dar sentido a la armonía. Convirtiéndolo en algo más complejo, más profundo.

La atmósfera de un sueño siempre es delicada, y su mayor labor, si quería seguir avanzando en el transcurso de los acontecimientos, era no romperla. Todo vibraba con un magnetismo extraño. Las sombras alrededor parecían mirar, expectantes, como si supieran que aquel acto no era un simple encuentro carnal, sino una alteración de los lazos que unían a aquellas tres personas.

Y, en un rincón muy profundo de su ser, Rabel supo que no había vuelta atrás.

19
OTRA VEZ

Un nuevo día se alzaba sobre el valle, y las cortinas a medio cerrar de la habitación de Dalia despertaron a Úrsula antes de tiempo. El sol había decidido no interrumpir demasiado pronto, colándose entre la tela con algo de timidez, pero ella estaba especialmente sensible y enseguida abrió los ojos. Miró a su alrededor antes de llevarse la vista a la muñeca. Las siete y cuarto de la mañana.

Dalia seguía inmersa en alguno de sus sueños. No recordaba si la noche antes se había untado la frente con su ungüento onírico, pero se la veía tranquila. Respiración suave, cuerpo relajado, sonrisa leve. Su sueño poco tenía que ver con sus anteriores sueños, llenos de sangre y desgracia.

Le acarició el cabello con suavidad, y deslizó la mano hasta sus brazos, donde se detuvo un instante más. Antebrazo, hombro, palma. Recorrió arriba y abajo varias veces, muy despacio, tratando de confortarla sin llegar a que se despertase. Sin ser capaz de resistirse a tocarla, le acarició también la silueta, la curva perfecta que hacían sus caderas y el límite del vientre con la ropa interior. Dalia abrió los ojos poco a poco, deleitada con aquel amable despertar, sumergida todavía en el espesor dorado de la luz del prado, sin distinguir todavía dónde estaba la frontera entre lo soñado y lo real.

La calidez de la respiración de Úrsula, cada vez más cerca de su boca, ofreciéndole un beso de buenos días, era la primera certeza tangible.

El recuerdo del sueño se mantenía agazapado. Le había provocado un cosquilleo que se le había extendido desde el esternón hasta el final de las piernas. Un escenario húmedo, vibrante de deseo, donde la separación entre los cuerpos era prácticamente nula, y donde las extremidades se entrelazaban y los labios se besaban sin llegar a distinguir con claridad de quién era cada gesto. La sensación de Rabel allí, entre ellas, atravesándolas, era de todo menos extraña. Dalia parpadeó rápidamente, en un intento instintivo de disipar la imagen de la desnudez del joven, pero lo único que logró fue volver a evocarla con más fuerza.

¿Acaso lo había disfrutado? Esa era la pregunta que le ardía como brasa bajo la piel. Su mente quería reducirlo a un artificio de su imaginación, un capricho del inconsciente, pero su cuerpo, todavía palpitante, no parecía compartir aquella coartada. Miró de reojo a Úrsula, que apenas se movió entre las sábanas y, con un gesto adormilado, dejó escapar un suspiro.

«¿Se lo cuento?», pensó Dalia mientras sus dedos se acercaban inconscientemente hacia el vientre de Úrsula, por debajo de la tela de la sábana. El sueño tenía un sabor demasiado vívido como para borrarlo, pero era peligroso pronunciarlo en voz alta. Un territorio desconocido. Aquel secreto de su subconsciente podría cambiarlo todo.

Úrsula le devolvió la mirada.

—Buenos días… —susurró Dalia, con la voz algo áspera.

—Buenos días —respondió, sin sospechar absolutamente nada.

La quietud posterior no fue incómoda. Permanecieron así unos segundos más, enredadas en la calidez compartida, hasta que Úrsula

se estiró como un gato satisfecho y dejó escapar una pequeña risa.

—Creo que hay que hacer café —sonrió—. Será mejor que nos levantemos, antes de que las ganas de desayunar nos devoren a nosotras.

Dalia asintió, con una sonrisa que intentaba disimular un ápice de culpabilidad. Al incorporarse, la luz se desplegó del todo sobre la cama, disipando las últimas sombras de la noche. Aun así, el recuerdo del sueño, con sus tintes de deseo y sus aristas confusas, permaneció adherido a su piel.

Mientras se dirigían juntas hacia la cocina, Dalia no pudo evitar preguntarse cuánto de aquello había sido un producto de su mente, y si cabía la posibilidad de que Rabel, además de pulsar las cuerdas de la guitarra, pudiese rasgar las cuerdas de lo más hondo de su subconsciente.

El desayuno fue breve. Querían aprovechar las primeras horas del día y preparar el pequeño jardín delantero para el cambio de estación. Dalia consultó en una búsqueda rápida por internet en qué fase lunar se encontraban. Luna nueva. Ideal para que las plantas tiren raíces. Salieron de la casa con el bajo de los camisones anudado a un costado, dispuestas a cumplir con aquella tarea postergada desde hacía semanas.

El brillo del sol se disipaba ligeramente en aquel aire húmedo y cristalino. El suelo desprendía un olor terroso que se mezclaba con el perfume tenue de las hojas secas. El borde de piedras que separaba el jardín de la calle parecía enmarcar un pequeño mundo en calma.

—Tendremos que mover estos maceteros —dijo Úrsula agachándose para levantar uno de los tiestos más grandes, cubierto de musgo en la base.

Dalia asintió. Sus manos, ligeramente frías, hundieron los dedos en la tierra compactada, removiéndola con un placer casi instintivo.

—Mira —señaló, fijándose en unas macetas olvidadas tras el arbusto—. Estos están sin usar, y son preciosos. —Los tomó con ilusión y dirigió su mirada a Úrsula—. Podríamos cultivar algo nuevo. Octubre es el mes perfecto para plantar bulbos. ¡Tulipanes! Quedarán preciosos.

Había algo sanador en aquella mañana tibia. La luz cálida y los primeros vientos fríos. Los gestos coordinados, removiendo la tierra y enterrando algún que otro amuleto.

Úrsula abrió una bolsa de tierra fresca y el aroma invadió el jardín. Rellenaron las macetas con un par de capas de sustratos diferentes y las prepararon para cuando bajasen a la ciudad a por bulbos de alguna especie. Mientras trabajaban, los destellos matutinos se movían sobre sus rostros y se posaban sobre las plantas, aún envueltas por el rocío de la mañana.

—Da gusto verte así —comentó Úrsula en voz baja—, en paz.

Dalia levantó la mirada y sonrió, con una expresión serena que escondía todavía el eco de aquella noche.

—Supongo que la tierra tiene eso —respondió—. Te absorbe lo malo, y te vuelve a conectar.

Por un instante, Úrsula creyó ver un resplandor fugaz en los ojos de su amiga. Una chispa ardiente, nueva. Pero no dijo nada.

El sol siguió en su ascenso, cambiando de tonalidad con su espectro dorado todas las fachadas del valle. La entrada de la casa, antes algo descuidada, respiraba entonces con una nueva esencia. Macetas atendidas, plantas arregladas, tierra fresca; todo listo para las plantaciones de octubre. Casi se podía escuchar el murmullo prometedor de la vida que aún no ha germinado. Dalia se sacudió las manos y observó su obra.

—Dentro de unos meses, cuando todo esto florezca, quiero que desayunemos aquí fuera —dijo a media voz.

—Hecho. —Úrsula le rodeó la cintura con el brazo.

El viento levantó un remolino de hojas secas sobre el asfalto, que se perdió entre las baldosas de la acera antes de inundar su precioso jardincito. Dalia las siguió con la mirada y, por un instante, creyó escuchar una nota breve. Un sonido afinado. Una cuerda pulsada a la distancia. Como si alguien hubiese tocado su nombre desde la casa vecina.

Tras dar por terminada su obra, Dalia y Úrsula se quedaron unos momentos más al aire libre, sentadas en las baldosas frente a la puerta de entrada. La vecina de la casa opuesta salía a comprar el pan.

—¡Buenos días! —saludó desde el otro lado de la calle.

—¡Hola, Amparo! —respondieron al unísono.

—Qué hermoso el jardín.

—Muchas gracias —dijo Úrsula.

—Ay, bonita, no me había enterado de que habían vendido la casa de tu abuelo.

—Ni yo, pero bueno. ¡Qué le vamos a hacer!

—Al menos el chico que se la ha quedado parece muy amable. —Úrsula intentó no hacer ningún gesto de desaprobación—. A ver si teniéndolo tan cerca hay suerte —dijo, guiñando el ojo.

Las jóvenes sonrieron, sin terminar de saber cómo reaccionar a aquella interacción. La señora Amparo estaría cerca de los ochenta años; la típica abuela entrañable que te traía una porción de cualquier comida que le sobrase y te contaba todas las novedades sobre sus nietos.

—¿Usted qué tal? —preguntó Dalia.

—Bueno, ya sabéis… La edad. Ayer volví de casa de mi hijo, que me ha estado cuidando todo agosto y septiembre.

—Diga que sí, que la cuiden un poco, que usted lo ha cuidado toda la vida.

La señora Amparo sonrió asintiendo con la conciencia de alguien muy independiente que, por necesidad, tenía que dejarse cuidar. Tras despedirse con un «hasta luego», Dalia y Úrsula decidieron entrar.

—Bueno, Dalia. A lo mejor debería pasar hoy por mi casa. Así ordeno un poco, ensayo y me organizo el mes, que estamos ya a 14 de octubre y todavía no me he gestionado la agenda.

—Ya… —asintió—. Entonces no te espero para comer, ¿verdad?

—Prefiero aprovechar bien el día allí y volver para cenar contigo. Así me traigo algo de ropa más abrigada, que ya empieza el frío.

Aquella respuesta tranquilizó a Dalia. No estaba preparada para afrontar la soledad de su casa. Desde el ritual de protección todo volvía a estar un poco más calmado, pero todavía no se había enfrentado a la vida sin uno de sus pilares fundamentales: su abuela. Simplemente había puesto ese proceso en pausa. La estancia de su amiga era el parche perfecto para no encarar el problema. Estaba siendo la mejor de las compañías, pero tal vez, en lugar de transitar el duelo, lo estaba evitando. Úrsula. El bardo. La investigación. El diario. Todo era una distracción.

Úrsula subió a la planta de arriba, donde Dalia le había hecho hueco en el vestidor hacía un par de semanas. Revisó la infinidad de su equipaje, dispuesto en el armario que habían conseguido vaciar, de un vistazo. Sacó un par de blusas demasiado finas y alguna minifalda poco acorde con la temporada otoñal. No porque no creyese que en otoño hay que vestir de largo, sino porque el tejido era demasiado veraniego. Dejó allí varios suéteres, dos chaquetas, unos pantalones de cuero, zapatos de tacón, los bolsos que no gritaban «verano», algunos tops, dos o tres minifaldas vaqueras, y

otro par de tartán. El resto terminó en la maleta. Apenas logró llenar una de las tres que trajo.

Dalia se ofreció a echar una mano, pero la poca cantidad de ropa hacía innecesaria cualquier ayuda adicional, así que se dedicó a observar a Úrsula apoyada en el marco de la puerta del vestidor. Recordó que a su amiga le resultaba divertido su cantidad de «porsiacasos». Eran tan parecidas en tantos aspectos… Había llenado tres maletas para lo que técnicamente iban a ser unos pocos días. No tenía ningún otro plan más allá de pasar el día con ella, y en ese momento se encontraba con la agenda vacía. Nada que hacer. Simplemente esperarla.

El techo parecía descender, las paredes se inclinaban sobre ella, y sentía que la casa que la acogía siempre con un abrazo la quisiera devorar en cuanto su amiga saliese por la puerta. Acercándose a ella para abrazarla por detrás, se tropezó con sus botas granates. Los cordones estaban desatados. Desde el día del cementerio seguían allí en medio. Inconscientemente no las había guardado. Sabía que tenía algo pendiente.

¿Era acaso una señal?

Úrsula bajó las escaleras con cuidado, maleta en mano, cogió las llaves de su coche del cajón del recibidor y se despidió de Dalia con un beso y la promesa de volver aquella noche. Cerró la puerta tras de sí, y fue entonces cuando la bruja empezó a prepararse para salir. No quería preocupar a Úrsula, ni que ella la convenciese de esperar un día o dos más para ir acompañada. No.

Había estado desconectada, ausente, intentando descifrar un misterio que solamente desenterraba nuevas preguntas. Más y más incógnitas se apilaban en su mente. El único elemento de la investigación que arrojaba luz sobre el asunto de vez en cuando era el diario. Pero un recopilatorio de las vivencias de una persona,

redactado durante toda una vida, no era nada fácil de estudiar. Alguna de las veces que lo había abierto, topaba con una página prometedora, potencialmente relevante. Otras veces la hoja trataba de una fiesta de cumpleaños, una comida familiar, unas vacaciones geniales. Dejaba de leer tras la primera frase e intentaba buscar otra con información. *Algo.*

Solo había conseguido encontrar dos entradas del diario dignas de lectura: 11 de octubre del 69 y 20 de marzo del 2002. Nada más. Estaba harta.

Iba a ir al cementerio. Debía hacerlo. Nunca se había alejado tanto del otro lado como aquellos meses. Se le hizo complicado visitarlo durante el verano. Fue tras el funeral, y desde entonces… nada. Estar más de dos semanas sin pisar el cementerio era algo que nunca había hecho. No iba con ella. No *era* ella. No visitar a su abuelo, ni al de Úrsula, ni a la anterior dueña de la pastelería, ni olvidarse de llevar más castañas una vez empezado octubre…

La determinación se apoderó de ella. Miró por la ventana. Tras las montañas que abrazaban el valle se asomaban algunas nubes. Se alzaban lentamente, despertando de su sueño, dando fin a la tregua. Surgían en jirones difusos, vaporosos, que se estiraban o contraían siguiendo el ritmo invisible del viento. Empezaron a moverse, abalanzándose sobre los picos de la montaña. Se congregaron en masas densas de un color cada vez menos blanco.

Tenía que darse prisa.

Se puso unos vaqueros oscuros y un suéter de punto verde botella. Se acordonó las botas lo más rápido que pudo, y subió las escaleras mientras terminaba de recogerse el pelo con una pinza. Tomó el diario, su tarot «para hablar con difuntos de la familia», una pieza de obsidiana, un collar de granate y una vela. Bajó los dos

tramos de escaleras con excesiva prisa, evitando los dos últimos escalones con un salto.

Bolso, llaves, llaves del coche. Dinero en efectivo.

Salió escopeteada y subió al vehículo sin darse cuenta de que tenía los retrovisores plegados. Aprovechó el stop del final de su calle para recolocarlos. La sombra de las nubes se derramaba por las laderas, cubriendo los bosques lejanos con un manto gris azulado. Rápidamente. Como acuarela en un papel húmedo. La corriente fría se colaba por el centímetro de ventanilla que Dalia había abierto.

Momentos antes se respiraba una calma diáfana. Todo se doblegaba en ese momento frente a aquella procesión celeste. Entre claros y sombras. Hasta que el manto de nubes cubrió el valle entero.

20
*D*ILUVIO

Para entonces, Dalia ya había llegado al cementerio. Todavía no llovía, pero el viento, cada vez a menor temperatura, se le colaba entre los puntos del suéter. De camino había hecho una breve parada en la rambla de la ciudad, donde ya había un par de puestos de señoras haciendo y vendiendo castañas.

Tras aparcar, cogió todos sus materiales. Las castañas, todavía calientes, envueltas en papel de periódico, eran la ofrenda ideal. Sacó tres monedas de su bolso y las dejó a los pies de la entrada del cementerio. Pidió perdón en un susurro. Perdón por no haberlo visitado como siempre. Perdón por hacerlo de manera interesada.

Sabía que siempre la recibirían bien. Igualmente, nunca dudaba en respetar a aquellos que habitaban el lugar.

Buscó la lápida sin cruz de sus abuelos. Saludó.

—Hola, abuelo Jacinto. Y hola, abuela Adelfa.

Con un pañuelo de papel quitó un poco del polvo y la tierra acumulados durante aquellas semanas. Retiró algunos arreglos florales y recolocó su ramo. Extrañamente, ninguna de las flores se había marchitado. Hacía veinticinco días desde el funeral. Casi un mes.

Su abuela siempre había tenido mucha mano cuidando de las plantas. Tal vez también era capaz de hacerlo desde donde estaba.

—Sé que los arreglos son muy bonitos, pero la mayoría llevan esas bandas horrendas llenas de «pésames» y «avemarías» —rio—. No os pega demasiado.

Dalia tomó toda corona, cesta y ramo que no encajaba con su visión de cómo debía verse la tumba de sus abuelos. Dejó aquellas flores cerca de la entrada al cementerio, por si otra persona quería usarlas para venerar a sus difuntos, y volvió frente a la tumba de Adelfa y Jacinto.

Esa vez se arrodilló frente a ella.

—Abu, tengo tu diario. Sé que lo sabes. Me diste permiso para leer —dijo mientras sacaba el cuaderno de tapas de piel y deshacía el lazo de su cierre de raso rojo—. ¿Te acuerdas?

Una ráfaga de viento se levantó brevemente. Sí. Estaban ahí.

—No encuentro nada. Intentaste contactar con Azucena. Estoy soñando yo todo lo que le envías a ella; no podía con la carga de aquellos mensajes.

Mientras hablaba, terminó de sacar objetos del bolso. Su mazo, la vela, la obsidiana y el collar de granate.

—Necesito que me habléis. —Extrajo un par de castañas del cucurucho y las dejó en el suelo frente a ella.

Barajó brevemente, conectando con ellos. Si su abuela seguía enmudecida excepto en sueños, al menos Jacinto podría comunicarse con ella. Seguro que le contaba algo. Más todavía aquel día, con Sol y Luna en Libra.

—Adelfa Nerón, Jacinto Olea, decidme dónde debo mirar. Hacia dónde debo ir. Qué debo buscar.

Todavía no era capaz de oír a su abuela. Partió el mazo en dos y sacó la primera carta de cada mitad. Únicamente se estaba comunicando con Jacinto. Las giró a la vez. La Estrella invertida. Nueve de Espadas.

No respondió a aquel mensaje. Sabía lo que significaba. Pesadillas, desconexión, ansiedad, pensamientos que la lastraban, preocupaciones, necesidad de reconectar con su poder.

Razón no le faltaba, pero no era la información que necesitaba.

Le iba a costar mantener aquella conversación.

Encendió la vela y la dispuso en el suelo, resguardada de la corriente de aire. Miró al cielo. Seguramente había llegado el mediodía, pero no podía guiarse por el sol. El cielo sobre el cementerio se tornó de un gris profundo, casi metálico.

Las nubes se compactaron en una masa densa y rugosa que avanzó sin piedad, extendiéndose sobre los cipreses y los mausoleos como una bestia, dispuesta a engullir la luz. El mármol de las lápidas perdió su brillo, y las sombras se diluyeron hasta confundirse unas con otras. Ni siquiera las flores eran capaces de mantener su color. En aquella oscuridad, todo eran manchas apagadas.

Dalia rodeó la llama con las palmas, formando un segundo cortavientos, y se concentró en ella. Trató de mirar a través de la llama. Respiró profundo. La cera empezó a caer rápidamente, quizá a causa de las condiciones atmosféricas. Igualmente estuvo atenta. No podía descartar nada.

El fuego empezó a danzar, como el batir de un ala. Un batir que ya conocía. Ilun.

—Ilun. ¿Es Ilun?

—*Shhh* —oyó nítidamente, de algún espíritu que rondaba el cementerio.

—*No digas.*

—*Oscuro.*

Llevaba años visitando aquel cementerio. Nunca había recibido tal respuesta. «Oscuro». Todos los espíritus estaban de acuerdo. Era él.

—Sé que esto es su culpa —trataba de hablar con firmeza—. Supe que algo estaba mal cuando no te pude escuchar, abu. ¿Qué hago? —preguntó con voz temblorosa—. ¿Cómo me deshago de él?

Volvió a barajar, intentando encontrar solución a aquella incógnita. Sacó un par de cartas y las dejó en el suelo frente a ella. El Juicio, el Diez de Oros, la Muerte.

—¿Qué?

Juicio: resurrección, retorno. Básicamente inmortalidad. Diez de Oros: linaje, herencia, sangre. Familia. La Muerte: fin.

—¿Es inmortal? —rio, nerviosa, viendo cada vez más imposible encontrarle solución al problema—. ¡¿Cómo se supone que soluciono yo eso?!

—No.

—Casi.

—Sangre de sangre.

—De su sangre.

—Debe derramarla.

—Sangre de sangre derrame la sangre.

—Dice que derrame su sangre.

—Sangre.

Algunos susurros desde el otro lado parecían ponerse de acuerdo. Se solapaban unos a otros, pronunciando básicamente el mismo mensaje.

«Sangre de su sangre es quien la tiene que derramar».

—Por eso la abuela no lo pudo matar… —reflexionó para sí—. ¡Por eso quiere el espelir! ¡Para serlo por completo!

Se quedó unos segundos en silencio, ordenando sus pensamientos. Su abuela no debería saberlo. Tal vez solo sus víctimas lo sabían. Era demasiado suponer.

—Y… ¡Un momento! —pidió silencio, las voces eran demasiadas como para distinguir sus palabras—. ¿Y cómo encuentro yo a sangre de su sangre?

—*Diario* —pronunció la voz de su abuelo.

—Ya sé que aquí hay de todo. Sé que está aquí la respuesta, pero no encuentro nada. No puedo. Me cuesta. No sé dónde buscar.

—*Diario* —volvió a decir.

Nada más. Ni voces, ni vela ni nada. «Diario». Como si no lo supiese.

Se tapó la cara con las manos, frustrada. Indignada. No sabía qué más hacer. A quién más acudir.

Entonces pasó. Primero fue un murmullo leve, que recorrió el borde de los cipreses. Un suspiro. Luego, el viento se alzó con más brío. Arrastró consigo hojas secas y polvo. Acarició la tierra y levantó sus aromas. Se volvió repentinamente mucho más frío, áspero, y se deslizó entre las lápidas con un aullido prolongado. Las flores de todas las tumbas cayeron al suelo. Las cintas que sujetaban los ramos comenzaron a ondear de manera frenética. Los árboles, alineados a lo largo del muro norte, se retorcieron bajo la ráfaga. Justo en el centro del camposanto, el sauce llorón crujía azotado por el viento. Mientras las ramas más altas se sacudían unas a otras con un chasquido seco, las raíces gemían bajo tanto movimiento.

El aire recorrió el cementerio, revolviéndolo todo. Y llegó a Dalia.

Antes de que pudiese reaccionar, la mitad de su baraja de tarot había salido disparada por los aires. Tomó el resto del mazo y lo metió en el bolso de cualquier manera, y persiguió las cartas que se habían ido volando. Aquellas botas eran preciosas, pero no el calzado más indicado para un esprint de doscientos metros. La corriente le hizo dar algún giro inesperado, y la guio hasta el sauce.

En el momento en el que pisó la tierra cercana a las raíces del árbol, el viento paró súbitamente, dejando caer sus cartas sobre la tierra.

Todas boca abajo, menos cinco.

La Estrella, el As de Espadas, el Sol, el Nueve de Copas y el Nueve de Oros.

—¿Qué quiere decir esto? —clamó en un volumen poco apropiado para el cementerio.

Se sentó, abatida. La oscuridad creciente sobre ella. Las nubes cerrándose cada vez más.

—Espera. —Apoyó las manos en el suelo, acercándose a las cartas.

Ahí lo vio. La Estrella, número 17. As de Espadas, número uno. El Sol, número 19. Nueve de Copas. Nueve de Oros.

—Es una fecha: 17-01-1999.

No le dio tiempo a alcanzar el diario. La tormenta interrumpió el momento. El cielo había decidido desgarrarse de golpe sobre el valle. Las primeras gotas se estrellaron contra las lápidas con un sonido rudo, furioso, multiplicándose en segundos hasta convertir la tierra del cementerio en un lodazal. El aire húmedo era tan denso que costaba respirarlo. Dalia aceleró sus movimientos. Guardó las cartas. La tempestad le hizo el favor de apagar la vela. Metió todo en su bolso de cualquier forma. Un relámpago partió el cielo en dos.

—Uno, dos, tre…

El trueno llegó tres segundos después, no como un estruendo único, sino como una sucesión de rugidos, que parecían brotar del subsuelo. Las tumbas temblaron. Los cristales de las farolas vibraron hasta estallar. El viento, salvaje, recorrió el camposanto como una fiera invisible. Las ramas de los cipreses goteaban y empezaban a resquebrajarse. El agua corría entre las losas, superando a los pies

de Dalia, que intentaba salir de allí. La tormenta arrastraba consigo pétalos marchitos, tierra, velas; todo.

Las nubes opacaban por completo al sol. Parecía que se hubiese hecho la noche. La oscuridad solo se interrumpía por la luz de los relámpagos. Siguió contando mientras trataba de ponerse a salvo.

—Uno, d…

Tenía la tormenta casi encima. No daba tiempo de despedirse ni de dar las gracias. Alguien no la quería allí; eso estaba claro.

Le tomó un par de intentos arrancar el coche. Los limpiaparabrisas estaban a punto de desencajarse. Cada vez que barrían el agua, el exterior reaparecía por una fracción de segundo. Luego, otra vez, el diluvio. La luna delantera era líquida; tras ella todo el mundo se desdibujaba. Encendió las luces. Las gotas caían con furia arrastrando líneas de luz que se deformaban bajo los faros. Dalia puso los dedos sobre el freno de mano, dispuesta a acelerar. Llovía demasiado. Encendió los cuatro intermitentes. No era capaz de ver nada. Los otros coches tampoco la verían.

Daba igual. Debía salir de ahí. Lo había enfadado. No debió haber pronunciado su nombre.

Quitó el freno de mano. Tomó el volante con fuerza en su mano izquierda. Pisó el embrague y puso primera. Rápidamente segunda. ¿Eran mejores las marchas largas cuando había lluvia? ¿O eso era solo con hielo en la carretera?

No había margen para pensar; solo instinto. Luces puestas, marchas largas, demasiada lluvia. Salió de la ciudad y cruzó uno de los puentes hacia el pueblo. Las ruedas resbalaron ligeramente al tomar la curva del paso elevado. Rotonda, segunda salida y hacia arriba. El motor gruñía con esfuerzo.

—Maldita colina.

Tanta lluvia provocaba una neblina horrenda. Dentro del coche, el aire olía a humedad. Había dejado de contar los segundos entre relámpago y trueno. No había separación. Ya estaba ahí. El coche temblaba con cada rugido del cielo. Los rayos eran cada vez más frecuentes. Uno detrás de otro. Tenía miedo. No podía dejar de conducir. Debía llegar a casa.

Fijó los ojos en la siguiente curva y pidió ayuda a quien quisiera escucharla. Los nudillos le dolían de la tensión en las manos. El ritmo frenético del limpiaparabrisas parecía el metrónomo de aquella horripilante banda sonora. Un poco más. El último giro.

17 de enero de 1999

Hace pocos días que Narciso nos presentó a Remei. Bueno, me la trajo a mí. Ella estaba muy asustada, muchísimo, y decía que quería advertirme. Yo ya sabía de qué me estaba hablando y quién estaba detrás de su huida. Ella culpa a su novio. Yo culpo al padre del novio.

La joven no venía a pedir ayuda, sino a advertirnos de que su pareja quería hacerse con algún tesoro de la familia. Debía haber visto algún mapa de dónde iban a atacar. Pensaba que era un ladrón. No podía parar de llorar. Tardó un rato largo en contarnos qué pasaba, el maltrato que sufría, el plan para el «robo»...

Enseguida oí el segundo latido en su vientre y supe que debíamos ayudarla. Narciso está de acuerdo en casarse con ella

para protezer su honor porque la zente de este pueblo suele ser muy prejuiciosa. Mañana Jacinto y yo la acompañaremos al Ayuntamiento, para ver si nos ayudan con el trámite del cambio de nombre. Lo principal es que su expareja no la pueda encontrar en ningún rezistro ni padrón. Toda precaución es poca.

Temo que aquel loco haya vuelto a las andadas. Hace casi cuatro años de su último ataque.

No me queda otra que protezer a mi familia, pero en casa solo me queda Gardenia, que no hace mazia. Narciso y Hortensia tampoco. Remei dice que conoce alzún que otro conjuro. No sé qué hacer. Tal vez tenza que volver a convocar una reunión de brujas en el bosque. Desde la noche de San Juan no nos reunimos para hacer mazia. Solo hacemos cosas cotidianas y yo voy por allí cuando buenamente puedo.

En fin, diario, no sé cómo vamos a traer a más bebés a esta familia, con este horroroso energúmeno por ahí, amenazándonos siempre que puede. Ya lo juró hace treinta años. Me perseguiría de por vida.

Espero poder poner solución a todo.

21
REMEIERA

Úrsula había llegado de madrugada, tras quedarse dormida sin querer encima de una montaña de ropa. La textura de la camisa de pana sobre la que había apoyado la cabeza se le había marcado en la mejilla derecha.

A Dalia le había costado dormir, y todavía más despertar. Desde que volvió a casa pasado el mediodía del sábado, la tormenta no había hecho más que empeorar. Tuvo que cenar sola tras conocer un secreto más de la familia. Loto no era Loto. Y luego llegó el momento de meterse entre las sábanas, frías, enfrentarse a la oscuridad de aquella noche doblemente oscura. Acompañada únicamente por el rumor incansable de la lluvia que se deslizaba por los cristales. El viento ululaba entre las rendijas de las ventanas, haciendo vibrar el marco y meciendo ligeramente las cortinas. El impulso de las gotas sobre el tejado formulaba un eco en el ático, que se extendía por toda la casa, pasando sus vibraciones a lo largo de paredes y vigas. Dalia, arrebujada bajo las mantas, escuchaba al cielo desgarrarse sobre el valle. En el interior de la casa, los relámpagos proyectaban sombras largas y deformes sobre las paredes durante sus destellos eléctricos. El sueño se le resistía. El aire tenía una densidad extraña.

Despertó sin sobresalto, pero con la certeza incómoda metida bajo la piel de que *algo* había pasado. Como si su conciencia hubiese abierto los ojos unos segundos antes que ella. Notó a alguien dentro de la cama y permaneció inmóvil frente a aquella sorpresa, antes de comprobar que era Úrsula, que había vuelto demasiado tarde. Supuso que había dormido poco y trató de no despertarla. Parpadeó despacio. La luz que entraba por la ventana tenía la misma calidez que un cuerpo esperando la autopsia. Sentía el peso de las mantas de una manera exagerada. Tal vez la gravedad estaba trabajando de más aquella mañana.

Se incorporó lentamente; más que con delicadeza, estaba cargada de la pesadez de un sueño mal llevado. *Algo* no estaba bien. Ese conocimiento mudo, anterior a las palabras, le hizo poner los pies sobre el suelo con extremo cuidado, como si el día pudiera rompérsele entre las manos.

Bajó, pero esa vez no a la cocina.

Los escalones crujieron bajo sus pies. Dalia se aferró a la barandilla con la intención de no hacer ruido, aunque cada movimiento parecía amplificarse en el silencio entre relámpago y relámpago. En la planta baja miró hacia fuera. El jardín brillaba como un estanque oscuro. Charcos conectados entre sí por diminutos riachuelos. Su mente se evadió por unos segundos, tratando de encontrar un último remanso de paz. Como si ya supiese que, a partir de ahí, solo habría caos.

Sobre la mesa del comedor vibró el móvil de Dalia. Un mensaje de Azucena.

¿Estás despierta?

Se fijó en la hora. Las 8.47 del segundo domingo de octubre. A esa hora los rayos de sol ya debían atravesar la cima de las montañas y colarse hasta lo más profundo del valle. Pero no. No había visto nunca un amanecer más oscuro que aquel. Volvió hacia el pasillo de la entrada e hizo una pausa frente a las escaleras, mirando en dirección a la primera planta. Sintió un vuelco en el estómago. No podía hacer más que rezar para que todo terminase. Por volver a sentir la calma de la mañana anterior. Volvió a mirar la pantalla. «Escribiendo».

Poco después, un segundo mensaje.

Ven.

Subió a por cualquier cosa que pudiera sacar del vestidor sin hacer demasiado ruido, se calzó y salió dirección a la parte alta del pueblo.

El trayecto hasta la casa de Loto se le hizo infinito. Los nervios, la falta de sueño y la incansable lluvia… Aquellas claramente no eran las condiciones ideales para ponerse tras el volante.

Botas granates, paraguas y a caminar.

Durante el paseo no pudo deshacerse del recuerdo del diario. Todas aquellas frases resonaban más fuerte que la tormenta. «Remei». «Dos latidos». «Padre del novio». «Proteger el honor». «Perseguir de por vida». El viento impedía que el paraguas se mantuviese abierto, y forzaba las varillas en el sentido contrario al que debía ser plegado. Dalia decidió cerrarlo y continuar únicamente con la capucha.

Su respiración formaba pequeñas nubes de vaho, que se deshacían enseguida bajo el aliento frío del temporal. Cada paso se le hacía más pesado. La lluvia parecía quererla frenar.

Al llegar a casa de Loto, Azucena le abrió casi al instante, con unos ojos que delataban haber pasado toda la noche en vela.

—He tenido otro sueño —dijo antes de cerrar la puerta tras dejar entrar a su prima.

—¿Qué? Pensaba que ya lo habíamos solucionado.

—Yo también, pero no. —Azucena se aclaró la garganta antes de continuar—. Era el lago, y el pájaro…

—¿Ilun con la abuela de joven, otra vez?

—No. Tú. Tú con él.

El escalofrío que recorrió el cuerpo de Dalia desde los talones hasta la coronilla le impidió ofrecer respuesta. Dejó las botas húmedas en el recibidor, junto con el paraguas. Se quitó el abrigo y se sentó en el sofá, cerca de la chimenea, estirando las manos hacia el fuego. Azucena se sentó a su lado.

—Gracias por venir.

—Ya lo tenía pensado. Todo esto… Son demasiadas cosas.

—¿A qué te refieres? —La pregunta le salió más rápida de lo que pretendía, y los dedos se le tensaron alrededor de la manga, necesitando aferrarse a algo mientras evitaba sostenerle la mirada a su prima.

«¿Sabe lo que pasó el viernes?».

—Tranquila, ahora lo hablaremos. Empecemos por lo primero.

Aquella respuesta no tranquilizó demasiado a Azucena.

—Cierto. El sueño. No era para tanto. —Negó con la cabeza—. Quiero decir, tú con Ilun, pero no pasaba nada. Era prácticamente una imagen de vosotros.

—El resto de los sueños eran cosas que habían pasado… —razonó Dalia.

—¿Quieres decir que por eso los podíamos «vivir»?

—No sé. Pero yo nunca he estado en el lago, y mucho menos con Ilun.

—¿Será una advertencia de la abuela?

—O, tal vez, una solución.

Se oyeron unos pasos en el piso de arriba. Tal vez, el ruido de la puerta de la entrada o el olor de la chimenea habían despertado a alguien. Aguardaron calladas. No querían recibir una reprimenda de Narciso por despertarlo un domingo antes de las diez de la mañana.

Pero no era él.

Loto bajó por las escaleras con un andar lento, casi arrastrado. Llevaba una bata gruesa y ceñida al cuerpo. Azucena se incorporó del sofá al verla. Su madre se detuvo frente a ellas. Fuera, la tormenta golpeaba contra los ventanales como si quisiera entrar también en el comedor. A Dalia se le hacía familiar. De verdad parecía que alguien hiciese «toc toc» contra los cristales de vez en cuando. Un estallido de luz iluminó la estancia por unos segundos y oscureció todavía más el ambiente cuando se apagó. Luego, el trueno.

—Buenos días, chicas —dijo Loto, incrédula, apartando la cortina con la mano para confirmar que el sol no había salido—. ¿Os hago café?

Las jóvenes la siguieron hacia la cocina.

—¿Qué era lo que me querías decir? —preguntó Azucena, intrigada sobre el otro motivo de la visita de su prima, expectante por si mencionaba a cierto joven de ojos pardos.

—Ayer volví al cementerio, con el diario de la abuela. Había demasiadas páginas. Yo sola no lograba encontrar las entradas importantes. Después de un rato largo conseguí que los espíritus de allí me diesen una fecha. —Giró su mirada hacia Loto—. 17 de enero de 1999.

El tronco de la chimenea chisporroteó en el breve silencio que siguió a la intervención de Dalia. «Menos mal», pensó Azucena.

—Esa fecha… —murmuró Loto, palideciendo un instante—. No puede ser.

El sonido de la lluvia se hizo todavía más intenso. Como si, de alguna manera, el cielo quisiera borrar las palabras que estaban a punto de decirse. Azucena observó la escena en silencio, percibiendo cómo un temblor se apoderaba de las manos de su madre.

—La he leído. He leído la entrada del diario, pero me falta información —dijo Dalia con tono agitado—. Me encantaría que me contases qué pasó aquel enero.

Azucena miró fijamente a su madre, sin la más remota idea de a qué se refería su prima.

—¿Diario? —preguntó Loto, queriendo desviar la atención lo suficiente como para no tratar aquel tema delante de su hija.

—Sí, ha dicho «diario», mamá —dijo ella con tono intrigado y severo a partes iguales.

Azucena conocía de sobra cómo cambiaba la melodía de aquella voz cuando trataba de ocultar información. Miró a Dalia a los ojos, e hizo un gesto con la vista en dirección a su madre. Un «sí sabe lo que le estás preguntando» no verbal.

—Loto —Dalia insistió—, ¿qué pasó aquel enero?

Ella no respondió enseguida. Aceptó la situación, que debía explicar aquello de una manera u otra, pero necesitaba encontrar la forma correcta. Caminó hasta la ventana, apartó ligeramente la cortina y miró hacia fuera. La tormenta ennegrecía las calles, y la colina se perdía bajo una cortina espesa de agua. Era imposible ver la luz del día.

Un trueno resonó sobre el valle.

—Cuatro días antes de que Adelfa escribiese aquella página fue cuando hui.

La mirada de Dalia en ese momento estaba puesta sobre Azucena, que, por su expresión extrañada, no sabía absolutamente nada de lo ocurrido aquel principio de año.

—Quedaban pocos días para la luna nueva. Lo recuerdo como si fuese ayer. Hui de una persona muy muy mala, y Narciso me encontró.

Su hija sintió un escalofrío recorrerle los brazos.

—En aquel entonces yo estaba con un muchacho seis años mayor que yo: Oihan. Al principio todo era fantástico. Casi como un cuento de hadas.

Dalia sabía exactamente cuál iba a ser el final de dicho cuento. Azucena no era consciente de que acababa de escuchar, por primera vez, el nombre de su padre.

—Yo no terminaba de entender cómo funcionaba eso de ser pareja de alguien. Me había criado únicamente con mi madre y, bueno… —dudó por unos momentos—. Digamos que no me di cuenta del daño que me hacía hasta que fue demasiado tarde.

Las sílabas se le quedaban encalladas en la parte trasera del paladar. Le costaba formular frases sin notar cómo el nudo en su garganta se apretaba un poco más.

—Vivíamos en un pueblo pequeño —continuó— de casas de piedra y calles sinuosas, rodeado de ríos y fuentes naturales al otro lado de las montañas y el bosque. Trabajaba en un hostal antiguo frente al río, y Oihan vendía leña —se aclaró la garganta—, o eso pensaba yo.

La piel de Dalia se erizaba. Cada centímetro de su ser podía sentir el dolor de Loto.

—En fin, él tenía planes de llevarse reliquias de varias familias, y quería que yo le ayudase, supongo que para venderlas luego. —Miró

a Azucena a los ojos—. Pero yo no soy una ladrona. Sumado a la desesperación, las malas palabras, los golpes, los gritos…

Entre sollozos terminó de narrar su huida.

Cómo corrió sin mirar atrás cuando notó la respiración de Oihan ralentizarse con el sueño. La noche se había tragado el último rincón del pueblo y las luces, dispersas entre la niebla, se apagaban una a una bajo el aguacero. El viento la empujaba por la espalda como una fuerza viva que quisiera darle aliento. Llevaba el abrigo desabrochado, el cabello pegado al rostro y un temblor constante en el vientre.

La carretera de tierra que unía el pueblo con el bosque se extendía frente a ella como una lengua de barro. Resbaló varias veces, manchándose las rodillas y rasgándose las palmas con la grava. Siguió adelante. No podía detenerse. No sabía si ya la estaría buscando.

Detrás, el eco de un motor le atravesó los oídos. No sabía si venía a por ella o sería alguien haciendo un trayecto bien entrada la noche, pero los faros se acercaban.

Un rayo desgarró el cielo y durante un segundo vio el bosque alzarse ante ella, oscuro y denso, como una muralla. Se dejó abrazar por él sin pensarlo. Las ramas se cerraron a su alrededor, atrapando el sonido de la lluvia. Dentro de él, el aire olía a tierra mojada y savia. Era espeso, casi dulce.

Se detuvo, jadeando, con las manos aferradas al vientre. El viento le atravesaba la ropa empapada y el frío le acuchillaba la piel, haciéndole temblar los huesos y agarrotándole las articulaciones en una postura forzada. El miedo que sentía tal vez era más paralizante que el propio clima.

«Con las manos aferradas al vientre», pensó Dalia. Recordó la página del diario. «Sangre de su sangre». Analizó mentalmente el

resto de las entradas que había leído hasta el momento. Octubre del 69. «Juró que sus nietos perseguirían a los míos». ¿Era eso lo que la había enfrentado a Azucena durante tanto tiempo? Alzó la vista hacia Loto, que aún necesitaba creer que el padre biológico de su hija no había sido más que un ladrón cualquiera. Luego miró a Azucena, que parecía no haber captado bien aquella parte del relato. Se reconoció en su abuela y en su empeño por ocultar verdades para no causar daño. ¿Necesitaba Loto saber que Oihan era hijo de Ilun y que, además, pretendía ayudarle con sus planes? ¿Debía decirle a su prima —ya lo bastante alienada en aquella familia— que no solo tenía otro padre, sino que además era un monstruo hijo de otro monstruo? No. No cambiaría nada. No serviría de nada. Al menos no en aquel momento.

Loto contó, mirando a las jóvenes, cómo sintió entonces algo que no había sentido nunca: una llamada. No un sonido claro, tampoco una voz articulando palabras. Un murmullo entre las hojas. Un soplo invisible que le dirigía los pies acariciándole los tobillos. Los rayos de la luna menguante se colaban entre las ramas, iluminando el camino. La hojarasca crujía bajo sus pasos rápidos al mismo tiempo que parecía abrirle, suavemente, un camino delante de ella. Incluso la poca niebla que se había formado, otras veces más caprichosa y descontrolada, se desvanecía conforme avanzaba, veloz. El bosque la guio.

—No sabía adónde iba —les confesó Loto con la voz baja y sílabas pausadas por la emoción del recuerdo—. Solo sabía que no podía parar.

Mientras hablaba, las manos se le cerraron inconscientemente sobre el regazo. Dalia la observaba en silencio, con atención absoluta. Sentía la historia desplegarse frente a ella como un tapiz de hilos invisibles que empezaban, por fin, a formar un dibujo más

nítido. No paraba de pensar: sangre de su sangre. Explicó a las jóvenes cómo siguió el rumor del agua hasta un claro del bosque. Cada uno de sus pasos la alejaba de Oihan, y de la vida que esa misma noche pasó a formar parte de su pasado. Sentía que podía estar cerca, que podía encontrarla, y que su rabia y ansia de posesión no entendían de límites.

—Aquel pensamiento me atravesó como un puñal. Él era capaz de cualquier cosa —dijo, acariciando con el pulgar de una mano su vientre de manera disimulada, movida por la memoria.

El frío le había tornado los labios morados y las mejillas de un rojo oscuro. Azucena, sentada frente a ella, parecía no haberse enterado del *pequeñísimo* detalle de que su madre estaba embarazada de ella en aquel momento. En su rostro se mezclaban la curiosidad y una incomodidad extraña, como si algo en lo que estaba oyendo aún no hubiera terminado de encajar. Quizá una parte de su ser ya comprendía lo que relataba Loto, y también que el discurso rozaba una verdad áspera para la que todavía no estaba preparada. Dalia lo percibió, pero sabía que no le correspondía revelar aquello a su prima, y guardó silencio.

—Allí, cuando no podía más, cuando mis piernas estaban demasiado cansadas de correr y caí al suelo, me encontró Narciso —concluyó Loto.

Dalia la miró con gesto intrigado, esperando que se sincerase sobre aquellas partes de la historia que no había desvelado todavía a su hija. No quería interrumpir, pero esperaba explicaciones. Ella comprendió rápidamente a su sobrina. Agachó levemente la cabeza antes de continuar.

—Me encontró y me presenté, con la poca voz que me quedaba, por mi nombre. —Una vez más las palabras se le atragantaban—: Remei.

—¿R-Remei? —balbuceó la chica.

—Lo de cambiarle el nombre fue idea de la abuela —respondió Dalia, al ver que su tía no tenía fuerzas para dar más explicaciones.

Azucena levantó el dedo índice de la mano derecha, reclamando pausar aquella conversación unos segundos. Masticando todo. Intentando procesarlo. ¿Cuál era la necesidad de mantener toda esa información en secreto durante tantos años? Dalia abandonó la poca voluntad que tenía de recalcar, por si no lo había entendido, que Narciso no era su padre. No había necesidad de punzar más.

—Fue casualidad que se encontrase conmigo —intervino Narciso, anudándose la bata bajo el marco de la puerta—. Tras llevarla a la cabaña me enteré de que nuestra familia iba a ser una de las víctimas de robo a manos del tal Oihan.

Entró a la cocina y le puso la mano en el hombro a su esposa, ofreciéndole así el primer gesto tierno en casi un mes. Loto levantó la cabeza e intercambiaron miradas. Tal vez no se decían lo suficiente lo afortunados que se sentían de haberse encontrado. Aunque el contexto no fuese el soñado. Pese a que el inicio fue demasiado abrupto. Azucena había desconectado por completo de aquella conversación. Abrumada, había decidido concentrarse en un azulejo de la pared.

—Y, bueno, al final encajó a la perfección en la familia —añadió—. No podría haber deseado una esposa mejor.

El primogénito de la señora Adelfa acarició la cabeza de su mujer. Tenía un aura diferente. Otra energía.

Dalia solo necesitaba una confirmación sobre lo que había leído. Su mirada inquisidora se relajó. Apretó los labios con suavidad. Luego, sin darse cuenta, empezó a morderse el interior de las mejillas con la mirada perdida.

—¿Alguien quiere una taza de café? —preguntó Narciso, de camino a la cocina, chasqueando los dedos delante de Azucena para despertarla de su letargo.

—Yo, con miel —respondió.

—Yo, manzanilla con canela, por favor —dijo Loto.

Dalia no dijo nada. Ni siquiera había escuchado la pregunta de su tío. Seguía perdida en sí misma.

22
ÚLTIMAS PÁGINAS

La noche. La niebla. El bosque. La huida. Un bebé en camino. Otro nombre más: Oihan.

Vueltas.

Oihan.

Más vueltas.

Iba a robar a varias familias; entre ellas, la familia Nerón.

Había algo ahí que se le escapaba.

—Tío Narciso, ¿somos una familia de dinero?

Lo tenía justo debajo de la nariz. Podía notarlo. Narciso tardó unos segundos en ofrecer respuesta.

—No sé a qué te refieres con «dinero» —replicó con sequedad, ya sentado en el sillón, café en mano.

Dalia había estado absorta en sus pensamientos casi un cuarto de hora.

—Dinero. Joyas. Yo qué sé.

Narciso exhaló con brusquedad, como si le molestara dedicar energía a responder la pregunta.

—A ver… —Trató de buscar las palabras correctas—. Siempre hemos vivido un poco mejor que la familia promedio de este valle. El abuelo Jacinto era abogado, y la abuela Adelfa se dedicaba a la

magia casi a tiempo completo. Ella no cobraba como tal; no quería poner precios porque la gente le daba muy buenas propinas.

—Vale, pero *dinero dinero*.

—No. Más allá del par de casas, no demasiado.

Prácticamente imposible que una familia nada ostentosa llamase la atención de un ladrón al otro lado de las montañas. A no ser que no fuese un ladrón, sino otra cosa.

Eso era. Sangre de su sangre. Perseguirnos de por vida. Clic. Bingo. Eureka.

—Me tengo que ir —dijo Dalia, apresurada, mirando la hora de su teléfono.

—¿Ha pasado algo? —Azucena siguió a su prima con la mirada cuando se levantó como un resorte del sofá.

—Que seguro que la abuela lo vio venir. Y seguro que escribiría sobre ello. Se me escapa algo. Tía Loto, enciéndeme una vela —siguió buscando sus cosas—. O dos. Me va a hacer falta.

Se puso su abrigo, todavía húmedo, y las botas, algo menos empapadas que al llegar. «Azucena es sangre de su sangre». Todos la miraban con extrañeza mientras se ataba los cordones. El espíritu del misterio se había apoderado de ella. Necesitaba asegurarse antes de compartir conclusiones con nadie. Debía volver a leer el diario. Se lo había dejado en casa. Le faltó calle para correr.

Justo la luz cegadora del rayo. Contó.

«Uno, d…».

Y el rugido del trueno.

Dalia bajaba por la cuesta principal del pueblo sin aliento. Sus botas chapoteaban contra el torrente que descendía por las aceras. «Sangre de su sangre…, pero enviarla a matar a Ilun era prácticamente enviarla a morir». Las farolas parpadeaban entre la

niebla y apenas se distinguían las fachadas del otro lado de la calle. Ni los portones. Ni los jardines.

Otro resplandor.

«Un…».

El clamor del cielo hizo temblar las aceras.

El viento la golpeaba de frente, intentándole arrancar el paraguas de las manos. El ojo de la tormenta se posaba sobre Dalia.

«Ella no sabe de magia. Debe de haber otra manera».

Debía comprobarlo. «Rápido».

Otra vez.

Luz. Rugido.

No dio tiempo a contar. Estaba bajo la mirada de la bestia.

Las sombras de los árboles parecían doblarse hacia ella y las ideas se le agolpaban en la cabeza. Otra tormenta se desataba en su interior. Dalia apretó el paso y dobló por la calle del vivero. Las suelas le resbalaban en las zancadas más amplias. Su respiración formaba vapor; el aire olía a hierro y tierra mojada. Por la frente y el cuello le corría el agua. Intentaba, con todas sus fuerzas, encontrar el punto entre la velocidad y el equilibrio. No podía caerse.

Al llegar al final de la cuesta, el vendaval se calmó por un instante. Un silencio breve. Se refugió bajo unos balcones tratando de evitar seguir sumergida en las cataratas de agua que bañaban el valle, y ralentizó el paso ya a cubierto. Podía vislumbrar el coche de Rabel pese a la lluvia torrencial.

Entonces lo vio, a poco más de medio metro de la puerta de su casa.

Aquella ave. Negra. De vuelo estático, casi irreal. Suspendida entre el caos de la tormenta, firme. Toda su furia había impregnado los cielos. Ilun.

Batió las alas con fuerza y despegó en dirección a Dalia, rozándole la cabeza con las garras y despeinándola. Emitió un alarido antes de perderse entre las nubes, un sonido que no era del todo animal. Intentó no asustarse y buscó las llaves en el caos de sus bolsillos. Encontró primero su móvil, que vibraba. Tres llamadas perdidas de Hortensia.

—Por Dios, ahora no —dijo, frustrada, tocando con furia el botón rojo en la pantalla.

Introdujo la llave en el cerrojo. Luego giró la del pestillo. Menos mal que Úrsula había dejado la cadena sin pasar al despertar y bajar a hacerse el café. Entró corriendo y subió las escaleras hasta el ático. Diario.

Hojeó las últimas páginas.

—¿Cómo no lo he podido ver antes? —Su voz estaba teñida de rabia—. Es que soy tonta. Tonta.

No podía parar de dedicarse malas palabras. Se sentía estúpida. Inútil. ¿Qué detective intenta recomponer la historia de una muerte remontándose décadas atrás, y no se detiene a revisar qué pasó durante los días previos a esta? Vio las últimas páginas del diario, sí, pero no las analizó. No prestó atención. No supuso que debía consultarlas. Los nervios, la tensión, el exceso de información por revisar… Pensó que simplemente eran páginas vacías de un cuaderno que nunca se terminaría de llenar. Todo ello la había llevado a pasar por alto un detalle esencial: comprobar si había escrito algo en sus últimos días. No tenía sentido que, si la habían perseguido hasta el fin de su vida, no hubiera dejado constancia alguna. Entrecerró los ojos y distinguió pequeñas dobleces y hendiduras en aquellas supuestas páginas en blanco; las mismas que causaría la tinta al posarse sobre el papel. A simple vista no

mostraban ningún texto, cierto, pero ¿cómo iban a mostrar ningún párrafo si la tinta empleada era incolora?

—Dalia, ¿todo bien? —preguntó Úrsula, levantando la voz desde la planta baja.

No la escuchaba. Le era imposible. Estaba hundida en sus pensamientos. Prácticamente ahogada. Buscó rápidamente las cerillas y encendió una vela de té tras aislar una página del resto del diario con los dedos. Deslizó la llama por la parte posterior del papel y el calor fue revelando, lentamente, todo el texto de aquella entrada de diario en tonalidades tostadas.

Empezó a leer en voz alta. No había otra manera de concentrarse.

—10 de septiembre de 2023. —Tragó saliva—. Un día antes de morir —dijo en voz baja, para sí.

Leyó en diagonal sin dejar de mover la llama, por si se le había escapado alguna palabra, buscando aquello relevante. No había tiempo que perder.

—Las nubes siguen creciendo y el ojo de la tormenta se ha posado sobre este bosque. —Saltó de párrafo—. En el paseo de esta mañana había más ojos que los de la fauna que aquí habita. Creo que he entendido lo de la sangre, pero ya es tarde para avisar a Azucena o Dalia.

Más ojos. El ojo de la tormenta. La bestia oscura. Sangre. ¿Sangre? ¿*Dalia* sangre de su sangre? Decidió seguir leyendo.

Pasó a la página anterior, también vacía. Aisló la página, deslizó la vela. Magia.

—9 de septiembre de 2023. —Su mirada buscó automáticamente más pistas—. El bosque me sigue dando la misma respuesta: él ha estado aquí. Las piedras lo recuerdan. Hace poco dio con la cabaña. El bosque no pudo distraerle. —Los ojos se le fueron directos a la frase a pie de página—. Es solo cuestión de tiempo que pueda volver

a encontrar el lago. Creo que espera que vaya yo en busca del espelir, pero ya no tengo fuerzas para enfrentarme a Ilun.

Un nudo en la garganta le dificultaba vocalizar. También respirar. Aun así, siguió. Página anterior, vacía. Vela. Texto.

—8 de septiembre de 2023. No cabe duda de que Ilun me ha encontrado. Juraría que sabe dónde estoy. —Sus ojos leían a tanta velocidad que le costaba procesar las palabras—. Mis guardas energéticas no funcionan y tengo un horrible olor pegado. Sus hechizos han llegado a mí antes que mis maldiciones a él. He pasado todo el verano notando cómo su energía se acerca. Conforme se apaga el sol, yo también me he ido consumiendo. Temo que su intención no sea solo apagarme a mí, sino sumir en la penumbra a todo el valle.

Pasó a la página en blanco anterior. Vela. Texto.

—7 de septiembre de 2023. —Saltó los tres primeros párrafos—. Ayer conseguí las llaves de casa de Hilari, por fin, y hoy se las voy a dar a mi sobrino. Hace meses que compré la casa. Es su regalo de cumpleaños de todo el aquelarre. Él no lo sabe aún, pero lo enviamos al pueblo por un simple motivo: alguien tiene que cuidar a Dalia. Ella cuidará también de él, seguro. A ninguno de los dos les agrada depender de nadie, aunque terminarán necesitándose. Esto no formaba parte del plan inicial; enviarlo al pueblo respondía únicamente a la sensación de que el bosque parecía quedársele pequeño, y la soledad que le rodeaba ya se hacía notar. En aquel momento todas compartimos la misma opinión, que el cambio de ambientes le sentaría fenomenal. Sin embargo, las nuevas circunstancias vuelven aún más urgente que le entregue las llaves. No quiero inquietar al muchacho con explicaciones, pero el tiempo se me acaba. Lo presiento. He intentado consultar en sueños cómo deshacerme de Ilun, pero solo se me aparecen abuela Begonia y

abuelo Bruc con mi hermana, Aztavara, diciendo algo de la sangre. Dudo que ese ser despreciable tenga algo más que alquitrán en sus venas.

¿Había leído demasiado rápido?

—¿Qué? —repitió en voz alta—. Llaves. Sobrino. Cuidar de Dalia.

¿La abuela y su aquelarre habían sido las encargadas de enviarle aquel vecino? ¿*Sobrino* Rabel? ¿Sobrino de qué? ¿En previsión de su muerte va y le envía a Rabel?

Seguía perpleja ante su enorme estupidez. Habría podido resolverlo todo hacía semanas si simplemente hubiese pensado en desencriptar aquellas últimas páginas.

Recapituló por unos instantes. Una vez más las prisas. ¿Azucena y Dalia *sangre de su sangre*? Recordó la entrada en la que hablaba de Aritz, de días posteriores a su nacimiento. Volvió a buscarla. 20 de marzo de 2002. «La persona contra la que dirigiría su sed de venganza compartía su misma sangre». «Ilun, con sus hijos, se aseguró de vincularse a esta familia por siempre».

Hijos. Plural.

El trueno la sacó de golpe de su lectura. El ventanuco del ático tembló. El aire se estremeció con ella.

Cerró el diario de un golpe y lo apretó contra el pecho.

Las piezas encajaban con una precisión que punzaba a Dalia entre las costillas. Justo en el corazón. No tenía claro si responsabilizar a sus prisas, a su mente excesivamente saturada o a su abuela, que había ocultado demasiados secretos con la intención de salvaguardar a la familia. Todo aquello que había barrido bajo la alfombra había encontrado la manera de regresar para herirlos.

—Rabel… —susurró, con la voz quebrada por la certeza.

Úrsula asomó la cabeza por las escaleras del ático cuando ella terminó de ordenar sus ideas.

—¿Dónde vas? —preguntó la joven, pegando el cuerpo a la pared para ceder el paso a Dalia.

—A buscar a Rabel.

—¿Qué? ¿Rabel? ¿Ahora? ¡Está cayendo el diluvio universal!

—Pues eso. Justo por eso.

—Dalia, ¡por Dios! —Dudó—. ¡Por… el universo!

—Por eso no para de llover desde que mató a mi abuela. —Levantó la voz conforme bajaba las escaleras para que Úrsula no la dejase de oír—. Ilun no quiere que lo descubra. Se ha posado sobre el valle y cada vez se acerca más a su objetivo.

Úrsula apretó los labios tratando de que no se le escapase ninguna frase poco pensada. Fuera, la lluvia recibió a Dalia como una pared de agua helada. Resguardó el diario bajo su brazo. No había tiempo para más explicaciones. El bosque estaba en peligro y, con él, todo lo que su abuela había intentado proteger.

23
DESTINO

El cielo no tenía fondo. Era una masa de nubes negras entrelazadas con relámpagos. Las canaletas estaban desbordadas, igual que las alcantarillas. Todo era caos. El viento arrancaba ramas, zarandeaba señales y rompía cables. Muchas zonas se empezaban a quedar sin corriente. Todavía no era hora de que se encendiesen las farolas, pero los semáforos ya estaban apagados y había negocios a oscuras.

Dalia corrió hacia la casa vecina y se refugió bajo el balcón de la habitación principal, sobre la puerta de entrada. Hundió el botón del timbre en la pared. Golpeó la puerta. Podía sentir las agujas en su reloj de muñeca atravesándole la piel, moviéndose cada vez más rápido. Cronometraban cada movimiento y esperaban lo inevitable.

Él abrió enseguida. Llevaba toda la mañana esperando *algo*, pero hasta ese momento no sabía el qué.

—¡Rabel!

—Dalia. —Se sorprendió de que el saludo no viniese acompañado de algún insulto—. ¿Qué haces aquí? —No podía separar la mirada de ella.

—Adelfa. Tú la conoces. La cabaña. El bosque. Tienes que saber algo.

—¿Adelf…? Dalia, ¿qué dices?

Ella entró a la casa sin pedir permiso, abriéndose paso frente a Rabel de un empujón. Los relámpagos iluminaban todo el interior intermitentemente.

—Sí, Adelfa. Quien te ha dado esta casa. Una señora más o menos de mi altura, pelo blanco, setenta años, *bruja*.

—¿Adelfa? No me s… —Pensó—. ¿Baladre?

Dalia gesticuló con extrañeza una milésima de segundo.

—Llámala como te dé la gana. ¿De qué la conoces?

—¿Qué te pasa? ¡Cuánta urgencia, Dalia!

—Sí. Sí. Es importante. ¿De qué conoces a Adelfa?

—Ella y el resto de mis tías son brujas. Todo el aquelarre me ha cuidado desde siempre. Supongo que se lo debían a mi madre.

Le habría encantado interrogar al joven un poco más, y así saber cómo había sido posible que Adelfa y su aquelarre llevasen una doble vida para criarlo a él. Le parecía increíble. Pero eso debería esperar.

Dalia siguió caminando por la planta baja de la casa, y señaló una de las pinturas colgadas en la pared.

—Esto. ¿Sabes dónde es?

—Lo he pintado yo. Es la riera de L'Afrau. Pasaba por detrás del molino. Por ahí estaba la Font dels Enamorats. Poco después se juntaba con el Torrent dels Morts.

—¿Y qué haces aquí?

—Mis tías me regalaron la casa.

—No, no. ¿*Por qué* esta casa?

Rabel se quedó pensativo. En perspectiva, había sido un regalo de cumpleaños algo extraño. Casi precipitado.

—He leído en el diario de mi abuela que te dieron esta casa para que cuidases de mí, y al revés.

—Vaya —rio—, creo que ninguno de los dos ha cumplido con sus expectativas.

—Que esto no es una broma pesada, de verdad. Su última voluntad era esta, que nos ayudásemos.

—¿Últim…, última voluntad?

—Rabel, mi abuela murió el 11 del mes pasado.

—¿Qué? Yo… —Rabel rompió a llorar desconsoladamente al escuchar la noticia, intentando acallar los sollozos con alguna respiración profunda entrecortada.

Simplemente pensaba que se habría tomado unas vacaciones, o que estaba demasiado ocupada como para escribirle.

Dalia lo miró sorprendida. No supo cómo reaccionar, y al principio trató de contener una carcajada presionando los labios. ¿Cómo había pasado todo ese tiempo sin saber nada de su *tía*? Tras unos segundos entendió aquello de otro modo. De repente se le formó un nudo de espinas alrededor de la garganta. Era cierto. Adelfa había muerto y él se acababa de enterar, y no de la mejor manera. Verdaderamente la quería. Dalia sintió, tal vez por primera vez, empatía por aquel joven. Quiso alargar la mano y posarla sobre su hombro, pero no lo hizo.

Siguió caminando por la casa y haciendo preguntas mientras Rabel continuaba procesando lo escuchado hacía tan solo un instante. De alguna manera debían adivinar cómo ayudarse. Inspeccionó el resto de las pinturas; también los discos y libros, las ramitas secas, las figuritas… Había un paisaje en concreto que llamó su atención. Una pintura que había quedado relegada a decorar una esquina. El contraste de la composición, sumada a la poca luz de aquella zona de la casa, le dificultaba distinguir el paisaje a más de un metro de distancia.

Rabel seguía sin poder articular palabra, secándose las lágrimas con la palma de la mano. Dalia se acercó a la esquina.

A diferencia del resto de los paisajes, ese no terminaba de tener las formas definidas. Los trazos eran más sueltos y los elementos quedaban algo desdibujados. Era una escena que parecía sacada de la memoria, pintada intentando plasmar un sueño de aquellos que uno no logra recordar del todo al despertar.

El lienzo estaba cubierto por un velo de sombras: una arboleda densa, casi impenetrable, formulada con pinceladas largas y difusas, en tonos tan oscuros que el negro más profundo se confundía con el verde marchito. Los árboles parecían moverse si se mantenía la mirada sobre ellos demasiado tiempo. Las ramas, retorcidas, semejaban brazos que intentaban alcanzar algo fuera del marco.

En el centro, una hoguera brillante lanzaba espirales de chispas doradas hacia el cielo. Sus llamas estaban esbozadas con golpes de color anaranjado, y parecían imitar con sus saturaciones el parpadeo de la luz del fuego. Aquella luz, la única en todo el cuadro, se perdía enseguida en la negrura que la rodeaba. Como si el bosque, hambriento, la devorase.

Dalia se inclinó un poco más. Su nariz se separaba poco más de un palmo de aquella obra de arte.

Alrededor de la hoguera se distinguían pequeños detalles, insinuados por la luz temblorosa que emitía. Una única silueta sentada en el suelo. Un objeto brillante sobre la tierra. Detrás del fuego, en la parte superior del cuadro, una mancha oscura y casi imperceptible, formada por líneas curvas que recordaban a alas extendidas. Focalizó su mirada en aquellos trazos. Definitivamente, un ave.

—¿Este cuadro también lo has pintado tú?

—Sí —ya había dejado de llorar, pero seguía con los ojos enrojecidos—, todos los cuadros son míos.

—¿Dónde es esto?

—No lo sé. Lo he soñado.

Miró la fecha bajo la firma en la esquina inferior derecha de la pintura: 29 de septiembre de 2023. Hacía poco más de una semana, en la luna llena.

—Yo también he soñado con ello. ¿Mi abuela no te contó nada?

—¿Nada de qué?

—De tu madre. Esa silueta que está sentada es tu madre.

—¿Cómo? Adelfa me dijo que murió en el parto.

—No, murió tras él —dijo, fijándose todavía en la silueta encriptada del ave.

Dalia señaló la figura sentada al lado del fuego con el dedo índice.

—Aura —pronunció segundos después—, se llamaba Aura. Eso decía el diario.

Rabel miró atentamente su propia obra. Intentaba focalizarse en la urgencia de la situación, que no terminaba de entender, dejando para después el procesamiento de toda aquella información. Le entraron náuseas al escuchar el nombre de su madre, una reacción visceral de algo que no era capaz de verbalizar.

Entrecerró los ojos para afinar la mirada. No recordaba haber pintado un pájaro. Los trazos intuitivos del pincel habían terminado formando aquel ser oscuro. El plumaje era una sombra dentro de otra sombra. Los ojos —si eran ojos— parecían arder llenos de furia, con un fuego diferente al de la hoguera.

—Dios mío… —murmuró Dalia sin darse cuenta—. Es él.

Rabel levantó la cabeza y se acercó también al cuadro. La pintura parecía respirar. Desde que soñó con aquella escena inmóvil, había ido perdiendo más y más la memoria sobre el recuerdo onírico. Casi

no recordaba qué lo llevó a pintarla. Miró confuso a Dalia, suplicando algún tipo de explicación.

—Él. Ilun. Es quien mató a tu madre. También a mi abuelo, a mi tío Eléboro, tal vez a mi padre, que resulta que es su hijo. —Los pensamientos se le amontonaban y le costaba ordenarlos antes de que le saliesen por la boca—. Puede ser que esté trabajando con su otro hijo, Oihan, que en realidad es el padre de mi prima. Creemos que intentaron matar a mi madre. No sé en qué creer. Esto es como un culebrón de los malos.

—¿Qué? ¿Y el marido de Loto? ¿Cómo se llamaba? —Adentrarse en el misterio le distraía del dolor de la pérdida—. Un momento, ¿y por qué haría eso?

Dalia no dio respuesta a las preguntas de Rabel.

—¿Azucena sabe lo de su padre? —volvió a preguntar, con la voz más firme y la mandíbula tensa. Le parecía lo más importante del misterio.

—No… Todavía. Su madre intentó contárselo, pero toda la historia era demasiada información para ella en este momento. Creo que necesita algo más de tiempo.

Por un momento, Dalia creyó oír pasos en el exterior de la casa. El siguiente relámpago proyectó varias siluetas completamente distintas a las suyas en las paredes.

—Debes ayudarme. Mi abuela había pasado su vida protegiendo un amuleto que Ilun ha tratado de conseguir con todas sus fuerzas, y la manera de provocar que Adelfa lo sacase de su escondite era matando gente…

—¿Por qué alguien haría eso?

—Porque el amuleto es capaz de devolver la vida. Adelfa lo llamaba espelir. —Se apretó el puente de la nariz entre el dedo

índice y el pulgar; las cejas se le fruncían inconscientemente—. He tardado demasiado tiempo en verlo.

—No entiendo nada. ¿Qué? ¿Ver el qué?

—Ilun lleva décadas atormentándola para que se sienta obligada a usarlo, pero decidió sacrificarse y sufrir la pérdida de quienes más quería. Todo para que él no tuviese ese gran poder.

Rabel se quedó en silencio. Miró el cuadro una y otra vez, analizando todas y cada una de las interacciones que había tenido con tía Baladre… Adelfa. Podía notar la urgencia en la voz de Dalia. Revisó su colección de libros mágicos y sacó uno de la estantería, tomándolo por el lomo con su dedo índice. *Seres y criaturas mágicas.*

—Tía Baladre me hablaba de un lago donde hundía todos sus secretos y temores —dijo, abriendo el tomo—. Decía que le confiaría cualquier cosa a las ninfas de aquellas aguas.

Dalia reconoció rápidamente aquel libro. Ella tenía una copia exacta. Hablaba de brujas, hadas, duendes y, bueno, de bardos.

—Gojas.

—¿Qué?

—Se llaman gojas. No hace falta que lo busques. Son espíritus del agua. Viven en cascadas, ríos, lagos… ¡Lagos! —exclamó.

—Estoy intentando con todas mis fuerzas seguir el ritmo de esta conversación, pero me pierdo.

—¿Dices que mi abuela guardaba cosas en un lago?

—Eso me contaba.

—¿Dónde está el lago? —preguntó Dalia, apresurada.

—Solo el bosque sabe llegar hasta allí.

—Pues vamos al bosque.

Rabel parpadeó rápidamente, un poco impactado todavía por la velocidad a la que se movía todo aquel día, y respondió con un

ligero movimiento de cabeza. Una energía eléctrica los envolvió, compuesta por un sentimiento de venganza y una sensación de complicidad parecida a la hermandad. Nunca se habrían esperado embarcar en una aventura juntos; mucho menos, sentir la necesidad de ayudarse. Pero si algo había sabido construir Adelfa era una familia, pese a que no todos los vínculos fuesen de sangre.

—¿Me puedes recordar por qué tenemos que hacer esto ahora? —preguntó Rabel, dejando escapar una media sonrisa que no terminó de sostenerse, con tono algo dubitativo.

—Creo que Ilun lleva atacando desde San Juan. —Las ideas y conclusiones chocaban en la cabeza de Dalia, y se movían a tal velocidad que comunicarlas le era prácticamente imposible—. Desde el solsticio de verano, desde entonces. Puso un conjuro en la abuela. Creo. Supongo.

Rabel cogió las llaves de su deportivo sin dejar de escucharla, y abrió la puerta de su casa. Se apartó, pegando su cuerpo contra la pared para cederle paso a ella antes de cerrar.

—Como si, conforme el sol se «apagase» —continuó— y los días fueran más cortos, también lo hiciera así la luz de la abuela.

Rabel abrió los ojos como platos.

Se metieron en el coche con un gesto brusco y se abrocharon los cinturones después de que él quitase el freno de mano.

—Lo peor es que Adelfa escribió algo bastante inquietante en sus últimas páginas, sobre «apagar la luz del valle» —sentenció Dalia, mirándolo.

—Pero eso ya lo está consiguiendo.

—Exacto. El ritual que hicimos en la anterior luna llena solo ha atenuado los efectos de su magia durante unos días —arrastró algunas sílabas—. No sé qué trama, pero su plan está en marcha.

Tenían una corazonada. Sentían que no podían perder ni un instante.

Rabel no levantaba el pie del acelerador; sus manos apretaban el volante con fuerza. Habían dejado a un lado sus disputas triviales. El destino del valle estaba en sus manos.

—Envíale algo a Azucena. Lo que sea.

—¿Qué?

—Que le envíes algo, escribe un mensaje de mi parte. Dile que vamos al bosque.

—¿Contraseña?

—Uno tres seis nueve.

Hola Azu
Estoy de camino al bosque
con tu prima.
Cree que sabe cómo
solucionar todo esto.
Deséanos suerte ♡

La radio no era capaz de sintonizar ninguna emisora debido a las interferencias que provocaba la tormenta. Las gotas machacando la chapa resultaban la banda sonora de la travesía. El motor rugía lo suficiente como para oírlo con claridad entre todo aquel ruido. Se abrían paso a gran velocidad entre los coches de la nacional. Siguieron dirección norte. El cauce del río que bordeaba la carretera se había convertido en un torrente desbocado, que rugía con furia. Los limpiaparabrisas casi no podían seguir el ritmo de las precipitaciones.

Dalia se mantenía en silencio, aferrada al diario. El olor a cuero del coche se mezclaba con la electricidad del ambiente. Cada pocos

segundos, un relámpago convertía el interior del vehículo en una fotografía blanca. Milésimas después, el trueno hacía temblar hasta el asfalto.

No pudo evitar mirar de reojo a Rabel. De alguna forma, el azar —o la falta de este— había provocado que sus caminos se cruzasen. Tal vez vio demasiado la primera vez que se encontró con aquellos ojos pardos. Quizá dedicase más de una noche a repasar mentalmente todos y cada uno de los reflejos ambarinos que salpicaban sus iris. Quién sabe si influida de alguna manera por su magia. Pero en ese momento lo comprendía. Su relación con aquel muchacho no debía ser esa. Nunca estuvieron destinados a *algo más*. Rabel tal vez sí estaba hecho para Azucena, y notaba que él, al menos, estaba intentando hacer las cosas un poco mejor.

Y ella por fin había encontrado la calma al lado de Úrsula. No había nada más importante que alguien capaz de brindar paz.

El trayecto era, técnicamente, el mismo que la otra vez, pero todo había cambiado.

Las ramas de los robles se mecían bajo la tormenta como si quisieran advertirlos de que se dieran la vuelta.

—¿Seguro que quieres seguir? —preguntó Rabel, sin apartar los ojos de la carretera.

—Sí —respondió, seca—. Si tú dices que las gojas guardaban secretos de la abuela, también custodiarán el amuleto. Él también lo está buscando. No podemos dejar que llegue antes. —Su voz se tiñó de culpa—. Ya he perdido demasiado tiempo.

—¿Y crees que podremos con él?

—No. Le ha arrebatado la vida a la bruja que me ha enseñado todo lo que sé. Si ella no pudo protegerse, ¿cómo voy a poder vencerle?

—Entonces vamos a lo kamikaze. —Una sonrisa intentó abrirse paso en sus labios, torpe y forzada, pero se quedó a medio camino, aplastada por el miedo a terminar igual que su madre, un temor cada vez más real.

—No, no. Pasaremos primero por la cabaña. Alguna cosa debe de haber allí que nos sirva de ayuda.

El teléfono le vibró a Dalia en el bolsillo conforme terminaba la frase. Lo sacó. «Mamá».

—No. Ahora no —murmuró, y colgó.

El silencio volvió a instalarse. Fuera, el viento ululaba. Con su fuerza conseguía colarse por las rendijas de la puerta del copiloto.

El móvil volvió a vibrar. Esa vez era Úrsula.

—Mierda —dijo, acercándoselo a la oreja—, no le he dicho que me iba.

—¿Dónde estás? —La voz de Úrsula sonaba entrecortada por la interferencia de la tormenta.

—Vamos al bosque —pronunció Dalia, vocalizando de manera exagerada mientras miraba por la ventanilla, donde el paisaje se convertía en un borrón de agua y oscuridad.

—Va…

—¿Qué?

—¿«Vamos»? ¿Con quién?

—Con Rabel. Te prometo que te lo contaré todo. Él sabe más de lo que parecía.

—Dalia, tú ten… —La línea se llenaba de ruido a medida que se acercaban al bosque.

—¿Qué? —Miró la pantalla, en busca de alguna rayita de cobertura —. ¿Úrsula?

—Ten cuidado —repitió—. Ten cuidado, Dalia, ¿me oyes?

—Te quiero.

Silencio al otro lado. Solo el crujido de la estática.

Un par de segundos después se cortó la llamada. No estaba segura de que Úrsula hubiese oído aquella última frase.

La carretera empezó a estrecharse. Rabel encendió los faros antiniebla; la luz dibujó figuras que parecían moverse a lo lejos, tras la primera línea de árboles del bosque. Dalia intentó no mirarlas.

Decidieron parar en el último pueblo antes de adentrarse del todo en las montañas. El hambre empezaba a manifestarse, punzante, y Dalia era incapaz de concentrarse con el estómago vacío.

Buscó algún restaurante cercano, que no les supusiera un gran desvío en su camino. Al fin y al cabo, pese a que pasasen por la cabaña, allí no habría más que algunas conservas en buen estado.

—En doscientos metros tome la siguiente salida en dirección a El Muntanyà —indicó el GPS.

24
ANTES

Había tres mesas ocupadas: un ciclista medio dormido, con el casco puesto sobre la mesa como si se le hubiese caído del agotamiento; una pareja mayor sentada frente a frente, compartiendo el silencio de aquel día extraño, y una familia alargando la comida en la sobremesa, hablando entre ellos mientras los niños dibujaban sobre el mantel de papel. Era un restaurante de los de siempre, de esos que parecen resistirse al paso del tiempo. Con una barra de terrazo algo desgastado, paredes revestidas de una madera oscura, que reflejaba la luz que entraba por los ventanales y la devolvía un poco más cálida, y estantes llenos de licores descatalogados. El camarero llevaba un trapo de algodón asomando del bolsillo trasero y se movía con la calma que evocaba aquel ambiente. En los mostradores se acumulaban embutidos al corte, quesos envueltos en papel encerado y repostería local cubierta con campanas de cristal impolutas. Nada mal para estar en medio de la nada.

Rabel pidió dos cafés y un par de platos del menú sin siquiera mirar la carta, confiando ciegamente en que la selección de recetas que mostraba la pizarrilla de la entrada fuese lo mejor que preparaban en aquel lugar. El camarero asintió sin sorpresa a la comanda de Rabel. La cocina estaba a punto de cerrar, pero podían

prepararles dos raciones. Parecía que recibir clientes a deshora era lo habitual en días de temporal. Dalia se quitó el abrigo y lo dejó sobre la silla, chorreando por la lluvia del camino del coche a la entrada del restaurante. Sus dedos estaban enrojecidos del frío. Se los frotó un momento antes de acercarlos a la taza humeante que le pusieron delante.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Casi las cuatro.

—¿Cuánto crees que tardaremos en llegar al lago?

—No lo sé —respondió él, tras un sorbo lento—. El bosque no entiende de tiempos, Dalia.

La frase quedó suspendida entre ellos, mezclándose con el tintinear de una cucharilla y el leve zumbido de la nevera de refrescos. Fuera, la lluvia seguía cayendo con insistencia, pero, dentro, el tiempo parecía haberse plegado sobre sí mismo y permitirles un respiro. Comieron en silencio. La pasta de los canelones de pollo de Dalia se había reblandecido un poco al recalentarlos, pero tenían un sabor genial, reconfortante; uno de esos platos perfectos para aguantar un invierno largo. Las carrilleras con setas que había pedido Rabel estaban perfectas. La carne se deshacía al apenas rozarla con el tenedor. Ninguno de los dos podía separar la mirada de las ventanas que rodeaban el restaurante. La lluvia no daba tregua. Era asombroso. Las gotas resbalaban formando caminos hipnóticos sobre el cristal. El repicar constante contra el tejado parecía insistencia de la tormenta, recordándoles que no tardasen demasiado.

Por un momento, Dalia pensó en lo fácil que sería quedarse allí un rato más. Beber otro café escuchando fragmentos de conversaciones ajenas. Quería fingir que no había nada urgente esperando más allá de aquella puerta. Pero sacudió la cabeza.

Se levantó antes de terminar el café.

—Tenemos que irnos.

Rabel no protestó. Se puso en pie con ella y la siguió, dejando un billete delante del camarero sobre la barra, justo antes de salir. La tormenta seguía ahí, sí, pero el aire había cambiado. Tenía un matiz distinto. Otro fondo. Olía a bosque vivo. A toda su magia.

Dalia revisó el móvil por última vez antes de meterse en el coche y adentrarse en el bosque, donde no tendrían cobertura. Observó el cielo unos segundos, por si veía algún pájaro oscuro e inusual. Rabel encendió el motor y esperó pacientemente a que la joven terminase antes de salir del aparcamiento.

Antes de pulsar el botón de bloqueo de pantalla, entró otra llamada de su madre.

Decidió descolgar el teléfono.

—¿Dalia?

—Dime —pronunció entre suspiros.

—He llamado a Úrsula porque no me lo has cogido, y sé que ha estado contigo estos días.

—Sí. ¿Qué pasa?

—¿Vais al bosque?

—Sí. Bueno, primero pasaremos a por unos amuletos.

—No vayas a la cabaña.

—¿Qué?

—No vas a poder entrar. Tu tío la ha vendido.

El cuerpo de Dalia se tensó entero. Sintió como si el cinturón de seguridad se le clavara en el pecho. Rabel giró la cabeza un momento, sin dejar de sujetar el volante, esperando el momento de quitar el freno de mano. Atento a cualquier cambio de expresión en la cara de su acompañante.

—¿Cómo que la ha vendido? —preguntó Dalia, con la voz más aguda de lo habitual.

—Pues eso, que la ha vendido —repitió Hortensia, al otro lado del teléfono, con ese tono que combinaba enfado y resignación—. Me llamó anoche, muy tarde. Lo tenía todo resuelto. Escrituras, firma… Sin preguntar al resto de la familia. Me dijo que era lo mejor, que, total, ni tú ni Azucena ibais nunca.

Dalia se quedó muda. Con la mandíbula completamente desencajada.

La cabaña.

La cabaña donde Adelfa guardaba sus amuletos, sus cuadernos, sus brebajes. Su lugar de poder.

Vendida.

—Eso no puede ser… —balbuceó—. Si estoy de camino al bosque…

—Era de la familia, ya lo sé —respondió su madre, con un suspiro audible—. Pero la escritura estaba a nombre de Jacinto, luego de Adelfa y, bueno…, ahora que la abuela ya no está…

—¿Qué? Mamá, lo normal es que fuese de todos vosotros.

—Sí, sí, pero le cedimos poderes notariales de las propiedades de la familia hace años, que él es el que sabe de estas cosas.

—Ah, genial, perfecto. —Se notaba el sarcasmo en la voz de Dalia —. Buenísima idea darle responsabilidades a Narciso.

—El trato era que nos avisaría con tiempo de cualquier cambio, y que todos podríamos opinar…

—¡Que es Narciso! ¡¿Qué pensabais que iba a hacer?!

—No sé, hija, no sé… Yo…

—¿Y cómo se le ha ocurrido vender la dichosa cabaña? —No soportaba hablar con su madre, pero necesitaba resolver sus dudas.

—Narciso asocia la cabaña a todos los malos tragos por los que ha pasado la familia. Una muerte tras otra. —Trataba de que su hija comprendiese la situación—. Así cree que todos, por fin, tendremos una temporada tranquila.

—¿Este hombre es capaz de conectar dos neuronas? —La pregunta de Dalia era completamente retórica.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea, pesado y opaco. Rabel dejó de acariciar el acelerador con el pie y lo reposó sobre la alfombrilla. Parecía que les quedaban unos minutos de llamada. La luna del coche vomitaba agua a cada movimiento de los limpiaparabrisas; la carretera, estrecha y serpenteante, los esperaba.

—¿Cuándo ha sido? —preguntó Dalia—. ¿Cuándo la ha vendido?

—Hace unos pocos días. Y los nuevos dueños han sido todavía más rápidos. Iban a subir hoy por la mañana, bien pronto, a cambiar la cerradura.

—Por Dios. Pero si lo he visto esta mañana. —Se pasó la mano entera por un lado de la cara con gesto desesperado, apretando los dientes—. Si hemos estado hablando de Remei… Loto. Y del bosque. ¿Cómo ha sido capaz de no decir nada?

El olor a bosque mojado se colaba por las rejillas del aire acondicionado. A Dalia se le revolvió el estómago. No podía parar de hacer preguntas. No se lo podía creer.

—¿Han entrado? ¿Han tocado… todo?

—Imagino que sí, hija. Sé que han empezado a recoger algunas cosas. No sé si habrán vaciado algo, o han quedado con Narciso para que nos llevemos lo de la abuela.

Dalia apretó los labios. Sentía que iba a llorar, pero el cuerpo no le daba permiso. La rabia se encargaba de secarle los párpados, impidiendo que las lágrimas salieran.

—Vale —dijo, al fin, destensando un poco la mandíbula—. Luego hablamos.

—Dalia, espera…

Colgó antes de escuchar el resto.

El silencio que se instaló en el coche fue más denso que la niebla. Solo se oía el motor, todavía encendido, el agua y la respiración contenida de ambos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Rabel, sin rodeos.

—La cabaña —respondió ella, clavando la mirada en el parabrisas —. Tío Narciso la ha vendido. Los nuevos dueños ya han estado allí. Han cambiado la cerradura.

Dalia tragó saliva.

—Necesitamos ir. Necesitamos sus amuletos. Ella sabía protegerse de Ilun. Todo está allí.

Rabel guardó silencio unos segundos, calculando opciones a toda velocidad.

—No sabemos si han tirado algo —dijo—. Puede que todavía esté todo dentro. Solo hay una cerradura nueva entre nosotros y lo que buscamos.

—No pienso entrar a la fuerza en una propiedad que ya no es nuestra —respondió ella, casi automáticamente.

—No hablo de entrar con un ariete —se defendió él—. Podría forzar la cerradura. Es una simple puerta de madera vieja. En esta tormenta nadie va a vernos.

—¿Estás loco? —Lo miró, incrédula—. Eso es superilegal.

—Ilegal debería ser que Ilun llegue primero al lago y destroce el valle entero, según todo lo que me has contado —replicó él, sin perder los nervios—. Esto es supervivencia.

Dalia se quedó en silencio, cruzada de brazos a modo de protesta.

—Podríamos fingir que ha sido la tormenta —añadió—. Decimos que una rama ha caído sobre la ventana, que lo hemos oído y hemos ido a ver si había alguien dentro.

—No.

—Dalia, escúchame. No estamos hablando de robar joyas.

—Que no. He dicho que no —repitió ella, haciendo un gesto con la barbilla para indicarle a Rabel que saliese del aparcamiento.

—Llama a Loto. Ella sabrá lo que debemos hacer.

Aceptó la sugerencia y marcó el número de su tía. No dio tono. Parecía estar fuera de cobertura.

La rabia se mezclaba con el miedo y, subyacente, una culpa pegajosa.

«Si lo hubiera leído antes».

«Si hubiera venido antes».

«Si me hubiese enfrentado a Narciso y a su teléfono el día del funeral».

—¿De verdad te preocupa más la ínfima probabilidad de una denuncia que Ilun? —preguntó Rabel, no con tono burlón como de costumbre, sino absorto por el agotamiento.

Dalia se apretó el diario contra el pecho.

—Me preocupa que ya hemos perdido.

Las palabras salieron solas y flotaron en el interior del coche. Era la primera vez que pensaban en la crudeza de una posible realidad en la que no salían victoriosos. Sin un plan medianamente definido no podían enfrentarse a alguien que lleva maquinando la caída del valle durante décadas.

Las luces de otro coche aparecieron de frente, demasiado rápido, sacándolos de aquella disputa. Patinó ligeramente al entrar al aparcamiento y, por poco, consiguió evitar el deportivo de Rabel.

—Vámonos. —Volvió a hacer el mismo gesto con la barbilla.

—¿Al bosque? —Quitó el freno de mano y maniobró para evitar los baches en la grava.

—No. Vámonos al pueblo.

—Todavía podemos intentarlo —insistió él, en un último gesto de esperanza.

—No. Sin las protecciones de mi abuela, no tenemos ninguna posibilidad.

Rabel desobedeció a Dalia y dio un giro brusco en la incorporación a la carretera, dirigiéndose hacia el bosque. Pisó el acelerador, calculando mentalmente el tiempo que tardarían en llegar hasta la cabaña.

—¡¿Pero a dónde vas?!

—Llegamos en nada. —No se atrevió a mirar a su copiloto, que estaba enfurecida—. En la bolsa de herramientas para cambiar la rueda habrá algo que nos ayude a abrir la puerta.

—¿Quieres matarnos o qué? ¡Seguro que Ilun nos está viendo llegar!

—Pues que nos mire. A ese pollo lo voy a descabezar —dijo Rabel, acompañando su sentencia de una carcajada eufórica.

Pronto llegaron al camino de tierra que se adentraba en el bosque. Dalia lo reconoció enseguida. Habría intentado hacerse con el volante de no ser por el riesgo evidente que aquello suponía, así que se resignó a mirar por la ventanilla con enfado y cruzarse de brazos. El coche avanzó a trompicones sobre las hojas húmedas que cubrían algunas piedras. Las ramas golpeaban la carrocería al estrecharse el sendero y el motor del deportivo rugía forzado. Dalia apretó la mandíbula. Rabel, con la sangre subida a la cabeza, no se preocupó demasiado de que su vehículo no debería circular por allí en aquellas condiciones.

—Para —dijo Dalia de pronto, en un susurro.

—¿Qué? —Rabel no entendía si aquello venía de su voluntad de volver al pueblo, o de que algo iba mal.

—¡Para! —gritó, preocupada, apretándole el brazo al conductor.

Algo dentro de ella le impedía seguir el camino hacia la cabaña. Un presentimiento. Rabel todavía no había levantado el pie del acelerador cuando, justo después de una curva con poca visibilidad, un árbol cayó cortando el camino por completo.

El chirrido de los frenos llegó justo a tiempo. El coche frenó milagrosamente sin salirse del camino, pese a haber derrapado sobre la tierra húmeda, y se detuvo a poco más de un metro del tronco. El morro encarado hacia el lado izquierdo del camino, el motor aún jadeando como un animal exhausto.

Durante unos segundos no se movieron. El silencio se cerró a su alrededor con una densidad insoportable. El conductor miró sorprendido a su copiloto, algo asustado por la precisión de su sexto sentido.

—Mierda… —murmuró Rabel, soltando por fin el volante.

Dalia tenía el pulso desbocado. Contempló el árbol atravesando el paso, demasiado grueso. Las raíces todavía terminaban de partirse, quebradas por la caída.

—No ha sido el viento —dijo—. Esto no ha sido solo el viento.

Rabel tragó saliva. Bajó del coche con brusquedad, resguardando su vista de la lluvia bajo el brazo, y dio un par de pasos hacia el tronco, queriendo comprobar por sí mismo lo evidente.

—Podemos intentar rodearlo —dijo, levantando la voz un poco y girando el torso hacia el coche.

—¿Por dónde? —Gesticuló con los brazos mientras abría su puerta —. ¿Subimos el deportivo a las copas de los árboles? ¿Eh? —preguntó Dalia, histérica.

—O podemos moverlo.

Dalia negó con la cabeza y terminó de salir del coche. En cuanto puso un pie en el camino, sintió una presión sobre el pecho.

—Nos está cerrando el paso —susurró—. Tenemos que volver y planear todo con calma.

Rabel se pasó una mano por el pelo, nervioso. El impulso de minutos antes se le había evaporado por completo.

—Entonces ¿qué?

—Tenemos que irnos. —Rabel aún dudaba de si seguir sus órdenes—. Ahora.

Un crujido respondió desde el interior del bosque. Dalia retrocedió instintivamente y volvió a entrar en el coche. Rabel dudó un segundo más. Miró el tronco, luego la oscuridad entre los árboles y finalmente a Dalia. Recordó a Azucena. No podía arriesgarse tanto.

—Está jugando con nosotros, Rabel —insistió Dalia una vez más, levantando la voz con la puerta del coche todavía abierta—. ¡Vámonos ya!

El joven volvió rápidamente al coche, tras escuchar lo que le había parecido un aleteo feroz. Dio marcha atrás hasta un pequeño ensanche en el camino que le permitió cambiar el sentido de la marcha.

—Tienes razón. Esto era una misión kamikaze.

Dalia agradeció el reconocimiento. También que su intuición no le hubiese fallado. Observó a Rabel mientras dejaba escapar un suspiro largo al reincorporarse otra vez a la carretera. Era consciente de que él compartía esa certeza: que sería casi imposible vencer a Ilun sin ayuda.

En ese momento bajaban. Mientras sus móviles recuperaban la cobertura, Rabel vio llamadas perdidas de Azucena en la pantalla. El río, a la derecha, estaba a punto de desbordarse.

La lluvia no cedió ni un momento durante el camino de regreso. Cuando por fin las primeras casas del pueblo asomaron entre la cortina de agua, Dalia empezó a cuestionarse aquella decisión.

Rabel aparcó frente a la casa de la joven. Las persianas estaban prácticamente bajadas. La luz del interior se colaba por los agujeritos de los listones.

—¿Quieres que entre? —preguntó él.

Dalia asintió.

25
HASTA LA LUNA LLENA

Cruzaron la pequeña acera a toda prisa, pisando únicamente con la punta del pie y tratando de evitar los charcos que cubrían todo. Dalia abrió la puerta sin llamar; la calidez de la casa los envolvió con su característico olor a café e incienso impregnado en las paredes.

El salón estaba más lleno de lo habitual. Úrsula, sentada en el sofá, con el móvil en la mano y cara de no haber parpadeado en un buen rato. Loto, de pie con los brazos cruzados, mascando rabia. Azucena, encogida en una esquina del sofá, envuelta en una manta, pero con la espalda recta. Todas se giraron al verlos entrar. Dalia fue la primera en asomar la cabeza.

—Ya era hora —soltó Úrsula, intentando liberarse de la angustia—. Tu madre casi me revienta el tímpano al teléfono.

Ella se detuvo en medio del salón y le hizo un gesto a Rabel con la mano, ofreciéndole pasar.

—¿Y este qué hace aquí? —escupió Úrsula.

—Es una larga historia —respondió Dalia.

—Bueno —aclaró él—, no tanto. Ilun mató a mi madre. Mi madre era del aquelarre de Baladre. Bueno, Adelfa. Y me criaron todas juntas. Luego me regalaron la casa de al lado con la intención de que cuidase a Dalia.

—Ella era la chica del sueño —balbuceó Loto, incrédula.

Hubo unos segundos de silencio. Incluso para Dalia, que ya se sabía el relato, todo parecía irreal. No podían distraerse, pero se les hacía complicado tener que mantener el ritmo frente a tantos giros en la historia. Rabel no podía separar la vista de Azucena. Ella tampoco hacía ningún esfuerzo por disimular. Ambos sabían que aquel no era el momento ideal para resolver lo suyo.

—He llamado a Azucena y Loto en cuanto me he enterado de que ibas hacia el bosque —dijo Úrsula, con los ojos muy abiertos y la voz tirante, clavando en Rabel una mirada que mezclaba incredulidad con un enfado difícil de contener—. Luego me ha llamado tu madre.

—¿Qué te ha contado? —preguntó Dalia, aunque ya intuía la respuesta.

La joven levantó el móvil, como si fuera un objeto de prueba.

—Que tu tío ha vendido la cabaña. Que los nuevos dueños han cambiado la cerradura, y que Gardenia se ha enterado por tu madre.

—Sí, hija, sí —dijo Loto, con tono indignado—. Yo no tenía ni idea.

—¡Pero si nos hemos visto esta mañana!

—Ya, Dalia. Pues su intención era no decirnos nada. —Primeras palabras que salían de la boca de Azucena desde que se enteró de la venta.

—Aquí todo el mundo se calla cosas —respondió Dalia, con una mirada de reojo a su tía— y estoy cansada.

—Bueno, estás tú para hablar —Úrsula no se había conseguido deshacer del mal humor que le había provocado tanta tensión—, que te has ido al bosque a pelear con un villano mágico que ha matado generaciones de esta familia sin decirle a nadie en qué punto del guion estabas.

El silencio se hizo de nuevo. Sonó el móvil de Azucena con un tono de mensaje. Se había dedicado a llenar el chat con su padre de quejas.

—Mirad, su explicación —leyó—: «Diles que lo siento, la cabaña era una carga: impuestos, mantenimiento, arreglos y las desgracias que han ocurrido allí cerca. Ha sido una decisión práctica».

—Decisión práctica, dice —resopló Dalia—. Por su culpa no hemos podido entrar en la cabaña.

—No tires balones fuera. Eras tú la que quería volver al pueblo —comentó Rabel, que hasta ese momento se había mantenido en un segundo plano apoyado en el marco de la puerta, intercambiando miradas con la muchacha de ojos azules.

—Y tú querías reventar la puerta —replicó con enfado, girándose hacia él.

—Bueno, en aquel momento sí, ¡hasta que casi nos aplasta un árbol!

—¿Que casi os aplasta *qué*? —preguntó Azucena, incorporándose de golpe, con la voz disparada.

—Entonces ¿qué hacemos? Porque no podemos meternos en casa de nadie a romper puertas, aunque don Decisiones Prácticas se lo merezca —dijo Úrsula.

—Esto es cosa mía —respondió Dalia—. Esta noche pensaré qué hacer.

—No. Es cosa de toda la familia —recalcó Loto.

—*Toda toda* —añadió Rabel haciendo contacto visual con cada una de las presentes—. Dalia, ¿no lo ves? El problema no es la cantidad de amuletos y cachivaches que tengamos —razonó Rabel, apretándose la sien derecha en un intento de controlar el dolor de cabeza que le daban las conversaciones ajetreadas—, sino que necesitamos un plan decente y más ayuda.

Loto lo miró con gesto algo extraño.

—Está claro que no podemos ir al bosque hoy —razonó la tía—. No así, sin plan ni protecciones ni nada. Ilun está ahí fuera. Lo siente

todo. Lo ve todo. Si nos acercamos al lago sin estar preparadas, no volveremos.

—Exacto —afirmó Rabel.

Azucena frunció el ceño.

—¿Entonces esperamos a que él haga el primer movimiento?

—No —negó Dalia—. Buscaremos otra manera de armarnos. Otra forma de estar preparadas. Seguro que podemos pensar en algo.

«Sangre de su sangre debe derramarla». Azucena no estaba preparada para ir. Tampoco para saber de dónde heredaba su mal temple.

—Yo puedo volver a convocar al aquelarre —propuso Rabel—. O, al menos, intentarlo. Al fin y al cabo, soy como su hijo.

Las miradas se dirigieron hacia él, pidiendo su ayuda sin decir palabra. El joven asintió.

—No nos dejarán solos con esto —añadió—. Ellas también han tenido que enfrentarse a Ilun, y han aprendido de la mano de Adelfa. —La cadencia de su voz se había tornado más calmada, tratando de tranquilizar a todo el mundo.

—Vale. Entonces hoy no hay lago —dijo Azucena, deshaciendo la crisálida de manta en la que se había envuelto—. Hoy tenemos plan.

Úrsula se levantó del sofá y se acercó a Dalia. Podía notar que algo más le nublaba la cabeza. Le colocó una mano en el hombro y la acarició con el pulgar. Una sonrisa mínima, rota, se dibujó en la comisura de los labios de Dalia. Tal vez aquello no estaba destinado a salir mal.

Se sentaron alrededor de la mesa del comedor. Enviaron un mensaje a Gardenia y otro a Hortensia. Dalia no terminaba de estar cómoda con la idea de recibir a su madre en casa, pero necesitaban toda la energía posible. La tormenta rugió otra vez, como si Ilun hubiera oído los planes de las brujas. Y, esa vez, el miedo ya no era

el único invitado en la estancia. También estaban la determinación y la rabia.

Hortensia y Gardenia acudieron rápidamente a la llamada de socorro. Aquello no era un encuentro familiar cualquiera.

Su madre fue la primera en llegar, completamente empapada, con el paraguas roto colgándole del brazo. Gardenia llegó medio minuto después, sujetando una bolsa llena de hierbas secas y otra de herramientas mágicas llenas de polvo, que repicaban entre ellas al más mínimo movimiento.

Ambas miraron alrededor, olfateando aquel ambiente cargado de tensión.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hortensia.

Su tía dejó las bolsas en la entrada y avanzó hasta la mesa del comedor, donde todas se habían sentado.

—Ponednos al día —dijo mientras tomaba asiento entre Rabel y Loto.

Dalia entrelazó las manos sobre la mesa, intentando ordenar sus ideas.

—Vamos a ver… Rabel fue adoptado por la abuela con su aquelarre del bosque, porque Ilun mató a su madre; íbamos a ir al bosque, pero necesitábamos cosas de la cabaña…

—Pero Narciso la ha vendido —interrumpió Hortensia, recapitulando.

—Los nuevos dueños ya han cambiado la cerradura —dijo Loto, frotándose los ojos y suspirando mientras asentía, agotada—. Si queremos recuperar algo, tendremos que quedar con ellos.

—En fin, resumiendo, que Rabel y yo hemos terminado dando media vuelta porque ir al lago sin amuletos era una misión suicida.

—Sabemos que Ilun estaba buscando el amuleto —afirmó Azucena.

—Sí, el espelir —aclaró Dalia.

—Pero el bosque nunca ha estado del lado de Ilun —dijo Loto— y jamás lo estará. Adelfa sabía cuidarlo, y él le devolvía el favor. Es prácticamente imposible que encuentre el lago solo, y todavía más difícil que consiga vencer a las gojas que lo custodian. Rara vez salen del agua.

—¿Y por qué queríais ir hoy? —preguntó Hortensia—. ¿Es que estáis locos?

—No entiendo a qué venían las prisas —continuó Loto con tono severo—. Llegáis a pensar las cosas dos veces y hubieseis sacado las mismas conclusiones que nosotras ahora.

Los jóvenes buscaban la forma de justificar sus acciones. Fuera, la tormenta golpeaba con furia. Ilun parecía querer comprobar la resistencia de los muros de aquella casa.

—Creo que ese ser despreciable hizo su primer ataque en junio —respondió Dalia—. O en el solsticio de verano, o en alguna de aquellas lunas.

—Con la luna oscura de antes —indicó Rabel, tras haber tenido tiempo de reflexionar un poco sobre el posible ataque mágico—, sobre todo si su intención era *apagar* a Adelfa.

—¿Quieres decir que actúa según la luna? —interrumpió Gardenia.

—Puede ser. No sé.

—El caso es que —continuó dando explicaciones a Hortensia— Ilun no va a parar, y no sabemos qué puede pasar. Si lleva actuando desde el inicio del verano, poco le quedará para culminar sus planes.

—Una opción eran las lunas y otra los solsticios…

—Pero esperar hasta el solsticio de invierno nos parece demasiado —prosiguió Dalia, impostando un tono de voz convincente y entrelazando las manos.

—Y hemos considerado que, cuanto antes termine esto, mejor —finalizó Rabel.

—Si la explicación tiene lógica, pero no os podéis poner en riesgo de esta manera —dijo Azucena, mirando a Rabel, casi suplicándole.

—Entonces ¿cuál debe ser nuestro siguiente paso? —preguntó Úrsula.

—Necesitamos luz —dijo Gardenia, apretando los labios con gesto reflexivo—. Y no nos van a servir un par de linternas. Necesitamos la luna. —Señaló la ventana oscura.

Azucena la miró con el ceño fruncido.

—¿La luna? ¿Qué tiene que ver?

—Todo —intervino Loto, acomodándose en la silla—. No solo energéticamente hablando. No será lo mismo actuar bajo un cielo encapotado y luna nueva que bajo algún destello de la luna llena.

—Si llevamos linternas, va a ser muy fácil localizarnos dentro del bosque —razonó Dalia.

Todavía no encontraba la manera de decir que debía ir sola.

—Pero, gracias a la luna —prosiguió—, él tendrá más fuerza para finalizar su plan, sea el que sea.

—Eso es cierto. Una luna llena está llena de energía súper polivalente. Más facilidad para transformarse, o para atacar —concordó Loto, alzando el dedo índice.

—¿Crees que está esperando a ese momento? —preguntó Úrsula.

Loto asintió y se inclinó hacia Dalia.

—¿Sabes cuándo es la próxima luna llena?

Dalia negó con la cabeza.

—El día 28 —respondió Rabel sin dudar. Su tono, seguro y algo grave, hizo que todos se giraran hacia él—. La siguiente luna llena será muy intensa.

—Pero quedan un par de semanas. —Hortensia se llevó las manos a la cabeza.

—Merecerá la pena esperar —prosiguió el bardo—. Es la luna justo antes de Samhain. Cae antes del final del ciclo, cuando el velo entre los mundos está especialmente fino. Tremendamente poderosa. Si Ilun aprovechó la energía del solsticio y de aquella luna oscura, es probable que intente servirse de esta otra. Pero también podemos emplearla a nuestro favor.

—¿Y entonces por qué lleva Ilun tanto tiempo aterrorizándonos con la tormenta? —preguntó Dalia.

—Tal vez quiera entretenernos —respondió Azucena—. Hacernos perder el tiempo…

Gardenia dio un golpe suave sobre la mesa con los dedos.

—Debilitarnos, meterse en nuestra cabeza.

Daban por ciertas sus suposiciones sobre los planes de Ilun casi sin advertirlo, en un intento de no dejarse vencer por el miedo ante un peligro que ya se había cobrado demasiadas vidas.

—Y se supone que tenemos que esperar, ¿cierto? —protestó Úrsula—. ¿Qué hacemos si Ilun ataca antes?

—Si su intención fuera acabar con nosotras hoy —dijo Hortensia—, ya lo habría hecho. De momento nos necesita para dar con el amuleto. El bosque jamás lo conducirá hasta allí y, sin la luna llena, dudo que su poder sea el mismo.

Dalia sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Alzó la mano pidiendo silencio.

—Puede que su magia requiera de la fuerza de la luna para doblegar la voluntad del bosque —susurró, cautelosa, por si cierta ave escuchaba desde el exterior—. O quizá pretenda adoptar otra forma y engañar a la foresta para que lo conduzca hasta el lago.

—No sabía que era posible hacer eso —dijo Azucena.

Úrsula negó con gesto intrigado, mostrándose de acuerdo con Azucena, y dirigió la mirada a Dalia reclamando explicaciones.

—No cualquier practicante de magia domina las transformaciones, pero él sí sabe hacerlo. Nos lo ha demostrado. Con la energía extra del momento astrológico… podría hacerse pasar hasta por la abuela.

—Un glamour… Claro… —murmuró Loto para sí—. Bueno, haga lo que haga querrá que sea ese día. Si necesita la luna para manipular al bosque, se esperará, y si no lo consigue nos necesitará a nosotras para encontrar el lago.

Miró a Úrsula, aún aparentemente preocupada por los días de espera.

—De verdad —prosiguió—. No pasará nada.

Dalia cerró los ojos. Parecía estar escuchando a alguien. Todas las allí presentes la observaron.

—La fuerza de la luna llena —susurró, separando los párpados—. Podríamos usarla para invocar a todas las brujas de la familia.

—A la bisabuela Begonia —dijo Azucena—, y al bisabuelo Bruc.

—A la tía Atzavara —añadió Hortensia.

—Y a la prima Eclipta, y a papá —dijo Gardenia.

—Y a Lirio, y a Vinca, y a Rosella… —siguió Dalia. Podía escuchar sus voces emocionadas desde el otro lado; por fin la familia volvía a hacer magia—. Y a la abuela Adelfa.

Todas se miraron entre sí, emocionadas, con orgullo.

—Sería posible. No será fácil —dijo Gardenia—, pero sí posible.

—Especialmente si lo hacemos en esas fechas —añadió Hortensia.

Rabel se inclinó hacia la mesa, cruzando los brazos.

—Aquel día, y estando tan cerca de Todos los Santos, podremos escuchar a Adelfa.

De alguna manera intentaban convencerse de que la demora en el plan merecería la pena. Dalia abrió los ojos, impactada y, al mismo

tiempo, reconfortada.

—¿SÍ? ¿De verdad lo crees?

Gardenia afirmó con la cabeza.

—Lo que parece que ha hecho Ilun ha sido bloquear su voz, anularla. La configuración energética de aquel día podría darle fuerza y ampliar su presencia lo suficiente como para comunicarnos con ella —dijo Loto.

Dalia tenía las manos temblorosas. Una lágrima se le deslizó por la mejilla derecha antes de caer sobre la mesa. Se secó las siguientes con la manga de su suéter de lana. Ya había descartado la posibilidad de volver a escuchar a su abuela.

—Pero no nos podemos precipitar —decretó Dalia, firme, categórica—. No debemos dar ni un solo paso en falso.

—Vale —dijo Azucena, recostándose en la silla mientras intentaba procesarlo todo—. Entonces el plan es este: esperamos al 28 de octubre, y aprovechamos la luna llena para ir al bosque y hacer una invocación masiva, cuando la enorme mayoría de nosotras no practica magia de forma habitual. ¿Es eso? ¿He oído bien?

—Eso parece —confirmó Rabel, mirándola a los ojos.

Azucena sabía que él buscaba algo más que observarla, no perder el norte.

—¿Y mientras qué? —preguntó Úrsula—. ¿Nos vamos a quedar de brazos cruzados, sin hacer nada?

—No —respondió Dalia. Estaba manteniendo un tono firme, tomando al fin el liderazgo que su abuela habría querido para ella—. Vamos a prepararnos todo lo que podamos. Vamos a estudiar el diario. —Empezó a enumerar señalándose los dedos de la mano izquierda—. Vamos a intentar quedar con los nuevos dueños de la cabaña. Vamos a contactar con el resto de las brujas que conozcamos. —Se giró hacia Rabel—. Formularemos protecciones,

intentaremos asegurarnos tanto como podamos de que todo saldrá bien.

—No lo veo una locura —dijo Azucena—. Tenemos tiempo.

—Ya, cariño —respondió su madre—, pero no podemos confiarnos y hacer las cosas de cualquier manera.

—Solamente queda confiar en las gojas y en el bosque —añadió Rabel, forzando las comisuras de la boca hacia arriba en una sonrisa poco satisfecha.

Loto agachó la cabeza al procesar bien todo lo que suponía intentar enfrentarse a Ilun. Carraspeó. Todas las miradas se clavaron en ella.

—Hay una cosa que no hemos contemplado.

Dalia sintió cómo la piel se le erizaba, y un escalofrío le recorrió la espalda. Podía sentir el alivio. ¿Iba a decir lo que creía que iba a decir?

—Si vamos todas, va a ser más difícil no llamar la atención de Ilun.

La afirmación levantó un gran peso en la espalda de Dalia. Seguro que decían su nombre. No tendría por qué desenmascarar a Azucena. No habría que dar explicaciones, ni sangre de sangre, ni nada por el estilo.

—Dalia debe ir sola.

«Menos mal». Decidió subirse al carro, continuar con aquel giro de guion, hacerse la sorprendida, mirar a su tía con cara de corderito degollado. Incluso formuló una recopilación de momentos tristes en su cabeza para que se le saltase una lágrima.

Tras la sentencia de Loto, y en vista de la reacción de Dalia, ninguna pudo hacer más que asentir, excepto Azucena, que se levantó de golpe y empezó a caminar dando vueltas por el comedor. Al ver que nadie rebatía a su madre, no le quedó más que intervenir.

—¿Te has vuelto loca? ¿Cómo que sola?

—Ir sola al bosque con ese monstruo suelto me parece una locura, Loto. —Úrsula se sumó a la queja de Azucena.

—No me puedo creer que vayas a sacrificar así a mi hija… —añadió Hortensia—. ¿No puedo ir yo? ¿O tú?

—No la vamos a dejar sola —aclaró Loto—. Únicamente debe estar *físicamente* sola.

—Que no, Loto, que no me parece lógico. ¿Qué se supone que tengo que hacer mientras mi hija se adentra en la boca del lobo? —Hortensia no pudo evitar levantar la voz, cosa bastante habitual en ella—. ¿Me quedo aquí encendiendo velitas? Estás completamente desquiciada.

—A ver, un momento —interrumpió Dalia, encogiendo la voz de manera deliberada—, si voy acompañada, y por lo que sea recupero el amuleto… Ilun igualmente nos perseguiría hasta hacerse con él.

—¿Pero qué mosca te ha picado? —continuó Hortensia, enfadada —. ¡Yo iré contigo! ¡Lo primero es recuperar el amuleto!

—Es cierto, Dalia tiene razón —dijo Azucena, pasándose la mano por la cara, calmando el tono de la conversación—. Hay que terminar con Ilun.

—Mamá, si no voy sola, tal vez el bosque no me reconozca y no nos guíe. O a lo mejor no reconoce a quien me acompañe, y nos termine separando, y todo el riesgo haya sido inútil —seguía defendiendo, con argumentos algo enrevesados, la necesidad de ir por su cuenta.

—Es cierto que si vamos a hacer magia desde aquí necesitaremos a Loto sujetando la batuta —razonó Úrsula—. Por mucho aquelarre que convoquemos…, es la única que sabe y sigue practicando la magia, y que conoce a Dalia, a Adelfa y el bosque.

El plan estaba tomando poco a poco una complejidad superior. A las brujas, que llevaban tiempo sin desempolvar sus varitas, se les hacía imposible ocultar la emoción que, mezclada con miedo, les recorría las venas.

Estaba claro. Ella. Tenía que ser ella.

Se quedó quieta. Miró todas las caras alrededor de la mesa. Nadie tenía ni un ápice de sospechas al respecto. La preocupación de enviar a la más joven de la familia, sin compañía, a lidiar con un asesino múltiple camufló sus dudosas dotes actorales. Respiró hondo por millonésima vez, encarnando esa energía de liderazgo que había descubierto recientemente.

—Ya hemos dicho lo que tenemos que hacer: aquelarre, cabaña, Narciso, hechizos, brujas… Y salir vivas de esta.

Dirigió miradas a todas las personas allí presentes.

—El día 27 —siguió— convocaremos a todo el mundo. Y el 28 brujearemos. Bueno, todas menos yo. Yo iré al bosque. Desde aquí os encargaréis de hacer todo lo necesario para que el plan salga lo mejor posible —dirigió su mirada a Loto—, ¿cierto?

—Exacto. No te vamos a dejar sola. Nunca.

Se tomaron de las manos. Estaba decidido.

El lago debía ser la tumba de Ilun, justo como Adelfa quería. Depositaban una fe excesiva en aquel plan, jugándolo todo a una sola carta. Su principal baza era que Ilun continuara percibiendo a Dalia como alguien incapaz de recomponer los lazos de la familia que él rompió, lo bastante aislada como para que nadie acudiera en su ayuda. Ese era el factor sorpresa.

26
MIL FLORES MÁS

El cielo seguía teniendo el mismo color enfermizo que se había instalado sobre el valle la semana anterior: un gris denso, cargado, atravesado por degradados al negro más opaco. Un manto tupido de nubes que impedían que un solo rayo de luz tocase la tierra del valle. Aun así, no todo resultaba hostil. Había en el ambiente una quietud que invitaba más a refugiarse en la calma de un plato caliente que a huir.

Era la séptima vez que subía al molino aquella semana. Siete ascensos idénticos, seis que se habían quedado en intento de cumplir con su parte del trato. Al fin y al cabo, se había comprometido a tratar de convocar al aquelarre de Adelfa, aun sin saber si quedaba alguna de aquellas mujeres para responder a su llamada de socorro. Cada una había reconstruido su camino a su manera conforme Rabel crecía y ganaba independencia. Tal vez su partida al pueblo fue lo que terminó de desligarlas de aquella tierra.

En las montañas, la lluvia había perdido la furia inicial, pero no se había ido del todo. No golpeaba. Se había vuelto una llovizna fina y persistente, de esas que calan la ropa y enfrían hasta los pensamientos.

Rabel dejó el coche en el mismo entrante del arcén de siempre, unos metros antes del camino de piedras que llevaba al molino. Se

detuvo un instante con las manos al volante y apoyó la cabeza sobre el claxon sin llegar a presionarlo. Durante toda la semana había repetido exactamente la misma mañana, una y otra vez. Despertar, ducha, café, dientes, ropa, zapatos, llaves, arrancar, acelerar, aparcar, bajar.

Llegar al molino. No ver a nadie.

Volver.

Apagó el motor con un gesto rápido de muñeca, algo molesto con su nueva rutina. Sintió cómo el silencio del bosque se imponía rápidamente al cesar el ruido del coche. Abrió la puerta y oyó el riachuelo, que repiqueteaba más que de costumbre. El aliento frío y húmedo de la montaña le acarició el rostro con amabilidad cuando bajó del vehículo. Cerró el deportivo y empezó a subir por el mismo sendero de siempre. Conforme caminaba, notaba cómo el sonido del arroyo se amplificaba, vibrante, casi alegre. El día tenía un aura peculiar, quizá energizada por el cuarto creciente.

Temía volver a encontrar el molino vacío. El miedo de llamar con insistencia a una puerta que se había cerrado permanentemente se había posado sobre él desde hacía un par de días. Se había llegado a preguntar si el lugar estaba realmente deshabitado, o si el aquelarre lo estaba evitando a propósito. No. No podía asumir que el lugar que siempre había llamado «hogar» hasta hacía casi dos meses ya no existiese. Ni haber perdido el contacto con todas aquellas mujeres que siempre habían sido su familia.

Esa vez, sin embargo, algo era distinto. Lo había notado ya al bajar del coche. Un leve olor ajeno al paisaje habitual, a humo, mezclado con el aroma de siempre, a tierra mojada. No era un humo de chimenea. A medida que se acercó, pudo identificar sus matices. Notas cálidas, tostadas, amaderadas y dulces. Evocaba una tarde de

otoño alrededor del fuego, a la fiesta más tradicional de aquellas fechas, a los dedos oscurecidos por la ceniza.

«Castañas», pensó.

Y el pensamiento le aflojó algo en el pecho.

Alguien estaba allí.

Aceleró el paso sin darse cuenta. ¿Sería Cal·la?

El camino hacia el molino, que en verano era poco más que una vereda de tierra compacta y piedras en el suelo, estaba cubierto de hojas húmedas, que amortiguaban sus pasos. El bosque se había rendido al otoño de manera definitiva. El verde intenso de la estación anterior se había dejado vencer por una gama entera de amarillos brillantes, naranjas cálidos y marrones profundos, que bordeaban cada camino. Algunas ramas asomaban ya desnudas, como dedos largos apuntando hacia el cielo encapotado.

El molino apareció rápidamente frente a él, como siempre, con su silueta baja y robusta. Piedra vieja y tejado de teja tradicional, que algún día fue rojizo, pero se había ennegrecido por el paso de los años.

En uno de los laterales había una ampliación del interior. Un anexo posterior a la construcción inicial, que permitía vivir en aquel molino. De la parte trasera del edificio subía una columna fina de humo. El corazón de Rabel dio un vuelco.

Al acercarse a la parte trasera del molino, la vio.

Cal·la. Estaba ahí, junto a una mesa improvisada con dos caballetes y un tablero viejo, bajo un techo rudimentario. Tenía una sartén vetusta y agujereada, cubierta de hollín, sobre un pequeño fuego hecho con las pocas ramas secas que había guardado dentro del molino. Cerca del hogar había dispuesto algunos troncos húmedos, para ver si había suerte y se secaban con el calor de las llamas. Llevaba un gorro de lana ladeado sobre la cabeza, de un

verde apagado, y un jersey ancho salpicado de manchas de pintura. Su cabello, recogido de cualquier manera, mostraba mechones castaños mezclados con hilos blancos, gruesos y rebeldes, que brillaban con la débil luz de aquel día oscuro.

Incluso de lejos, su figura desprendía algo inequívoco: era una persona que nunca había encajado del todo en ninguna ciudad. Demasiado buena. Demasiado suya.

Cuando oyó pasos, Cal·la giró la cabeza. Los ojos se le agrandaron al reconocerlo. Dejó la sartén sobre el suelo, casi lanzándola, y se acercó a él. El mundo pareció suspenderse en el gesto de sorpresa que le cruzó el rostro.

—Mi chico… —murmuró, apenas audible entre los sonidos de la naturaleza.

Rabel sintió cómo el nudo que llevaba una semana alojado en su pecho, oprimiéndole los pulmones, se aflojaba un poco. Ella se limpió las manos en la falda, oscura y salpicada de pintura, y sostuvo su mirada.

De cerca, las arrugas que se dibujaban alrededor de los ojos de su tía revelaban décadas de risas y noches en vela. Había envejecido un poco, sí, pero llevaba los años como si fueran una bufanda de colores.

—*Mira't* —dijo Cal·la—. Es que tienes sus ojos.

Él soltó una carcajada breve, que más que risa fue exhalación. Sabía que se refería a su madre. Siempre había vivido cerca del recuerdo ajeno de aquella mujer.

Ella lo rodeó con los brazos, fuerte, apretando, intentando comprobar que seguía de una sola pieza.

—Pensaba que no quedaba nadie —dijo él cuando se separaron—. He venido cada día. El molino estaba…

Cal·la torció la boca con un gesto que era mitad sonrisa, mitad disculpa.

—He estado allí abajo, *al poble*, en una *exposició* —dijo con una voz rasgada por alguna cajetilla de tabaco de más—. Quería volver antes, pero este cielo… —Miró el horizonte oscuro, resignada—. *M'ha fet esperar.* —Se hizo a un lado y le señaló la sartén con la barbilla —. ¿Ya has comido castañas este año?

Él negó con la cabeza. Se sentía extraño respondiendo preguntas cotidianas cuando llevaba días viviendo con la impresión de que el mundo se podía romper en cualquier momento. El universo, a través de ese pequeño instante, parecía decirle que todavía quedaba algo de orden en él.

Acercó un tronco y lo usó a modo de banco mientras Cal·la removía las castañas. La lluvia apenas se notaba bajo el pequeño techo de chapa que ella había colocado sobre la zona de fuego. El riachuelo seguía su curso detrás del edificio, con muchísimo menos caudal que los días anteriores. El sonido era constante.

—¿Y la casa *nova* qué, cómo va? —preguntó Cal·la, sin mirarlo del todo, concentrada en distinguir qué castañas ya estaban listas.

La casa nueva. La que le habían regalado todas sus tías, juntando recursos, favores y hechizos, para que dejara de ser «el niño del molino» y se convirtiera en un vecino más del pueblo.

Rabel respiró hondo antes de responder. No tenía ganas de desmontar ese momento de calma en el que ambos estaban sumergidos, pero no había subido durante siete días seguidos hasta allí para hablar de lo espaciosa que era la vivienda y lo bonita que la había decorado.

—La casa está bien —dijo, despacio—. Más grande de lo que necesito, y suficientemente cerca de aquí.

—Y las *veïnes*, ¿las has conocido ya? —Sonrió, sabiendo perfectamente quién vivía en la casa de al lado.

—Sí, una chica un poco más joven que yo. Dalia —explicó—. Su abuela es…

—Baladre, sí. Queríamos que lo descubrieses tú solo, cuando estuvieses preparado.

—Pues hasta hace unos días yo no tenía ni idea.

Rabel se quedó en silencio. No terminaba de saber cómo responder a aquello. Sus tías habían tejido de una forma muy precisa cada aspecto de su vida actual, y sentía cómo ciertas verdades se le escapaban. Había imaginado varias veces aquella conversación durante sus idas y venidas en coche, y había necesitado armarse de paciencia para no dejarse arrastrar por el rencor.

El aire empezó a cambiar un poco a su alrededor. El humo de las castañas se elevó en una columna recta. Cal·la apagó el fuego con un gesto rápido, echando un puñado de tierra húmeda sobre las brasas. Luego, ayudándose de un trapo, tomó la sartén y la trasladó a la mesa improvisada. Las castañas, ennegrecidas, estaban abiertas por las marcas que había hecho previamente con el cuchillo. Las envolvió en papel de periódico un par de minutos mientras recogía el campamento exterior y preparaba la mesa dentro.

—Vamos, *vinga*, que va a llover.

El espacio principal, aquel rectángulo amplio donde antaño se amontonarían sacos de harina, estaba despejado. Las paredes de piedra desnuda habían sido enjalbegadas con una cal blanca que reflejaba, brillante, la poca luz que entraba por las ventanas. Sobre esa nueva blancura colgaban lienzos de diferentes tamaños; algunos pequeños, otros de dimensiones exageradas. Colores intensos, formas rocambolescas, figuras abstractas, juegos de luces.

Toda la complejidad y belleza del mundo quedaban inmortalizadas en aquellos cuadros.

En el centro del espacio había un par de expositores vacíos, esperando ser llenados con alguna escultura o pieza artesanal. Al fondo, un caballete, un par de taburetes, tubos de pintura y pinceles sumergidos en botes de cristal. Adentrándose más en el edificio anexo al molino, tras una puerta que separaba la sala de exposiciones del resto, vivía en realidad Cal·la.

Era una especie de estudio-apartamento; una elección bastante moderna para tener sesenta y cuatro años. La parte más grande de aquel pequeño espacio era una cocina-comedor. A un lado de la barra estaba la cocina, de muebles granate oscuro y encimera de madera. Estaba perfectamente equipada: nevera, lavadora, fogones, horno e incluso un lavaplatos compacto. Bajo la barra, el primer par de taburetes que hizo Rabel. Al otro lado había un sofá de tres plazas amplias color verde oliva, una butaca blanca, una mesita de centro plegable y muchas plantas. También una estufa de leña. Ni televisión ni teléfono. ¿Para qué?

Lo más importante estaba en la pared más amplia. Un altar humilde, lleno de elementos recogidos en el bosque, cubierto por un mantel de lino crudo. Dispuestas de manera simétrica, había algunas velas a medio gastar sobre sus respectivos candelabros. También un cuenco con agua y fotografías apoyadas contra la pared. Detrás de un biombo natural tenía su cama, y de aseo usaba el de la galería.

Rabel se dejó caer en el sofá. Aquel sitio le resultaba familiar y, al mismo tiempo, le provocaba una sensación de extrañeza algo punzante. Le asombraba la cantidad de cambios que había podido hacer en tan poco tiempo. Tenía claro que su tía quería darle un nuevo uso al molino una vez más, y confiaba en la habilidad de Cal·la para hacer las cosas bien y con rapidez, pero cada vez que lo

demostraba no podía evitar sorprenderse. Empezó contándole la mudanza: cómo al principio le parecía demasiado grande la casa, cómo conoció a la vecina, sus discusiones con Úrsula… Cal·la le correspondió narrándole cómo había conseguido convertir la casa del molino en aquel espacio, algún problema que tuvo con los contratistas y lo contenta que estaba con el acabado de las paredes.

Durante un rato se entretuvieron con asuntos ligeros. Ambos necesitaban bordear lo importante antes de atreverse a nombrarlo. Entre tanto, abrieron sus cucuruchos de castañas y empezaron a comer. Se respondían con frases breves, como quien guarda aquello verdaderamente pesado para el momento adecuado. Le habló de su magia —recientemente descubierta— y de cómo la había intentado usar para fines moralmente poco correctos. Pese a serle fácil de emplear, y entretenerlo durante días enteros, había una muchacha a la que no quería hechizar. La evocó con una ternura que envolvía cada palabra; el brillo cálido de su cabello dorado, la mirada amable cada vez que coincidían, y su manera tan curiosa de vestir.

—Es que viste como…, como si una sirena hubiese tomado forma humana.

Si bien quería pasar tiempo con ella, no deseaba que aquello fuese producto de la magia. Necesitaba saber que era real. Por curiosidad, Cal·la le preguntó un poco más sobre Azucena.

—La conocí por pura coincidencia, sí. Es prima de mi vecina, Dalia.

Rabel intentó disimular la atracción que sintió al principio, pero Cal·la no tardó en leer entre líneas y captar lo que se escondía tras aquellas palabras tan cuidadosamente seleccionadas por su sobrino.

—¿Y entonces *què faràs* con estas chicas?

—Siento cierta admiración por Dalia, y por Úrsula también. —La cadencia de las palabras tomaba otra línea melódica algo más seria —. No sé si lo suyo es fruto de un encantamiento que les lancé…

—Bueno, puede ser que tú lo impulsases un poquito —interrumpió, quitándole peso al asunto.

—… pero me sentiría culpable si lo rompiese.

—No te noto muy convencido.

—Siento que Dalia y yo estamos destinados a estar juntos.

—Es que lo estáis.

—Ya, pero no tiene por qué ser de *esa* manera. Azucena me da paz. Es un soplo de aire fresco; brisa marina en un día de verano.

—Alguna foto *me va ensenyar* Baladre cuando la niña era pequeñita, y era guapa, ¿eh?

En ese intercambio de frases, Rabel pronto llegó a la parte de la historia en la que se enteró, casi por accidente, de que Baladre había muerto. Y que había sido asesinada, como su madre.

Al pronunciar aquello en voz alta, notó un brillo cambiante en los ojos de su tía. Había pasado toda la vida intentando resguardarlo del mundo y de su crueldad, solo para lanzarlo al abismo que era conocer la realidad.

Ella no lo interrumpió en ningún momento. Asentía de vez en cuando, apretando un poco las manos entre sí; sostenía las castañas en las palmas más tiempo de lo normal, casi meditando. Sus ojos seguían atentamente cada gesto de Rabel, intentando reconstruir no solo lo que decía, sino cómo se sentía.

Poco a poco las frases se alargaron. La complejidad de la sintaxis iba de la mano con la creciente dificultad del asunto. Narró cómo Dalia había sido capaz de conectar todos los puntos en aquel mapa de caos y secretos. De Ilun, de que estaba intentando hacerse con el amuleto todavía, y de la tormenta. También de la visita fallida al bosque, la venta de la cabaña y, por último, del plan.

Cuando terminó de explicarse, el molino estaba en completo silencio. Cal·la había enmudecido. No podía creer que Baladre no

hubiese contado con el aquelarre en lo que sabía que iban a ser sus últimos días si nadie la ayudaba. Trataba de comprender aquella necesidad que tenía siempre de guardar secretos. La lluvia casi no se oía. El riachuelo parecía contener sus sonoros saltos de agua a la espera de una respuesta. El trino de unos pájaros se coló por la ventana, fuera de lugar, como si incluso los animales meditasen qué hacer.

Cal·la cruzó las piernas, despacio, y dejó su cucurucho en la mesa.

—Entonces has venido a pedir ayuda —dijo sin dramatismo alguno.

—Sí —asintió—. Os necesito a todas. No podemos vencer a Ilun solos.

Cal·la se levantó de la butaca. Caminó hasta la ventana y apoyó una mano en el marco. Se quedó mirando hacia el bosque unos segundos.

—El aquelarre ya no es el que fue. Algunas viven lejos, *d'altres* han hecho vidas algo distintas. Te criamos todas, sí. Era una especie de compromiso no hablado. Eras nuestra segunda familia, pero, a medida que cumplías años, íbamos ganando tiempo en nuestra primera vida. —Respiró profundamente—. Estos últimos años solamente estuvimos Baladre, Saüc y yo.

—Lo sé. De algunas casi ni me acuerdo. Pero necesitamos toda la ayuda que podamos conseguir.

—*Val.* Tengo que buscar las direcciones. Hace años que no nos vemos. Espérate *un moment*, que *anem* a avisarlas.

—Tía C, ¿crees que vendrán?

—Claro —asintió—. Hay que hacerles una visita, que *correus* a veces no llega a tiempo. Nadie quiere que ese monstruo siga suelto. Y no les va a gustar que os esté intentando hacer daño.

—¿Estás segura?

—No te van a dejar solo, ni a la nieta de Baladre.

—Gracias, de verdad.

—*No es mereixen.*

—Que sí, *tieta*, que sí. Gracias. No sabéis la falta que nos hacéis.

—Como me des las gracias una vez más vamos a tener un problema, ¿eh, *noiet*?

—Vale —rio—. Les diremos que vayan a casa de Dalia el día antes de la luna llena. Nos reuniremos con todas allí.

—Va, yo *busco per quins camins anem*, y tú haces algo de comer.

Rabel preparó un arroz caldoso con un poco de carne que quedaba en la nevera de Cal·la mientras ella buscaba su agenda con direcciones y planificaba la ruta. Después de comer, el joven fregó los platos en el rato que su tía terminó de cambiarse de ropa.

Salieron del molino relativamente temprano. Rabel tenía el corazón un poco más tranquilo y la cabeza medianamente más ordenada. No se había dado cuenta de lo tenso que había estado durante aquellos días hasta que, por fin, supo que podría contar con el aquelarre.

27
... Y ACCIÓN

La mañana del 27 de octubre no fue el sol lo que indicó que había amanecido. Hacía días que no llovía más que cuatro gotas finísimas, que humedecían el ambiente y la ropa, pero no golpeaban cristales con fuerza ni hacían derrapar coches en la carretera. Parecía que el cielo guardaba fuerzas, y descargaría toda su furia sobre el valle en el momento oportuno. La gruesa capa de nubes que cubría el cielo era apenas más clara que la noche, y la luz que se filtraba por las ventanas de casa de Dalia era de un gris lúgubre. Otra mañana más sin contornos, días que parecían ensayos de la noche.

A ella y a Úrsula les había costado dormir. Otra vez. El sueño se les escurría como agua entre los dedos y, cuando por fin conseguían hundirse en un descanso ligero, las pesadillas más atroces las devolvían a la superficie de golpe, bañadas en sudor frío, con el corazón desbocado y la respiración entrecortada. Aquella noche no había sido diferente. Se habían quedado hablando en la oscuridad, haciendo alguna que otra broma para disimular el miedo, con las piernas entrelazadas. Al final, el cansancio les ganó durante un par de horas, pero, cuando el cielo empezaba a aclararse apenas un matiz, ambas tenían los ojos abiertos.

—Parece que hoy tampoco va a amanecer —murmuró Úrsula, con voz rasposa, mirando el techo.

—Hoy solo hace falta que llegue mañana —respondió Dalia—, y que después de mañana haya pasado mañana.

Bajaron a la cocina en silencio, arrastrando ligeramente los pies. El cuerpo se les había vuelto más pesado con el paso de los días, como si llevaran capas de cansancio superpuestas. Las Nerón habían estado casi veinte días viviendo allí dentro, como si fuera un asentamiento, y los indicios de esa ocupación se multiplicaban: maletas medio deshechas apoyadas contra las paredes, bolsas llenas de materiales mágicos, más tazas de lo habitual en el fregadero, mantas mal dobladas sobre las sillas y todas las superficies horizontales cubiertas de material de estudio.

Úrsula y Dalia dormían en la habitación principal. Loto y Azucena se habían instalado en la habitación de invitados. Hortensia y Gardenia, al despertarse más temprano que el resto, habían decidido quedarse en la planta baja, usando el sofá para hacer una cama improvisada. Y estaban utilizando todas las mantas y cojines disponibles de la casa.

Dalia, curiosamente, sentía alivio al ver aquel desorden. Le alegraba que el delirio fuese colectivo.

Hortensia estaba ya en pie, como cada mañana, revisando una libreta con extrema concentración, sentada a la mesa del comedor. Tenía el pelo recogido en un moño torcido hecho de cualquier forma, y sus gafas de lectura, a medio deslizar en la punta de la nariz. Gardenia, aún en bata, removía una infusión en una cazuela pequeña sobre el fogón. El vapor que desprendía, con olor a manzanilla, menta y anís, impregnaba la cocina. Dalia recordó que llevaba días viéndolas así, madrugando más que nadie, comprobando listas, corrigiendo fórmulas, ajustando encantamientos.

—Buenos días. —Dalia apoyó las manos en la pared para mantener el equilibrio.

—Buenos días, mi niña —respondió Gardenia—. ¿Infusión?

Úrsula, con su pelo azabache enmarañado y las pantuflas en el pie que no tocaba, levantó las cejas.

—Dime, por favor, que es un hechizo que me va a devolver mágicamente todas las horas de sueño que me faltan.

—Ay, reina —rio Gardenia—, que yo hago magia, no milagros.

Dalia se sentó a la mesa de la cocina. Recordó, sin querer, el primer día de preparación, cuando todo eran dudas, nervios y papeles desordenados. El caos había encontrado, poco a poco, una especie de estructura. Cada una había averiguado su función sin necesidad de que nadie se la asignase. Había sido un proceso agotador, sí, pero también extrañamente gratificante.

Azucena apareció en el umbral justo cuando Gardenia empezaba a servir las infusiones. Tenía la cara algo hinchada de dormir mal y ojeras marcadas, pero la mirada atenta, preparada. Úrsula se acercó a la alacena y añadió una taza más sobre la mesa, para ella.

—Buenos días —murmuró Azucena—. ¿No hay café?

—Nada de café —sentenció Gardenia, cazuela en mano—. Primero la infusión, y luego ya veremos.

Su sobrina no protestó. Gardenia les recordó las discusiones de los primeros días, cuando Azucena y Dalia querían hacerlo todo deprisa, saltarse pasos. No se requirieron sermones para que comprendiesen que, en ese camino, no había atajos. Las mayores de la familia no cedieron ni un poco. Los tempos del proceso eran inamovibles.

Convencer a Narciso había sido un proceso arduo, más largo de lo que Azucena esperaba, pero coordinarse con los nuevos dueños de la cabaña resultó sorprendentemente fácil. Logró hacerse con todas las cosas de la abuela: libros y cuadernos, frascos, velas, minerales,

figuritas de madera, así como las acuarelas de las paredes y los bordados decorativos. Dalia sonrió, agotada, al llenar una caja únicamente de tarros de mermelada todavía sellados, de su última tanda de conservas. Un último recuerdo dulce de la abuela. Recoger las pertenencias de Adelfa de aquella cabaña era parte de un duelo que llevaban tiempo aplazando. Volvieron al pueblo con el coche cargado. Cajas etiquetadas llenas de chismes, cachivaches y trastos.

Fue entonces, entre páginas de recetas, notas sobre fases lunares y apuntes de plantas venenosas, cuando encontraron un hechizo que tal vez ayudase con todos los eventos de la luna llena; un hechizo capaz de cegar a alguien. No dañarle los ojos directamente, sino anular los sentidos de la víctima del hechizo el tiempo suficiente como para huir o atacar. La letra de Adelfa era firme en esas páginas, pero el tono de sus anotaciones dejaba claro que ese hechizo no era cualquiera. Lo había probado.

—¿Lo has vuelto a leer? —le preguntó Dalia a su prima, sacándola de sus pensamientos.

—Un par de veces más antes de bajar —respondió Azucena, sujetando su taza.

Se acercó a los cuadernos que había sobre la mesa de la cocina y los miró por encima. Abrió uno casi por inercia, por si había algo que se le hubiera escapado. Dalia se puso a su lado e inspeccionó también la libreta, apoyando la barbilla en el hombro de su prima. Nada novedoso. Azucena se sacó un papel anotado a mano del bolsillo izquierdo de su bata. Había copiado una especie de estrofa del hechizo para cegar a alguien. Curiosamente, no tenía una lista de materiales ni instrucciones sobre el procedimiento. Ningún símbolo que dibujar, nada que trazar en el aire con una varita, ni hierbas que quemar. Simplemente una letra y una tonalidad. Era evidente que estaba destinado a ser cantado.

Ull que mira, ull que es tanca,
boira negra, boira blanca.
Cega la vista i opaca la pupil·la
si és dolent l'ull que mira.

Adelfa había subrayado aquella estrofa entre los infinitos versos que tenía el hechizo. Estos eran los destinados a opacar directamente la mirada de alguien que únicamente tiene malas intenciones. Azucena se había pasado noches murmurando el estribillo e intentando encontrar la cadencia correcta y el ritmo, sin conseguir que encajara del todo.

—Tranquila —dijo Dalia al ver el gesto de preocupación en la cara de su prima—. Hoy se lo enseñaremos a Rabel.

Gardenia asintió, de acuerdo con la sugerencia de Dalia. Seguro que el joven era capaz de encontrar la melodía que hiciese funcionar el hechizo.

A media mañana, el timbre sonó por primera vez. Luego ya no dejó de hacerlo.

Primero llegaron Cal·la y Saüc, un poco por sorpresa, acompañadas de Rabel. Cal·la llevaba una bufanda enorme enroscada varias veces alrededor del cuello, como si fuera parte de su anatomía, alterando su silueta por completo. Bajo el brazo sujetaba una carpeta de dibujos desgastada por las esquinas que parecía a punto de desbordarse. Su cabello indisciplinado caía en mechones desiguales alrededor de su cara, y sus ojos intensos miraban llenos de una curiosidad feroz. Tenía ese aire ligeramente excéntrico de quien se mueve cómoda en el borde del caos. Saüc, en contraste, ofrecía una presencia más serena y contenida. Se había recogido el pelo en una trenza larga y pulcra que le descendía por la espalda, subrayando la línea firme de su postura. Vestía un abrigo verde oscuro de corte recto, práctico y sobrio, confeccionado

en una lana gruesa que ya había resistido muchos inviernos. Debajo asomaba una camisa clara bien planchada y un jersey fino de cuello en pico. Su rostro transmitía calma y atención, una expresión analítica que invitaba a confiar.

—Hola, buenos días —saludó Dalia emocionada, abriendo la puerta—. Pasad, sí, sí.

—Encantada, soy Cal·la. —Se desenrolló la bufanda y miró a su amiga esperando que se presentase.

—Y yo, Saüc.

—Tú *deus ser* Dalia, que nos ha hablado Rabel de ti.

—¡Sí, soy yo, sí! —Sonrió, agradecida e incrédula, viendo que el plan parecía estar yendo tal y como esperaba, y miró al chico en busca de confirmación—. ¿Sabemos si vendrá alguien más?

—*Bon dia!* ¡Parece que sí podrán venir todas!

Poco después llegaron Benda y Galerina juntas. Benda era alta y algo desgarbada, con el cabello negro surcado por mechones grises que escapaban sin orden bajo un gorro de lana calado hasta media frente. Tenía la piel bronceada por el sol y manos sólidas, de esas que delatan una vida entera trabajando la tierra. En su porte había algo distraído, casi etéreo. Las gafas redondas, un poco torcidas, le agrandaban los ojos. Parecían darle la capacidad de ver más allá de lo evidente. Su manera de moverse era lenta, y al hablar parecía escoger las palabras con solemnidad. Galerina, en cambio, era menor de estatura. Su pelo anaranjado reposaba justo encima de sus hombros delgados. Vestía ropas amplias y bohemias en tonos tierra que dejaban lucir aún más su abundante joyería. Colgantes de cuarzo, perlas, trenzas de cuero con cuentas de lapislázuli, pendientes de cornalina y brazaletes con ámbar engastado. Ambas cargaban bolsas de tela rebosantes de utensilios, botes, libros,

plantitas, anotaciones y todo lo necesario para posibles «y sis», «peros» y «esques».

Ixe había salido de madrugada. La carretera aún retenía el frío de la noche cuando dejó atrás su casa y se adentró en las montañas, rumbo al valle. Sobre la moto, sentía el aire húmedo colarse por el cuello de la cazadora y cambiar su olor al aproximarse al río. Al acercarse al pueblo, a ambos lados del asfalto, los campos de cultivo ya recogidos dejaban ver la piel desnuda de la tierra. Aparcó su moto frente a la puerta y tocó el timbre. Tenía una presencia imposible de ignorar; alta y estilizada, de piel pálida y gesto sereno, con el cabello negro cayéndole por la espalda como un velo. Sus labios oscuros dibujaban una línea severa, y sus ojos, marcados por sombras profundas, observaban el mundo con una calma inquietante. Llevaba una cazadora de cuero antigua que había recosido a mano. Entre las costuras había bordado algunos símbolos mágicos que Dalia reconoció tras mirarlos un par de veces.

Ruda y Cualbra llegaron por separado minutos después de que Ixe se sentase en el sofá. La primera había hecho el camino desde la costa, alejándose del mar a primera hora, cuando no se distinguía bien dónde acababa el agua y empezaba el cielo. Atravesó la sierra litoral por una carretera de curvas vertiginosas con una subida pronunciadísima. El tramo de descenso de la carretera desembocaba directamente en el pueblo. Al entrar a la casa dejó una mochila que parecía pesar más que ella. Tenía el porte de quien había vivido sin pedir permiso: menuda y firme, con el cabello claro recogido de cualquier manera y mechones rebeldes enmarcándole el rostro. Vestía prendas amplias y gastadas, cómodas pero igualmente elegantes. Caminaba con una seguridad tranquila, casi burlona. Sus ojos, vivos y penetrantes, parecían medirlo todo al instante. Daba la impresión de saber siempre un poco más que el resto.

Cualbra, por su parte, partió de su aldea todavía envuelta en la niebla del amanecer, subiéndose al primer autobús con el frío agarrado a los tobillos. El trayecto serpenteó entre colinas y campos desde el interior de la comarca hasta una villa termal donde el aire olía a agua caliente y piedra húmeda, con notas ligeras de azufre. Allí cambió de línea, sentándose cerca de la ventana mientras el paisaje se volvía más urbano y denso. El tercer y último trayecto fue breve, desde la parada de buses del centro de la ciudad hasta la avenida del pueblo. Llegó a casa de Dalia arrastrando una maleta pequeña de ruedas. Su presencia era amable y contenida. Estatura pequeña, hombros estrechos y una postura ligeramente encorvada. Vestía con pulcritud, prendas sencillas y algo anticuadas en tonos suaves, y llevaba el cabello castaño recogido con cuidado. Su mirada atenta parecía moverse con una curiosidad constante mezclada con una pizca de preocupación. Sonreía con facilidad, aunque en su gesto había una cautela persistente.

La casa de Dalia se fue llenando de voces superpuestas, de pasos que iban y venían, de abrigos colgados en pomos, respaldos de sillas y puertas entreabiertas. Las botas mojadas se acumulaban junto a la entrada, formando pequeños charcos que olían a tierra. Besos en las mejillas, manos que se buscaban y exclamaciones derivadas del reencuentro. Perfumes distintos que se mezclaban. También plenitud de risas nerviosas, breves y agudas, que surgían como un mecanismo de defensa, tratando de disimular aquella inquietud que compartían todas.

En total catorce brujas: Dalia, Úrsula, Azucena, Gardenia, Loto, Hortensia, Cal·la, Saüc, Galerina, Ixe, Benda, Ruda, Cualbra y Rabel.

Técnicamente más que suficientes para ganar terreno a Ilun.

El chico había pasado la semana preparando las habitaciones de su casa a las que todavía no había dado ningún uso. Por un par de

noches, todas las brujas iban a necesitar un lugar donde dormir, aunque fuese una habitación compartida. Había subido colchones a los cuartos y al altillo, y rescatado mantas de los armarios de Dalia. También había encontrado una lámpara curiosamente barata en una tienda de segunda mano y la había instalado en la habitación menos iluminada. No estaba acostumbrado a tener a gente en casa, pero le resultaba extrañamente natural que, en ese momento, la vivienda que le habían regalado para que «dejara de estar solo» se convirtiera en el refugio de las mujeres que lo ayudaron a existir.

—Tienes cara de cansado —le dijo Cal·la mientras lo saludaba con un abrazo.

—Estoy bien —respondió Rabel automáticamente.

—Mentira. Pero ya lo arreglaremos. —Le dio una palmadita en el brazo.

Azucena fue directa a él, con su trozo de papel con la copia del hechizo de Adelfa.

—Mira, Rabel —lo miró a los ojos—, necesito un favor enorme —dijo, sin rodeos.

—Pensaba que ya había hecho suficiente —respondió irónicamente, sonriendo a la vez que señalaba con la mirada el comedor lleno de gente.

—Sí —se sonrojó—, bueno, necesito otro favor…

—Lo que quieras, Azucena.

Le encantaba el sonido de su nombre en los labios de Rabel.

—He encontrado esto. —Le dio el papel—. ¿Ves? Es un hechizo para cegar a alguien. Será perfecto para cegar a Ilun.

—¿Esto lo ha escrito Adelfa?

—Sí, pero no había ninguna partitura en el cuaderno. Solo ha apuntado que está en la menor melódico.

—¿Y qué quieres que haga con esto?

—Que le encuentres la melodía. —Sus ojos suplicaban por ella.

Rabel examinó las cuatro líneas escritas. Leyó aquel estribillo en silencio. Luego en voz baja. Dejó que las sílabas se le acomodaran en la boca.

El ritmo estaba ahí, escondido. Las palabras tenían ya una cadencia propia, una manera natural de resolver la rima, una especie de golpe interno que indicaba sutilmente la dirección de las curvas que debía formar la melodía. Solo tenía que escuchar. Solo era necesario recordar cómo cantaba el aquelarre en las noches de luna llena de hacía décadas.

—Puedo intentarlo —dijo.

—Si hace falta, te ayudo con la armonización —dijo Úrsula desde el comedor, sin levantar la vista de los apuntes de Hortensia.

El salón se fue transformando en un centro de operaciones. No hizo falta que las brujas invitadas se presentasen más allá de decir sus nombres. De una manera u otra se conocían. Eran prácticamente familia.

Dalia extendió un mapa del valle y el bosque sobre la mesa, marcando puntos clave de la hidrografía con un bolígrafo semiopaco de color rojo. Gardenia y Benda se adueñaron de la cocina, preparando infinidad de líquidos, pócimas y tinturas que podían llegar a ser útiles en algún momento. Úrsula observaba todo aquel movimiento con paciencia y gratitud; aunque algo vertiginosa, agradecía toda aquella ayuda. No quería perder a su querida hechicera, y toda precaución le parecía poca. La casa, que siempre le había parecido grande para la joven, y luego para ellas dos, en ese momento parecía del tamaño justo. Cada rincón lleno de vida.

—Es como un ensayo general —murmuró Úrsula, apoyándose en el hombro de Dalia y abrazándola por la cadera.

«Mañana no habrá ensayo, solo función», pensó la bruja. No quiso decir nada. No quiso romper aquel momento dulce.

La luna, aunque invisible tras el manto de nubes y la luz del sol, estaba ahí. Acercándose a su plenitud. Se notaba en el aire. Su energía se acumulaba bajo la piel. Las velas que habían encendido ardían con más fuerza. El reloj de la cocina marcaba las horas con un tictac insistente. En algún instante, mientras las brujas del bosque hablaban con las Nerón sobre la estructura del ritual, Dalia se tomó un momento para admirar toda la belleza y la unión que había sido capaz de crear Adelfa.

Pasaron el resto del día juntas, ultimando detalles, rematando las puntadas del gran tejido que era aquel plan. Todas tenían un papel que desarrollar. Se movían por la casa en una coreografía casual que parecían saber a la perfección. Sin necesidad de preguntar, cada una conocía qué debía retocar; qué pieza del puzle tocaba mover.

En el comedor, todos los papeles se llenaban de anotaciones nuevas. Añadían notas adhesivas a los cuadernos de Adelfa. Subrayaban. Marcaban con flechas. De vez en cuando, alguna risa estallaba sin motivo aparente y se apagaba igual de rápido al volver a concentrarse. A veces se descubrían mirándose de reojo, conscientes de que cada decisión podía marcar una diferencia abismal al día siguiente. Hortensia seguía el ritmo de trabajo sin poder deshacerse del todo de su preocupación latente. Su hija pudo notarlo, y le ofreció una mirada de comprensión.

Rabel desapareció un par de horas y añadió un hilo sonoro al momento. Curiosamente, a Úrsula y a Dalia no les pareció irritante aquella nueva canción. Volvió con la guitarra a la espalda y un gesto diferente en la cara. No podía rezar lo suficiente por haber encontrado la melodía correcta. Azucena no paraba de darle las gracias, y le ofreció una caricia llena de significado en la espalda.

Hacia la tarde el cielo se cerró un poco más todavía, si es que eso era posible. A medida que las horas se desgranaban, todas fueron aceptando, con una calma peculiar, que el fin de todo aquello se acercaba. Y no sabían en realidad cómo iba a ser, pero fuera cual fuese lo iban a enfrentar juntas.

Y, solo por eso, aquel día largo y gris ya fue un poco menos oscuro.

28
EN EL BOSQUE

El bosque la estaba esperando.

Cuando Rabel detuvo el coche junto al arcén de tierra húmeda, el sol apenas se dejaba ver, escondiéndose a través del poco horizonte que no tapaban las nubes ennegrecidas. Aquel día había sido arduo y todo el mundo estaba a la espera de que llegara el final. Pedían en silencio que la preparación del día anterior hubiese sido bastante. La luna llena, oculta tras capas turbulentas, dejaba escapar destellos irregulares. Cuchillas de luz pálida cortaban las copas de los árboles marrones. La tormenta seguía esperando el momento idóneo para estallar, pero su aliento helado ya se movía entre las ramas.

Dalia abrió la puerta con las manos temblorosas.

¿Frío?

¿Nervios?

Desde fuera, el bosque parecía una única masa. Un muro. Un ser vivo, palpitante, que se recogía sobre sí mismo. En el preciso instante en que puso una bota en el suelo, algo dentro de ella cambió de ritmo. La respiración se le calmó. Su latido se sincronizó con el crujido de las hojas, movidas por el viento.

«Estoy aquí», pensó.

—Te acompaño un poco —dijo Rabel desde el interior del coche, con un brazo apoyado en el volante.

Dalia negó despacio.

—Ve con ellas. No llegues tarde.

Hubo unos segundos en los que él se dedicó a observarla sin moverse. La luz turbia del cielo le dibujó sombras extrañas en el rostro. Rabel aceptó finalmente las órdenes de Dalia y dio media vuelta. Sabía que no la podía proteger si no era con la ayuda del resto. Bajó una ventanilla.

—Si el bosque te habla —susurró—, escúchalo.

Ella no contestó. No sabía si tendría fuerzas para seguir al bosque. Mucho menos para obedecerlo si reclamaba alguna cosa a cambio. Rabel no insistió. Solo la miró un instante más, queriendo memorizar su rostro antes de que terminase de caer la noche. Luego pisó el acelerador.

Dalia se quedó sola.

O tal vez no.

Dio un par de pasos hacia la frontera de árboles, acercándose con cautela. Puso sus manos sobre un tronco curvado y frío, y cerró los ojos. Saludó en voz muy baja, por si alguien más estaba escuchando. Avanzó un pie. Luego otro. Quería ir con cuidado, no irrumpir. El bosque entonces la envolvió de la misma forma en que se recibe a alguien que regresa a casa después de estar lejos durante demasiado tiempo. El viento no soplaba de manera uniforme; parecía girar alrededor de ella, estudiarla, reconocerla. Las hojas de los árboles se movieron con un temblor suave, saludando.

Decidió sentarse y esperar alrededor de media hora; tiempo suficiente como para permitir que Rabel llegara a casa y pudiese empezar a hacer magia. Recostó la cabeza en unas raíces toscas que sobresalían de entre la hojarasca y alzó la vista. La negrura del cielo parecía moverse. Estaba expectante. Tenía suerte. El bosque la había reconocido, a ella y a sus pasos. Y, quizá, también reconocía

en ella la sombra de Adelfa, o el destino que la había conducido hasta ese momento.

Mientras tanto, lejos de ese punto exacto donde un rayo de luna conseguía rozar el suelo, el coche de Rabel descendía como una flecha por la carretera. Las curvas se sucedían bajo los neumáticos, iluminadas por los faros, demasiado tenues para la densidad de la noche. En mucho menos tiempo del que calcularía cualquier aplicación GPS para aquel trayecto, Rabel llegó al pueblo. Aparcó el coche de cualquier manera delante de su vivienda y entró a por la guitarra rápidamente. La habría dejado en la casa vecina, pero se la había llevado a altas horas de la madrugada para perfeccionar alguna que otra cadencia.

Dentro del hogar de Dalia, las brujas se habían reunido. El lugar estaba irreconocible, prácticamente convertido en un templo. Hicieron un huequecito a Rabel en cuanto llegó. Las velas estaban encendidas, y las ventanas, cerradas. En el centro del círculo que formaban las trece brujas había una vela modelada a mano por Galerina aquella misma mañana. Tenía forma de ojos. La encendieron entre todas con los cirios que empuñaban, con una coordinación sorprendente. Parecía que llevaban toda su vida —y parte de la anterior— trabajando juntas. Rabel afinó rápido y empezó a tocar una progresión de acordes bastante simple. Solamente dos. Con ese par de grados había musicado el hechizo. Un vaivén hipnótico.

Empezó a cantar, y todas cerraron los ojos. No había tiempo que perder.

Ull que mira, ull que es tanca,
boira negra, boira blanca.
Cega la vista i opaca la pupil·la
si és dolent l'ull que mira.

En el bosque, entre las hayas, Dalia pudo sentir el inicio del ritual. Una vibración mínima le erizó los brazos. Si se concentraba lo suficiente, podía escuchar el canto de Rabel. Se incorporó y se sacudió los pantalones. Respiró hondo y empezó a avanzar despacio. Dejaba que el sendero eligiera dónde pondría sus pies. El suelo mullido parecía cambiar por momentos, ideando la mejor ruta hasta donde debía llegar, tejiendo el camino a medida que avanzaba. La luz lunar le iluminaba la cara. A cada paso, la sensación de que el bosque respiraba con ella —y ella con el bosque— se hacía más clara.

«Estoy lista», pensó. Aunque no estuviera del todo segura. El bosque pareció asentir al oír aquella afirmación. Las hojas se estremecieron. Al bajar la vista un momento para ver dónde estaba poniendo los pies, notó claramente que el sendero ya no era el mismo por el que había entrado. Los márgenes del camino eran un poco más estrechos, y las curvas, diferentes. No podía ver la salida del bosque pese a haber entrado a tan solo unos metros de ahí. Dalia avanzó con respiraciones largas, prestando atención a cada ruido y cambio de luz. No había dejado de tener miedo; había decidido caminar de la mano con él.

La tierra húmeda cubierta de hojas mojadas absorbía el sonido de sus pasos por completo. Por encima de su cabeza, las ramas se entrecruzaban, formando arcos irregulares que filtraban la poca luz que conseguía pasar entre las nubes. Sabía que, si fijaba la vista entre los troncos del bosque, empezaría a ver siluetas, figuras deformadas, contornos de animales. Prefería no hacerlo. Solamente necesitaba encontrar a Ilun. A medida que avanzaba, podía notar cómo las voces de las brujas que trabajaban desde su casa se hacían más y más fuertes. Eran como hilos que le tiraban de la espalda y la mantenían anclada a un punto fijo en el mapa.

Se intentaba repetir a sí misma que no estaba sola, aunque las marcas de huellas en aquel sendero dijeran lo contrario.

Las primeras gotas gruesas comenzaron a caerle en la cara. Las nubes llevaban esperando aquel momento demasiado tiempo. Golpearon las copas de los árboles con un sonido seco. Poco después, un latigazo blanco partió el cielo como si de un cristal se tratase. El rayo iluminó todo el bosque por un instante, revelando así troncos retorcidos y una infinidad de naturaleza espesa. En el mismo instante de la descarga, un trueno agitó todo lo que se encontró a su paso. Las cortezas de los árboles crujieron, y Dalia no pudo evitar contener la respiración. De repente, la lluvia modificó su trayectoria hasta el suelo, cayendo en ráfagas laterales, empujada por un viento que se le enroscaba en las piernas como si tratara de desviarla del sendero. No terminaba de entender cómo la tormenta era capaz de caer con tal fuerza en una zona tan tupida del bosque. Cada gota dolía al impactar. Se puso la capucha del chubasquero rápidamente, aunque no sirviera de mucho, y comprobó el doble cierre de cremallera y botones. Si hubiese cogido un paraguas, el viento habría roto las varillas.

Otra descarga eléctrica le permitió ver, por un instante, con más claridad. Justo entonces crujió una rama; no muy lejos, pero tampoco cerca. Era un sonido que no podía atribuir a la tormenta.

Ilun estaba allí.

Podía sentirlo.

Desde casa de Dalia, las brujas trataban de cegar al hombre. Sus respiraciones se sincronizaron. Debían concentrarse en él antes de apagarle los ojos. Rabel cantaba en bucle la misma tonadilla, como un mantra, mientras ellas hacían su magia. La llama de la vela central, con forma de ojos, empezó a parpadear rápidamente, indicando que habían conseguido focalizar bien su energía. En ese

momento aquella vela era los ojos de Ilun. Dejaron que la propia cera cayese sobre la talla, tapando con gotas la zona esculpida que simulaba las pupilas del hombre.

Entonces todas empezaron a cantar.

Hortensia mezcló ceniza de romero con aceite de ciprés en un bol de barro que había pertenecido a Jacinto. Las yemas de sus dedos trazaron símbolos en la frente de todas, y también en el centro del pecho. Loto sostenía entre las manos un cuenco de agua de uno de los arroyos que regaba el bosque. Azucena, que había permanecido en silencio toda la tarde, se acercó al altar con uno de los cuadernos de su abuela contra el pecho. Lo abrió por la página correcta al primer intento. El lomo de piel ya se había doblado por ese lugar de tanto consultar el ritual. Cal·la y Saüc se encargaban de proteger activamente todo el proceso. No era suficiente con un círculo mágico, ni con invocar a los elementos. Con movimientos lentos trazaban líneas invisibles ayudándose de sus varitas de espino. Benda, Galerina, Ruda, Ixe y Cualbra sostenían recuerdos y objetos personales de las difuntas. Un colgante, un brazalete, una cruz…

Úrsula observaba atentamente desde dentro del ritual, intentando concentrarse y controlar su energía mientras los nervios la consumían por dentro. Se arrepentía de no haberle hecho más preguntas a Dalia cuando ella se ofrecía a enseñarle. Si algo salía mal, iba a pasarse el resto de su vida echándose la culpa a sí misma y a su inexperiencia. Pero si se quedaba de brazos cruzados tampoco se lo podría perdonar. Quería formar parte, aunque no tuviese un papel importante dentro del ritual.

Loto levantó la mano y el murmullo de las brujas se disipó por completo.

—Ahora sí —decretó.

Cada una, desde su lugar en el círculo, empezó a soplar en dirección a la vela con forma de ojos, ya bastante desfigurada. Se apagó al instante. Ilun no podía ver a Dalia. Esperaban que aquello fuese suficiente para que ella hiciese el camino segura.

En el bosque, la bruja volvió a respirar hondo, intentando calmarse. Solo le quedaba confiar en que la canción de Rabel fuese tan efectiva como las anteriores, y así poder cegar al hombre durante la noche.

A pesar de la furia del cielo, que amenazaba con perforarle cada centímetro de la tela de su chubasquero, el bosque la acogía. No con suavidad, sino con la energía de una madre que debe proteger a su hija.

La primera señal fue el cambio de aire. Entre un trueno y otro, una ráfaga húmeda cargada de olor a junco, tierra abierta y raíces mojadas. La segunda señal fue algo más sutil. El camino, que parecía perderse entre charcos lodosos, se volvió más firme bajo sus pies. Las ramas que amenazaban con golpearle el rostro se deslizaron apenas unos centímetros hacia arriba. La luz temblorosa de luna perforó a la perfección el tejido de copas sobre su cabeza, iluminando el camino frente a ella.

El trueno volvió a estallar, esa vez tan brutal que le retumbó en la caja torácica. Las hojas volaron a su alrededor como un enjambre de sombras. Tuvo que cubrirse el rostro con el antebrazo cuando una ráfaga particularmente violenta empujó las ramas que el bosque había apartado hacia ella con la fuerza de una ola rompiendo contra las rocas.

Aun así, no retrocedió.

Cuanto más se acercaba al corazón del bosque, más intensa se volvía la lluvia. No entendía por qué era necesario provocar una tormenta para atacarle y dificultarle la travesía cuando sabía que

Ilun, por sí solo, no sería capaz de encontrar el amuleto. Es decir, tal vez si la dejaba avanzar sin problemas, ella lo llevaría rápidamente hasta el lago. ¿De qué servía aquello? ¿Qué esperaba? ¿Cansarla? ¿Asustarla, tal vez?

Había momentos en los que no veía a más de medio metro de distancia. La noche en torno a ella se había vuelto líquida.

El bosque, firme, le mostraba el camino.

Un tronco caído le sirvió de puente natural sobre un barranco inundado. Abajo, el agua chocaba contra las rocas y las ramas que se habían desplomado, formando olas que parecían ir a por ella. Había ruido por todas partes. Hojas agitadas, troncos que se partían, gotas golpeando con fuerza todo lo que encontraban a su paso. Sin embargo, dentro de todo aquel caos, Dalia pudo distinguir el sonido de la lluvia cayendo sobre una masa de agua más grande. El lago. Estaba cerca.

Las brujas, desde el pueblo, no perdían ni un segundo. Loto arrojó al centro del círculo un puñado de mezcla de cenizas y tierra de los cementerios donde estaban enterradas las personas que querían invocar. Las velas que sostenían en las manos brillaban firmes. En la ceniza caída dibujó, con la punta del dedo índice derecho, un símbolo lleno de espirales y líneas. Tenía una simetría perfecta. No era la primera vez que lo empleaba, eso estaba claro. Los relámpagos dominaban ya también el cielo del pueblo. Úrsula se fijó bien en aquel símbolo, que casualmente tenía una espiral por cada fallecida que estaban a punto de invocar. Azucena lo reconoció enseguida. Era uno de los símbolos pintados en el cuaderno de necromancia de la abuela.

El aire de la sala empezó a fluir de una manera distinta cuando Loto terminó su dibujo. Era algo más ligero, lleno de una corriente de aquella paz que solo conoceremos cuando pasemos al otro lado.

Las velas que sostenían empezaron a parpadear, alegres. Las llamas danzaban sincronizándose. Rabel cantó otra melodía, que había ideado para invocar a aquellos espíritus y facilitarles el tránsito. Todas tomaron aire y empezaron a cantar, entonándola y armonizando con él. Tenía intervalos disonantes, frases que respiraban solas. Las voces encajaban en capas que, superpuestas, formaban un caleidoscopio sonoro.

Las velas se alargaron. El aire cambió de temperatura. Estaba funcionando.

29
LAS GOJAS

Dalia dudaba de sus capacidades, y también del porcentaje de éxito del plan. Sabía que estaba a punto de llegar al lago. Podía sentirlo. Pero necesitaba ayuda desde el otro lado. Cuanto más se acercaba a aquel inmenso cuerpo de agua, menos tiempo quedaba para enfrentarse a Ilun. Rezaba para que pudiesen cegarlo el tiempo suficiente como para coger el amuleto y salir corriendo; que las gojas que protegían aquel paraje fuesen capaces de derrotarlo. Tenía claro que lo único que la mantenía con vida era su capacidad para ser guiada por el bosque, y que la responsabilidad de acabar con la bestia recaía únicamente sobre ella. Aun así, no podía negarse a aquello más probable; en cuanto llegase al lugar, pasaría a ser una víctima más de su colección.

Unos pasos más.

Vio el reflejo de la luz de luna sobre el agua revuelta del lago entre los troncos de los árboles. El bosque la había llevado hasta aquel lugar cuidándola de la mejor manera posible. Había intentado desviar los vientos, camuflar sus pasos, pero no podía hacer más. Las ramas se agitaron a modo de disculpas; unas disculpas que Dalia todavía no entendía.

El claro era un cuenco natural, rodeado por árboles que parecían sostener el cielo y separarlo de la tierra. La luna llena era apenas un

respiro entre la tormenta, pero, cada vez que una nube se movía, la luz rebotaba contra la superficie. Un espejo que guardaba el mayor de los poderes.

Dalia dio un paso hacia la orilla. Allí las vio. Las gojas. Las tres la recibieron suspendidas a pocos centímetros de la superficie. Iban cubiertas por túnicas finas tejidas con la mismísima luz plateada de la luna. Eran mujeres, pero a la vez espejismos, y también agua. No había una sola línea fija en sus contornos. Sus rostros, serenos y luminosos, la miraron fijamente.

Aquellas guardianas tenían memoria, y sabían exactamente quién era la joven que acababa de entrar en su dominio.

—Adelfa… —susurró una de ellas, con una voz ondulante.

Dalia negó con la cabeza.

—No… No eres ella… —corrigió la segunda—, pero llevas su mirada en tus ojos.

La tercera levantó la mano izquierda y señaló la profundidad del lago. Bajo la superficie, apenas distinguible, palpitaba un reflejo dorado. El espelir.

Todos los pensamientos que no había tenido durante el camino hasta el lago invadieron su mente como un tsunami.

—El espelir —dijo para sí—. El mismo que escondió mi abuela aquí hace años.

Dalia sintió el pulso del amuleto dentro del pecho, como si respondiera a su presencia. Empezó a avanzar, bordeando la orilla. No hubo tiempo para nada más. El bosque lanzó un aviso breve, una vibración profunda.

Anunciando su llegada.

De la sombra más oscura entre los troncos emergió Dalia. *Otra* Dalia. Como si el propio paisaje la hubiera exhalado. Había tardado exactamente lo mismo que ella en alcanzar el lago, aunque desde el

extremo opuesto de aquella gigantesca masa de agua. No podía haberla seguido. El bosque había confundido a ese ser con la Dalia auténtica, y parecía haberse dado cuenta demasiado tarde.

Los ojos de ave rapaz en medio de aquella cara tan familiar, abiertos y atentos, destellaban con una lucidez cruel. No habían sido cegados del todo; apenas velados, multiplicaban la poca luz del ambiente. Bajo la luz de la luna llena comenzó la mutación. Pronto reclamó de nuevo su forma.

Aquel cuerpo final no obedecía a una lógica única. Era de una estatura imponente, e irradiaba una fuerza física excesiva para lo poco que necesitaba ejercerla. No era humano en su forma, ni tampoco animal. Su silueta se quebraba en ángulos imposibles, invadida por rasgos animales que afloraban y se desvanecían al ritmo de su respiración. Era una superposición de especies, un ser atrapado entre estados. Su ceño, perpetuamente fruncido, parecía tallado por décadas de rencor. Su espalda estaba encorvada por el peso de los años, o de las numerosas transformaciones, y hacía su figura todavía más inquietante. Plumas negras y afiladas le enmarcaban la cara a modo de cabello, y descendían por su ancho cuello, formándole una especie de capa sobre los hombros. Sus brazos de piel tosca terminaban en unas manos grandes y afiladas, como garras. Las piernas no seguían una proporción humana; eran anchas, cubiertas de plumas negras.

Quién podía saber si su apariencia había sido meticulosamente diseñada por él y asimilada mediante un hechizo, o si no era más que el resultado inevitable de años aterrorizando el valle. La tormenta se deformaba a su alrededor; la lluvia lo rodeaba sin osar mojarle el plumaje. El hechizo no había sido suficiente. Las brujas habían conseguido nublarle parte de la visión, sí, pero Ilun podía

sentir el miedo. Podía oler la magia. Y gracias a sus sentidos, y a la confusión del bosque, la había encontrado.

—Tanto tiempo buscando este sitio… —susurró él, satisfecho—. Por fin he llegado.

Su voz era filosa. Las gojas avanzaron, defensivas, interponiéndose entre él y Dalia. Su piel brillante se volvió cegadora.

—No —dijo una de ellas, con una firmeza poco propia de un ser con su apariencia.

Ilun sonrió.

—Sois agua. Adelfa no pensó demasiado al dejaros a cargo de algo tan importante.

El ataque fue inmediato. El hombre alzó la mano derecha y apresó un haz de luz lunar. Acto seguido, con un giro rápido de muñeca, susurró un encantamiento ininteligible y curvó la luz en su dirección. La figura líquida de una de las gojas tembló antes de quedar completamente congelada y hundirse hasta el fondo del lago, dejando su túnica a la deriva en la superficie. Dalia lanzó un grito, presa del pánico. Jamás había visto una muestra de poder semejante.

Las otras dos criaturas se lanzaron sobre Ilun como cauces desbordados, invocando columnas de agua que se alzaban y se cerraban sobre él, tratando de envolverlo, asfixiarlo, disolverlo en su propio elemento. Eran poderosas, sí, pero no lo suficiente.

Él las apartó con una facilidad casi insultante, como quien rompe una corriente con la mano. Sujetó a una de ellas por el brazo y alzó de nuevo la palma hacia la luna. Un segundo rayo descendió, distinto al anterior. Era algo más denso, más lento. La luz penetró en su cuerpo de agua y comenzó a calentarlo desde dentro. La goja convulsionó. Su forma perdió cohesión mientras burbujas de vapor estallaban en su superficie. El lago siseó cuando el agua empezó a

hervir. En cuestión de segundos, su cuerpo se evaporó en una nube blanquecina que ascendió hacia la tormenta. Su túnica flotó en el aire e Ilun la atrapó antes de que tocara la tierra.

El lago respondió a aquella profanación con un rugido profundo. La tercera goja retrocedió horrorizada, pero ya no tenía margen de huida. Ilun extendió los dedos y, con un gesto seco, le arrancó los ropajes del cuerpo. Las telas luminosas se oscurecían en sus manos. Ilun se las colocó sobre los hombros, impregnándose de su poder. Despojada de su esencia, aquel ser feérico tembló, inestable, reduciéndose por momentos a una masa de agua palpitante. Entonces la bestia avanzó. No hubo hechizo ni palabra. Alzó su vuelo e inclinándose sobre ella abrió la boca. La superficie de la goja comenzó a desordenarse, atraída por una fuerza imposible. Chorros de agua se elevaron desde su forma y se precipitaron hacia él, absorbidos con violencia. Ella se retorció mientras su cuerpo adelgazaba, deshaciéndose en hilos líquidos que Ilun bebía sin apartar la mirada. Un gorgoteo profundo emanó desde sus entrañas.

Entonces miró a Dalia con una sonrisa torcida, que le hizo estremecerse.

—Ahora el lago me escucha a mí —dijo.

El agua se agitó, respondiendo afirmativamente. Dalia apenas podía respirar. Había anticipado aquel instante durante días, pero no esperaba tal cantidad de poder. Temblaba.

Retrocedió dos pasos, insegura. En tan solo unos minutos la balanza se había inclinado en su contra, y aquel villano lo había logrado casi sin esfuerzo. Sintió el peso del silencio. Reconocía que ese era su papel, que ella servía de cebo para luego poder atacar, pero no esperaba que todo se precipitara con tanta rapidez. El bosque estaba paralizado y el lago contenía el aliento. Vio a Ilun

llevarse la mano deformada a la parte trasera de la cadera, al bolsillo de lo que había sido un pantalón.

Conocía bien aquel movimiento. Ella lo había vivido.

Sabía perfectamente lo que venía a continuación.

Ella era la presa de aquella horrible bestia.

Brilló con la luz de la luna llena aquella daga de plata oscura con incrustaciones de amatistas y rubíes. Contrastaba con sus garras rapaces. Trazó un arco lento en el aire, impulsada por el gesto ceremonioso de Ilun. Y, tal y como en el sueño, la daga nunca se acercó a su cuerpo. No. Pero la atravesó por dentro. Una punzada brutal en el pecho que estalló ardiente y, enseguida, una enorme dificultad para respirar. El aire se le escapaba de los pulmones en un jadeo seco, inútil. La espalda se le arqueó involuntariamente, doblegada ante el dolor. Las piernas dejaron de sostenerla. Al sonido del bosque lo sustituyó un pitido agudo en ambos oídos. Notó un sabor férreo en su saliva. El cuerpo le temblaba en pequeños espasmos involuntarios. No veía más que negrura. Cayó al suelo. Oscuridad.

En la casa de Dalia todo iba sobre ruedas hasta ese momento. Las velas, las voces, las palabras y los símbolos. Hasta que algo se quebró. Primero, el silencio tuvo una resonancia aterradora. Luego, como un latigazo, las velas que empuñaban las brujas se apagaron al mismo tiempo. No había sido el viento. Alguien las había apagado. Un humo negro salió de las mechas y se onduló en el aire como unas alas batientes. Olía a hierro, a hueso quemado. Se miraron entre ellas. Sabían perfectamente lo que había pasado y quién estaba detrás de todo, pero verbalizarlo lo hacía realidad y ninguna quería lidiar con la posibilidad de perder a Dalia.

Gardenia retrocedió, Hortensia perdió el equilibrio, Azucena soltó un grito ahogado. La vela con forma de ojos se encendió sola con un

destello violento y azulado.

Algo iba mal.

Muy muy mal.

Loto se quitó de encima todos sus amuletos protectores e intentó sentir qué le pasaba a Dalia.

—Está herida —susurró, con los ojos cerrados y la voz temblorosa —. Ilun le ha hecho lo mismo que a aquella joven en San Juan.

Hortensia contenía las ganas de llorar. Sabía que debía confiar en su hija, que Adelfa le había enseñado mejor que a ella, pero su *yo* más madre le pedía salir corriendo hacia el bosque.

—No podemos dejarla sola —dijo Cal·la.

—Debemos ir —clamó Hortensia, con dificultad, para que no se le rompiese la voz.

Rabel intervino con una dosis de realidad bastante amarga.

—Por mucho que pisemos el acelerador, nos va a ser imposible llegar a tiempo. Pero podemos enviar *ya* a quienes sí pueden llegar. No tenemos que esperar más.

—Sí, llamemos a todas, como dijimos —apuntó Azucena.

Las brujas se miraron y tomaron una decisión sin intercambiar palabras. Salieron al exterior y repitieron el mismo proceso de la invocación, ya con un poco más de prisa. Sobre el símbolo lleno de espirales empezaron a construir una pila de ramas y hierbas secas. Invocaron todo el poder de la luna, madre de tantas noches.

—Prendedle fuego —ordenó Saüc.

—¿Con esta lluvia? —preguntó Úrsula, incrédula.

—Fuego. Ya.

La hoguera ardió con un estallido inmenso, llamas altas, vibrantes, imposibles bajo aquella tempestad. No se apagaban con la tormenta. Parecían alimentarse de ella. El fuego giraba en espiral elevándose

hacia el cielo, mezclándose con los pocos rayos plateados que conseguían atravesar las nubes.

Cal·la se dirigió a los espíritus.

—Guiaos por el fuego.

—Id a ella —añadió Loto.

—Encontrad el lago —ordenó Gardenia.

La tormenta volcaba toda la ira que había incubado sobre el claro donde estaba el cuerpo inanimado de Dalia. Un rayo cayó sobre uno de los árboles más cercanos a la orilla. Lo partió en dos y lo incendió. El fuego se extendió con rapidez, bordeando aquella masa de agua en un arco perfecto que no debía ser posible bajo aquel chaparrón. La joven yacía en el suelo, ignorada por Ilun, que estaba intentando dominar las aguas para encontrar el amuleto. Las llamas no interrumpieron su concentración. Se cerraron alrededor de la orilla formando un círculo ardiente. Entre el crepitar de la madera húmeda al consumirse, se empezaron a oír voces femeninas.

—Dalia…

—Despierta, pequeña…

—Vuelve…

—Acércate a la orilla…

Una corriente cálida le acarició la frente, con una suavidad que pudo reconocer. Otra le sostuvo la espalda, firme, protectora. Una tercera se deslizó hasta sus oídos, envolviéndola con un canto energizante. Eran todas, todas sus flores. La alzaron sin tocarla, suspendida sobre un manto invisible. El aire se negaba a dejarla caer. Los párpados de Dalia se agitaron.

—¿Dónde…? —murmuró con la voz rota.

Entonces vio a todas las que la habían precedido. Todas aquellas figuras, delineadas por el fuego vivo; rostros que reconocía. Muchos de ellos sin haberlos visto nunca. Algunos tenían su mirada, otros su

sonrisa. Cada uno de ellos cargado de una ternura feroz. Uno de los espíritus avanzó entre el resto, que le cedieron espacio, destacando entre las llamas.

—Dalia, cariño, bebe del lago.

Seguía aturdida, pero habría jurado que acababa de ver a su abuela.

Intentó mantener la compostura y obedecer. Se acercó extremadamente despacio a la orilla y se agachó. Bebió del agua del lago. Pese a la baja temperatura, aquel pequeño sorbo entraba dentro de ella con calidez. Le acarició la garganta y devolvió amplitud a su respiración. No había manera de comprobarlo, pero era posible que hubiese reparado las heridas de la daga de Ilun. Estaba infusionada con el poder vital del espelir. Recuperó la visión al completo. El hombre estaba en la orilla opuesta, manipulando el agua. Buscando el amuleto.

Una de las voces, muy suave, habló junto a su oído:

—No dejes que se lo lleve.

—Pero ¿cómo? —preguntó Dalia.

—La vida y la muerte son dos caras de la misma moneda —respondió Adelfa.

Algo más recuperada, volvió a tumbarse en la misma posición en la que se había quedado después del ataque, esperando que Ilun no la hubiese visto. Él la creía muerta. De hecho, sin la intervención de todas las brujas, seguramente habría sido así. El hombre había dejado de prestarle atención. Daba la trifulca por terminada, pero ella seguía ideando la manera de pararle los pies. Así, tumbada en el suelo, reflexionó sobre las palabras de su abuela.

«La vida y la muerte son dos caras de la misma moneda».

Sí, pero ¿qué quería decir?

Estaba de espaldas al lago, aunque notaba cómo Ilun inspeccionaba el fondo a gran velocidad. En algún momento conseguiría el amuleto. Entonces, recordó el hechizo para devolver la vida de la abuela. Ese que escribió para Eléboro. Ese que se debía usar con el espelir.

Ilun soltó una carcajada sonora e hizo cesar la tormenta cerrando el puño izquierdo con fuerza, recogiéndola en la palma de su mano. Ya casi tenía lo que había ido a buscar. El espelir lo esperaba a unos cuantos metros de él, medio enterrado en el trozo del lago del que había drenado el agua. Dalia entrecerró los párpados intentando aguzar la vista. Era una talla de madera de forma redonda y plana, de un tamaño poco superior a la palma de una mano, fosilizada por su antigüedad, con incrustaciones doradas y símbolos mágicos, que brillaban con fuerza, iluminando tenuemente su entorno.

Una moneda.

Exacto.

Solo debía esperar a que Ilun la tomase en sus manos.

Él aceleró el paso. Los años le pesaban poco. La sonrisa torcida le partía la cara en dos. Se agachó y tomó el espelir. Retiró la tierra y las algas que lo habían envuelto con los años.

—Mío —susurró.

Dalia sacó coraje de una parte de su ser que no sabía que existía. No fue un impulso heroico. Sintió la fuerza de todas sus ancestras. Todas guardianas del espelir en algún momento. La responsabilidad de protegerlo no le pesaba. Al contrario, la mantenía erguida. Estaba reclamando algo que también le pertenecía. Debía defender aquel poder.

Dos caras de la misma moneda.

Se puso en pie, firme, descalzándose. El círculo de fuego ardía detrás de ella, y el calor de las llamas le acariciaba la espalda. Las

notaba a todas, vivas y muertas, apoyándola. Úrsula, Gardenia, Loto, Azucena, Hortensia, Cal·la, Saüc, Hedra, Galerina, Ixe, Benda, Ruda, Cualbra, Rabel, Aura, Adelfa, Jacinto, Begonia, Bruc, Atzavara, Eclipta, Lirio, Vinca, Rosella, Angelonia, Múria, Geranio, Abelia. Una unión mucho más fuerte que la sangre. Todo un jardín.

Cuando vio que Ilun sostenía el amuleto entre las manos, arrogante, con gesto victorioso, supo que había llegado el momento. Dejó que el aire del bosque le llenase los pulmones, y recitó con voz segura la inversión del hechizo de su abuela.

Sang vella, sang morta
a la fi de l'home despert.
Bajo sombra, bajo tierra,
que duerma, que fallezca.

El lago tembló. Las llamas del círculo se elevaron.
El bosque reconocía aquel hechizo.

Ilun, profanado en este bosque,
muere bajo la luna llena,
escucha el silencio que te invade,
suelta el aire, inhala esta agua.

El hombre retrocedió un paso. Por primera vez, dudó. Las sombras dejaban de obedecerle.

Carne que pudre
y hueso que quiebra,
con la sal, esta agua y el fuego,
deja este mundo; yo te destierro.

El fuego rugió.

Huye y traspasa el fino velo,
sea peor tu viaje que el tiempo despierto,
con mi nombre maldigo tu senda,
el ave negra aquí muere.
Carne que pudre,
hueso que quiebra,
cuerpo sin alma,
cuerpo sin alma,
cuerpo sin alma.

Las llamas del círculo de fuego aumentaron con la energía de todas las flores. Dalia se bañó de la luz de luna, se enraizó como los robles, bebió del lago y mató al monstruo. Ella era todo en ese momento. No había dudas ni miedos. Era noche y luz del día, era sus ancestras y sus futuras descendientes, era bosque y tormenta.

Tenía la fuerza de todo su jardín.

Ilun no pudo hacer nada por evitar la maldición.

Escuchó perplejo antes de caer de rodillas sobre el lecho del lago. No hubo grito final. El amuleto le resbaló de las manos cuando el agua, liberada de su manipulación, recuperó el cauce y reclamó su deuda. La superficie se cerró sobre él sin violencia, como tierra sobre una tumba.

El espelir, sin el peso de la tierra ni las algas, emergió y quedó a flote.

—*Lo has conseguido* —dijo Adelfa.

30
VOLVER AL JARDÍN

Tenía la sensación de que había pasado semanas enteras respirando miedo. Estaba tremendamente cansada y aquella noche había supuesto un desgaste físico y emocional para el que no se podría haber mentalizado en mil vidas. En ese momento, mientras avanzaba entre los troncos, con la ropa empapada y el corazón volviendo a un compás humano, sentía que cada bocanada de aire era una pequeña victoria. De vez en cuando miraba atrás, verificando constantemente que, en efecto, aquello había terminado.

Rabel tomó el súbito final de la tormenta como una señal. El cielo se había serenado de manera brusca. Tras asegurarse de que el portal entre ambos lugares era estable y la situación en casa de Dalia estaba controlada, salió en busca de ella. Arrancó el deportivo y condujo por aquella carretera en dirección al norte una vez más. El rugido del motor parecía entonces un murmullo comparado con el eco que había dejado la magia desatada en el ritual.

Al acercarse al bosque vio una columna de humo, como si se estuviese incendiando toda una zona, pero no pudo identificar de dónde venía. El viento soplaba de todas partes, sin seguir las normas lógicas de un fenómeno así. Lo observó desde la carretera, inquieto, pero, antes de que pudiera sacar ninguna conclusión al respecto, la humareda desapareció.

Rabel esperó a Dalia en el mismo lugar donde la había dejado. Si ella no sabía volver, el bosque la guiaría. Tras unos minutos que le parecieron una eternidad, la joven golpeó la ventanilla con los nudillos, avisándolo. Estaba empapada, algo sucia y despeinada, pero con una luz en los ojos que Rabel no había visto nunca en la mirada de nadie. Buscó en el bolsillo de su pantalón, decidida.

—Lo tengo —dijo, con una sonrisa de oreja a oreja, enseñando el amuleto a través del cristal.

Él quitó el seguro y abrió la puerta del copiloto desde dentro. Dalia tuvo que sujetarse al salpicadero y al respaldo de su asiento para poderse agachar y sentarse. Él miró con curiosidad el objeto que sujetaba.

—¿Todo este drama por *esto*? —rio, intentando aliviar la tensión que aún vibraba en el ambiente.

—Cuidadín, que he convertido el lago en la tumba de Ilun, ¿eh? —bromeó Dalia, aliviada, quitándole importancia a todo lo sucedido.

—Me alegro de que estés bien —dijo Rabel en un tono serio y sorprendentemente dulce.

—Va —hizo un gesto con la cabeza—, no me hagas llorar, que estoy sensible. Vamos al pueblo.

—A sus órdenes, sí, sí. —Carraspeó, aliviando su garganta de esa tensión que se forma antes del llanto.

El trayecto duró lo que debía durar. Nada más, nada menos. Rabel siguió absolutamente todas las normas de circulación y respetó los límites de velocidad. En el asiento del copiloto, Dalia se había acurrucado de lado, con las piernas recogidas, dejando que la calefacción la envolviese. Los ojos no se le llegaron a cerrar del todo, como si temiera que, al dormirse y despertar, todo aquello no hubiese sido más que un sueño.

Al llegar a casa, todas estaban sentadas en el jardín. Ya habían recogido los restos de la hoguera, después de que se apagase sola como por arte de… magia. El aire todavía olía a madera quemada. Úrsula corrió hacia la puerta en cuanto oyó las llaves girando en la cerradura. Se colgó del cuello de Dalia y le llenó las mejillas de besos, temblando. Nunca lo había pasado peor que aquella noche. Llevaba días intentando pensar en el mejor de los resultados, pero su mente siempre terminaba en el rincón más oscuro. No quería imaginar una vida sin Dalia.

Azucena se acercó a Rabel con algo menos de prisa, pero con el mismo afecto sincero, y le dio un abrazo.

—Gracias —dijo ella mientras reposaba la cabeza en su cuello.

—¿Por qué? —bromeó el joven—. ¿Esto? Esto es un día cualquiera.

Sin él no habría sido posible aquella victoria. Él se dejó abrazar sin bromas ni preguntas. Estaba claro que aquello era real; no había escrito ninguna canción sobre ese momento.

Hortensia observaba con ojos tiernos, un poco apartada del resto, la escena.

El resto de las brujas lo contemplaban expectantes desde fuera; no querían interrumpir, pero sí tenían curiosidad sobre cómo había pasado todo. La tensión y la intriga se les notaban incluso en la postura, en los hombros elevados, en la manera de respirar. Dalia, en cuanto se dio cuenta, sacó el espelir de su bolsillo y lo alzó con gesto victorioso.

Todas aplaudieron, emocionadas. Su madre no pudo evitar acercarse y abrazarla.

—Sabía que serías capaz —le dijo con voz suave cuando la tuvo cerca, antes de rodearla con fuerza.

Dalia no respondió más que con una caricia en la espalda de su madre. Suficiente.

Era complicado creer que ya había terminado todo. No más tormentas horrendas. No más Ilun. No más muerte. El aire era más delicado.

Úrsula oyó el estómago de la joven suplicando sustento. Era casi gracioso lo mundano que sonaba el hambre después de todo lo vivido. A aquellas horas no había nada abierto en el pueblo, pero nadie quería cocinar, y tampoco tenían suficiente cantidad de comida para todas aquellas brujas. Comprobó en su móvil que quedaban un par de restaurantes de comida rápida abiertos en la capital y pagó los gastos de envío más elevados de la historia de las aplicaciones de comidas para llevar.

Esa iba a ser la primera toma de contacto de Dalia con su nueva realidad.

Dormir tranquila.

Ningún secreto más.

Una vida *normal*.

Pedir a domicilio a altas horas de la noche y cenar con todo un aquelarre…, si es que eso se podía considerar normal.

Dalia no podía esperar a abrir de nuevo la persiana de su tienda. A volver a atender a sus clientas. A hacer hechizos de prosperidad para alguien que inaugurará un nuevo comercio en el pueblo. A responder a una adolescente que pregunta por el chico que le gusta: «Bueno, tal vez debes darle espacio», cuando lo que en realidad quería decir era: «Huye, *carinyet*».

Tenía ganas de sentarse en su nuevo jardín delantero con Úrsula, cuando todo lo que habían plantado floreciese. Se sentía en paz.

Ya nadie observaba entre las nubes.

De hecho, no había nubes.

Un manto de estrellas enmarcaba la luna llena de aquel octubre.

Decidieron cenar fuera, sentadas en el suelo del jardín. Era una noche fresca, pero el viento no resultaba punzante. Les ondulaba el pelo y les acariciaba la espalda. Todo parecía más gentil, más amable. La comida llegó envuelta en bolsas de papel, y todas rieron al ver la cantidad exagerada que había pedido Úrsula.

—Bueno, hay un poco de todo, porque no sabía lo que queríais —dijo entre risas mientras repartía, justificando así haber pedido una unidad de cada plato del menú.

Durmieron como la noche anterior, en las habitaciones que Rabel y Dalia habían preparado. Eso sí, con menos tensión y con más horas disponibles para ello. Al amanecer, antes del desayuno, todas las brujas del aquelarre de Adelfa se despidieron. Una a una, en abrazos largos y silenciosos, de esos que dejan un calor en el pecho durante horas, prometiendo volverse a encontrar pronto.

Y fue ahí cuando todo volvió a su sitio.

Hortensia, Loto y Azucena se quedaron un poco más en casa de Dalia. Prepararon tostadas y zumo de zanahoria. También té y café. La cocina se llenó de un olor suave, cotidiano, que contrastaba con la noche monstruosa que acababan de dejar atrás.

Azucena miró algunas de las sillas de la cocina, todavía vacías. Además de notar la ausencia de Dalia y Úrsula, sabía que el asiento de su lado requería un ocupante concreto.

Sin pensarlo dos veces, tal vez movida todavía por la inercia de todo lo vivido, o por la necesidad casi física de necesitar la compañía de alguien concreto, llamó a la puerta de Rabel y lo invitó a desayunar.

—Hemos preparado de todo —dijo, como si aquello fuera una excusa suficiente, y nada latiese bajo aquellas palabras.

Rabel tardó apenas unos segundos en responder. La miró con una mezcla de cansancio y lucidez.

—¿Seguro que puedo ir?

—Claro. ¿Por qué no ibas a poder?

—No quiero interrumpir.

—Nunca lo harás —sonrió ella.

Azucena alargó la mano sin pensarlo, y, cuando Rabel la tomó, el contacto fue más lento de lo necesario. De alguna forma, ambos sentían la necesidad de saber que el otro seguía ahí; que todo estaba bien. Sus dedos se entrelazaron con naturalidad, sin urgencia alguna. La calidez de las palmas de Rabel se contagió enseguida a las manos algo más pequeñas de Azucena. Rabel cerró la puerta de su casa con cuidado. Afuera, la mañana era clara, cálida.

Caminaron aquellos pocos pasos hasta la casa vecina juntos, sin soltarse, y sin poder contener la cara de alegría que les provocaba aquella cercanía tan nueva y real. Antes de entrar, ella apretó suavemente su mano. Un «estoy aquí; estás conmigo». Rabel la miró entonces, y en sus ojos había gratitud. Tras un tiempo sintiéndose en los márgenes, había encontrado a la persona que lo acompañase.

Úrsula y Dalia decidieron no bajar de inmediato tras despertar. Necesitaban el descanso, y los abrazos, y el tiempo juntas. El sol de la mañana inundaba la habitación y remoloneaba sobre el colchón. Acariciaba las piernas de ambas mientras ellas se perdían en la mirada de la otra. Úrsula se disculpó por si, en algún momento, había dudado de ella. La bruja agradeció la confianza y el esfuerzo que había hecho por formar parte de su mundo.

No era una persona cariñosa. Las palabras de amor no ocupaban ni una mínima porción de su vocabulario habitual. Úrsula lo sabía. Los gestos de cariño de Dalia acostumbraban a llegar a cuentagotas,

pero sí notaba que el color de sus ojos se tornaba más cálido cuando se miraban. Sí sabía que la arropaba al despertarse en mitad de la noche. Era consciente de que Dalia cocinaba únicamente sus recetas preferidas.

Lo entendieron todo.

—Te quiero —susurró Dalia.

—Muchísimo —respondió Úrsula.

No les hizo falta decir nada más.

Eran el refugio la una de la otra.

30 de octubre de 2024

Querido diario, hace un año exacto que empecé a escribirte. Estoy terminando las reformas de mi tienda y creo que podré abrir mañana, justo para celebrar la noche más mágica del año en la reinauguración.

Rabel me ha estado ayudando a colgar cuadros y cortinas, y también a tirar el tabique que separaba la tienda del local de al lado. Esta ampliación será genial para crear nuevos horizontes. Debo ponerme a reformar la web, pero poco a poco.

Azucena nos ha estado trayendo la comida mientras trabajábamos en la remodelación. Todavía se le hace extraño no vivir con sus padres y sigue adaptándose a cocinar con el horno de Rabel, pero creo que ya empieza a cogerle el truco. Dejarle el libro de recetas de la abuela fue una gran idea.

Narciso no se fía de Rabel todavía. Supongo que es lo que tiene conocer tan de cerca lo que le pasó a su mujer.

Esta mañana han llegado las últimas plantas que tia Loto escogió del vivario. Creo que está quedando una tienda preciosa.

Úrsula vuelve en unas horas de dar conciertos en el otro lado de la península. Espero y deseo que esté contenta. Tengo una sorpresa preparada para ella.

He llenado la entrada de sus flores preferidas: rosas y lavandas.

El año pasado, al vaciar las pocas cosas que quedaban en el altillo de la casa del señor Hilari, Rabel se encontró con la alianza de su mujer, la abuela de Úrsula.

Parece un anillo cualquiera, hasta que miras el grabado interior que tiene: «Montserrat i Hilari».

Espero que le guste. Ya te contaré, diario.

AGRADECIMIENTOS

Siento que este libro es todo lo que mi yo de catorce años soñaba con escribir algún día. Ha pasado algo de tiempo —casi diez años— desde entonces. Me emocionaba recibir más de sesenta visitas en los nuevos capítulos de mi primera novela virtual y sumar algún que otro seguidor en aquella cuenta anónima. Supongo que escribir siempre ha sido mi manera de explorar el mundo y de procesar todo lo que trae consigo la experiencia humana, ya sea redactando una novela policiaca en una web, o escribiendo libros de brujería para acercar mi práctica y vivencias a vuestras estanterías.

Ahora, después de tanto, he sentido que era el momento de contar la historia de Dalia. Esta novela lleva años esbozada en cuadernos que ya acumulan polvo, en documentos mal nombrados que dudo volver a encontrar. Dalia lleva siendo mía mucho tiempo.

Y ahora, querida persona que me lees, llega a tus manos. Mi primer agradecimiento es para ti. Gracias por abrir estas páginas.

Gracias también a Alex, por caminar a mi lado durante este y tantos otros proyectos, por inspirarme y enseñarme lo hermosas —y mágicas— que pueden llegar a ser las palabras. Siempre es más fácil contigo.

A Júlia, por estar siempre. Por ayudarme a conocer más, a crecer con paciencia y por acompañarlo todo con los mejores consejos. Ojalá todo el mundo tuviese a alguien como tú cerca.

A Helena, por ser la mejor de las compañías en todas y cada una de las vivencias que han inspirado este libro. Nada sería igual de no haberte conocido.

A Silvia y Laura, por vuestra magia, fuerza, risa y perseverancia. Por aceptarme y cuidarme. Gracias por ser mi faro.

A Maria, mi profesora de la universidad, a quien nunca podré agradecer suficientemente todas sus enseñanzas sobre música, su historia y su poder. También a Ane y Jon, por descubrirme una lengua nueva y todo el universo que la rodea.

Gracias también a mi familia, que de una manera u otra ha quedado plasmada entre las páginas de esta novela.

A Judit, Laura, Carla, Raquel y Aloma, por vuestros libros, que me han sostenido cuando se me nublaba la vista y no lograba conectar más de dos palabras.

A Sara, mi primera editora, por acompañarme todos estos años, durante tantos libros, y por confiar en mí cuando yo no era capaz de hacerlo. A Belén, por ser el relevo perfecto, entender todo mi mundo y cuidarme tanto durante esta nueva etapa. Y, cómo no, al resto del equipo de Penguin Random House que está detrás de mis obras.

A la ciudad que me acogió y que ahora es mi hogar. A la magia de las montañas que la rodean y de los bosques que pueblan las laderas. A todas las brujas que nadan en los ríos y conocen el valle sobre el que escribo. A quienes todavía no habéis descubierto vuestra magia.

A aquellas que creéis haberla perdido.

A todas vosotras, que sois mi jardín.

En un valle encantado donde las flores viven, las hogueras susurran, el bosque recuerda y la magia habla, la verdad está a punto de despertar.



Cuando la abuela Adelfa muere, todos dan por hecho que ha sido un final natural. Todos menos Dalia, la única heredera de la magia de su familia. Por eso, la joven bruja se lanza a desentrañar la verdad, aunque para ello tendrá que luchar contra sí misma. ¿Y si su magia se ha desvanecido con la partida de su maestra?

Poco a poco, su verdadero legado se revela ante sus ojos. Dalia se topa con secretos que reabrirán todas las grietas de esta historia y

con verdades que cambiarán lo que creía saber sobre sí misma.

Mientras tanto, el mundo continúa girando. Los ciclos lunares se suceden, y un nuevo vecino, cuya presencia lo altera todo más de lo que debería, se instala en la casa de al lado. Dalia, necesitada de un refugio, se apoya cada vez más en Úrsula, su mejor amiga.

Conforme el misterio se hace más profundo, se hace evidente que algo de aquel funeral se resiste a ser enterrado.

María J. Viana, conocida en redes como @aiguadvalencia, es una joven bruja catalana que da consejos sobre brujería para la vida cotidiana.



Primera edición: junio de 2026

© 2026, María José Viana (@Aiguadvalencia)
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Manuel Esclapez

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87949-50-1

Compuesto en punktokomo.com

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: somosinfinitos
X: @somosinfinitos
Instagram: @somosinfinitoslibros
Youtube: penguinlibros

Spotify: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

ÍNDICE

Aquí arden las flores
1. Mil flores
2. Mármol
3. Encaje y plumas
4. Contacto
5. Otro ritmo
6. Fuego
7. Robles y hayas
8. El velo
9. Rosa y lavanda, vainilla y miel
10. Siguiendo el compás
11. Un lago
12. Solamente en sueños
13. El otro cuerpo
14. La marea
15. A mesa puesta
16. Homicida
17. ¿Destino?
18. El Bardo
19. Otra vez
20. Diluvio
21. Remeiera
22. Últimas páginas
23. Destino
24. Antes
25. Hasta la luna llena
26. Mil flores más

27. … Y acción
28. En el bosque
29. Las gojas
30. Volver al jardín
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre María José Viana
Créditos

Table of Contents

Aquí arden las flores
1. Mil flores
2. Mármol
3. Encaje y plumas
4. Contacto
5. Otro ritmo
6. Fuego
7. Robles y hayas
8. El velo
9. Rosa y lavanda, vainilla y miel
10. Siguiendo el compás
11. Un lago
12. Solamente en sueños
13. El otro cuerpo
14. La marea
15. A mesa puesta
16. Homicida
17. ¿Destino?
18. El Bardo
19. Otra vez
20. Diluvio
21. Remeiera
22. Últimas páginas
23. Destino
24. Antes
25. Hasta la luna llena
26. Mil flores más
27. … Y acción
28. En el bosque
29. Las gojas
30. Volver al jardín
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre María José Viana
Créditos